

SOPHIE SAINT ROSE

Ni tñ
connigo,



ni yo
sinti



NI TÚ CONMIGO, NI YO SIN TI

Sophie Saint Rose



Ni tú conmigo ni yo sin ti

ISBN: 9788419941176

ISBN ebook: 9788419941763

Derechos reservados © 2024, por:

© del texto: Sophie Saint Rose

© de esta edición: Colección Mil Amores.

Lantia Publishing SL CIF B91966879

MIL AMORES es una colección especializada en literatura romántica y libros sobre amor publicada por Lantia Publishing S.L. en colaboración con Mediaset España.

Producción editorial: Lantia Publishing S.L.

Plaza de la Magdalena, 9, 3ª Planta.

41001. Sevilla

info@lantia.com

www.lantia.com

IMPRESO EN ESPAÑA – PRINTED IN SPAIN

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. Diríjase a info@lantia.com si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

*A mi hermana Silvia:
Mi apoyo, mi ejemplo, mi guía...*

Capítulo 1

Kerstina se sentó en su sillón y con un movimiento de cabeza apartó uno de sus rizos morenos antes de ponerse los cascos. Revisó que todo en la mesa estuviera perfecto y cogió el micro para acercarlo a su boca. Al mirar el cristal gruñó por dentro porque su coordinadora estaba hablando por el móvil como siempre.

—Caroline, cuelga. El reloj marca dos minutos.

—Sí, ya voy —dijo por el micro antes de sonreír a través del cristal levantando el pulgar.

—No entiendo por qué no la despides. —Nohemi sentada a su derecha alejó su taza de café.

—Lo he oído —dijo Caroline fulminando a su amiga con la mirada.

—Mejor, a ver si así te pones las pilas. —Se puso los cascos y sonrió maliciosa—. Aunque igual es lo que quieres, porque en la cola del paro podrías hablar por teléfono todo lo que quisieras.

Caroline colgó el teléfono de inmediato sin despedirse siquiera.

—Ya estoy con vosotras. ¿Listas para hacer el mejor programa de radio de Nueva York?

—Nosotras siempre estamos listas, no como otras. —Nohemi le pasó una hoja con el guion general que siempre hacía, aunque nunca lo seguían—. ¿Lyris está en esa *premier*?

—Sí, llegará a tiempo de contarnos algo.

—Odio esas fiestas que acaban a las tantas.

Leyendo el guion sonrió divertida.

—Menos mal que la tenemos a ella.

Su operador levantó el brazo captando su atención y les mostró tres dedos, después dos y uno. El letrero de la pared se iluminó de verde.

Kerstina se acercó al micro.

—Muy buenas noches, Nueva York. Bienvenidos y bienvenidas a la KHMx. Ahora empieza un nuevo programa de *Nosotras te lo contamos*. Y sé que lo estáis deseando. —Miró sorprendida a Nohemi—. ¿Me ha salido un gallito?

Su amiga rio por lo bajo diciendo al micro.

—Hoy no estás fina, amiga. Mientras ponen la música, bebe algo de agua antes de que pongas a nuestra audiencia de los nervios.

La sintonía del programa comenzó y Kerstina bebió agua.

—Nunca había soltado un gallito.

—Algún día tenía que ser el primero. No pasa nada, mientras no te tires un pedo.

—Estáis en antena —dijo Caroline haciendo que la fulminaran con la mirada.

Kerstina se acercó al micro.

—Sí, chicos, habéis oído «pedo», pero corramos un tupido velo. —Al ver la cara de malicia de Nohemi negó con la cabeza—. Ni se te ocurra.

—Venga, seguro que la audiencia quiere oírlo. Si se lo contamos todo.

—Eso no.

—Claro que sí. Son las once de la noche y están deseando partirse de la risa.

Puso los ojos en blanco porque la conocía bien y ya no había quien la parara. Nohemi soltó una risita mirando hacia la pecera donde sus dos compañeros sonreían expectantes.

—¿Ves? Ellos están deseando oírlo.

Caroline pulsó el botón.

—Me muero de ganas.

—Pues veréis, como todos sabéis Kerstina, Lyris y yo nos conocemos desde la universidad, compartíamos piso. Pues una noche Kerstina se llevó un tío a casa. Menudo cañón de hombre. Era del último curso y de esos que salía a correr todas las mañanas para luego pasarse una hora puliendo músculo en el gimnasio. Un guapetón de metro noventa con el que toda mujer y más una estudiante soñaría. Bueno, el hecho es que ella estaba en una nube por esa cita. Tardó tres horas en prepararse, nos dio la lata con eso de si estaba guapa y se largó. Hasta ahí lo típico cuando tienes una cita. Dos horas después nosotras estábamos en el salón devorando unos tacos y los vemos pasar hacia una habitación comiéndose a besos. Ni nos vieron tan entretenidos como estaban.

—¿Por qué no omites esa parte?

—Que más quisieras. —Rio por lo bajo—. Y no me interrumpas, que pierdo el hilo. Bueno, el hecho es que entraron en la primera habitación que pillaron y él cerró la puerta con el pie mientras nosotras no nos cortábamos en mirar. —Rio de nuevo—. Se escucharon gruñidos, golpes y que algo caía al suelo. Vamos, lo que se esperaba oír, hasta que de repente, el tío salió despavorido, sin camisa y con los pantalones desabrochados. Pero corriendo, no bromeo. Un segundo después mi amiga, despeinada y con los labios hinchados como salchichas, aparece en el vano de la puerta y dice: «¿Qué ha pasado? Se ha largado».

Kerstina gimió pensando en él. Como estuviera oyendo eso, se moría de la vergüenza.

—Claro, nosotras como buenas amigas nos acercamos para abrazarla y darle ánimos. Yo le pregunto: «¿Pero es que besas tan mal como...?» Al llegar el aroma de aquella habitación a mis fosas nasales casi me desmayo.

—¡Que conste que no fui yo! ¡Y el pobre había cenado curry! ¡Le sentó fatal! —De repente se echó a reír y sus preciosos ojos verdes se llenaron de lágrimas recordándolo—. Chicas, jamás comáis curry si tenéis una cita. Puede jugaros una mala pasada. —Nohemi reía a carcajadas—. El pobre ni quiso mirarme a la cara cuando le devolví la camisa. Maldito orgullo masculino. Le dije que no me importaba, que podríamos haber abierto la ventana. Rojo como un tomate agarró la camisa y volvió a salir corriendo. Y lo que corría, como para ganar las olimpiadas. —Su amiga se partía de la risa—. No tiene gracia, ¿y si hubiera sido el amor de mi vida?

—El amor de tu vida no se va a espantar por algo así.

—Si te acaba de conocer sí. No es que dejes muy buena impresión. Eso me hace pensar en todo

lo que es importante a la hora de decidir quién compartirá tu vida y en todos los detalles que a veces no podemos controlar.

—Hablas como si hubiera sido un huracán el que os hubiera separado. —Su amiga casi sin respiración dijo—: Aunque algo de huracán tuvo que ser, chicos, porque aquello era insoportable. Las plantas se marchitaron y todo.

Riendo dijo:

—Qué exagerada.

—¿Exagerada? ¡Era mi habitación! ¡El dichoso aroma no se iba ni con el ambientador!

—Sí, amigos, a partir de aquel momento cada vez que alguna tenía una cita, Nohemi cerraba su puerta con llave. —Pensó en esa noche—. ¿Tú qué hubieras hecho en mi lugar?

—¿Con el tío? —Kerstina asintió—. Si me gusta poco, pasar de él e intentar ventilar la casa. Si me gusta mucho, pues insistir, no queda otra. Hacerle ver que no te ha importado tanto como para comprarte una máscara de oxígeno. Quitarle dramatismo al asunto, es algo natural. Eso le puede pasar a todo el mundo.

—¿Insistir? Yo insistí.

—Vamos, no corriste tras él cuando se largaba.

—Estaba en *shock*.

Se partieron de la risa y cuando se calmó un poco Kerstina acercó sus labios al micro.

—Cómo se nota que no está Lyris en la mesa, chicos. Ella hubiera cortado esta conversación desde el principio. Pero es que nuestra amiga está en la premier de *Al filo de la noche*. Tranquilos, que llegará para contarnos todos los cotilleos y lo que no son cotilleos. Por cierto, ¿habéis visto el nuevo novio de Lisa Fashingbauer? —Silbó—. Sí, chicos, al parecer la niña rica con más estilo de Nueva York tiene un novio que es un caramelito.

—Rico, guapo, con dinero. Vamos, que está para comérselo de arriba abajo y no dejar ni las raspas. Para mí lo quisiera. Danglo Brearley, hasta tiene un nombre que dice aquí estoy yo, apartaos de mi camino simples mortales. Felicidades, Lisa, menudo ojo tienes.

—Y hablando de ojos, ¿has ido al oftalmólogo?

Su amiga la miró con sus ojos azules como platos.

—¡Tengo que ponerme gafas! ¿Te lo puedes creer?

—Bueno, no es para tanto.

—Leche que no, tengo eso que tiene una cuando se hace vieja.

—¿Presbicia?

—¡Eso! Ahora cada vez que vaya de compras, para leer la talla de las bragas tengo que ponerme gafas. ¡Si tengo veintisiete años! ¡Se supone que esto ocurre cuando has pasado los cuarenta! Y cuando tenga cuarenta, ¿eh? ¡Entonces seré un topo!

—Eso se puede operar.

—Lo que me faltaba por oír.

Kerstina se echó a reír.

—Serás exagerada.

—Ya me lo contarás, ya. Por cierto, ¿qué tal tu cita de ayer? Fueron de pícnic, chicos. Al

parque, ¿no es tierno?

—Oh, pues no creo que vuelva a llamarle. Es majo, pero psss.

—O sea, que no hay química.

—Ni gota.

—Vaya. —Pensó en ello—. Llevas mucho en dique seco, ¿no?

—Pues la verdad es que sí. —Entrecerró los ojos contando y de repente los abrió exageradamente—. Va a hacer un año.

—¿Un año sin sexo? —La miró como si tuviera dos cabezas.

—¡Eh, que tú estás igual!

—Ya, pero de mí no soportan mi mala leche. Tú eres más suave. Claro, como les doras la píldora.

—Yo no hago eso.

—Venga, cuando te gusta uno le miras embobada y hablas de manera dulce hasta que cae.

—¿De veras hago eso?

—Eso lo hacemos todas —dijo Caroline desde la cabina.

—Yo no —dijo Nohemi—. A mí me gusta ir de frente.

—Como un tren de mercancías —añadió Kerstina.

—Muy graciosa.

Entonces se abrió la puerta y entró Lyrís con un bonito vestido negro con encaje en la espalda.

—Oh, aquí está la que falta del trío —dijo Kerstina antes de que su amiga se volviera mostrando que su cabello castaño cortado por la barbilla estaba despeinado y tenía la mejilla sonrojada como si la hubieran golpeado—. ¿Pero qué te ha pasado?

—Ahora os cuento.

—¿Te han pegado? —Nohemi estaba mosqueadísima—. ¿Quién ha sido el cabrito que te ha pegado? ¿Eso es un arañazo?

Su amiga se sentó en su sitio y tomando aire miró a una y luego a la otra.

—No os vais a creer esto.

—Cotilleo, cotilleo —dijo Kerstina intrigadísima.

Se puso los cascos y dijo al micro:

—Noticia bomba, chicos. ¡He pillado a Mathew Snyder dándose el lote en el baño del cine con la directora de la película! ¡Y tengo un vídeo! Por cierto, ya deben estar subiéndolo a la web del programa.

Ambas hicieron una mueca.

—Ese está casado, ¿no? —preguntó Kerstina.

—Que se joda. Que se jodan los dos —dijo Lyrís con mala leche—. La cabrita de la directora se me tiró encima intentando quitarme el móvil. Me escapé por los pelos.

—¿Eso te lo han hecho ellos? —preguntó Nohemi agresiva—. Se van a cagar.

—Y no solo eso. Tuve que correr fuera del cine y me siguieron a gritos llamando a sus guardaespaldas. Fue una persecución en toda regla. Menos mal que estos tacones no me matan, que si no, no lo cuento.

—Ya veis chicos, lo que sea por la noticia —dijo Kerstina.

—Es que me indignó, te lo juro —dijo Lyris—. Unos minutos antes estaba sacándose fotos con su mujer haciéndose el enamorado y después del tostón de media película que me tuve que tragar, allí estaba el tío metiéndole la lengua hasta la campanilla a la otra.

Nohemi entrecerró los ojos.

—Uy, que estás escocida. ¿Qué tal con Malcom?

—Que le den por saco.

—Te los ha puesto, ¿no? —Kerstina se adelantó en su asiento esperando su respuesta.

Lyris volvió la vista hacia Caroline fulminándola con sus preciosos ojos color miel.

—Esa... Esa... ¡Me ha dejado por esa!

Caroline se puso como un tomate y Kerstina jadeó.

—¿Te lo ha robado ella?

—Eso me pasa por llevar el novio a la fiesta anual de la emisora. —Apartó un mechón castaño de la mejilla mostrando que su delicada piel empezaba a amarrotarse—. Pero ya he aprendido la lección.

—Cielo, es que siempre te fijas en los que tienen ese perfil canalla —dijo Nohemi—. Te van los malotes y siempre te toman el pelo.

—Pues se acabó, saldré con ellos en plan amigos como mucho, nada de enamorarme. Haré como vosotras y me tomaré un año sabático en eso de buscar al amor de mi vida.

Ambas jadearon.

—Nosotras no estamos en un año sabático —dijeron a la vez.

Miró a una y luego a la otra.

—Ah, ¿no? Pensaba que sí.

—Es que hemos salido del circuito durante una temporada, nada más —dijo Kerstina.

—¿Cómo los coches de carreras? —preguntó Lyris.

—Necesitábamos un descanso. Hemos entrado en boxes.

—¿Y cuándo saldréis a la pista?

—Cuando pase un Lamborghini.

—¿Cómo que no han entendido el símil? —dijo pasmada a su productor que estaba que se subía por las paredes—. Pues era muy claro.

Su productor la miraba como si quisiera pegarle cuatro gritos.

—¡Pues no se ha entendido! ¡Las redes sociales están que arden diciendo que sois unas interesadas, que solo queréis tíos con dinero!

—¡Pero si esta solo ha salido con muertos de hambre! —protestó Lyris haciendo que los tres la miraran—. ¿Qué? A uno hasta le pagabas los paquetes de espaguetis porque no podía ni pagarse la comida. —Chasqueó la lengua—. La universidad es dura.

Robert se levantó mostrando su camisa remangada hasta los codos y el pantalón del traje gris. Cuando se volvió todas miraron su duro trasero. Se giró con unos papeles en las manos y pusieron cara de niñas buenas mientras él tiraba los papeles sobre la mesa.

—¡Mirad esto! ¡Lo más bonito que os dicen es arribistas!

Jadearon y cogieron los papeles.

—Uy, que cosa más fea dice este —Kerstina volvió la hoja antes de chasquear la lengua—. Son casi todos de hombres. No nos comprenden, chicas.

—Es evidente que no tenemos los mismos cromosomas —dijo Nohemi como si fuera una desgracia antes de dejar las hojas sobre la mesa—. La mayoría de las mujeres piensan como nosotras y quieren a hombres guapos, con clase, con un buen puesto de trabajo.

—¡Eso no es cierto! —gritó él interrumpiéndola.

—Solo tienes que ver la audiencia y un setenta por ciento son mujeres. —Kerstina sonrió maliciosa—. Por cierto, ¿cuántos puntos ha subido después de la noticia de Lyrís?

—Oh, sí que ha subido. ¡Pero igual es por el anuncio de demanda que nos van a meter por grabar en un baño! —gritó Robert a punto de la apoplejía.

Ellas miraron a Lyrís que negó con la cabeza.

—Demanda que no llegará a ningún sitio, porque es un baño público y no estaban dentro del cubículo ese donde se hace pipí. Podía verles todo el mundo.

—¡En el cine está prohibido grabar! ¡Y lo pone bien claro en la entrada para que la gente no grabe la película y reviente el taquillazo! ¡Grabar en un baño además es un delito contra la privacidad!

—¿De veras? —preguntó con los ojos como platos antes de fruncir el ceño—. ¿Y cuánto pueden pedir por eso? ¿Cómo una multa de aparcamiento?

Robert se sentó en la esquina del escritorio y sonrió con mala leche. —Pues no sé —dijo como si fuera tonta—. Entre la demanda de la productora de la película por la mala imagen que le has dado a su protagonista, la que te va a meter el actor y la del cine, porque es un negocio privado que no va a tolerar este tipo de acciones. ¿Cien millones?

Lyrís jadeó llevándose la mano al cuello.

—Eso es mucho más que una multa de aparcamiento. ¡Si ahora se sacan videos en todos los sitios!

—Tranquila, cielo, que no te va a pasar nada —dijo Kerstina poniéndose seria antes de fulminar a Robert con sus ojos verdes—. No la asustes.

—¡Es que es para asustarse! ¡Cómo demanden a la productora del programa, nos van a cerrar y todos al paro!

—¿Ves cómo no te van a demandar a ti? —dijo como si nada a su amiga—. Van a por los que tienen la pasta.

—Dios mío, me acabo de comprar el piso. —Lyrís estaba pálida.

Robert apretó los labios.

—Tranquilidad, nuestros abogados están trabajando en ello. Lo enfocarán como que es más publicidad para la película y toda la publicidad, aunque sea mala, da beneficios.

—¿Entonces para qué nos disgustas? —preguntó Nohemi indignada—. ¡Le pones mal cuerpo para nada!

—¡No, para nada no, para que no vuelva a hacerlo!

—Lo juro, lo juro.

Kerstina le dio una palmadita en el muslo.

—Cielo, no digas eso porque es parte de tu encanto. Y a la audiencia le gusta que seas así. Además, no te van a demandar.

—Ah, ¿no? —preguntó Robert con ironía.

—No, porque como la demanden, demandaremos nosotros por agresión grave. Y el video demuestra cómo se tiraron sobre ella. Podemos justificar haberlo subido para que todo el mundo viera lo que había pasado realmente y que tuvo que escapar para salvar el cuello.

Robert entrecerró los ojos.

—Me gusta.

Sonrió.

—Gracias.

—Ahora hablemos de los anunciantes. Se han multiplicado.

—¿Eso significa que nos suben el sueldo? —preguntó Lyris contentísima.

—¿De veras me estás pidiendo una subida en este momento?

Perdió la sonrisa de golpe.

—No, claro que no. —Al mirar a sus amigas abrió los ojos ambarinos exageradamente haciendo que reprimieran la risa—. Es que no se puede decir nada.

—¿Hablamos de los anuncios? —preguntó él mosqueado.

—Si vas a decirnos que vais a meter más anuncios en el programa, la respuesta es no —dijo Kerstina.

—Estarás de coña.

—No pienso ir de un anuncio a otro y tener cuatro minutos de programa.

—¡Es un programa de tres horas!

—Pues eso. —Se levantó poniéndose su bolso en bandolera—. Este programa es mío. Yo lo ideé, yo lo dirijo por mucho que vosotros hayáis puesto la pasta. Puede que queráis sacar mucho más para sangrar el formato todo lo posible, pero será por encima de mi cadáver. ¿Algo más?

Robert apretó los labios.

—No, eso es todo —dijo con ironía.

—Chicas, ¿nos vamos a comer?

Se levantaron en el acto y la siguieron hasta la puerta.

—Este se debe pensar que somos tontas —dijo Nohemi—. Nos suelta eso de la demanda para acojonarnos y colarnos los anuncios. Menos mal que siempre estás al quite, amiga.

Robert gruñó antes de gritar —¡Te estoy oyendo!

Nohemi cogió el pomo de la puerta.

—Pues mejor. ¡Así te enteras de que a nosotras no nos tomas el pelo! —Cerró de un portazo y fue hasta sus amigas que sonrieron de oreja a oreja—. Me apetece japonés, ¿y a vosotras?

Capítulo 2

Se sacaron una foto con una de las comensales de la mesa de al lado y cuando se alejó, Kerstina cogió los palillos para comer un rollito de atún.

—¿Qué vais a hacer en Navidades? Aún quedan cinco semanas, pero tenemos que ir cuadrando las agendas. No podéis iros a la vez del programa.

—¿Lo hacemos como el año pasado? —preguntó Lyris.

—Más quisieras, guapa. Libraste toda la semana de Navidad —protestó Nohemi—. Este año quiero ir a ver a mi familia a Minnesota sin tener que ir a la carrera con aviones repletos y colas en todos los sitios. El año pasado llegué a la cena por los pelos.

—Libraste la de Año Nuevo.

—Sabes que no es lo mismo. En Año Nuevo solo están mis padres, apenas pude estar unas horas con mis hermanos antes de que se fueran, me lo perdí todo.

—Lyris este año le toca a Nohemi —dijo Kerstina terminando la discusión—. Entonces está decidido.

Nohemi se sintió culpable.

—¿Tú no quieres ir a Utah? La semana de Navidad solo trabajamos tres días. Si quieres ir a ver a tu familia, olvida lo que he dicho que puedo dirigir yo el programa.

—¿Qué familia? No sé ni como lo sugieres siquiera. —Molesta cogió su cola y le dio un sorbo mientras sus amigas se miraban.

—¿Tu hermano no te ha llamado para ir?

—Claro que me ha llamado, pero ya le he dicho que esa semana trabajo y que no me va a dar tiempo a llegar. Y aunque me diera tiempo no iría.

—¿No piensas perdonarle? —preguntó Nohemi.

—¿Perdonarle? Pues no. Como no le perdonarías tú, no me vengas con rollos. No tengo la familia idílica que quiere todo el mundo. ¿Y qué? Mejor sola que mal acompañada. Y no quiero hablar más de esto. —Se levantó y dijo—: Voy al baño.

Mientras se alejaba las amigas se miraron.

—No has debido decir nada —dijo Lyris—. Ahora se pasará todo el día disgustada porque no dejará de darle vueltas.

—Es que me da rabia. Nosotras tenemos familia, tiene que sentirse fatal en estas fechas y siempre se queda sola.

—Su madre murió en estas fechas. Y lo que hizo su hermano, yo no se lo perdonaría y tú tampoco.

Nohemi apretó los labios.

—He pensado muchas veces en ello. Si vendió la casa...

—Vendió la casa de su madre sin consultarle y utilizó el dinero para comprarse ese piso donde vive con su mujer. No solo le quitó su parte de la herencia, sino que vendió incluso los muebles y cualquier recuerdo desapareció de la noche a la mañana. Ni me imagino lo que es llegar a casa de tu madre y encontrarse a unos desconocidos. Y encima el tío le dice que ella no vivía allí desde hace muchos años, que no tenía por qué protestar. Ver que su mujer tenía en el cuello el colgante de su abuela, debió ser una auténtica puñalada en el alma y suerte ha tenido de que no le haya denunciado ni que haya hablado de ese tema en el programa. ¿Ahora quiere que vaya a pasar las Navidades? Es que es para matarle.

—Tiene un sobrino y ni lo conoce. El niño no tiene culpa de nada.

—Precisamente por eso no va, porque sabe que eso solo llevaría a discusiones y no quiere que el niño los oiga discutir. Charles se arrepentirá si no se ha arrepentido ya, pero esto ya no tiene arreglo y es mejor que no te metas porque solo la disgustas sacando el tema.

Nohemi apretó los labios.

—¿Intentarás que este año no se quede en Manhattan en Navidad y vaya contigo a tu casa? En la de mis padres no hay sitio. Con los hijos de mis hermanos, yo ya tengo que dormir en el sofá.

—Tranquila, que este año no me voy a dejar convencer, como si tengo que llevármela a rastras.

—¿Qué tienes para esta noche?

—Te toca a ti.

Nohemi la miró espantada antes de coger el móvil a toda prisa para mirar la agenda. Movié el dedo sobre la pantalla y gimió.

—¿Nos han invitado a la fiesta de cumpleaños de Lisa Fashingbauer?

—Esta mañana ha llegado la invitación. Es evidente que quiere pasarnos por los morros a su supernovio.

Nohemi entrecerró los ojos.

—Le he visto en una conferencia de prensa que ha dado esta mañana. Cómo habla, es que te derriete en cuanto abre la boca.

—¿Y de qué se trataba la conferencia?

—¿Y a quién le importa? Yo solo miraba el panorama.

Lyrís se echó a reír y en ese momento llegó Kerstina.

—¿De qué os reís?

—Te toca. —Nohemi dejó el móvil a su lado para que viera la invitación y Kerstina decidió hacerse la loca—. ¡Venga ya! ¡Te toca!

—Yo dirijo.

—Oye bonita, no se te estará subiendo el puesto a la cabeza, ¿no?

Se sonrojó.

—Qué mala leche tienes.

—Esto es un trío y las tareas se reparten a partes iguales, ese era el trato. No vale que tú siempre vayas a las funciones de teatro, la ópera y las entregas de premios, mientras nosotras vamos a las fiestas desenfundadas. También queremos hacer otras cosas.

Gimió.

—¿De veras tengo que ir a esto?

—Pues lo siento, pero ya te has escaqueado bastante.

La miró asombrada.

—¿Que yo me escaqueo? Si hago todo el trabajo duro. Llevo el peso del programa sobre mis hombros.

—Hablas a un micro, no es picar piedra. —Empujó su móvil hacia ella de nuevo—. Procura traer algo jugoso, ¿quieres? Y saca fotos, que siempre te olvidas.

—¿Qué te vas a poner? —preguntó Lyris ilusionada.

—¿El pijama?

—¿Cuándo empezaste a ser tan graciosa? —preguntó divertida.

—Ja, ja. —Cogió una tempura de gamba y se la metió en la boca—. Algo nos habrán enviado las marcas. Por cierto, ¿quién ha cogido el lote de cremas coreanas que nos enviaron antes de ayer?

Lyris se hizo la loca y ambas la miraron indignadas.

—Oye maja, eso se reparte —protestó Nohemi.

—Tenía que hacer un regalo, ¿vale? Es el cumpleaños de mi hermana y eso le encantará.

—¿Y con todo lo que nos regalan tenías que coger eso? —preguntó Kerstina.

—¿No has oído eso de que a Glory le encantará? No voy a regalarle algo que sé que no le va a gustar tanto. Quiero quedar bien.

—Le habrás quitado la tarjeta que siempre nos envían con el regalo, ¿no?

Lyris se detuvo con los palillos en alto. —Mierda.

—Ahora sí que vas a quedar bien —dijo Nohemi a punto de reírse—. Eso te pasa por rata.

—No tiene gracia.

—Ya verás esta noche en el programa —dijo maliciosa.

Jadeó:

—Ni se te ocurra decirlo.

—Sí, tú espera sentada.

—Paz, chicas. Y no dirás nada, no vaya a ser que dejen de enviarnos cosas.

—Pues tienes razón. Por cierto, entre lo que nos enviaron la semana pasada vi un vestido verde de encaje que te quedaría fenomenal con tu cabello negro, resaltaría el color de tus ojos.

—Estupendo, ya tengo vestido. ¿Creéis que encontraré algo interesante que contar en el programa?

—Tú siempre ves cosas que a los demás nos pasan desapercibidas. Seguro que le sacas miga a la fiesta.

—Menudo rollo de fiesta llena de niños ricos —dijo por lo bajo viendo cómo bailaban a lo loco en la pista de baile. Suspiró antes de llevarse la copa de champán a los labios—. Al menos el champán es bueno. —Se giró para dejar la copa en la barra y al volverse vio cómo la mejor amiga de la homenajeada se subía a la plataforma donde bailaban las gogós y lo daba todo. Esa se había pasado con las copas. Pues fotito. Disimuladamente sacó la foto y unas cuantas más.

—¿Lo pasas bien?

Se sobresaltó volviéndose para ver que Lisa estaba ante ella con una sonrisa en los labios.

—Fenomenal. Por cierto, felices veinticinco.

—Gracias, me alegro de que hayas venido. ¿Quieres que te presente a alguien?

—No, gracias. Además, no puedo quedarme mucho, hoy tengo programa.

—Vaya, es una pena. —Miró tras ella—. Oh, ahí viene Danglo. Y como siempre justo a tiempo.

Se volvió por instinto y al ver a ese tío moreno vestido con un traje de tres piezas en gris que le quedaba para morirse, sintió que se le detenía el corazón.

—Madre mía —dijo sin poder evitarlo.

—No es mi novio, ¿sabes? Es un buen amigo de mi padre. Y por cierto, quiere hablar contigo.

—¿Qué?

Lisa soltó una risita mirándola maliciosa.

—Suerte, la vas a necesitar.

Uy, que aquello tenía pinta de encerrona. Volvió la vista hacia él que perdió la sonrisa en el acto cuando Lisa la señaló. Vio cómo su rostro se transformaba mostrando que estaba furioso y sin poder evitarlo, eso la excitó muchísimo y más cuando llegó hasta ella porque el aroma de su after shave revolucionó todas sus células.

—¿Es esta? —preguntó con voz grave sin quitarle la vista de encima. Tenía los ojos grises, jamás había visto a alguien con ese color de ojos. Es que no le faltaba de nada.

—Sí, ella es Kerstina Goosby. La que opina que estás buenísimo y que eres un partido estupendo.

Se sonrojó con fuerza.

—Bueno, yo no he dicho eso exactamente. Lo dijo Nohemi, pero... —Le miró de arriba abajo sin darse cuenta—. Pero estoy de acuerdo totalmente con sus palabras.

—¿Pero qué dices? —preguntó cortante.

—¿Sabes que las fotos no te hacen justicia?

—¡Deja de hablar de mí en tu mierda de programa!

Eso la espabiló de golpe.

—Perdona, ¿qué has dicho? ¿Mierda de programa? Tú no lo has escuchado nunca. Hablas de oídas, claro. Te recomiendo...

—A mí no me recomiendes nada —siseó mosqueadísimo—. Como vuelvas a mencionarme, te meto una demanda por calumnias, injurias, intromisión a mi honor o por cualquier cosa que se les ocurra a mis abogados, ¿me has entendido?

—¿Cuándo te hemos calumniado nosotras? Encima que te ponemos por las nubes. —Asombrada miró a Lisa que sonrió maliciosa—. Esto es cosa tuya, ¿no? Por llamarte pija hace una semana.

—Eso no me ofende, me lo llevan llamando toda la vida.

—Eso no significa que esté bien —dijo él entre dientes antes de mirarla—. Te lo advierto.

—Sí, sí, ya me lo has dicho —dijo como si fuera muy cansino—. Eres un empresario de éxito,

el gurú de los negocios y solo quieres que salga tu nombre en la sección financiera del Times.

—¡Exacto!

Miró a Lisa como si fuera un desastre y esta soltó una risita.

—¿Este dónde ha estado viviendo hasta ahora? ¿En una burbuja bajo tierra?

—En Londres hasta hace dos años, que fue cuando se mudó a la gran manzana. Pero no sale mucho.

—Ah, ahora lo entiendo. Todavía no se ha aclimatado. —Sonrió a Danglo de oreja a oreja—. Por cierto, bienvenido a Nueva York. —Él iba a decir algo, pero no le dejó hablar—. Sí, lo he entendido. El que no lo has entendido eres tú, pero te lo explico encantada. Verás, como ha dicho Lisa esto es la gran manzana. El centro del mundo —dijo como si fuera algo lento—. Aquí es lógico y muy habitual que los nombres de los empresarios se mezclen con las *celebrities*. —Señaló a Lisa—. Ella lo es, ella es la noticia, tú hasta ahora eras el adosado a la estrella, ¿entiendes? Creíamos que eras un rollete más que pasaría a la historia pasado mañana, aunque a ti es difícil olvidarte, solo hay que verte. —Disfrutando del momento, ignoró que se estaba poniendo rojo de furia—. Así que vete aprendiendo que si sales con famosillas van a mencionar tu nombre. Además, no sé por qué te pones así, yo leí la noticia en internet. No fui la primera en sacarla.

—¡Bulos, solo sabéis difundir bulos!

—Chico, cualquiera estaría encantado de que ligaran su nombre a Lisa Fashingbauer. —Miró asombrada a la aludida—. ¿Te había pasado esto antes?

—No, la verdad.

—¿Ves cómo eres un poco raro?

—¿Raro yo? —preguntó ofendido.

—Claro, si le das importancia. —Se quedó de piedra—. Leche, ¿no estarás casado? A tu mujer le ha sentado fatal, ¿no es cierto?

—¿Ahora me haces una entrevista? —preguntó con voz lacerante.

—Es que contigo no se puede hablar. —Dio un paso hacia él—. ¿Estás casado? —Al ver que entrecerraba los ojos sonrió del alivio—. No estás casado.

—Eso no lo sabes.

—Si lo estuvieras, hubieras dicho que sí. Vale, aclararé que no tienes ninguna relación con Lisa. Por cierto, ¿quieres una cita? Te enseño la ciudad, que es evidente que la has visto poco y te pongo al día de cómo son las cosas por aquí.

—¿Qué pasa? ¿Has visto pasar al Lamborghini, Kerstina? —dijo sorprendiéndola—. Pues no, no quiero una cita. No saldría contigo ni muerto porque no tienes escrúpulos, ni educación, ni clase. Con suerte podrías salir con un Toyota, así que es mejor que llames al de los espaguetis.

Se volvió dejándola con la boca abierta y Lisa se puso a su lado.

—Ha oído tu programa.

—Ajá. —Reaccionando la miró—. ¿Por qué está tan cabreado?

Lisa chasqueó la lengua.

—Una mala experiencia con la prensa en el pasado. Tenía una novia en Londres, estaban

comprometidos y esta le puso los cuernos, salió en todos los periódicos. Fue bastante humillante, como lo que tú hiciste ayer mismo con ese actor de poca monta. Se ha puesto en el lugar de su mujer, y no sales muy bien parada.

Jadeó.

—¡Pero si los cuernos están a la orden del día! —Entonces se dio cuenta de todo lo que él había dicho—. Me ha rechazado de pleno, ¿no?

—Totalmente. ¿No te quedó claro cuando dijo ni muerto?

—Bah, esas son cosas que se dicen.

—Danglo no. Según mi padre es el hombre con más palabra y más recto en los negocios que ha visto jamás. Le encanta, de hecho todos están encantados y locos por asociarse con él. Va a llegar muy lejos. Así que vete olvidándote del Lamborghini.

—Oye, maja, que tú también quieres uno así.

—¿Acaso no lo queremos todas? Pero no abundan y solo unas pocas seremos las afortunadas. —Riendo se alejó.

Kerstina miró hacia la puerta por donde había salido y respiró hondo.

—Pues yo no me voy a conformar. —Cogió su copa de champán y se la bebió de un trago—. Ánimo Kers, tú puedes.

Llegó a la emisora y entró en la pecera como una tromba sorprendiendo a sus amigas.

—Chicos, la jefa ha llegado —dijo Lyris—. ¿Qué tal el cumple de la chica más afortunada de Nueva York?

—Ahora os cuento. —Dejó su abrigo en el respaldo de la silla y se sentó.

—Chica, que modelito te has puesto —dijo Nohemi guiñándole un ojo—. ¿Es de Lassiter?

Se puso los cascos siguiéndole el rollo para dar publicidad al diseñador.

—Sí, amiga. Lassiter ha sido muy amable y me lo ha enviado para que lo luzca.

—Y te queda muy bien.

—Gracias. Chicos, podréis ver algunas fotos de la fiesta en las redes de la emisora. —Se adelantó—. Ahora vamos a la fiesta. No os vais a creer lo que me ha pasado —dijo excitadísima.

—¿El qué? —preguntaron a la vez.

—La fiesta no estuvo mal, de hecho, hasta había alguna gogó interesante, pero la velada se animó del todo cuando llegó Danglo Brearley.

—El nuevo novio —dijo Nohemi entregada.

—¿Cómo es? ¿Cómo es? ¿Es tan guapo en persona?

—¿Guapo? Decir guapo es poco. Tiene un porte, una elegancia con ese traje hecho a medida que me llevaba y tiene unos ojos... Dios, tiene unos ojos que os morís del gusto. Eso por no hablar de que le tienes al lado y sientes que te derrites de lo bien que huele.

—Anda ya —dijo Nohemi antes de reír—. No puede ser para tanto.

—Debe ser poco fotogénico porque no lo entiendo. ¡Menudo hallazgo, chicas! —gritó al micro emocionada.

—Es que la cámara no transmite muchas cosas —dijo Lyris—. Cuéntanos más.

—Oh, bueno, la invitación a la fiesta de Lisa fue toda una encerrona porque querían echarme la bronca.

—¿Y eso por qué? —preguntó Nohemi ofendida.

—Por hablar de él cuando es un empresario serio y responsable. No quiere que su nombre se relacione con este tipo de prensa —dijo con burla—. Y lo dijo de una manera que parecía que éramos asesinas en serie, de veras. —Sonrió maliciosa acercando los labios al micro—. Danglo, querido, te voy a dar un consejo, si no quieres salir en este tipo de prensa no vayas a fiestas con el tipo de gente de la que hablamos. Pero en Nueva York eso es difícil, ¿no? Somos una comunidad muy pequeña. En una fiesta se mezclan artistas, actores y *celebrities* con empresarios, es muy difícil separarlos. Esta increíble ciudad es así, de manera que vete acostumbrándote a que hablen de ti.

—Ahora sí que van a hablar —dijo Lyris antes de soltar una risita—. Le has metido de lleno en el juego.

—¡Le estoy dando la bienvenida a la ciudad! —exclamó haciéndolas reír—. Por cierto, tengo que aclarar que no tiene ninguna relación con Lisa Fashingbauer. Sus padres trabajan juntos, eso es todo. Así que se ha abierto la veda, chicas. ¿Quién busca un Lamborghini? —Sus amigas abrieron los ojos como platos—. Pues aquí hay uno recién salido de fábrica que está listo para que lo monten. —Se echaron a reír a carcajadas mientras ella levantaba la mano mirando hacia su equipo para que metieran publicidad—. Y chicas, os aseguro que el repostaje debe ser una experiencia única. —Bajó el brazo y sonrió—. ¿Qué os parece?

—Que la centralita se va a colapsar recibiendo llamadas para averiguar dónde pueden encontrarle —dijo Nohemi divertida.

—¿Es para tanto? —preguntó Lyris.

—Y más. ¡Si me estaba poniendo verde y estaba deseando llevármelo a la cama!

—¿Entonces si lo quieres para ti por qué haces todo esto? —preguntó Nohemi confundida.

—Porque le he pedido una cita y me ha dicho que me busque un Toyota, por eso.

—Uy, qué feo —dijo Lyris.

—Este se va a enterar.

Se escuchó la voz de Caroline.

—Tres, dos, uno...

—Y ya estamos aquí de nuevo —dijo al micro. Escuchó cómo vibraba su móvil y al mirar vio un número desconocido, así que le hizo un gesto a Nohemi para que continuara.

—Y ahora vamos a hablar del último libro de Jake O'hara. Lyris, ¿qué te ha parecido?

Mientras su amiga hablaba ella salió de la pecera y se puso el teléfono al oído.

—¿Sí?

—¡Retráctate ahora mismo! —gritó Danglo muy exaltado.

Apartó el móvil haciendo una mueca mientras él no hacía más que pegar gritos diciendo que les iba a meter una demanda que se iban a cagar, que cuando acabara con ellas acabarían bajo un puente y cosas de ese estilo. Uy, menudo cabreo tenía. Respiró hondo y se puso el teléfono al oído.

—Ya ha pasado, venga, ahora a la cama que ya es muy tarde —dijo como si fuera su madre. Colgó el teléfono y soltó una risita antes de entrar—. Menudo cabreo tiene.

Sus amigas rieron y ella se sentó tras el micro.

—Perdonad chicos, pero estaba contestando una llamada de nuestro soltero favorito y está algo inquieto con la situación. Así que cuando le veáis ser delicadas, que es algo sensible.

Se partieron de la risa y limpiándose las lágrimas Kerstina tuvo que continuar el programa.

—Bueno, ¿entonces te ha gustado el libro, Lyrís? ¿Lo recomendarías?

—Totalmente, el autor ha logrado que me sumerja en la historia y no he podido dejarlo hasta que se terminó.

—¿Tú qué opinas, Nohemi?

—Sí, me ha gustado mucho. Ese libro será todo un best seller.

—Opino lo mismo, así que ya sabéis, chicos. Ir a la librería y echarle un ojo, seguro que no os defraudará.

—Oh, quería recomendar otro —dijo Lyrís.

—Dime.

—Se llama Dueña de tu sangre, no recuerdo el nombre de la autora, pero me ha encantado. Es de vampiros, si os gusta la temática lo recomiendo.

—Tendré que leerlo. —Las tres reprimieron la risa cuando su móvil empezó a vibrar de nuevo—. ¿Lo oís, chicos? El soltero está volviendo a llamar. —El móvil dejó de sonar en el acto y se echaron a reír—. Sí, más te vale que nos dejes continuar el programa. ¿Algún musical interesante? ¿Habéis visto algo en la sesión de tarde?

Capítulo 3

El móvil no dejaba de vibrar y gruñó alargando la mano para cogerlo de la mesilla. Al ver la hora juró por lo bajo y se puso el teléfono al oído.

—¡Robert que no son horas, sabes que no me levanto hasta las once y son las ocho de la mañana!

—¡Ahora sí que la has liado! ¡El pijo ese te va a denunciar por acoso!

Parpadeó.

—¿Qué has dicho?

—¡Sus carísimos abogados han llamado a la emisora y ellos me han llamado a mí! ¡Al parecer ya han presentado la denuncia! ¡Esos capullos han debido trabajar toda la maldita noche para regalarnos esto por la mañana!

Se sentó de golpe.

—¿Cómo que acoso? Yo no he acosado a nadie.

—Pero las has incitado, Kerstina. De hecho, ya hay varias mujeres ante la puerta de su casa como si fuera una estrella de cine.

Soltó una risita.

—¿De veras?

—¡No tiene gracia, joder!

Intentó ponerse seria.

—No, claro que no.

—Uno de los abogados al parecer ha denunciado que una de las vecinas de Brearley no ha dejado de llamar a su puerta en toda la noche. ¡La han detenido!

—Leche.

—¿Te das cuenta de la que has organizado? ¡La prensa está como loca!

—Hay pocas noticias interesantes, ¿eh? —Apartó las sábanas y dijo como si nada—. ¿Quieres que le llame?

—¡Ni se te ocurra! —gritó de los nervios.

—Amigo, te va a dar algo.

—Joder, siempre me liais cosas así, no se puede vivir tranquilo. Ni se te ocurra hablar con él ni acercarte a diez millas, ¿me has entendido? En una hora reunión aquí con los abogados.

—Si no hay más remedio.

—¡Claro que no!

—¿Llamo a las chicas?

—Ya las llamo yo —dijo con voz de querer pegarles cuatro gritos.

—¡Eh, que ellas no han hecho nada! —Su productor ya había colgado y suspiró—. Estos hombres... siempre complicando las cosas. —Pulsó el número de Danglo que ya tenía bien grabadito y se puso el teléfono al oído.

—Brearley —dijo fríamente.

—Qué exagerado eres.

—Prepárate para la que te va a caer encima.

—Yo no he hecho nada —dijo divertida—. Fui invitada a esa fiesta y cuando se me invitó sabíais perfectamente que yo lo comentaría en la radio, porque es mi manera de actuar. Me invitan a eventos y yo los comento, es mi trabajo.

—¡Tu trabajo no es tirarme encima a todas las desesperadas de Nueva York!

—¿Yo he hecho eso? —preguntó inocente.

—Te juro que si te tuviera delante...

—¿Eso es una amenaza? Deberías tener cuidado, Danglo. Puedo estar grabando esta conversación. Al fin y al cabo, soy periodista.

—O te retractas o pienso hundirte, eso te lo juro por mis muertos.

—Uy, uy, qué feo, que feo eso que me has dicho. Menos mal que tengo la piel muy dura, años de experiencia en esto. Mira, tú retiras la demanda como un niño bueno y yo seré benevolente.

—¿Cómo has dicho?

—Tengo redes sociales —le explicó como si él tuviera tres años—. Y más de un millón de seguidores. ¿Quieres a todos aporreando tu puerta? Creo que no.

—La madre que te...

Chasqueó la lengua.

—Venga, vamos a olvidarnos de todo y pelillos a la mar. ¿Quedamos esta noche? Hoy es sábado y no trabajo.

—¿Me estás chantajeando para que salga contigo? —preguntó pasmado.

—Qué mal pensado eres, solo es una manera de fumar la pipa de la paz.

El sonido del teléfono le indicó que había colgado y soltó una risita.

—Para que veas que la del Toyota de tonta no tiene un pelo. —Miró el armario—. A ver qué me pongo para salir bien en las fotos.

Vestida con un pantalón blanco y un abrigo a juego, salió del taxi. Sus compañeros se tiraron sobre ella.

—Tranquilidad, chicos, que no pasa nada.

—¿Estás dispuesta a enfrentarte a Brearley en los tribunales?

—No vamos a llegar a ese extremo. Tengo la total confianza de que el señor Brearley será razonable. Es un malentendido, eso es todo. A muchas mujeres les dicen a diario que son atractivas en cientos de plataformas distintas y tampoco es para tanto. ¿Acaso no puede decirlo una mujer de un hombre? Eso es algo machista, ¿no? —Caminó hacia la entrada.

—Pero tú has dicho que se ha abierto la veda.

—Es una manera de hablar. Yo no tengo la culpa de que varias mujeres de Nueva York no sepan cómo tienen que comportarse cuando quieren conquistar a un hombre. —Sonrió a las cámaras que la fotografiaron como locos—. Pero os digo algo, ¿acaso las mujeres no pueden dejar claro cuando les gusta un hombre? ¿Eso es acoso? Los hombres lo llevan haciendo desde que el mundo es mundo. Deberíamos pensar en ello.

—¿Cuál es la diferencia entre expresar cuanto te gusta un hombre y el acoso? —preguntó una compañera.

—¿No es evidente? Chicas, si sale corriendo no le persigáis, se os estropearán los tacones. —Entró en la emisora mientras se reían y le guiñó un ojo al portero—. Jim, ¿aquí en sábado?

—Qué se le va a hacer, me ha tocado pringar.

—¿Están arriba?

—Esperando impacientes.

—Pues vamos allá. Menos mal que me he tomado un buen café.

—Usted puede con todo, señorita Goosby.

—Eso intento. —Entró en el ascensor y pulsó el último piso. En ese momento sonó su móvil y suspiró cogiéndolo—. Sí, ya subo.

—El macizo está aquí —susurró Lyris.

Se le cortó el aliento.

—¿De veras?

—Está discutiendo con Robert. Ven con la escopeta cargada, que este tira a dar.

—Tranquila.

—Sí, mamá, hoy no podré ir a comer —dijo su amiga bien alto antes de colgar.

Sonrió y guardó su móvil en el bolso justo antes de que las puertas se abrieran. Fue directamente hasta la sala de reuniones de la directiva porque suponía que estaban allí y escuchó las voces antes de dar la vuelta a la esquina, para ver a través de los cristales a todos allí de pie, discutiendo los unos con los otros. Había cuatro hombres que no conocía. Cuatro abogados, era evidente que iba a por todas.

Como si supiera que estaba allí, Danglo se giró provocándole un vuelco al corazón y ella con descaro le guiñó un ojo.

—¿Habéis visto eso? —gritó indignado mientras Kerstina entraba en la sala.

—Buenos días a todos.

Robert, muy tenso dijo:

—¿Por qué no nos sentamos? ¿Alguien quiere un café?

—¡Déjese de cafés! —gritó Danglo demostrando que siempre era quien mandaba.

Kerstina se sentó como si nada.

—Qué buen día hace, ¿verdad? —Sus amigas flanqueándola rieron por lo bajo.

—¿Os parece gracioso? —preguntó Danglo con voz lacerante—. ¡Una loca me ha despertado a las tres de la mañana!

—Uy, has debido dormir poquísimo porque si escuchaste el programa hasta las dos...

—¡Por supuesto que no he escuchado tu mierda de programa hasta las dos!

—Mentirosillo. Tranquilo, que si te menciono de nuevo será antes de las doce, que tienes que dormir. Tu trabajo es muy serio y necesitas tus horitas de descanso. Eres un empresario responsable, solo hay que verte.

—Muy amable —dijo con sorna antes de mirar a sus abogados—. ¡Haced algo!

—Como no desista de su actitud, nos veremos obligados a hablar con la fiscalía para que aumente los cargos.

—¿Y qué cargos serán esos? —preguntó Robert muy serio.

Rojos como tomates, los abogados se miraron los unos a los otros.

—Pues acoso y...

Se echó a reír, no pudo evitarlo y él la miró como si quisiera descuartizarla.

—Les va a estallar la cabeza de tanto pensar —dijo Nohemi haciendo que riera más alto.

Danglo entrecerró los ojos.

—Te juro que esto lo vas a pagar.

—Creo que ha llegado el momento de que negociemos. ¿Qué tal si lo hacemos en la cena?

Él apoyó las manos sobre la mesa.

—Cuando acabe contigo no verás más micro que el del supermercado donde trabajes para decir que se limpie el pasillo tres.

—Muy gráfico. ¿Sabes lo que son las redes sociales? Puedo subir videos.

Golpeó la mesa con ambas manos sobresaltándolas y le miraron con los ojos como platos. —Esto no se acaba aquí.

—Claro que no, si queda mucha historia por delante. —Apoyó los codos sobre la mesa, comiéndoselo con los ojos—. ¿Te gustan los niños?

—¿Qué?

—Debe ser mi reloj biológico, que desde ayer no hace más que dar la alarma.

—¿Y no será que suena para que te tomes la medicación?

Se echó a reír.

—¡Si tienes sentido del humor! Es que eres perfecto.

Entrecerró los ojos antes de ir hacia la puerta, pero se detuvo en el vano para mirarla, lo que a ella le dio una alegría inmensa. Juró por lo bajo antes de salir y los abogados carraspearon.

—Será mejor que nos vayamos.

—Disculpen, ¿ustedes a cuánto cobran la hora?

La fulminaron con la mirada antes de salir de allí y su abogado se sentó ante ellas suspirando antes de mirar a Robert.

—Es que ni sé qué decir.

—Pues no digas nada —dijo Lyris sonriendo de oreja a oreja—. Para el caso que te va a hacer. —Se acercó sobre la mesa—. Es que aquí mi amiga se ha enamorado.

—No me he enamorado. —Miró a una y luego a la otra—. ¿Esto es estar enamorada? —Ambas asintieron e impresionada, apoyó la espalda en el respaldo de la silla—. Pues es la leche.

—Es que es novata en el tema —explicó Nohemi.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Lyris mirando al abogado atentamente.

—Estoy casado.

—¿Te llamas así?

—Pero bueno, ¿a vosotras qué os pasa? —preguntó Robert enfadadísimo.

—Pues no sé —dijo Lyris—. Es que ya tenemos veintisiete años y...

—¡No me cuentes tu vida!

—Uy, qué borde.

—¡Oye, a Lyris no le hables, así que siempre es amable con todo el mundo! —dijo Nohemi con mala leche.

—Lewis, dinos a qué nos exponemos ahora.

El abogado suspiró.

—He hablado con el fiscal que es amigo mío y me ha hecho el favor de contestar mi llamada aun siendo sábado.

—¿Quieres que te demos una medallita? —preguntó Nohemi—. Al grano hombre, que es mi día libre.

Lewis gruñó.

—Pues el fiscal ha dicho que no puede responsabilizarla de lo que hagan cuatro locas. Literal.

—¡Bien! —exclamó encantada de la vida.

—Pero...

—Había un «pero» —dijo Lyris

—Pero como sigas animándolas por la radio, sí que presentará cargos por acoso. Una cosa es hacer un comentario y otra estar machacando con el tema todo el día. Así que estás advertida. La productora te prohíbe que hables del señor Brearley de ahora en adelante. Es más, si por un milagro del universo se convierte en presidente de los Estados Unidos, tú ni pío.

—Pero si hablo de alguien en general, sin decir específicamente su nombre.

Robert puso los ojos en blanco y Lewis lo pensó.

—Entonces sería problema suyo por darse por aludido, supongo. —La señaló con el dedo—. Pero nada de decir una sola letra de su nombre.

—Tranquilo, que tengo recursos para evitar nombrarle.

Sentadas a la mesa del restaurante dieron las gracias al camarero cuando les puso los platos de pasta delante.

Mientras Nohemi hablaba de una obra que iba a ver esa tarde, Kerstina se dio cuenta de que Lyris no participaba en la conversación y al mirarla de reojo era evidente su preocupación. —No le des más vueltas.

Nohemi la miró sin comprender antes de girar la cabeza hacia Lyris.

—¿Qué te pasa?

—Que Robert ha hablado con ella antes de irnos y la ha asustado. Es eso, ¿a que sí?

—Ha dicho que después de lo que sucedió conmigo en el cine, esto es demasiado y los de arriba se están pensando cancelarnos.

Kerstina se quedó de piedra.

—¿Qué has dicho?

—Al parecer como no queremos más anunciantes y damos tantos problemas...

—Leche —dijo Nohemi—. ¿Será un farol? ¿Tenemos ofertas de otras emisoras por si tenemos que largarnos?

Apretó los labios.

—En Nueva York no.

—Genial. —Nohemi se dejó caer en el respaldo de la silla—. Esto no me gusta.

—No tenemos ofertas en Nueva York porque saben que la KHMx es la que paga mejor, no pueden superar su oferta. Pero en cuanto nos echen, si es que nos echan, recibiremos muchas ofertas.

—¿Estás segura de eso?

—Claro —dijo intentando aparentar que estaba convencida de lo que decía, aunque no lo estuviera tanto. Sus amigas la conocían demasiado bien como para tragárselo—. No va a pasar nada. Tenemos más anunciantes que nunca y eso es dinero.

—Pues habrá que darle algo a los jefazos para que estén contentos con nosotras, aunque sigamos haciendo lo que nos venga en gana —dijo Nohemi.

—¿Más anunciantes?

—Si hay que tragar se traga, además nosotras también ganaremos más y más vale pájaro en mano que ciento volando. Si nos echan después que al menos sea con el bolsillo lleno.

Suspiró. No estaba muy contenta con eso. Llenar su espacio de anuncios la ponía de los nervios. A veces había que interrumpir conversaciones muy entretenidas o entrevistas con algún invitado por ellos y lo odiaba, pero al parecer no le quedaba otra si quería mantener el formato por el que había luchado tanto. Los de arriba podían tocarle mucho las narices si querían, incluso puede que les dieran el finiquito por pura cabezonería, aunque salieran perdiendo. Sí, tenían que contentarles de alguna manera porque no querría perder el programa por nada del mundo. Había trabajado muchísimo para conseguir lo que tenían como para perderlo ahora cuando habían llegado tan lejos.

—Está bien. —Sus amigas sonrieron aliviadas—. Pero quiero una hora más.

Dejaron caer la mandíbula del asombro.

—¿Estás loca? Ya emitimos tres horas, cinco días a la semana —dijo Nohemi.

—Pues quiero otra, quiero empezar a las diez.

—A las diez todavía no han terminado los eventos más importantes. Decidimos que sería a las once precisamente por eso y muchas veces alguna de nosotras ni ha llegado para el inicio del programa.

—Una hora más son más anunciantes, más ingresos para nosotras —dijo Lyrís. Entrecerró los ojos—. Además, si nos dan una hora más eso significa que nuestro puesto estará asegurado una temporada. No van a hacer el cambio para nada.

—Podríamos hacer una sección nueva —dijo Nohemi—. ¡De llamadas!

—No, eso está muy visto —protestó Lyrís.

—Lyrís tiene razón. Tiene que ser algo que no haya hecho nadie.

—¿Y si los oyentes nos cuentan anécdotas algo subidas de tono? —preguntó Lyris—. Podemos hacerlo en el último tramo del programa para subir audiencia, que ahí es donde pinchamos.

—No sé. ¿Y si se pasan tres pueblos? —preguntó Noemí.

—Eso le dará vidilla al programa —dijo Kerstina. Enrolló sus espaguetis pensando en ello—. Sí, podría funcionar, pero no quiero centrarlo solo en el sexo. Que nos cuenten sus vidas, pero sin consejos sentimentales como tantos otros programas. Anécdotas que nosotras podemos sugerir como qué locura has hecho por amor.

—Me gusta —dijo Lyris.

—Y podemos dar un premio a la anécdota del mes. Una cesta con los productos que nos regalan. Podemos conseguir el ganador a través de la aplicación del programa.

—Sí. —Nohemi sonrió—. Me gusta.

—Pero no podemos usar una hora en ello. Quizás dos o tres anécdotas por programa, pero la otra media hora...

—¿Las comentamos? —preguntó Lyris. Abrió los ojos como platos—. Podemos hablar de las historias de amor más bonitas del mundo desde el principio de los tiempos, ya sean reales o ficticias antes de que empiecen las llamadas. Como una introducción que comentaremos entre las tres.

—Me encanta —dijo Nohemi—. Incluso podemos consultar con algún historiador que nos guíe para que los hombres no desconecten. Y la contamos a nuestra manera.

Kerstina sonrió.

—¿Entonces estáis de acuerdo?

—¡Sí! —contestaron a la vez.

El lunes por la mañana Robert parpadeó.

—¿Qué?

—¿No me he explicado bien? —preguntó Kerstina asombrada mirando a sus amigas.

—Te has explicado perfectamente —dijo Nohemi—. Es este que todavía no se ha despertado. ¡Espabila!

La miró como si quisiera soltar cuatro gritos y Nohemi sonrió con descaro.

—¿De veras queréis una hora más?

—Sí —contestaron a la vez.

—¡Y cómo voy a proponer esto a los de arriba!

—Perdona, ¿pero no forma parte de tu trabajo? —preguntó Nohemi con chulería—. ¡Pues al tajo!

—Os estamos dejando que pongáis más anuncios —dijo Lyris—. Tenéis que darnos algo a cambio.

—No aceptarán que le quitemos espacio a Rosaura. Su espacio de psicología tiene mucha audiencia. —Lyris y Nohemi bostezaron haciendo que Kerstina retuviera la risa—. ¡Hablo en serio!

—¿Quieres que nos pongamos serías? —preguntó Kerstina mirándole a los ojos—. Pues somos así, jamás nos tomamos nada en serio y por eso tenemos tanto éxito. Si Rosaura tiene audiencia a las diez, es porque nuestra audiencia enciende la radio antes de tiempo y no tienen más remedio que escucharla hasta que llegamos nosotras. ¿Y sabes por qué lo sé? Porque en su primera hora solo la escucha su madre y ahí están los números que lo certifican.

Robert gruñó.

—Están cabreados con vosotras.

—¿Y no se les pasa el cabreo con los diez millones de dólares que nos darán de más los anunciantes?

—Y aparte de nuestro porcentaje por anunciantes, queremos un aumento de cinco mil más a la semana —dijo Nohemi decidida—. Ganamos más dinero, queremos más dinero.

Robert suspiró levantándose para ir hasta la neverita y sacar una cola light. Sus amigas le miraron el trasero y ahí fue donde se dio cuenta de que Danglo la había afectado más de lo que pensaba, porque antes no hubiera perdido la oportunidad de contemplar un buen trasero. Suspiró, estaba deseando empezar el programa a ver si le provocaba un poquito y daba señales de vida.

—¿Queréis? —preguntó su productor señalando la bebida.

—Robert no le des más vueltas.

—Están pensando en cancelar el programa —dijo sentándose ante ellas.

Kerstina separó los labios de la impresión.

—¿Lo que le dijiste a Lyrís no era un farol?

—Al contrario que vosotras, yo sí que me tomo las cosas en serio. El señor Grand está chapado a la antigua y su primo no digamos. Todas estas gracietas que hacéis en el programa les ponen de los nervios y si os toleraban es porque dais pasta. Pero si con estas bromitas vais a poner en entredicho la profesionalidad de la emisora, se acabó.

Llevaban cuatro años en la emisora dando números récord y cuando lo necesitaban no las apoyaban.

—¿Qué les haría cambiar de opinión? —preguntó con rabia—. ¿Una disculpa pública a Danglo?

—Eso ayudaría. También que situaciones como las del cine y lo que ha pasado con Brearley no se repitieran. Han ocurrido seguidas y las consideran muy graves.

—Danglo les ha llamado, ¿no?

—El señor Grand era muy amigo de un mentor suyo que al parecer ya no está entre nosotros. Por lo visto jugaban juntos al tenis cuando podían sostener una raqueta.

—Mierda —dijo Nohemi por lo bajo.

—El señor Brearley odia a la prensa y no es la primera vez que usa su poder para que ni le mencionen. Tengo un amigo en el Post que hace un año le sacó unas fotos en una cena. Iba con una rubia. También le sacó fotos al salir del restaurante y como le ordenó que las borrara, las subió a las redes del periódico sin consultar. Para asegurar la noticia, ya sabéis. El tío ahora está en la cola del paro. —Las tres jadearon—. Su editor puso la excusa de que las había publicado sin su consentimiento.

—No estaba allí por él, ¿no es cierto? —preguntó Kerstina—. Ella era famosa.

—Monique Randall.

—Una actriz de teatro de primer nivel —dijo Lyris.

—¿Pero a este tío qué coño le pasa? ¿Sale con famosas y pretende que no le saque la prensa?

—Nohemi no salía de su asombro.

—Es un firme defensor de su privacidad. Si ella es famosa o no le da lo mismo, él es libre de elegir cuando sale en la prensa y para qué —explicó Robert.

—Así que solo quiere utilizarnos para sus negocios. —Kerstina apretó los labios—. Pues yo le voy a demostrar que estamos aquí para muchas otras cosas.

—¿Kers? —dijo Lyris preocupada.

—Tranquila, que me acabo de dar cuenta de que en verdad todo es un farol. Solo quieren intimidarnos para que estemos calladitas.

—¿Pero qué dices? —dijo Robert—. Te he dicho la verdad.

—¡A ti también te la han colado, idiota! —Se levantó—. ¿Y sabes por qué sé que no nos echarán? ¡Porque quieren más pasta y hacen todo esto, precisamente por eso, para plegarnos a sus deseos! ¡Son unos ratas que solo se mueven por el dinero y no nos pagarían la indemnización por despido ni muertos! ¡Y es una indemnización muy cara, si cancelan el programa antes de que se cumpla nuestro contrato en seis meses, nos tienen que pagar siete millones a cada una!

Sus amigas separaron los labios de la impresión.

—¿Qué? —preguntó Nohemi.

—En la última renovación insistí en esa cláusula para evitar precisamente esto, que nos presionaran para cambiar el formato con exigencias estúpidas. Nosotras no podríamos irnos, pero ellos no podían interferir, solo podían despedirnos. Y los viejos firmaron encantados mientras los ojos se les salían de las órbitas con las cifras que dábamos. ¡Las más altas de la historia de la emisora! —Se puso la correa del bolso en el hombro—. ¿Y ahora no nos apoyan con toda la pasta que les hemos dado a ganar? Que nos echen si tienen huevos. Cobraremos los siete millones cada una. ¿Quieren jugar duro? Pues a ver quién gana.

—¿En el contrato sale eso? —preguntó Lyris asombrada antes de mirar a Nohemi.

—La última vez que firmo un contrato sin leerlo.

—Ya estoy yo aquí para cuidar de vuestros intereses —dijo cabreadísima—. ¿No nos quieren dar la hora de más? Pues no hay más anunciantes, ellos verán.

Robert apretó los labios.

—¿Sabes que en el contrato también hay una cláusula que os hace responsables de todo lo que digáis en el programa y que cualquier demanda a la que os enfrentéis por vuestros comentarios no debe afectar a la emisora?

—He hablado con mi abogado esta mañana —dijo Kerstina apoyando las manos sobre su mesa—. Al enviar al abogado de la emisora el otro día, admitieron que son corresponsables. Hay precedentes jurisdiccionales.

—Yo insistí en que viniera el abogado de la emisora.

—Pues mal hecho. Ahora, si caemos nosotras, caeréis vosotros también. —Sonrió de oreja a

oreja—. ¿A qué la hora de más y el aumento de sueldo ya no te parece tan mal? Porque si estamos cabreadas durante estos seis meses que nos quedan de contrato, pueden caer encima muchas demandas.

—No habrá juez que os dé la razón.

—Eso ya lo veremos. Dile a Lewis que le eche un vistacito al contrato, seguro que le parece de lo más interesante. —Se enderezó—. Espero noticias antes de que empiece el programa de esta noche. Si no ateneos a las consecuencias porque pensamos hacer lo indecible para que nos echéis y cobrar nuestros siete millones.

—¡En seis meses estaréis en la calle sin un solo dólar! —gritó él levantándose.

—¿Seis meses? Cuando llegue el momento tendremos ofertas a patadas de otras emisoras.

Sus amigas fulminaron a Robert con la mirada antes de seguirla y Nohemi iba a salir cuando gritó:

—¡Capullo!

Al llegar al ascensor, Kerstina pulsó el botón de llamada con un golpe seco y miró a sus amigas.

—Por Dios, decirme que he hecho bien.

—Tenemos que hacer que nos echen —dijo Lyris a toda prisa.

—Eso puede perjudicar nuestra reputación. —Nohemi entrecerró los ojos—. Pero no hablemos de esto aquí. Vayamos a mi casa, que es la que está más cerca. Esto no debe escucharlo nadie.

Entraron en el ascensor y Lyris pulsó el botón del bajo.

—Siete millones. ¿Por qué no nos lo dijiste? —preguntó asombrada.

—No me había dado cuenta de que no sabíais nada hasta la comida del sábado cuando te vi tan asustada por perder el programa. ¡Os di el contrato para que lo leyerais, creía que lo habíais hecho!

Sus amigas se sonrojaron con fuerza.

—Te tenemos a ti —dijo Nohemi.

—Por Dios, Nohemi.

—Vale, es culpa mía.

—¿Entonces por qué dudabas el otro día? —preguntó Lyris—. Vi tus dudas, te conozco muy bien y temías que nos quitaran el formato.

—Por la cláusula que mencionó Robert. Temía que pudieran utilizarla para echarnos sin la pasta.

—Por eso esta mañana has ido al abogado. —Lyris suspiró del alivio—. Bien, ahora estamos en guerra con los jefes. O ceden y nos dan lo que queremos o tendremos que entrar en batalla.

—Todo por ese cabrito de Brearley —siseó Nohemi.

—Y no se va a quedar ahí —dijo Kerstina.

Sus amigas la miraron sin entender.

—No nos puede demandar —dijo Lyris.

—Pero sí puede comprar la emisora.

Asombradas preguntaron:

—¿Qué?

—Lo vi en su mirada cuando se fue el otro día de la sala de juntas. Quiere venganza porque en nuestros dos enfrentamientos ha perdido claramente y no es un hombre al que le guste perder. Si no nos echan los jefes, hará lo que sea para echarnos él. Así que hará una oferta. Si es sustanciosa, ¿creéis que los viejos no venderán? Así se quitan problemas. Que haya llamado a Grand me dice que no va a dejar las cosas como están y ya está planeando su estrategia.

—Daré igual, tendrá que respetar el contrato —dijo Nohemi mosqueada.

Sonrió maliciosa.

—Exacto.

Sus amigas la miraron con desconfianza.

—¿Qué te propones? —preguntó Lyrís.

—Lo hablaremos en casa de Nohemi, como ha dicho es mejor no hablarlo aquí.

Capítulo 4

En su despacho revisaba las notas del programa cuando la puerta se abrió. Apuntando distraída algo que quería que Nohemi desarrollará dijo:

—Lyris, ¿te has leído el libro que nos recomendó Robert la semana pasada?

Al no recibir respuesta levantó la vista y no pudo disimular su sorpresa al ver a Danglo allí con un traje azul que le quedaba de muerte.

—Al parecer trabajas —dijo él.

—Más de lo que me conviene —dijo aún impresionada. Se levantó mostrando su vestido de punto negro que resaltaba el color de sus ojos—. ¿A qué se debe esta visita? ¿Vienes a disculparte?

Eso pareció hacerle gracia.

—¿Disculparme yo?

—Un poco exagerado, ¿no?

La miró fríamente.

—Si hubieras pasado por lo mismo que yo, no dirías eso.

—Lo he leído. —Cogió un expediente y lo tiró sobre la mesa. Varias hojas salieron de la carpeta mostrando fotos de su prometida besando a otro—. Es evidente que necesitas un agente de prensa. Por favor, siéntate.

Él apretó los labios y pensó que iba a rechazarla de nuevo, pero se abrió la chaqueta y se sentó. El corazón de Kerstina casi chilla de la alegría y cerró la puerta. Al volverse vio cómo miraba la carpeta y deslizaba los folios para ver toda la documentación que había recopilado en internet.

—Un trabajo estupendo, ¿piensas utilizarlo?

—No tengo tan mala leche —dijo acercándose a él y sentándose en la silla de al lado—. Menudo circo se montó, ¿no?

—Era hija de un miembro del parlamento. Su padre dimitió, lo que ocasionó un auténtico escándalo.

—Sí, lo he leído.

—¿Y has leído que su madre se suicidó?

Se le cortó el aliento.

—No, eso no lo he leído, en la prensa se publicó que fue un infarto.

—La destrozaron. Su marido perdió el empleo por presiones del partido, la reputación de su hija quedó por los suelos, a mí no dejaban de acosarme como a ella y no lo soportó. Se tomó un bote de pastillas y su propia hija la encontró por la mañana.

Se llevó la mano al pecho de la impresión.

—Dios mío. ¿Por eso te fuiste de Londres y regresaste a los Estados Unidos? He leído que eres de Washington, que tu familia era de allí.

Él asintió.

—Llevo aquí dos años. No pienso consentir que nada ni nadie de los que me rodean vuelvan a pasar por algo así.

—Lisa lo busca —dijo indignada—. Ella misma llama a la prensa. En su cumpleaños había al menos tres fotógrafos.

Danglo apretó los labios.

—Eso no significa que yo quiera ese tipo de publicidad.

Después de lo que había ocurrido lo entendía perfectamente. Kerstina entrecerró los ojos.

—¿Te das cuenta de que si no hubieras ido a provocarme a su cumpleaños, yo no hubiera vuelto a nombrarte? Tú también provocas esto.

—¿Esa es tu excusa? —Sonrió con cinismo—. ¿Debo cruzarme de brazos mientras haces que decenas de mujeres me persigan por la ciudad? Hoy he ido a comer, era una comida de negocios y la camarera se me tiró encima pidiéndome el teléfono.

Kerstina apretó los labios intentando no reír, pero al ver cómo se cabreaba no pudo evitarlo, le salió una risita. Intentó ponerse seria.

—Perdón.

—Te lo estás pasando estupendamente, ¿no?

—¿Cuánto has ofrecido?

—¿Cómo?

—Por comprar la emisora. ¿Cuánto? —Vio en sus ojos un brillo de admiración que le alteró el corazón—. ¿Cien?

Se la quedó mirando fijamente.

—Ciento veinte millones de dólares.

—¿Y han aceptado?

—Por supuesto.

—Felicidades, jefe —dijo comiéndoselo con los ojos—. Ahora aséstate el golpe final.

—Estás despedida.

Sonrió.

—Qué predecible eres. —Se levantó—. ¿Has traído los cheques?

—Te ingresarán el dinero en tu cuenta como vuestras nóminas. Recoge tus cosas, que no harás el programa de esta noche.

—Sí que lo haré.

Sonrió divertido.

—¿Perdón?

—Sí que haré el programa de esta noche. Pero no aquí.

Eso le hizo perder la sonrisa.

—¿Qué quieres decir?

—En estos años aquí he ahorrado mucho dinero y con mis socias he comprado una emisora.

Pensábamos irnos en seis meses, pero ya que nos echas antes tendremos que empezar esta misma noche. Un anuncio en las redes sociales y en unas horas nos oirán miles de personas. Gracias por el dinero, nos vendrá bien en nuestra nueva aventura.

Tenso se levantó.

—¿Lo has hecho por el dinero?

—Jamás he hecho este trabajo por dinero y si te hubieras molestado en preguntar por mí lo sabrías, porque he rechazado anunciantes para no quitarle espacio a mi programa. Pero bueno, eso es algo que ya no importa. —Se agachó tras el escritorio y levantó la caja de cartón que ya tenía preparada para ponerla sobre la mesa. Cogió varias cosas de encima del escritorio y empezó a meterlas en la caja. Al ver que no se movía le miró sorprendida—. ¿No te vas?

—Me iré cuando quiera, que es mi emisora —dijo entre dientes.

Suspiró.

—Nada, que no se le quita la mala leche ni después de echarte.

—¡Joder, es que me acabo de gastar un dineral para nada! —Sonrió y él se tensó—. Como te rías...

—¿Como me ría qué? —preguntó retándole.

Muy tenso dijo:

—¿Una cita?

Su corazón dio un vuelco.

—¿Cómo dices?

—¿No es lo que querías? Una cita si no hablas más de mí.

Su corazón se aceleró con fuerza, pero no podía ceder tan rápido. La había echado del trabajo, no, no podía dejar que se saliera con la suya.

—No serás receptivo, sería una pérdida de tiempo. Estarás incómodo, tenso, poco hablador y la cita será un coñazo, así que no.

—Creo que podré hacer que te lo pases bien —dijo entre dientes.

—No quiero obligarte.

—¡Kerstina! ¿Sí o no?

—Vale, si insistes. ¿El viernes?

—Ni de coña. Mañana.

—Tengo que estar aquí a las diez y media. Uy, aquí no, en mi emisora. —Sonrió radiante—. La WWHT.

Él gruñó para decir entre dientes:

—Tranquila, que llegarás a tiempo. ¿Sí o no?

—Vale, si te pones tan pesado.

—¿Pesado yo? —No salía de su asombro y gruñó mirándola como si quisiera estrangularla—. Ya te llamaré para quedar.

—Perfecto —dijo contenta como unas castañuelas.

La miró fijamente durante unos segundos y la verdad, a pesar de su cara de mala leche, no sabía lo que estaba pensando. Kerstina levantó una ceja.

—¿Algo más?

—Tienes la habilidad de retorcerlo todo a tu conveniencia, ¿no?

—¿Acaso tú no? —Volvió a ver ese brillo de admiración en su mirada y le guiñó un ojo antes de girarse para guardar su agenda, pero él la cogió por la muñeca pegándola a su torso, lo que le cortó el aliento porque sentirle de esa manera era la mejor sensación del mundo. Su mirada subió hasta sus ojos y vio que la deseaba, lo que hizo correr la sangre por sus venas de manera alocada —. Tengo programa —susurró con la respiración agitada.

Él bajó la vista hasta sus labios y Kerstina pensó que se desmayaría allí mismo de la impresión. Sin poder evitarlo se pasó la lengua por su labio inferior mientras pegaba su pelvis a la suya sin darse cuenta.

—Nena.

—¿Sí? —preguntó impaciente acercando su cara a la suya y embriagándose con su olor.

Él rozó sus labios mareándola de placer.

—Aún no he comprado la emisora.

Esas palabras tardaron unos segundos en entrar en su cerebro, pero cuando lo hicieron le miró con los ojos como platos.

—¿Qué has dicho?

—No he comprado la emisora. —Sonrió con ironía—. Así que si esperabas esos siete millones para pagar la WWHT no vas a conseguirlos.

—Solo me has seguido el juego cuando te he preguntado, ¿no? Querías ver cómo me comportaba.

—Exacto.

Kerstina sonrió.

—Cielo, eres muy retorcido.

—Viniendo de ti es todo un cumplido.

—La emisora ya está casi pagada.

Eso sí que le sorprendió.

—¿Qué has dicho?

—La he pagado con una hipoteca carísima y con nuestros ahorros, pero solo tendré que soportar al banco hasta que me vaya. Únicamente he tenido que hablar con mis anunciantes. Todos se han comprometido a dar un adelanto sobre los veinte primeros programas en cuanto se firme la renovación. Cuando empiece el programa en mi emisora, claro está.

—¿Te vas a llevar los anunciantes?

—Claro, son míos —dijo como si fuera lo más obvio del mundo.

Él gruñó cogiéndola por la cintura para pegarla a su cuerpo y Kerstina sintió la excitación de su entrepierna. Sin poder evitarlo, rodeó su cuello con los brazos y acercó sus labios.

—¿Y crees que te esperarán seis meses?

—Me esperarán un año si hace falta. —Besó su labio inferior—. Que bien sabes. —Al sentir como su mano bajaba hasta su trasero y se lo acariciaba por encima del vestido, cerró los ojos sin darse cuenta antes de que él entrara en su boca, saboreándola tan apasionadamente que se olvidó

de todo, excepto de él y de lo que le hacía sentir. Entrelazó su lengua con la suya y al escucharle gruñir su corazón se aceleró aún más. Kerstina ansiosa, acarició su cuello y Danglo la elevó poniéndola a su altura para que se devoraran el uno al otro. Entonces escucharon que alguien carraspeaba.

Ambos miraron hacia la puerta para ver a Nohemi observándoles con los brazos cruzados.

—¿Interrumpo algo? —preguntó con cachondeo.

Kerstina sonrió de oreja a oreja.

—Dame unos minutos.

—Este no tiene pinta de acabar en diez minutos y es el tiempo que tienes antes de la reunión con el equipo.

—Nohemi. —La advirtió con la mirada.

—Vale. Pero antes de que se te caigan las bragas, quiero advertirte de que es el enemigo.

—Cierra la puerta —dijo entre dientes.

Su amiga soltó una risita saliendo de su despacho y cerrando la puerta.

—¡Lyris, no te vas a creer esto!

Gimió volviendo su rostro hacia Danglo.

—Lo siento.

La dejó en el suelo.

—Esto no lo contará en el programa, ¿no? —preguntó incómodo.

—No, claro que no. Hablaré con ella.

—Nena.

—Hablaré con ella. —Acarició su nuca sin despegarse de él—. Nos veremos mañana.

Más tranquilo sonrió y le dio un suave beso en los labios.

—Mañana. Te llamaré.

Él se alejó y fue hasta la puerta.

—Lo de la emisora es una buena jugada, preciosa. Felicidades.

—Gracias.

Danglo abrió la puerta y allí estaban sus dos amigas poniendo la oreja.

—¿Señoritas? —preguntó muy tenso—. ¿Se puede saber qué hacen?

—Uy, qué formal —dijo Nohemi sin cortarse—. Llámame Nohemi, guapo.

—Yo soy Lyris. —Sonrió de oreja a oreja. —¿Habéis hecho las paces?

—¿Me dejáis pasar?

—Tienes que llevarte bien con las amigas de tu novia, es lo legal —dijo Nohemi haciendo que Kerstina retuviera la risa.

—¿Novia? —preguntó espantado—. Solo es una cita.

—Por algo se empieza.

Gruñó antes de pasar entre ellas y las dos la miraron.

—Al parecer la cosa va muy bien —dijo Lyris.

Viendo cómo él entraba en el ascensor, asintió.

—Mejor que bien.

—Le has dado la noticia en persona antes de que le llegaran los rumores de que habíamos comprado WWHT, ¿cómo se lo ha tomado?

—Como esperábamos. —Divertida cogió la agenda de la caja y se acercó a ellas—. Ha reculado.

—Entonces no va a comprar esta emisora —dijo Lyris aliviada.

—No, aunque estoy segura de que ha hecho una oferta. Pero la retirará, sus negocios no se dedican a los medios, los odia y no querrá tener una empresa de ese estilo. Sí, retirará su oferta.

—Que bien, ¿no? Si se hubiera gastado una pasta en esto, para ver que a ti te daba igual, le hubiera sentado fatal y jamás te daría una oportunidad.

Rio.

—Se lo ha tomado fatal igualmente. Le he tomado la delantera y es algo que no soporta. Por eso me ha dado la cita.

—Ha cambiado de táctica —dijo Nohemi.

—Ten cerca a tus amigos, pero más cerca aún a tus enemigos. Será interesante ver cuál será su siguiente paso.

—¿Enamorarte para después romperte el corazón ante todos?

—Es una posibilidad.

Nohemi apretó los labios.

—Amiga, ten cuidado. Me da que es un hombre con el que no se debe jugar.

—El juego lo ha empezado él, pero las reglas las pongo yo.

Acababan de empezar el programa cuando vio a Robert en la pecera y Kerstina miró a sus amigas levantando una ceja porque casi nunca iba por allí. Estas sonrieron sin dejar de hablar y ella le miró a los ojos. Cuando su productor asintió la recorrió una satisfacción enorme. Habían aceptado el trato. Una hora más. Eso significaba que Danglo había retirado la oferta y temían perderlas antes de que se cumpliera su contrato. Tenían seis meses para preparar su marcha e iniciar una nueva etapa como empresarias. ¡Y encima tenía una cita con Danglo! ¿Debería preocuparse de que le hiciera más ilusión la cita que tener la empresa? ¿Se estaría enamorando de él como decían sus amigas? Kerstina céntrate, que estás en directo.

Al salir del programa lo celebraron con una copita de champán con el equipo y cuando fue a buscar su bolso a su despacho, Robert la siguió.

—Has arriesgado mucho.

—Ya me conoces, no me gusta que me lleven la delantera.

—Por algo eres la número uno en tu franja de emisión.

—Gracias. —Cogió su abrigo y le miró—. ¿Estás enfadado con nosotras?

—Cuidáis vuestros intereses y yo los de la emisora. Es lo que hay.

—Me alegro de que lo entiendas. Hasta mañana. —Pasó a su lado.

—Kerstina.

Se detuvo para mirarle a los ojos.

—Dime.

Parecía realmente incómodo.

—Me preguntaba si querías salir a cenar algo mañana antes del programa.

Se quedó de piedra. Si se lo hubiera pedido hace una semana le hubiera dicho que sí sin dudar, porque era un buen hombre y para qué negarlo era muy guapo, pero eso era hacía una semana. Ahora estaba Danglo y ya nada sería lo mismo.

—Ya veo.

—Lo siento, pero es que...

—Joder, no te disculpes —dijo muy tenso—. Lo entiendo, trabajamos juntos.

—Estoy enamorada de otro —dijo a bocajarro dejándole de piedra, eso fue evidente.

Robert carraspeó incómodo.

—Vaya, lo que dijiste en la reunión del abogado iba en serio. Pensé que bromeabas.

—Sí, es Danglo. —Su cara lo decía todo—. Lo sé.

—Ese tío tiene muy malas pulgas, Kerstina. Ten cuidado.

—Lo tendré.

Se volvió, pero Robert la cogió del brazo deteniéndola.

—No me has entendido. Hace tres horas, justo antes de entrar en el aire, estaba en el despacho del jefe cuando él llamó. Al parecer ese tipo había hecho una oferta por la emisora y el jefe se decepcionó mucho cuando la retiró. Saben que has comprado WWHT.

—Lo suponía.

—¿Y también suponías que Brearley le dijo al jefe que no se preocupara? ¿Qué le compensaría?

Se le cortó el aliento.

—¿Qué?

—Entiendo que estés disgustado, Douglas, pero no te preocupes que al final saldrás ganando, te lo garantizo. El jefe le dijo que entendía que quisiera echarle y que si pudiera él mismo te echaría a patadas, pero que tu ausencia antes de terminar tu contrato era algo que no podía permitirse. Al contrario que él, que le salen los millones por las orejas.

—¿Qué dijo Danglo?

—Que si era cuestión de dinero no se preocupara. Que metería unos anuncios en otros programas para compensar las pérdidas cuando te vayas.

—¿Qué se propone?

—Eso mismo le preguntó el jefe. Al parecer va a lograr que tus anunciantes se echen atrás y cuando ya tengas la emisora, te hundas en deudas.

—¿Y cómo va a lograr eso? Es imposible.

—¿Imposible? Hace dos horas recibí un mail de Il trovatore para comunicarnos que no renovará para cuando termine su contrato. Adivina cuándo acaba.

—En seis meses.

—Exacto.

No se lo podía creer. Llevaba anunciando ese restaurante desde que había empezado en la emisora. Había ido mil veces a comer o a cenar allí. Que la abandonaran de esa manera dolía.

—¿Se ha puesto en contacto con vosotros alguno más?

—No, de momento no. Pero es obvio que ese pijo se lo va a tomar muy en serio. He llamado al restaurante para hablar con el dueño. Me atendió su secretaria. Carla y yo siempre nos hemos llevado muy bien y me dijo en confianza que Brearley se había pasado por allí a tomar una copa con el jefe, que de hecho todavía estaban allí en una de las mesas privadas.

Apretó los labios antes de decir:

—Gracias por el aviso, sé que te juegas mucho con esto. —Se puso el abrigo de malas maneras —. Por cierto, ¿quieres trabajo cuando nos larguemos de aquí?

Robert sonrió.

—Por supuesto.

—Bienvenido al equipo. —Furiosa se volvió y ni esperó al ascensor, bajó las escaleras a toda prisa.

El portero de noche giró la llave porque siempre se mantenía la puerta cerrada a esas horas.

—Un programa estupendo, Kerstina.

—Gracias, Tom.

—Tu taxi espera.

—Buenas noches. —Salió de la emisora y se subió al primer taxi—. Harry, hoy llévame a otro sitio.

Capítulo 5

Se bajó del taxi ante la gran casa de Upper West Side y entrecerró los ojos al ver que una de las luces del segundo piso estaba encendida.

—Será cabrito.

Sabía que si pulsaba el timbre puede que pensara que era otra vez la vecina loca, así que se puso el teléfono al oído y esperó.

—Menuda sorpresa.

—Estoy aquí.

—¿Aquí dónde?

—Ante tu casa.

Vio cómo se movía la cortina y ella sonriendo levantó la mano para saludarle moviendo los deditos.

—Hola.

Él sonrió.

—¿No has podido esperar?

—Estoy impaciente. —Danglo colgó el teléfono y ella gruñó guardando el suyo—. Impaciente por estrangularte, capullo. —Subió los seis escalones como si fuera a la guerra y puso buena cara cuando le estaba saliendo una úlcera sangrante.

La puerta se abrió mostrándole solo con un pantalón del pijama negro y aunque sus neuronas casi cortocircuitaron al ver esos abdominales, consiguió controlarse entrando en la casa.

—Bonito pantalón. —Besó sus labios suavemente antes de mirar el *hall*—. Menuda casita tienes. —Miró hacia arriba y silbó—. Si tienes frescos en los techos.

Se acercó por su espalda y la cogió por las caderas para besar tu cuello.

—¿Te gustan? Son los originales. Restaurados, claro está.

—¿Quieres impresionarme?

—Pienso impresionarte de otra manera.

Su aliento en su cuello la estremeció de arriba abajo y viendo la luz roja se apartó de golpe.

—Pues que bien, ¿no? —Se volvió para enfrentarle y al ver que su pantalón mostraba claramente que la deseaba dejó caer el bolso de la impresión—. Dios.

Él se acercó con una sonrisa en los labios y llevó las manos a las solapas de su abrigo, apartándolo sobre sus hombros para dejarlo caer al suelo. Kerstina elevó la vista hasta sus ojos y él acarició su cuello con ambas manos pasando los pulgares por su barbilla.

—¿Te ha gustado el programa? —preguntó sin saber ni lo que decía.

—Está muy bien que recomendéis teatro. Cualquier tipo de arte necesita ayuda.

—¿De veras?

Sus labios rozaron los suyos y cuando pasó la lengua por su labio inferior sintió que hasta le temblaban las piernas.

—Ahora voy a recomendarte yo algo —dijo con voz ronca antes de cogerla en brazos. Le miró con los ojos como platos. ¿Pero los hombres aún hacían eso? A ella jamás la habían cogido en brazos antes y era una sensación increíble—. Necesitas relajarte después del trabajo.

—Opino lo mismo —dijo a toda prisa mientras él subía las escaleras.

—Me has parecido algo tensa cuando has llegado.

Mierda, tenía que sacar el tema.

—Pues ya que lo dices...

Él atrapó su boca y Kerstina no pudo continuar porque aquello era mucho más entretenido que echarle la bronca. Gimió abrazando su cuello y ni se dio cuenta de que la metía en una habitación. Embebida en él ni sintió cómo la tumbaba en la cama, pero sí cuando tiró de su vestido hacia arriba porque tuvieron que separar sus labios para que se lo sacara por la cabeza. Impaciente se puso de rodillas abrazándole de nuevo para reclamar sus besos y las manos de Danglo fueron a parar a su trasero acariciándolo por encima de los pantalones. Algo en su cerebro le dijo que eso era una barrera y sin dejar de besarle llevó las manos hacia allí para tirar de la goma de su cintura hasta las rodillas. Sentir su mano en su nalga fue lo más placentero que había experimentado nunca e impaciente llevó las manos al broche de su sujetador quitandoselo a toda prisa. Sus pezones contra su piel se endurecieron aún más y jadeó en su boca por lo sensibles que estaban. Danglo se apartó para mirar su rostro mostrándole que la deseaba. Puede que la odiara, pero la deseaba y para qué negarlo era un avance enorme. Casi sin aliento le escuchó decir:

—Quítatelas.

Era casi una orden y le gustó. Aquello prometía muchísimo. Sentándose en la cama bajó las medias y se las quitó tirándolas al suelo. Los pantalones de él cayeron a su lado y Kerstina elevó la vista por sus fuertes piernas hasta su sexo erecto que la apuntaba como si ella fuera su objetivo. Con la boca seca siguió elevando la vista por su duro pecho hasta llegar a sus ojos.

—Recuéstate hacia atrás.

Sintiendo que su cuerpo ya no la obedecía se dejó caer en la cama y Danglo cogió sus piernas por el interior de sus rodillas, tirando de ella más cerca del borde de la cama y dejando su sexo expuesto totalmente. Sus ojos recorrieron su cuerpo y el deseo por ella que reflejaba su rostro la hizo sentir especial.

—Joder, eres preciosa. —Arrodilló una pierna entre las suyas antes de agacharse apoyando sus manos a ambos lados de su cuerpo y pasó la lengua entre sus pechos, haciéndola suspirar de placer. Esos labios recorrieron su pecho hasta su pezón, pasando la lengua por él de una manera que la volvió loca. Ni se imaginaba lo que sentiría cuando se lo chupara y deseando que lo hiciera arqueó su espalda. Su sexo endurecido rozó el suyo y gritó de la impresión agarrándose a sus hombros. Él levantó la cabeza mirándola malicioso y movió la pelvis rozándola de nuevo—. Estás impaciente, nena. ¿Me sientes? —Con una mano elevó su pecho y sin dejar de mirarla a los ojos se metió el pezón en la boca.

Kerstina gritó sintiendo que todo su ser se tensaba y diciéndose que eso no podía estar pasando,

elevó la cabeza.

—¿Esto es real?

La miró a los ojos como si fuera suya.

—Muy real, nena. —Entró en ella de un solo empujón y ambos gritaron por el placer que les traspasó antes de mirarse a los ojos de nuevo. Él besó sus labios muy suavemente—. Joder, es lo más real que he sentido nunca.

Se emocionó sintiendo lo mismo y se abrazó a su cuello deseando no perderle jamás. Cuando salió de ella lentamente en una tortura exquisita, por instinto rodeó sus caderas con las piernas para impedir que la abandonara, pero regresó, la llenó de nuevo y fue maravilloso. Sus movimientos cada vez se hicieron más rápidos. Danglo besó su cuello.

—¿Te gusta, preciosa? ¿Me sientes? —Mordió el lóbulo de su oreja antes de mover sus caderas con más ímpetu hasta que un grito salió de su ser y Kerstina se vio a sí misma al borde de un precipicio—. ¿Te vas a correr? Córrete conmigo, nena. —Entró en ella de nuevo y fue tal el placer que la arrolló que su cuerpo explotó mostrándole lo que era el verdadero amor.

Sintiendo que su corazón se le iba a salir del pecho, se dejó caer sobre la cama sin fuerzas y Danglo aún sobre ella, elevó la cabeza con la respiración agitada para mirar su rostro.

—Kerst, ¿estás llorando?

Abrió los ojos para mirarle.

—No, claro que no.

Él le pasó el índice por la mejilla y mostró la humedad en su dedo.

—Jamás me había pasado esto.

—No seas creído.

Danglo rio por lo bajo antes de besar sus labios.

—Es evidente que te ha gustado.

Sonrió acariciando su pecho.

—Repetiría. —Sintió cómo su miembro se endurecía aún en su interior—. Y veo que tú también.

Se la comió con la mirada.

—Creo que esta noche voy a dormir muy poco.

—Yo pienso poner todo de mi parte.

Entró en el restaurante sintiéndose como en una nube y fue hacia sus amigas que la esperaban para cenar antes del programa.

Nohemi sonrió.

—Pero mírala, si parece que se ha hecho un *lifting*. Estás radiante.

—Gracias. —Se sentó dejando el bolso y el abrigo en la silla vacía.

—Venga, cuenta. ¿Qué ha pasado? —preguntó Lyris—. ¿Y cómo es que has pasado la noche con él si habíais quedado para hoy?

—Bueno, han sucedido cosas y teníamos que hablar, aunque hemos hablado poco. —Gimió—. Casi nada, en realidad. Nos hemos comunicado de otra manera.

—¿Y ha cancelado la cita de hoy?

—No, la he cancelado yo porque tenía que hablar con vosotras fuera del trabajo. Y no se lo ha tomado muy bien. —Soltó una risita—. Creo que está mosqueado. Este aparece después del trabajo, te lo digo yo.

Sus amigas sonrieron.

—¿Y de qué quieres hablar que sea tan...? —Nohemi se interrumpió cuando llegó la camarera—. Tres cervezas y tres hamburguesas con queso.

—Sí, que necesito proteínas, grasas y todo lo que me echen.

Sus amigas rieron mientras la camarera se alejaba.

—Es bueno, ¿eh? —preguntó Lyris.

—¿Recordáis aquella vez que fuimos a la montaña rusa, esa que giraba sobre sí misma? ¿Esa sensación al pasar por el looping? —Las dos asintieron—. Pues es como hacer el amor en la vagoneta. —Se echaron a reír—. Una maravilla, lo más extraordinario que haya visto nunca.

—Debe ser la leche —dijo Nohemi impresionada.

Suspiró.

—Creo que teníais razón.

—¿En qué? —preguntó Lyris.

—Creo que estoy enamorada.

Sus amigas sonrieron.

—Felicidades, te lo mereces —dijo Lyris.

Hizo una mueca.

—Ahora viene la parte negativa, que aunque esté enamorada también la veo.

—¿De veras? Pues al principio solemos pasar esas cosas por alto —dijo Nohemi.

—Esto no se puede pasar por alto. Danglo está convenciendo a nuestros anunciantes para que nos abandonen en seis meses.

Nohemi la miró asombrada.

—¿Cómo has dicho?

Gimió.

—Tiene algo dentro. Extraño.

—Explícate, por favor, porque todavía no he entendido por qué te acuestas con un hombre que quiere jodernos —dijo entre dientes.

Gimió de nuevo.

—Es que no he podido evitarlo, me siento tan bien a su lado.

—Y te ha echado un polvo de la leche —dijo Lyris haciendo que la miraran—. Eso es importante.

—Ya entiendo, te enteraste después, ¿no? De que quería perjudicarnos, te enteraste después.

—Pues no.

—¿Pero a ti qué te pasa?

—¿No te lo acabo de decir? Me he enamorado.

—Y todo lo demás no importa. Nos convenciste para que apostáramos todo por la emisora,

Kerst. ¡Te hemos dado todos nuestros ahorros!

—Lo sé y no pienso defraudaros. —Entrecerró los ojos—. Seguro que ya ha recapacitado y recuperaremos al Il trovatore.

—Más nos vale, porque según tus cálculos para salir adelante necesitamos a todos nuestros anunciantes durante el primer año.

—Lo recuperaremos.

Lyrís sonrió.

—Perfecto, si tú te encargas no pienso preocuparme.

Forzó una sonrisa.

—Recapacitará. Después de la noche que hemos pasado juntos recapacitará.

Sentada tras su mesa a cinco minutos del programa miró asombrada a Robert.

—¿Cómo que Ganglie cancela su contrato? Si hablé con él para que se fuera con nosotras y dijo que encantado.

—Al parecer Danglo vende neumáticos a su taller y le ha ofrecido una rebaja.

Dejó caer el lápiz que tenía en la mano de la impresión.

—Imposible.

—Llevé el coche a su taller porque hacía un ruido raro y fui a saludarle a la oficina. Cuando vi que se comportaba raro, como si estuviera incómodo, me mosqueé, así que le presioné un poco. Habló con él por teléfono esta mañana. Ganglie jamás había hablado con él porque siempre había tratado con uno de sus comerciales. El tipo alucinó de que le llamara el jefeazo. Dice que es una oferta que no puede rechazar, que lo entiendas, pero tiene que hacer lo que sea mejor para su negocio.

—Dios mío. —Apoyó los codos sobre la mesa y se pasó las manos por la frente—. Esto no está pasando.

—Conoce a los anunciantes, sabe quiénes son porque los mencionas cada noche. Le será muy fácil ponerse en contacto con ellos para ponerlos en nuestra contra.

Levantó la vista hacia él.

—¿Qué han dicho los jefes?

—No lo saben. De todas maneras, los contratos se cancelarían cuando os fuerais, así que seguramente se lo esperan.

Negó con la cabeza sin poder creerse que después de la noche que habían pasado juntos siguiera con la idea de destruirla. Pero era evidente no podía negarlo, aunque si se enfrentaba a él... Sintió que el miedo la atenazaba, no, no podía perderle. Lo que pasaba es que no la conocía. Cuando pasaran un tiempo juntos, cambiaría de opinión y se arrepentiría. Una idea se le pasó por la cabeza y respiró del alivio. Claro, piensa que le consideras un trofeo. Como el Lamborghini que enseñas con orgullo. Aparentemente, le había ganado y era un triunfo para ella que hubiera acabado en su cama. Si se enfrentaba a él, discutirían y no volvería a verle. Tenía que ser más lista. Aún tenía seis meses para remediar ese desastre. Piensa, piensa. En el contrato de compraventa de la emisora, los anteriores dueños se habían comprometido a que se quedarían el

tiempo que hiciera falta para dirigirla, porque había sido muy sincera y les había contado que estaba atada por contrato a la KHMx. Habían hablado de seis meses y le dijeron que no había problema, así que la emisora estaba segura hasta que ellas tomaran el mando porque los anunciantes que ellos tenían, no les abandonarían. Pero esos anunciantes no serían suficientes. La emisora no era precisamente una de las grandes, tendrían que luchar mucho para sacarla adelante, por eso los anuncios de su programa eran tan importantes. Tenía que cambiar las tornas en seis meses, lograr que la amara, que creyera que era sincera respecto a sus sentimientos y que sus anunciantes volvieran a su lado. Su novia le había traicionado, la prensa le había despedazado sin piedad y no confiaba en nadie. Era lógico que no confiara en ella, creía que se estaba riendo de él como habían hecho otros en el pasado, necesitaba tiempo para conocerla. Por él estaba dispuesta a arriesgarlo todo.

—No digas nada a las chicas de esto. No quiero que se preocupen, lo arreglaré.

—Como ese tío siga haciendo esto, vas a tener que levantar el programa de la nada.

—Lo sé.

—¿Cómo funcionan los demás programas? —Ella hizo una mueca—. Joder, ¿cuánto habéis invertido?

—Yo todo lo que tenía. Las chicas menos, no he querido que hipotecaran sus casas.

—¿Cuánto?

Apretó.

—Seis millones entre las tres.

—Joder, estás loca, tienes que parar esto.

Le advirtió con la mirada.

—No les dirás nada. Conseguiré que cambie de opinión.

—¡Ese tío está jugando contigo!

—¡Haré que cambie de opinión! —gritó de los nervios. Robert apretó los labios observándola atentamente y pálida apartó la mirada—. Lo siento, no quería gritarte.

—Sé que no querías porque jamás lo has hecho y eso demuestra lo que te afecta la situación. Siempre has sabido qué hacer, cómo desenvolverte en este negocio y si crees que puedes con esto confío en ti.

—Puedo con esto.

—Pues te juro que no diré nada.

—Gracias.

—¿Si me entero de algo más quieres que te lo cuente?

—Sí, por favor.

Robert abrió la puerta y al ver allí a Lyris, ella gimió por dentro. Su amiga mirándola atentamente entró en el despacho y cerró la puerta.

—Lo siento, pero no puedo hacer otra cosa. —Asustada por que se enfadara, se acercó—. Entiéndeme, es él, estoy segura de que es él.

—¿Qué pretendes hacer? ¿Intentar que se enamore de ti?

—Si le provocho en el programa jamás me querrá y si me enfrento a él solo conseguiré que se

aleje, solo puedo seguir este camino para intentar conseguir que me ame y que confíe en mí. — Lyris la miró fijamente—. Por favor, no le digas nada a Nohemi o no dejará el tema.

—Nohemi ya lo sabe.

Cerró los ojos.

—¿Estaba tras la puerta?

—Sí, y se fue cuando le dijiste a Robert que no nos dijera nada.

—No quería preocuparos.

Lyris se sentó en la esquina del escritorio.

—Siempre has llevado tú el peso del programa, siempre has cuidado de nosotras y si necesitas esto yo pienso apoyarte. Y Nohemi también lo hará porque te quiere con locura.

Se emocionó y sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Siento ser tan egoísta, pero es que tengo tanto miedo a no verle nunca más.

—Eh... —Se acercó y la abrazó—. Jamás has sido egoísta.

Entonces sintieron otro abrazo y Kerstina sollozó cuando Nohemi la besó en la sien.

—Os quiero.

—Y nosotras a ti —dijo Lyris—. Y estaremos aquí para lo que necesites.

—¿Qué quieres que hagamos? —dijo Nohemi apartándose para mirar su rostro.

—Solo necesito algo de tiempo a su lado.

—Lo tendrás, tendrás todo el que necesites y por la emisora no te preocupes algo se nos ocurrirá.

—Gracias.

Nohemi acarició sus mejillas y borró sus lágrimas con los pulgares.

—Jamás te he visto así por un hombre, lo menos que podemos hacer es darle una oportunidad porque si te has enamorado de él, es que algo bueno debe tener. Intenta olvidarte de la emisora y durante el tiempo que estés a su lado sé feliz. Disfruta de él y lo que venga ya llegará. Que siempre nos preocupamos antes de tiempo, leche. Y aún quedan seis meses.

Sonrió.

—Seis meses.

—Seis meses para cambiar tu vida. Y sé que lo conseguirás porque siempre luchas por lo que amas, ya sean tus amigos o tu trabajo. Nada puede salir mal, así que disfruta de él y hazle ver que no puede dejarte escapar.

Salieron de la emisora riendo por lo que había pasado en el programa y al ver a Danglo apoyado en un Lamborghini con un ramo de rosas rojas se detuvo en seco.

—A por él —susurró Nohemi—. Demuéstrale de qué pasta estás hecha.

Sonrió y caminó hacia Danglo. Al llegar ante él miró el ramo de rosas.

—¿Y esto?

Él besó sus labios tan tiernamente que estuvo totalmente segura de que no se había equivocado.

—¿Te gustan las sorpresas?

Qué mala leche tenía.

—Me encantan y si son como estás aún más. —Cogió las flores y acercó su nariz a uno de los hermosos capullos—. Huelen maravillosamente. —Él se incorporó—. ¿Y este coche?

—¿No querías un Lamborghini? —preguntó con burla.

Hala, otra pullita. Miró el coche rojo y de repente sus puertas se elevaron dejándola con la boca abierta.

—Leche.

Él se rio por su sorpresa.

—Jamás habías visto uno, ¿no?

Se agachó para mirar su interior.

—¿Esta nave espacial va por la carretera?

—Sí, nena, sube que ya verás lo que hace.

—¿No será como en la peli *Regreso al futuro*? Mañana tengo programa.

Le dio un azote en el trasero.

—Venga sube.

Riendo se metió en el coche. La verdad es que aquellos asientos de cuero eran de lo más cómodos. Él se sentó a su lado y las puertas bajaron mientras ella se ponía el cinturón.

—¿Es tuyo?

—Me lo han prestado unos días.

—¿Privilegios de los ricos?

Pulsó el botón haciendo rugir el motor y le guiñó un ojo antes de salir a la carretera.

—¿Y cuánto cuesta esta maravilla?

—Cuatrocientos mil.

Le miró asombrada.

—¿Dólares?

Él rio.

—Sí, nena. Dólares americanos.

Sí que le sobraba la pasta.

—¿Y te lo han prestado? ¿Y si te la pegas?

—Pues a pagar.

—A pagar. Vale, cielo, ya está bien de gastar neumáticos y directo a casa.

—Kerst, no le va a pasar nada. —En ese momento salió de un callejón un loco en bici con una de esas mochilas de comida para llevar y Danglo tuvo que frenar en seco. Kerstina se agarró al salpicadero de milagro y pálida le miró—. Joder, nena, lo siento. ¿Estás bien?

—Sí. El cinturón funciona de maravilla.

Le acarició el cuello.

—¿Seguro que estás bien?

—Sí, no te preocupes.

Él apretó los labios antes de acelerar de nuevo. Menos mal que a esas horas casi no había tráfico por esas calles. Danglo giró a la derecha y la miró de reojo.

—¿Entonces te gusta el coche?

—Psss.

La miró asombrado.

—¿Y eso qué significa?

—Cielo, no entiendo de coches, no tengo ni licencia de conducir.

—¿Qué has dicho?

—El transporte público siempre ha funcionado de maravilla. ¿Quién necesita coche en Manhattan? Dije Lamborghini como podía haber dicho Ferrari o yo qué sé. ¿Por qué no dejamos el tema? ¿Has oído el programa?

Él gruñó apretando el volante entre sus manos.

—Solo un rato, tenía trabajo y me distraía tu voz.

Sonrió.

—¿De veras? —Alargó la mano tocando su muslo—. Así que te distraigo.

—Preciosa, contrólate que no llegamos a casa.

—Aguafiestas. —Retiró la mano y suspiró—. Estoy agotada.

—¿Eso no será una indirecta?

Rio.

—No tan agotada.

—Estupendo, porque tengo una sorpresa.

Se tensó sin darse cuenta.

—¿Otra?

Él sonrió de esa manera que la volvía loca.

—Te encantará.

Giró el volante metiendo el coche en una entrada de garaje y se dio cuenta de que estaban en la calle de detrás de su casa.

—¿Tiene garaje? No sabía que estas casas lo tenían.

—Cuando se hizo la reforma de la casa, lo construyeron bajo el jardín trasero. —El portón subió y él metió el coche aparcándolo tras un Mercedes último modelo.

—Ese me gusta más. Me gusta el gris plateado. —Intentó abrir—. ¿Cómo se abre esto?

Él riendo dio a un botón y subieron las puertas. Kerstina bajó del coche y esperó a que lo cerrara. Cuando se acercó a ella, la cogió por la cintura y la besó en la sien.

—¿Lista para la sorpresa?

De repente la puerta se abrió y una mujer con cara de desquiciada salió con un cuchillo en la mano. Se le cayó el ramo gritando del susto y cuando vio que iba a por Danglo se tiró sobre ella cayendo las dos al suelo. La tía intentó quitársela de encima y Kerstina agarró su muñeca gritando como una loca. Consiguió arrebatarse el cuchillo y a horcajadas sobre ella levantó el puño.

—¡Nena, era una broma!

Se quedó de piedra y le miró sobre su hombro.

—¿Qué?

—Es una actriz.

Miró hacia la tía que tenía una cara de susto que no podía con ella.

—¿Actriz? ¿Eres actriz? —Esta asintió vehemente y Kerstina se sentó sobre ella aliviada—. Pues tía, el papel de loca asesina lo haces genial.

—Gracias. ¿Te quitas de encima?

Volvió la cabeza sobre su hombro para fulminar a Danglo con la mirada.

—¿Me ayudas? Creo que me he hecho daño en la rodilla al tirarme en plancha sobre tu asesina en serie.

—Joder. —Se acercó cogiéndola para ponerla en pie como si no pesara nada y cuando Kerstina apoyó el pie gimió porque era cierto que le dolía, de hecho le latía—. Genial. —Miró a Danglo con ganas de pegar cuatro gritos—. ¡Genial!

—Nena, quería que te dieras cuenta de lo que puede pasar con esas cosas que dices en la radio.

—¡Pues ahora, en lugar de hacer el amor toda la noche, lo que vamos a hacer es pasarla en urgencias porque creo que tengo algo roto!

—Hostia. —La cogió en brazos yendo hacia el Lamborghini.

—¿Estás loco? ¡Vamos en el Mercedes!

Él se volvió para ir hacia el otro coche y la chica ya de pie dijo:

—¿Y yo qué hago? ¿Tengo que repetir la escena para alguien más?

—¿Nos abres la puerta? —preguntó ella sintiendo que ya no le quedaba paciencia.

—Sí, claro. —La chica se acercó y abrió amablemente la puerta para que Danglo la sentara.

—Gracias. Danglo, ¿le has pagado?

Él metió la mano en el bolsillo interior de la cazadora y le dio tres billetes de cien.

—No, dale más que se lo ha ganado —dijo con mala leche—. Ha sido una actuación de Óscar, se merece una buena propina.

Le dio cien más y carraspeó antes de decir:

—¿Te importa salir por el portón del garaje?

—No, claro que no. —Encantada cogió la mochila que había en una esquina—. Si algún día necesita otra *performance*, cuente conmigo.

Danglo incómodo dijo:

—Creo que con esto ha sido suficiente.

Mosqueada cogió la puerta cerrando de un portazo.

—¡Al hospital que esto duele!

Rodeó el coche sentándose a su lado.

—Nena, lo que quería demostrar...

—¡Me ha quedado muy claro!

—¿Estás cabreada?

—¡Sí! Como me haya roto la rodilla...

—Seguro que no es nada.

—¿Ahora me quejo por nada?

—No, creo que...

—¡Mira, será mejor que no hablemos durante un rato porque me estoy calentando!

Danglo apretó el volante.

—No quería que pasara esto.

Se mantuvo en silencio y miró por la ventanilla intentando retener las lágrimas. Había llegado con rosas, pero cada uno de los pasos que había dado habían sido para dejarla en evidencia. Estaba intentando perjudicarla y, aun así, ella insistía. ¿Estaba loca? No sabía si era por el susto, por toda la tensión que había soportado en los últimos días con la compra de la emisora y la preocupación por el futuro de sus amigas, que las lágrimas brotaron por mucho que intentó que no fuera así.

Él alargó la mano y cogió la suya.

—Lo siento, solo quería darte un susto, no hacerte daño.

Sorbió por la nariz.

—Ya me he roto la rodilla antes, ¿sabes? Patinando. Tuve que pasar un mes sin moverme. — Sorbió por la nariz de nuevo, pero no pudo remediarlo y sollozó—. Y engordé diez kilos. ¡No sabes lo que me costó quitarlos!

—No va a pasar nada, ya verás —dijo poniéndose muy nervioso.

—¡Deja de decir eso! —gritó reventando—. Uy, me he dejado el bolso con el móvil. —Le fulminó con la mirada—. ¡Ahora no puedo llamar a mis amigas!

—¿Quieres que las llame yo?

—¿Es que vas a irte? ¿Ahora que me has hecho esto?

—No, claro que no. Me quedo contigo. —De repente ella se puso a llorar—. Joder, no llores —dijo él cada vez más nervioso—. No me voy a mover de tu lado, te lo juro.

—Gracias.

—No me des las gracias. —Levantó su mano y la besó. Ese gesto le cortó el aliento y se quedó mirando su perfil. Él al ver su reacción dijo—: ¿Qué?

—Qué rarito eres.

Danglo sonrió.

—Así que rarito, ¿eh? Pues tú no te quedas corta, preciosa.

—¿Qué tengo yo de rara? —preguntó asombrada.

—Otra mujer no me hubiera tirado los tejos con tanto descaro en el cumpleaños de Lisa.

—¿Y dejar pasar la oportunidad? Jamás hubiera vuelto a verte.

—Eso demuestra que eres valiente, nena. No pierdas esa valentía ahora. —Detuvo el coche ante la puerta de urgencias—. Ya verás cómo no es nada.

Salió del coche antes de que pudiera decir algo y ella se miró la rodilla. Su media estaba rota y vio la sangre. Igual tenía razón, tampoco había que ser tan negativa.

Capítulo 6

Medio drogada miró al doctor y fue Danglo quien preguntó:

—¿Así que tiene que llevar esa venda una semana y ya está?

—Es para evitar que se le hinche. El hematoma es evidente, pero tomando los antiinflamatorios se le irá quitando poco a poco.

—¿Puede apoyar el pie?

—Que lo vaya apoyando a medida que se le vaya quitando el dolor.

Los dos la miraron y ella colocadísima sonrió de oreja a oreja.

—¿Qué ha dicho?

—Ya te lo explico yo, nena.

Soltó una risita.

—Pillín, tú quieres explicarme otra cosa.

Danglo carraspeó.

—Pero ¿qué le han dado?

—Algo que le sienta genial, ¿no lo ve? Disculpen, pero tengo más pacientes. Pueden irse.

Alargó los brazos.

—Quiero irme a casa.

—Sí, pero creo que tienen que venir con una silla de ruedas y... —Ella movió las manos para que se acercara y él suspiró antes de cogerla en brazos—. ¿Cómo te encuentras?

Sintiéndose genial, apoyó la mejilla contra su pecho.

—Bien. Contigo siempre me siento bien.

—¿De veras? ¿Aunque te dé sustos de muerte?

—Es tan agradable que me cojas en brazos —dijo sin oír su pregunta—. Es como si este fuera mi sitio, ¿sabes?

A Danglo se le cortó el aliento y se detuvo para mirar su rostro. El sueño se estaba apoderando de ella.

—¿Y qué más sientes?

—Que es una pena que no me ames, porque yo haría lo que fuera por ti —susurró antes de dormirse.

La miró durante unos segundos con los ojos entrecerrados antes de apretar los labios, sacándola del hospital.

La despertó el dolor de la rodilla y abrió los ojos para encontrarse ante ella el perfil de Danglo, que tumbado a su lado, miraba el techo.

—Buenos días.

Él sonrió volviendo la cabeza hacia ella.

—Buenos días. ¿Te duele?

—Un poquito.

—¿Un poquito poco o un poquito mucho?

Sonrió.

—Mucho.

—Ahora te traigo el desayuno y te tomas las pastillas.

—¿Vas a hacer el desayuno? —preguntó pasmada.

—Ayer te ofrecí un café, ¿no es cierto?

—No.

—Sí.

—No, lo que dijiste fue, no querrás un café, ¿verdad? Tengo una prisa enorme, ya llego tardísimo a una reunión.

Él carraspeó.

—¿Dije eso?

—Pues sí.

—Yo no lo recuerdo así.

—Menos mal que yo tengo buena memoria.

Sonrió y le dio un beso en los labios.

—¿Quieres un café con tostadas, huevos, beicon y todo lo demás?

—¿Tortitas?

—No nos pasemos que para eso ya tengo que hacer un curso de repostería.

Se echó a reír.

—¿No tienes asistenta?

—No llega hasta las diez. Así no le veo el pelo, que me pone muy nervioso que ande por casa.

—Debe estar encantada con el horario.

—Y con el sueldo —dijo irónico antes de levantarse, mostrando otros pantalones de pijama que le quedaban para morirse.

—Si vas así por casa cuando está ella, no me extrañaría que hasta trabajara gratis.

—Nena, que no estás para fiestas.

Rio.

—Puedo hacer un esfuerzo.

—El esfuerzo lo haría yo, que no he pegado ojo. —La almohada le dio en toda la cara y rio por lo bajo yendo hacia la puerta.

Cuando salió ella suspiró dejándose caer sobre las almohadas.

—¿Qué hora será? —Miró hacia la mesilla de noche donde había un reloj digital. Las nueve. Danglo no había ido a trabajar. Se mordió el labio inferior y se sentó para mirarse la pierna. Pues no parecía para tanto. Sacó las piernas para ir al baño y se puso en pie apoyándose en la mesilla. Apoyó la punta del pie y sonrió porque al menos podría apoyarla sin que le doliera demasiado. Fue hasta el baño, pero antes de llegar vio su cazadora tirada sobre una silla. En el suelo había

una hoja de papel y se agachó para cogerla. Distraída la miró y se le cortó el aliento al reconocer los nombres de sus anunciantes. Y lo más sorprendente es que estaban hasta los nuevos que introducirían en una semana en el nuevo horario de emisión. Al parecer el señor Grand estaba más metido en eso de lo que creía para darle esa información.

—Nena, ¿quieres...? —Se detuvo en seco al ver lo que tenía en la mano y se tensó con fuerza—. ¿Ahora registras mi ropa?

—¿Qué? —preguntó haciéndose la tonta—. Estaba en el suelo. ¿Por qué tienes esto?

Se quedó mirándola unos segundos y forzó una sonrisa.

—Me la dio Douglas Grand para intentar convencerme de que cuando comprara la emisora, no cancelara tu programa porque era muy rentable.

—Oh. —Sonrió dejando la hoja sobre la cazadora—. Sí que lo es. ¿Qué querías?

Él, distraído mirando la hoja dijo:

—¿Qué?

—¿Qué querías preguntarme?

—¿Los huevos cómo te gustan?

—Mientras no estén poco hechos, me gustan de todas las maneras. —Entró en el baño apoyándose en el marco de la puerta y perdió la sonrisa. Intentando disimular entornó la puerta y gritó—: Cielo, ¿puedes llamar a algún servicio a domicilio para que me traigan unas muletas?

—Claro, nena. ¿Hoy vas a trabajar?

Mirándose al espejo, apretó los labios antes de decir:

—Por supuesto, tiene que continuar.

—Me ayudó a salir del taxi, me dio un beso supertierno y me dijo con una sonrisa en los labios, te veo esta noche, preciosa.

—Será cabrito —dijo Nohemi.

—Nohemi. —protestó Lyrís.

—No, déjala, tiene razón.

—Así que tiene una lista con todos nuestros anunciantes. —Nohemi entrecerró los ojos—. Al menos ahora ya estamos seguras de que va a atacarnos por todos los flancos. Eso por no mencionar las pullitas que te suelta. Joder, lo de la loca del cuchillo es para cagarse de miedo. A ver si no está bien de la cabeza. —Kerstina la fulminó con la mirada—. Ah, que es tan bueno en la cama que lo querrías, aunque fuera un asesino en serie.

—Por seguir sintiendo lo que siento a su lado como si es Hannibal el caníbal.

—En la primera peli, Anthony Hopkins da un poco de morbillo —dijo Lyrís antes de meterse algo de fruta en la boca. Al ver que la miraban como si estuviera loca preguntó con los ojos como platos—. ¿Qué? ¿A vosotras no os ha pasado?

Los ojos de Kerstina brillaron.

—¡Actores que dan morbo en determinados papeles! Qué sección más buena. Lo apuntaré también para lo de las llamadas.

Nohemi y Lyrís se miraron.

—Esta no se da cuenta de que no habrá programa en seis meses.

Apuntando la idea a toda prisa en la agenda dijo —Claro que tendremos programa. Este va a cambiar de opinión y me rogará que le perdone.

—¿Y entonces te resistirás?

Miró a Nohemi como si estuviera loca.

—¿Con lo sensible que es mi hombre? ¡Ni de coña!

—¿Sensible el que te ha dado un susto de muerte con la loca del cuchillo?

—¿Quieres dejar lo del cuchillo, pesada? Seguro que era de mentira.

Ahora sí que estaban pasmadas.

—¿No lo sabes? —preguntó Lyris—. A ver si quería darte matarile y era una asesina a sueldo.

—¿Pero qué dices? Si quisiera matarme ha tenido miles de oportunidades. Con la medicación, por ejemplo.

—Eso no tiene bastante sangre y si no está bien de la cabeza...

—Nohemi, está bien, ¿vale? Fue una broma que se le fue de las manos.

—Vale, pero yo te llamo cada hora para asegurarme de que estás bien.

—Ya apagaré el móvil.

—Entonces llamaré a la policía.

—Déjalo ya —siseó.

—Bueno, ¿y qué táctica piensas seguir ahora? —preguntó Lyris.

—Pues vernos una temporada a ver si así se siente más unido a mí.

—O sea, vas a seguir su táctica.

Lo pensó seriamente. Era evidente que Danglo quería que se enamorara de él para después darle puerta. Sí, básicamente era la misma táctica, pero al revés.

—El cazador cazado —dijo Nohemi con los ojos entrecerrados.

—Solo llevamos dos días y me ha traído el desayuno a la cama. —Sonrió de oreja a oreja—. Esto va genial. —Ambas miraron las muletas apoyadas en la pared—. Bah, eso son detallitos tontos. Ahora repartiros los actos pendientes, que así no puedo ir a ningún sitio.

Estaban hablando de una nueva exposición de pintura que a Lyris le había impresionado y vio que Caroline hablaba por el teléfono algo agobiada. Frunció el ceño y Nohemi al ver su expresión miró hacia allí.

—Teníais que verlo, parecía que las caras salían de los lienzos como en tres dimensiones y si te ponías pegada a un lateral no había nada, era pintura en el lienzo, pero según me ha dicho el autor de las obras consigue ese efecto tridimensional con capas superpuestas. No entendí nada, pero tenéis que ir a ver su exposición, chicos —dijo emocionada a la audiencia—. Estoy segura de que os encantará. —Al darse cuenta de que ellas no le hacían ni caso, miró hacia Caroline, que estaba a punto de ponerse a llorar.

—Se ve interesante —dijo Nohemi.

—Y que lo digas. Habrá que ir y analizar este tema a fondo. —Caroline salió corriendo de la pecera dejando atónito a Peter que metió publicidad de inmediato—. ¿Qué pasa, Peter?

—No lo sé. Creo que la han despedido.

Separó los labios de la impresión.

—Sois mi personal, yo decido a quien se despide.

—Pues creo que han tomado la decisión desde arriba. —Miró su panel de control—. Veinte segundos.

Se levantó cogiendo las muletas.

—Continuad vosotras.

—¿Empiezo con la presentación del libro de ayer? —preguntó Nohemi.

—De acuerdo.

Salió de la cabina y caminó por el pasillo pasando ante la puerta abierta de Peter que decía:

—Diez segundos.

Al llegar a la sala de personal la vio ante el perchero cogiendo su cazadora.

—¿Qué haces?

La miró de reojo y susurró:

—Irme.

—¿Quién ha dado la orden?

—Robert.

Se quedó de piedra.

—¿Por qué?

—Porque aquí tu coordinadora de cabina ha estado tratando con el enemigo —dijo Robert tras ella sorprendiéndola—. Le ha contado a la competencia tus nuevas ideas y se te van a adelantar. De hecho, empiezan mañana con la propuesta del concurso.

No se lo podía creer. Había compartido sus ideas con el equipo por si tenían algo que aportar, pero estaba claro que eso solo servía para dejar el programa con el culo al aire porque siempre habría aprovechados.

—¿Cómo te has enterado?

—Hay que tener amigos hasta en el infierno. Un colega que es quien hace nuestros carteles de autobús, me ha comentado que estaban imprimiendo unos parecidísimos para la QRWS. De hecho, ya los deben estar pegando para que todo el mundo los vea mañana. Martin Laurens presentará el programa.

Fulminó a Caroline con la mirada.

—¿Es eso cierto?

—Lo siento, pero estaba mal de pasta y...

Apretó los puños con rabia.

—Tendría que haberte echado cuando traicionaste a Lyrís. Fuera de mi vista.

Caroline salió corriendo y le dijo a Robert:

—Así que mañana, ¿eh? —Sonrió maliciosa—. ¿Quieren jugar? Pues se van a llevar una sorpresa.

Robert sonrió viéndola ir hacia el estudio. Metió la cabeza en la zona de control y le dijo a Peter:

—Cambio de planes, Caroline nos ha vendido. Mete dos anuncios, tenemos que cambiar el guion del programa.

—¿Y te dará tiempo en dos anuncios?

—Claro. Tendremos que improvisar, así que estate al quite por si necesitamos que nos eches un cable.

—Entendido, jefa. Cuando quieras.

Entró en la pecera y sus amigas al ver la expresión de su rostro juraron por lo bajo. Se sentó ante el micro.

—Ya estoy aquí, chicos. He tenido que ir a buscar la pastilla porque esta rodilla duele un montón y ya me tocaba la medicación. ¿Hablabais del libro? —Miró a Peter levantando el brazo—. Pues ahora uno de nuestros anunciantes os va a hablar de otro.

Peter metió el anuncio y fue directa al grano.

—Caroline ha vendido nuestras ideas para la hora que íbamos a hacer de más.

—Será zorra —dijo Lyrís asombrada.

—¿Lo explicamos? —preguntó Nohemi.

—Eso solo creará un conflicto entre ambas emisoras y... —Al ver la sonrisa maliciosa de su amiga sonrió—. Entiendo. Vamos a dejarles con el culo al aire, si nos demandan tenemos la empresa de carteles para corroborar nuestra historia. —Miró a Robert que estaba en la pecera—. ¿Qué opinas?

—Tú eres la directora, haz lo que te parezca mejor.

—A los de arriba les va a encantar.

—Que se jodan.

—Pues vamos allá. ¿Peter?

—Listo. Tres segundos... y ahora.

—Ya estamos aquí de nuevo. Me he pensado mucho si deciros esto, porque yo soy de las que aún confían en la gente y todavía no me puedo creer que alguien me traicione clavándome un puñal en la espalda. —Nohemi levantó el pulgar—. Lo que os voy a contar puede que os sorprenda como a mí, pero sí, chicos, cuando menos te lo esperas te pueden hacer mucho daño. —Su teléfono empezó a vibrar y se le cortó el aliento al ver que era Danglo. Las chicas soltaron una risita porque debía pensar que hablaba de él—. Me está llamando mi novio, oh, porque tengo novio, un cañón de hombre que se preocupa por mí. ¿A que es un amor? Cielo, ahora no puedo hablar, mi audiencia quiere saber lo que ha pasado. —El teléfono dejó de vibrar—. Bueno, el hecho es que Caroline, esa entrañable coordinadora de cabina a la que le di trabajo en cuanto salió de la universidad, nos ha traicionado. Qué palabra, traición. Casi hasta suena bien, ¿no creéis? Pero cuando te traicionan sientes como una laceración en el alma, como un latigazo —dijo con segundas a ver si Danglo se daba por aludido del todo—. Confías en alguien, le das trabajo y por unos cuantos dólares vende tus ideas para nuestro nuevo formato a la competencia. Pues no lo van a conseguir. Con nosotras no y por eso os lo vamos a explicar con pelos y señales, para que sepáis que nosotras siempre vamos de frente.

Tumbada al lado de Danglo acariciaba su pecho.

—Has hecho bien, nena.

—¿Tú crees? Pues la bronca no me la va a quitar nadie.

—Deberíais demandarles.

—¿Por hacer unos carteles? Mentirán, dirán que no era exactamente esa idea o cualquier otra cosa.

Danglo volvió la vista hacia ella y sonrió.

—Habéis tenido muchas llamadas. —Rio por lo bajo—. A Caroline la han puesto verde.

—Me da algo de pena, ya no conseguiré trabajo en el sector. Nadie quiere una empleada que le puede traicionar cuando menos se lo espera.

—Pues que lo hubiera pensado antes.

Miró sus ojos.

—¿No crees en el perdón?

—Creo que el que la hace, la tiene que pagar.

Apretó los labios antes de apoyar la mejilla sobre su pecho de nuevo.

—No quiero pensar más en eso.

—Duerme nena, estás agotada. Has estado sometida a mucha presión.

—No sé cómo puedes dormir cuatro horas y estar tan normal.

—La costumbre, ni en vacaciones me relajo.

—Eso no es bueno, cielo. Me preocupas. Quizás no deberías ir a buscarme para acostarte primero.

—Entonces no te vería en todo el día.

Se le cortó el aliento porque eso significaba que era lo suficientemente importante como para tener que verla todos los días.

—Tendremos que buscar una solución.

—Ya pensaremos en algo. Ahora duerme, deja descansar esa cabecita tuya. —La besó en la coronilla—. Deja de resistir el sueño.

—Es porque estar contigo es lo mejor del día. —Cuando no dijo nada, Kerstina cerró los ojos. No debía darle importancia a que no le respondiera, aún era muy pronto, pero no pudo evitar sentirse algo decepcionada porque él no sintiera lo mismo.

Un mes después

Abrió la puerta de la casa de Danglo metiendo la cabeza para escuchar atentamente. Le había enviado un mensaje para saber dónde estaba y le había contestado que había tenido que ir a la oficina por un problema con una de sus empresas, así que tenía vía libre para prepararlo todo. Entró en el hall y metió todas las bolsas con la deliciosa cena de Nochebuena que había encargado y la pequeña maleta con el vestido de esa noche. Debía apurarse, enseguida llegaría o la llamaría para saber si ya estaba en su casa. Ese día no tenía programa y él lo sabía porque se lo había dejado caer, seguro que esperaría que estuviera en su casa. No habían hablado sobre lo que

harían para festejarlo, pero se habían visto todos los días desde que habían compartido esa primera noche y como ninguno de los dos tenía familia, por supuesto que la pasarían juntos. Y ella quería que fuera especial.

Abrió la nevera para meter las dos botellas de champán, esperando que se enfriaran a tiempo, y también guardó las fresas con la nata montada. La comida la dejó sobre la encimera de granito en las bandejas, lista para meter al horno y corrió hacia el salón con el mantel de hilo blanco que había comprado. Lo puso sobre la mesa y regresó corriendo para coger los dos candelabros de cristal con las velas blancas. Los colocó en el centro de la mesa y asintió porque eran perfectos. Fue hasta el mueble de la vajilla y sacó todo lo que pudiera necesitar. Hizo una mueca porque los platos eran más modernos de lo que le gustaría, pero no iba a cargar con los platos también desde su casa, así que había que resignarse. Los colocó en la mesa y después los cubiertos. Bueno, con las servilletas de hilo en forma de abanico encima del plato tampoco se notaba tanto el contraste. Cogió las copas de cristal y dejó la caja de cerillas sobre la mesa. Corrió hasta la cocina y buscó la cubitera para cuando la necesitara. Se aseguró de que en la nevera hubiera bastantes cubitos antes de coger su bolsa y subir corriendo las escaleras para darse una ducha rápida.

Al entrar en la habitación frunció el ceño porque la cama estaba sin hacer otra vez. La asistenta debía estar de vacaciones, porque hacía unos días que no le hacían la cama. Tenía que preguntarle. Aunque en el resto de la casa ni se notaba que la mujer no estaba. Otra cosa que le gustaba de él, era muy ordenado, casi en exceso. Soltó una risita recordando la mirada que le había echado hacía unas semanas porque distraída con el móvil había dejado la taza del desayuno en el fregadero.

—Se mete en el lavavajillas.

—Oh sí, claro —dijo metiéndola a toda prisa.

Sonrió porque se había metido con él y se habían reído de ello. Su relación había mejorado mucho desde su histórica bromita. De hecho, era casi perfecta porque hasta le había dado la llave de su casa. La semana anterior había tenido un viaje a Japón y necesitaba que le recogiera un paquete. Le pidió que si ella podía encargarse. Por supuesto, le dijo que sí, hubiera recogido el paquete hasta en Taiwán. Cuando él le había dado la llave de su casa diciéndole que llegaba el martes, la cogió encantada porque para ella fue como la demostración de que su relación se iba consolidando.

Después de recogerse el cabello con una pinza, se metió bajo el agua de la ducha y apretó los labios porque su novio era así, de darle una de cal y otra de arena. Llevaba tres días, un poco raro, como más distante que de costumbre, y no lo entendía porque todo les iba genial. Y en la cama no es que hubiera perdido el interés porque se la comía viva cada vez que la tenía a mano.

—Igual que esté trabajando el día de Nochebuena, debería indicarte que hay algún problema en el trabajo, Kerst. Deja de darle vueltas. Lo vuestro está mejor que nunca. Si ayer te hizo el amor dos veces.

Quitándose esas ideas de la cabeza, salió de la ducha y cogió una de sus esponjosas toallas. Se secó lo más rápido que pudo y se quitó la pinza, dejando que los rizos que acababa de marcar en la peluquería cayeran por su espalda. Sin ponerse ropa interior, cogió el vestido rojo entallado

que había comprado para la ocasión y se lo puso sin medias porque increíblemente aún tenía las piernas morenas. Se maquilló ligeramente, pero sus labios los pintó de rojo fuego.

—Prepárate Brearley, que te espera una noche...

Se perfumó y se puso los *stiletos* rojos que había elegido para ese vestido. Se miró de cuerpo entero y se atusó un poco los rizos para darles algo de volumen. Estaba sexy. Lo recogió todo para meterlo en la bolsa y la dejó al lado de la cómoda. Después hizo la cama y cuando la dejó perfecta, bajó al hall donde había dejado su bolso para coger el teléfono móvil. No, no la había llamado. Sonrió por los mensajes de sus amigas que le deseaban una noche inolvidable. Respondiendo fue hasta la cocina y dejó el móvil sobre la encimera para encender el horno. Eran las seis de la tarde, tenía que estar a punto de llegar. Metió las bandejas con el cordero y la lubina en salsa con la temperatura al mínimo para que estuvieran listos para servir. Algo nerviosa decidió hacer ya la ensalada y cuando dejó el bol sobre la encimera miró el reloj de la cocina para ver que ya eran las seis y media. Qué raro. Por mucho que estuviera trabajando, el personal ya se habría ido para estar con sus familias. Igual tenía una llamada al extranjero donde fuera más temprano. Bufó y abrió la nevera para sacar un refresco. Estaba muerta de sed. Se sentó en el taburete y volvió a mirar los mensajes de WhatsApp, pero nada. Además, decía que llevaba cuatro horas sin conectarse, justo cuando ella le había enviado el mensaje. Apretó los labios y bebió de la lata. Menos mal que el pintalabios era de esos fijos, porque si no, tendría que ir a retocarse. Con la lata en la mano fue hasta el salón para asegurarse de que todo estaba bien y al ver algo de polvo en la televisión se entretuvo limpiando con un paño. Cuando terminó entrecerró los ojos mirando a su alrededor.

—Perfecto. —Inquieta miró el móvil de nuevo para ver que ya eran las ocho menos cuarto—. ¿Pero dónde está este hombre?

Preocupada por la cena fue hasta el horno y se mordió el labio inferior porque el cordero se iba a quedar algo duro. Decidió mandarle un mensaje y escribió: *Cariño, ¿vas a tardar mucho?* Impaciente, esperó, pero los dos palitos no se ponían en azul, lo que significaba que no lo leía.

—Genial, Danglo. —Se sentó en el taburete a esperar y al ver el delicioso pastel de marisco no pudo evitarlo, cogió una tostadita para entretenerse—. Como tarde mucho la cena se va a la mierda. —Cogió otra tostadita echándole mayonesa—. Si no le queda, que se fastidie. Haber llegado antes.

Capítulo 7

A las doce de la noche la bandeja del pastel estaba a la mitad, se había comido las fresas y lo demás hacía tiempo que se había enfriado en el horno. Ni la había llamado, ni un mensaje, nada. De hecho, ni había leído los cuatro que ella le había enviado. ¿Dónde estaría? Preocupadísima hasta pensó en llamar a los hospitales, pero igual creían que estaba loca o algo así. Cuando escuchó que se abría la puerta principal se bajó del taburete y fue hasta allí para verle entrar en la casa, dejando el maletín al lado de la puerta. Cuando se volvió se tensó al ver el vestido rojo.

—Estás aquí.

—Quería sorprenderte, pero la sorpresa me la he llevado yo.

—No habíamos quedado —dijo molesto.

Tuvo la sensación de que quería discutir y no le iba a dar el gusto.

—No, por eso se llama sorpresa. ¿Has cenado?

—Unos amigos de Londres están aquí para pasar las Navidades y me invitaron a cenar con ellos.

Y ella no estaba invitada, por supuesto. Fue como una cuchillada que le recordó que él solo quería perjudicarla. Sintiendo un miedo atroz a perderle, forzó una sonrisa y se acercó a él abrazándole por la cintura para besarle en los labios. Danglo respondió, respondió como si la deseara más que a nada, lo que fue un alivio inmenso porque tenía la impresión de que él quería acabar con su relación. Tenía que arreglarlo, tenía que conseguir que la amara. Cuando se apartó le miró maliciosa.

—Debajo de este vestido hay una sorpresa.

Danglo sonrió.

—¿Buena o mala?

Más tranquila por esa sonrisa susurró:

—Tendrás que averiguarlo. —Cogió su mano y tiró de él hacia las escaleras—. Va a ser la mejor Nochebuena de tu vida, amigo.

A la mañana siguiente, cuando se despertó no estaba a su lado. Con una camiseta de Danglo bajó las escaleras y caminó descalza sobre la alfombra del hall para encontrárselo tumbado en el sofá leyendo unos papeles. Ni en un día de fiesta se relajaba. Se acercó de puntillas para tumbarse sobre él y miró los papeles.

—¿Algo interesante?

—Tengo que renovar unos seguros para Año Nuevo.

Besó su cuello.

—Feliz Navidad.

Él sonrió.

—Feliz Navidad, nena.

Se sentó a horcajadas sobre él, le cogió los papeles y los puso sobre la mesa de centro. Sus preciosos ojos verdes brillaron de la ilusión.

—Y...

—¿Y?

—¿Cómo que «y»? ¿Dónde está mi regalo?

Eso le hizo perder la sonrisa de golpe.

—¿Qué?

Se echó a reír.

—Es otra broma de las tuyas, ¿no? Venga, no te hagas el tonto que no me lo trago. ¿Dónde lo tienes? Ya entiendo, ¿tengo que buscarlo? No has puesto ni árbol, así que ahí no está.

Danglo se sentó.

—¿Y el mío?

Soltó una risita y salió corriendo hasta el hall donde estaba su bolso. Corrió hacia él con la caja en la mano y llena de ilusión se la dio antes de besarle en la mejilla.

—Feliz Navidad, cielo.

Él se quedó mirando el paquete entre sus manos.

—Me has comprado un regalo.

Se echó a reír.

—Claro que sí, ¿cómo me iba a olvidar de ti si te tengo presente cada minuto del día? —Se arrodilló ante él—. Vamos, ábrelo.

Muy tenso abrió el paquete para mostrar la caja roja de un Cartier. Levantó la tapa para ver un reloj por el que muchos matarían. Sus últimos ahorros, pero merecía la pena. Ilusionada le miró.

—¿Te gusta?

—Joder es precioso, pero no tenías que haberlo hecho.

Lo dijo tan fríamente que le borró la sonrisa de la cara.

—Claro que sí, es Navidad.

—Nena, yo no te he comprado nada.

Separó los labios de la impresión porque su rostro decía que era cierto.

—¿No me has comprado nada para Navidad?

—No pensaba que te estabas tomando esto tan en serio.

No lo pudo evitar, fue como otra cuchillada. Otra decepción de las decenas que se había llevado ya con él.

—¿Esto?

—Si te vas a poner así, puedo llamar a un amigo que es joyero y que me envíe algo.

No pudo soportarlo más. Que hablara así de su relación ya era intolerable.

—Ya basta, Danglo.

—No entiendo lo que quieres decir, espera que le llamo ahora mismo. —Estiró la mano para coger el móvil de encima de la mesa.

—¡Deja de hacer que no te importa lo que tenemos! —gritó tensándole.

—No hago eso.

—¿No? Ayer encargué una cena maravillosa para que estuviéramos juntos en Nochebuena y te fuiste a cenar con esos amigos tuyos que ni me has presentado.

—Pensaba que te irías con tu familia.

—¡Si te interesara algo de mi vida aparte de lo que hago en la radio, sabrías que no me hablo con mi hermano!

—¿Qué hiciste para que dejara de hablarte?

Perdió todo el color de la cara y negó con la cabeza.

—Esto no te lo voy a perdonar, he pasado mucho por alto, pero se acabó.

—¿Has pasado mucho por alto?

Se puso de pie y salió del salón para ir hacia las escaleras.

—¿Qué has pasado por alto tú si puede saberse? ¿Si hasta hace dos minutos estabas encantada? ¿Qué esperabas, un buen regalo para presumir ante tus amigas?

Ahora era una interesada cuando lo había dado todo por él. Intentando retener las lágrimas, llegó a la habitación y cogió el vestido rojo que estaba en el suelo. Al ver que estaba recogiendo sus cosas él se tensó.

—¿Qué haces?

—Largarme, que es lo que quieres. —Sorbió por la nariz cogiendo sus zapatos y su bolsa.

—Estás exagerando —dijo con desprecio. Ella entró en el baño y cerró la puerta con pestillo—. ¡Kerstina, abre la puerta!

—Yo jamás te he hecho daño.

Él apretó el puño sobre la puerta y dijo:

—Joder nena, hablemos de esto.

—Tú no quieres hablar, tú planeas, máquinas, pero no te interesa nada de lo que quiera contarte. Y se acabó.

Él enderezó la espalda.

—Así que se acabó.

—Jamás pensé que iba a ser yo quien diera este paso con todo lo que me he mordido la lengua, pero hasta yo tengo un límite. —Abrió la puerta y pasó ante él.

—¿Que te has mordido la lengua?

Furiosa se volvió mostrando sus lágrimas.

—¡Sí! ¡Para estar contigo he pasado por alto como intentas destruir mi carrera, esa por la que he luchado tanto! ¡Porque hasta que te conocí mi corazón no latía! ¡He sentido como se me desgarraba el alma por elegirte cuando ponía en riesgo el futuro de mis amigas, que son las únicas que me quieren de verdad! ¡Y lo hice por ti, por lo que sentía a tu lado! —Rio sin ganas—. ¿Crees que no sé lo que ocurre? ¿Que estoy ciega a tus maquinaciones? ¿Que no sé qué has intentado que pierda anunciantes? ¡Lo sé todo! Y no me importaba porque si pasaba cinco minutos, aunque solo fueran cinco a tu lado, merecía la pena. ¡Esos cinco minutos era feliz! ¡Y lo era incluso cuando me mentías, incluso cuando me decías esas pullas con segundas como acabas

de hacer con mi regalo o con mi hermano! ¡Para ti solo soy parte de tu venganza! ¡Crees que me reí de ti, que te gané en aquella discusión absurda ante tus abogados y te dejé en ridículo! ¡Dijiste que te vengarías y es lo que llevas intentando hacer desde que me conoces! —Dio un paso hacia Danglo que estaba muy tenso—. ¡Y lo supe desde el principio, pero continué a tu lado porque merecía la pena! ¡O al menos eso creía porque he llegado a mi límite! ¡No pienso dejar que me sigas desdeñando para tener esa satisfacción infantil que te corroe! ¿Te jodieron en Inglaterra? ¡Asúmelo de una maldita vez!

—Te aseguro que lo asumí hace tiempo —dijo con desprecio.

—¿De veras? Si me midiera por tu rasero, ¿qué tendría que hacer contigo, Danglo? ¿Qué tendría que hacer después de todo lo que me has perjudicado? ¿Después de estar conmigo solo para satisfacer tu venganza? ¡Nunca te he importado! —gritó rota de dolor. Negó con la cabeza—. ¡Jamás le he deseado ningún mal a nadie y a ti mucho menos, pero qué futuro más triste vas a tener porque nadie estará a la altura de tus expectativas y todos te defraudarán! He soportado tus puñeteras bromas, tus ironías, tus desplantes y todo por tener al hombre que creía que eras, pero estaba equivocada, eres así realmente y se acabó.

Salió de la habitación y corrió por el pasillo con los zapatos en la mano.

—Kerstina.

Bajó las escaleras corriendo.

—¡Kerstina! —Corrió tras ella y en el hall la agarró del brazo para volverla—. Nena, no quiero que pienses...

Se soltó de malas maneras y dio un paso atrás como si no se fiara de él. Como si temiera que la convenciera. Danglo apretó los labios antes de mirar esos ojos tan llenos de dolor.

—Kerst yo...

—No quiero verte más. —Agarró su bolso y el abrigo del perchero antes de salir de la casa corriendo, dejando la puerta abierta.

Danglo ni sintió el frío mientras pálido la veía correr calle abajo rota de dolor. Un dolor que había provocado él y se maldecía por ello. Cerró la puerta lentamente y al volverse vio el papel de regalo en el suelo del salón al lado de la caja del reloj. Se acercó a él y lo cogió para sacarlo de su caja. Era un reloj carísimo y sabía que se había esforzado mucho para comprarlo. Dio la vuelta a la esfera y vio que estaba grabado. *Ni tú conmigo, ni yo sin ti*. Sonrió con pesar porque había cambiado el dicho para expresar perfectamente como era su relación, pero ella se había rendido y no la culpaba. Todavía recordaba el disgusto en sus ojos por pasar la Nochebuena sola, todo lo que había preparado para pasarla juntos, lo preciosa que estaba con su vestido rojo y como intentó disimular haciéndole el amor, entregándose a él. Cuando creyó que él se había dormido bajó al piso de abajo y recogió intentando no hacer ruido, pero la escuchó llorar. Sintiendo agotado se sentó en el sofá y se pasó la mano por los ojos antes de mirar el reloj de nuevo hasta perder la noción del tiempo. Entonces llamaron al timbre y se levantó a toda prisa para abrir la puerta, encontrándose una rubia muy guapa ante él.

—Hola, ¿quieres salir conmigo?

Los tres días que tenían libres hasta regresar al trabajo se los pasó llorando o comiendo y vomitando por todo lo que había comido. Los del servicio a domicilio ya la conocían y era evidente que no se espantaban de nada porque aparte de la mala cara que tenía, pasaba de ducharse, su pelo parecía una maraña y su pijama estaba lleno de manchas de helado de chocolate y otras cosas que más valía no analizar. Cogió la caja de la tercera pizza en dos días y cerró la puerta con el pie sin dar las gracias siquiera. El chico dijo:

—¡Qué se mejore!

—Que me mejore. Esto ya no tiene arreglo. —Se sentó en el sofá poniendo los pies sobre la mesa de centro, mostrando los gruesos calcetines llenos de mierda. Hizo una mueca. Al parecer su asistente no limpiaba tan bien como creía. Bufó abriendo la caja y cogió dos porciones de pizza enrollándolas para darle un buen mordisco mientras miraba sin ver la televisión. Su teléfono sonó de nuevo, pero ella lo ignoró y cogió el mando para cambiar de canal. Al ver *Oficial y caballero* levantó una ceja—. Otra idiota que deja pasar un montón de chorradas y traga con todo. Aunque al menos ella consiguió largarse con él. —Se echó a llorar por lo estúpida que había sido. No le importaba nada. Entonces se atragantó y llevó la mano a la garganta intentando toser. Asustándose se levantó y se dio un golpe en el pecho provocando que el gran pedazo de pizza cayera sobre la alfombra. Temblando del susto se lo quedó mirando con los ojos como platos y de repente chilló señalándolo—. ¿Ves? ¡Te has librado de él y estás viva! ¡No te has muerto ni te ha traspasado un rayo, así que espabila que te queda mucho por vivir!

El teléfono volvió a sonar y lo buscó a toda prisa entre los envases que había allí. Cuando lo encontró hizo una mueca porque estaba manchado de salsa barbacoa, pero, aun así, se lo puso al oído.

—¡Sí!

—¿Por qué no coges el teléfono? —preguntó Lyrís divertida—. ¿Tan ocupada te tiene con ese sexo salvaje que no tienes tiempo a devolver las llamadas?

Hizo una mueca.

—Le he dejado.

—¿Qué? Oh, cielo.

—No pasa nada, estoy bien. ¡Sigo viva!

—¿Tienes un ataque de nervios? Acabo de salir del aeropuerto, voy para allá.

—¿Pero no te quedabas con tus padres?

—Se van de crucero de Año Nuevo y no me habían dicho nada, así que me he vuelto.

—¡Pues trae champán, que vamos a celebrarlo!

—¿Y no te apetece más un Valium?

—¡Vale, será una fiesta bomba!

—Sí, cielo. Voy a llamar a Nohemi a ver si ya ha llegado.

—Oh... —Miró su móvil—. Creo que sí porque tengo tres llamadas perdidas en la última hora. Igual quería quedar. —Sus ojos brillaron—. ¿Salimos a cenar?

—Estoy algo cansada, ¿sabes? Mejor nos quedamos en tu casa. Pero tú tranquila que ya la llamo yo —dijo con suavidad.

—Vale, te quiero.

—Ahora mismito nos vemos.

Lyris colgó y ella se quedó mirando el teléfono.

—Qué buenas amigas tengo. —Sus ojos se llenaron de lágrimas—. Y tú traicionándolas por ese. No te las mereces.

Nohemi abrió con su llave y al ver el estado del apartamento dejó caer la mandíbula del asombro porque parecía que había pasado un tornado que había tirado basura por todas partes.

—Mierda.

Lyris entró en el salón pisando un envase de patatas y levantó el pie.

—¡Los Jimmy Choo! ¿Eso es ketchup? —Chilló corriendo hacia la cocina abierta que daba al salón y cogió un pedazo de papel mientras Nohemi iba hacia la habitación. Se limpió el zapato y suspiró del alivio—. Se quita. Tranquilidad, que se quita.

Al ver que Nohemi había entrado en la habitación se puso el zapato y sorteó la basura para llegar. Kerstina estaba tumbada en la cama y se había quedado profundamente dormida. Nohemi le hizo un gesto para que saliera y Lyris lo hizo de inmediato.

—Debe estar agotada.

Lyris apretó los labios.

—¿Has visto lo pálida que está? Y a pesar de todo esto, ha adelgazado. ¿Llamamos a un médico?

—Veremos cuando se levante. De momento vamos a limpiar todo esto.

La puerta se abrió de golpe sobresaltándolas y Kerstina chilló con cara de loca antes de abrazarlas.

—¡Estáis aquí! —De repente se echó a llorar demostrando el estado en el que se encontraba—. Estáis aquí. Os quiero, sois las mejores.

—Claro que estamos aquí y nos tendrás siempre —dijo Nohemi suavemente antes de apartarse para ver su rostro. Le preocupaba las ojeras que tenía, que decían a gritos que no había dormido nada en varios días.

—¿Me lo juras? —preguntó como una niña.

—Te lo juro, jamás nos separaremos de ti. Ahora vamos a ducharte y después te tomarás una pastilla para dormir. Necesitas descansar.

—Sí, me cuesta. Me sobresalto cada poco.

—Eso es ansiedad, cielo —dijo Lyris—. Deberíamos llamar a un médico.

—Pero si estoy bien. Estoy viva.

—Ya. —Nohemi cada vez estaba más preocupada, parecía al borde del colapso—. Lyris llama. Su amiga asintió sacando su móvil del bolso.

—Vale, si creéis que debe verme un médico, perfecto. Os quiero, solo queréis lo mejor para mí. —Sollozó de nuevo—. ¿Me perdonas, Nohemi?

—¿Por qué, cielo?

—Por anteponerle a vosotras. No lo merecía.

—No tienes que pedirme perdón, solo seguías tu corazón.

Se echó a llorar tapándose el rostro con las manos y Nohemi la abrazó.

—Estamos aquí, estas fechas son muy malas para ti y te hacía tanta ilusión pasarlas con él. Lo siento, cielo.

—No me compró un regalo —dijo entre lágrimas—. No le importo nada.

—Nos importas a nosotras, ¿de acuerdo? Olvídate de él que no te merece.

La guio hasta el baño y Lyrís llegó en ese momento.

—Ya viene para acá.

—Cambia las sábanas, ¿quieres? Hay restos de comida.

Su amiga se puso manos a la obra de inmediato, pero Kerstina ni se dio cuenta mientras su amiga abría el grifo de la ducha. Le quitó la parte de arriba del pijama como si fuera una niña y sonrió.

—Yo sí te he traído un regalo.

—¿De veras? —preguntó ilusionada.

—Y seguro que Lyrís también te lo ha traído.

—Mis regalos están bajo el árbol. —Perdió la sonrisa de nuevo—. Danglo no pone árbol.

—Él se lo pierde. Decorarlo es lo mejor de la Navidad.

—Mi madre siempre lo decía. —Sollozó de una manera que rompía el corazón—. Si me viera ahora, con lo orgullosa que siempre estuvo de mí.

—Shuss. Desde donde esté, estará mil veces más orgullosa de ti porque sigues luchando. —La besó en la mejilla—. Y lo harás siempre porque la Kerstina Goosby que conozco es una guerrera.

—El programa.

—El programa saldrá adelante como ha salido siempre. A nosotras con tonterías... Les vamos a dejar a todos las cosas muy claritas.

Mientras su amiga le bajaba los pantalones, Kerstina entrecerró los ojos.

—Sí. Ya está bien de que nos tomen el pelo.

—Exacto. Ahora adentro.

Se metió bajo el agua pensando en ello. Su amiga cogió el bote de gel y se lo echó en la esponja que le puso en la mano. Empezó a frotarse sin dejar de darle vueltas.

—¿Debería vengarme?

—Por supuesto, ese cabrito merece una lección.

—Pero entonces esto no terminará nunca y quiero perderle de vista.

—Le perderás de vista después de una buena patada en el culo.

—¿Tú cómo lo enfocarías?

—Con decir la verdad quedará a la altura del betún.

—Le dije que no le deseaba nada malo. —Negó con la cabeza—. No, no pienso ni mencionarle. Si lo hiciera, si intentara vengarme, sería como él y no quiero ser como él. No quiero pensar más en lo que ha hecho, quiero borrarle de mi vida.

Nohemi asintió.

—Eres mucho más sabia que yo, que le dejaría temblando con todo lo que diría de él.

—Nohemi, déjalo —dijo Lyris entrando en el baño y sonriendo a Kerstina—. Haces lo correcto, tienes que limpiar tu alma.

—Ya estamos con la vida zen y todo eso. —Nohemi chasqueó la lengua—. Ahora vendrá con lo de ir a yoga.

—Pues es muy sano. Y libera tu mente.

—Yo libero la mente pegando gritos y de vez en cuando dando un par de hostias.

Se echaron a reír.

—Serás bruta.

Llamaron al timbre de la puerta y Lyris dijo:

—Uy, el médico no ha tardado nada.

Su amiga salió de la habitación casi corriendo y Nohemi dijo:

—No te des prisa. No vaya a ser que te caigas y la liemos de nuevo con la rodilla.

La rodilla le hizo recordar a Danglo y perdió la sonrisa empezando a enjabonarse el cabello.

Estaba saliendo de la ducha cuando Lyris entró en el baño.

—No era el médico, era un chico de reparto con comida china. Al parecer ya vino por aquí dos veces y al pedir lo mismo se equivocó de dirección.

—¿La has cogido? Tengo hambre. —Se la quedaron mirando y chasqueó la lengua—. Vale, lo pillo.

—Cielo, tienes que cuidarte —dijo Nohemi—. Debes mirar más por ti.

—Lo intentaré. —Fue hasta la habitación y abrió la cómoda para sacar un pijama. Se lo puso escuchándolas susurrar en el baño y sacando su cabello de la camisa del pijama se acercó.

—No puede ser —dijo Lyris.

—Te digo que sí, es como un reloj como yo y no tiene la regla. Siempre coincidimos y no la tiene.

Apoyó el hombro en el marco de la puerta.

—Si os estáis preguntando si estoy embarazada la respuesta es sí.

Se llevaron la mano al pecho de la impresión.

—¿Te has hecho la prueba?

—Me la hice hace quince días. Al parecer la medicación de la rodilla influyó algo en la píldora o puede que se me olvidara algún día, no lo sé.

—¿Se lo has dicho? ¿Por eso le has dejado? —preguntó Lyris.

—No, no se lo he dicho ni pienso hacerlo.

Lyris preocupada se apretó las manos.

—Te he mentado.

—¿En qué?

—Hace unos minutos era él.

A Kerstina se le cortó el aliento.

—¿Y qué dijo?

—Me preguntó si podía entrar. —La miró arrepentida—. Le dije que no querías verle y que se fuera antes de que llamara a la policía. Miró la casa, pero le dije que habíamos hecho una fiesta

loca para celebrar que te habías librado de él. Me preguntó si entonces estabas bien y yo le contesté que, por supuesto, que te habías librado de sus neuras y que estabas perfectamente. —Gimió—. La he cagado, ¿no?

—Leche con la del zen —dijo Nohemi impresionada.

—Lo siento, lo siento, no sabía esto y...

—El bebé no cambia nada. —Se volvió dejándola con la palabra en la boca.

—¿De veras? Igual está arrepentido y quiere arreglarlo. Tampoco tenía buena cara.

—Le he dado mucho tiempo para que se comportara de otro modo conmigo, si no lo ha hecho es porque en realidad no me quiere. Y si después de tanto tiempo juntos no ha sentido nada por mí, todo esto no va a ningún sitio. —Se sentó en la cama sintiéndose agotada—. Así que no te preocupes, que es mejor dejar las cosas así.

—Entonces no se lo vas a decir —dijo Nohemi.

—Mi madre crio a dos hijos prácticamente sola, no me asusta el reto de tener un hijo.

—No has contestado la pregunta. ¿No tiene derecho a saber que va a ser padre? —preguntó Lyris.

Suspiró mirando al frente y lo pensó seriamente.

—Ahora no puedo enfrentarme a él para hablar de esto. Igual más adelante me sienta preparada para escuchar lo que tenga que decir al respecto, pero aún es muy pronto.

Sus amigas asintieron.

—Si necesitas tiempo, nadie puede culparte —dijo Nohemi—. Acuéstate un rato. Enseguida llegará el médico y... —Escucharon que llamaban a la puerta—. Justo a tiempo.

Lyris se acercó con el cepillo en la mano y Kerstina sonrió con tristeza.

—No estás de acuerdo.

—Te apoyaré en todo lo que decidas porque es tu vida para decidir qué hacer, pero sería mucho mejor que te quitaras este peso de encima, porque te conozco muy bien y sé que no dejarás de darle vueltas. Si quiere tomar parte o no ya no será una duda, sabrás a qué enfrentarte.

Cepillándose el cabello lo pensó.

—Necesito algo de tiempo.

—Me parece muy bien. —Se sentó a su lado sonriendo de oreja a oreja—. ¿Te hace ilusión?

Sonrió.

—Sí. No llega en el mejor momento, pero cuando me enteré me sentí tan bien. Tengo tanto amor para darle, que nada me haría renunciar a él.

—Te enteraste hace días, ¿por qué no se lo dijiste entonces?

—Sabía que se espantaría. Y aún se espantará. —Sonrió con ironía—. Conociéndole igual, piensa que lo he hecho a propósito para conseguir mi Lamborghini.

Lyris apretó los labios.

—Lo siento mucho.

—Solo yo tengo la culpa de esto. Sabía que estaba pegando cabezazos contra la pared y, aun así, insistía esperando que esa pared se derrumbara, pero ya son demasiados golpes y es hora de dejarlo.

Nohemi entró en la habitación acompañada de un hombre de unos cuarenta años que llevaba un maletín.

—Él es el doctor Martinson —dijo Lyris sonriendo al hombre—. Gracias por venir.

—Es un placer —dijo mirando a Kerstina atentamente—. ¿Esas ojeras significa que no duermes?

—Me sobresalto y me despierto.

—Un síntoma claro de ansiedad. —Se agachó ante ella—. ¿Por algo en particular?

—Esperaba demasiado de alguien que no llegó a amarme, tengo un negocio casi en la ruina y estoy embarazada.

—Vaya, menos mal que estoy yo aquí. ¿Se siente mal?

—Estoy algo triste, pero es normal cuando descubres que el hombre que quieres pasa de ti. No me regaló nada en Navidad. —Sus ojos se llenaron de lágrimas—. Me gasté treinta mil dólares en el suyo y tenía tanta ilusión. Creía que le gustaría, pero lo miró de una manera.

—Yo le regalé a mi esposa un viaje a París y no le gustó nada. Eso no significa que no me quiera —dijo abriendo el maletín y sacando un frasquito de cristal con una jeringuilla—. Esto la relajará y la hará dormir unas cuantas horas sin pensar en nada.

—¿De veras no le gustó? —preguntó mientras la inyectaba—. A mí me hubiera encantado.

—Es que le da pánico volar. Quería que se quitara el miedo con algo que le hiciera ilusión y la he fastidiado.

—Se nota que la quiere mucho.

—Son veinte años juntos y estoy deseando vivir con ella veinte años más.

—El amor tendría que ser siempre así.

—Seguro que todo mejorará, ya verá como sí. —Se incorporó—. Le voy a recetar unas pastillas para que se tome dos a la hora de dormir durante cuatro días. Debe descansar, el estrés no es bueno en el embarazo.

Sintió cómo su cuerpo comenzaba a relajarse y Nohemi dijo:

—Se cuidará, doctor. Nos aseguraremos de ello.

—Bien. Si la notan ansiosa, deja de comer o deja de dormir, llámenme de nuevo.

—Gracias. —Lyris le acompañó a la salida y Nohemi le dijo—: Ven, que te ayudo a tumbarte.

Kerstina se volvió y de rodillas gateó sobre la cama hasta llegar a las almohadas. Abrazó una de ellas y Nohemi se sentó a su lado apartando su cabello húmedo de su rostro.

—Duerme, cuando despiertes estaremos aquí.

Cogió su mano y mirándola a los ojos susurró:

—Vas a ser una tía estupenda. —Su amiga sonrió—. Si algún día me pasa algo...

—Por Dios, no pienses en eso. No te va a pasar nada.

—Si algún día me pasa algo, quiero que le cuides. Sé que tendrá que irse con Danglo, pero prométeme que estarás pendiente de él.

—Como si fuera mío, te lo juro.

Cerró los ojos.

—Eso me inquietaba. Si me pasara algo en el parto no me conocería. Tú le hablarás de mí, de

cómo soy de verdad, no como cree Danglo que soy.

—No te preocupes por eso, estás muy sensible. Tenemos mucho tiempo para hablar de estas cosas. —Acarició su frente—. Duérmete.

Su respiración se fue calmando y siguió acariciándola hasta que se quedó dormida. Nohemi miró sobre su hombro para ver que Lyris tenía los ojos llenos de lágrimas. Se levantó con cuidado y fue hasta ella saliendo de la habitación entornando la puerta. La abrazó.

—Está destrozada —susurró su amiga.

—Para eso estamos nosotras, para que se reponga y vuelva a ser la de siempre. —La alejó de la puerta—. Ahora cuéntame qué ha dicho cuando ha venido.

Miró de reojo la puerta.

—Estaba hecho polvo.

—¿Qué?

—Llegó sin afeitar, desaliñado. Como cuando se tiene resaca.

—Así que no es tan indiferente como ella cree.

—Cuando vio el estado de la casa intentó entrar, pero le dije que ni se le ocurriera, que no estaba en condiciones de verle. Que llamaría a la policía. Palideció, literalmente. Se llevó las manos a la cabeza como si no supiera qué hacer, cómo comportarse. Después se fue en silencio.

—Este es tonto.

—¿Qué hacemos?

—De momento recoger todo esto y después intentaremos encontrar la manera de que ese idiota tenga huevos para enfrentarse a lo que ha hecho. —Sonrió—. Y después nos iremos de boda, que tengo ganas de ser dama de honor principal.

Jadeó.

—Oye, mona, que también puedo serlo yo.

—A ver quién gana.

Capítulo 8

Kerstina se despertó y suspiró volviéndose de espaldas. Se quedó mirando la lámpara del techo y pensó en todo lo ocurrido. Dios, embarazada. Hasta unos días antes tenía la loca idea de que él llegara a aceptarlo y había soñado con una vida juntos, pero era evidente que esa vida nunca se haría realidad. Él nunca llamaría. El desprecio en sus palabras cuando no le había dado su regalo era muestra de que nada había cambiado. Bueno, sí, que ahora sabía que le estaba robando los anunciantes. Una lágrima cayó por su sien. Qué estúpida había sido. Molesta se pasó la mano por el rostro borrando sus lágrimas y se dijo que si Danglo no estaba en su vida, él se lo perdía. Ella tenía a su bebé, a sus amigas y un trabajo que le encantaba. Debía centrarse en la nueva aventura de tener su propia emisora. Sus amigas lo arriesgaban todo y ella tenía que pensar en el futuro de su hijo. Apretó los labios. Nadie iba a detenerla. Nadie. Ni siquiera Danglo Brearley por mucho que le hubiera roto el corazón.

Decidida apartó la colcha y se levantó para ir hasta el baño. Abrió el grifo de la ducha y se sentó en el váter. Pensando en cómo conseguir anunciantes escuchó cómo se abría la puerta de su habitación y cuando tiraba de la cadena, Lyris apareció con una dulce sonrisa en el rostro.

—Buenos días.

—Buenos días.

—¿Cómo te encuentras?

—Mejor. —Se acercó y abrazó a su amiga—. Gracias por quedarte.

—No digas tonterías. —Lyris la besó en la mejilla y se apartó para mirar su rostro—. ¿Lista para el resto de tu vida?

—Más que lista. —Le guiñó un ojo y empezó a quitarse el pijama—. ¿Ideas para el programa de hoy?

—¿Amores y desamores?

Entrecerró los ojos sonriendo maliciosa.

—Me encanta esa idea. Pero no hablaremos de él, ya sabes que he decidido olvidarle.

—Claro que no. Pero no podemos quedarnos con esto dentro. Unas pullitas inofensivas sin decir su nombre.

—¿Y la vida zen? —preguntó divertida.

—¿Qué? No vamos a nombrarle. Hablamos en general. Si se da por aludido no es culpa nuestra. Pero nos debemos a nuestra audiencia y es un tema interesante.

Entró en la ducha.

—Podemos enfocarlo a anécdotas divertidas. Menos mal que nuestros oyentes podrán dar su opinión. Será interesante ver lo que nos cuentan.

—Podemos hacer un programa especial. Cosas que nuestros novios nos han regalado en Navidad.

Enjabonándose el cabello rio por lo bajo.

—Sí, va a ser un programa de la leche despellejando a las parejas. —Nohemi entró en el baño con cara de sueño y se sentó en el váter—. ¿Una mala noche?

—Este tío es un mamón. He pensado en mil ideas para torturarlo, desmembrarlo y deshacerme del cuerpo.

—Tú siempre tan práctica, amiga.

—Pero que haya venido hecho polvo es un indicativo de que no está a gusto con lo que hizo. Se arrepiente —dijo Lyris—. ¿Si volviera le darías otra oportunidad?

Entrecerró los ojos.

—No sé. Ya puede suplicarme. Sí, tendría que ganárselo, que hasta ahora lo he hecho yo todo. —Chasqueó la lengua—. Da igual, chicas. En cuanto se entere de que estoy preñada, seguro que piensa que lo he hecho a propósito para cazarle.

Sus amigas jadearon indignadas.

—¡Qué se hubiera puesto gomita! —protestó Nohemi.

—¿Nunca habéis hablado de ello?

—Pues no. La primera vez fuimos al lío sin condón. A la mañana siguiente me preguntó si tomaba algo, obviamente acojonado por si había metido la pata, pero como yo le dije que tomaba la píldora se olvidó del asunto.

—Y tú también te olvidaste del asunto, eso es evidente —dijo Nohemi lavándose las manos.

—La verdad es que como estaba en esa nube, que me obnubilaba el pensamiento, lo único que se me pasó por la cabeza es en que confiaba en mí y que no le preocupaba coger una venérea.

—¿Y si te la pegaba él a ti? —preguntó Nohemi indignada.

—Me dijo que siempre se ponía condón. Que no sabía lo que había pasado y que no debía preocuparme. ¿Pero sabéis? No lo considero un error. —Sonrió—. Tengo mucha ilusión por tener a mi niño.

Sus amigas sonrieron.

—¡Vamos a ser tías! —dijo Lyris emocionada.

—Y qué tías, no podría ser más afortunado.

Se acercó al micro y dijo:

—Muy buenas noches, Nueva York. Bienvenidos a un programa más de *Nosotras te lo contamos*. Cómo habéis pasado las Navidades, ¿eh? Riñas con los cuñados, discusiones de política, los niños os han vuelto locos. ¿O habéis sido de esos que han comido y bebido tanto en Nochebuena que se han pasado la Navidad con una resaca de campeonato? Como sabemos que tenemos de todo, vamos a centrar el programa de hoy en los maravillosos regalos que nos hacen nuestras parejas, amigos o familiares indeseables y abriremos nuestros teléfonos para que todo el que quiera nos llame. —Se frotó las manos—. Promete ser un programa interesante, ¿no chicas?

—Y que lo digas —dijo Nohemi irónica—. ¿Empiezo yo?

—Cuando quieras, amiga.

—Hace seis años estaba en la universidad y empecé a salir con un tipo que conocí en una fiesta de la hermandad. Coincidieron las Navidades y por supuesto le compré un regalo.

—Lo dice sin mucho entusiasmo, chicos —dijo Lyris—. Pero es que ya no le hacía ilusión.

—Bueno, en aquel momento sabía que no era el amor de mi vida, pero como todavía no le había dejado algo, tenía que comprarle. Y leche no se me ocurría nada. Le di la plasta a mis amigas con el regalo durante días.

—Cierto, doy fe —dijo Kerstina.

—Y al final nos decidimos por un libro. El regalo perfecto para que no se hiciera demasiadas ilusiones. Bueno, el hecho es que el día de Navidad no habíamos quedado, por supuesto, yo estaba con mi familia. Pero cuando regresé al campus él me llamó y fuimos a cenar una hamburguesa, que el presupuesto era algo ajustado. El tío llega con un gran paquete en los brazos y algo avergonzada porque yo le había comprado solo el libro, le saludé y nos sentamos. Puso el paquetón sobre la mesa y dijo lo típico de feliz Navidad y eso. Yo por supuesto puse el libro envuelto sobre la mesa. Entusiasmado lo abrió y me miró como si le hubiera regalado la luna. Era un libro de fotografía, que sabía que le gustaba mucho. Me dio las gracias encantado y me dio un beso. Entonces miró el regalo que había traído y me dijo que esperaba que me gustara. Yo avergonzada tuve que levantarme para rasgar el papel. Al abrir las tapas de la caja salieron disparados de ella un montón de muelles de esos de las cajas de broma con confeti, que lo pusieron todo perdido. Después del susto inicial y mientras él reía ilusionadísimo miro en el interior de la caja y veo una cafetera express. Me quedé muerta. ¡Se había gastado trescientos pavos en una cafetera, para que cuando viniera a mi apartamento tuviera el café como él quería! ¡No era un regalo para mí! ¡Era un regalo para él mismo!

—Tú al menos buscaste un regalo que le gustara —dijo Lyris.

—Exacto. Y menuda plasta os di con el tema por no herir sus sentimientos. Ahí decidí darle puerta. Pero el café salía buenísimo, aquella cafetera era la leche.

—También doy fe de ello. ¿Lyris?

—Mi regalo más llamativo fue cuando mi novio del instituto me regaló un sujetador con relleno. —Las chicas se echaron a reír—. ¡Imaginaos mi cara cuando abrí aquello! ¡Menuda bronca tuvimos! Al parecer pensaba que las tenía pequeñas. —Se acercó al micro—. ¿Pues sabes qué, Jerry? Han crecido y son perfectas. Y no las verás más.

—¿Has vuelto a verle después de estos años? —preguntó Nohemi.

—Oh, sí. La última vez que hablé con él me dijo que llevaba el bar de su padre. Me dejó impresionada la incipiente calva que tenía. Con el pelazo que tenía en el instituto. —Suspiró—. Ahora no me atrae nada, pero cuando éramos adolescentes me hacía vibrar. Qué pena. Es obvio que los gustos cambian. ¿Y tú, Kerstina?

Las dos la miraron expectantes y sonrió maliciosa.

—Pues mi peor regalo fue que no me regaló nada.

—¿Qué? —dijo Nohemi aparentando sorpresa—. Será cabrito.

—Oh, sí. Yo estaba ilusionadísima, le había preparado una cena de Navidad y ni se presentó. Y

para colmo al día siguiente le doy mi regalo, un reloj carísimo para encontrarme que no se había molestado ni en comprarme cualquier tontería, ¿os lo podéis creer?

—Le dejarías.

—Para mí quedó muerto y enterrado. Ya le podían dar por saco, no quería verle más ni en pintura, menudo imbécil. Vamos, que si necesitara una transfusión de sangre porque su vida pende de un hilo, ni una gota le daba.

Sus amigas rieron por lo bajo.

—Nos ha quedado claro —dijo Nohemi—. Chica, no recuerdo a ese tipo. ¿Estuviste mucho con él?

—Un poco más de un mes. El mes más largo de mi vida, porque era un quisquilloso de la leche. Todo tenía que estar ordenadito, todo tenía que ser como él dijera y era un rata, porque nunca salíamos a ningún sitio. Eso sí en la cama era un portento, pero no se puede vivir solo de sexo, chicas. Entretiene mucho, pero tiene que haber algo detrás. —Miró a su nueva asistente de cabina que asintió—. Uy, ya tenemos la primera llamada. Hola, ¿cómo te llamas?

—Soy Cindy, estoy contentísima por hablar con vosotras. Me encanta vuestro programa.

—Gracias y bienvenida. Cuéntanos, Cindy. Háblanos de ese regalo que te dejó de piedra.

—Me lo regaló mi tía, ¿vale igual?

—Por supuesto. No importa quien haya sido, chicos, lo importante es el regalo —dijo con segundas.

—¡Pues la bruja de mi tía me regaló ante toda mi familia un consolador! —exclamó haciéndolas reír a carcajadas—. ¡Dijo que estaba muy sola, que ya había pasado de los treinta y que se notaba que lo necesitaba! Me moría de la vergüenza mientras mi madre me miraba con el ceño fruncido como si se acabara de dar cuenta de que me faltaba algo. Desde entonces y esto ya fue hace tres años, mi madre me organiza citas con todos los vecinos solteros que conoce. ¡Dice que no puedo vivir solo de un cacharro a pilas! —Se partían de la risa—. ¡Y eso no es todo, ahora cada Navidad temo abrir los regalos por lo que voy a encontrarme! ¡El último regalo de mi hermano fue un encuentro de fin de semana con un montón de solteros feísimos y desesperados por llevarme a la cama! ¡Fue el fin de semana más estresante de mi vida! ¡Debían pensar que porque me había apuntado ya estaba todo hecho! ¡Tenía que ir sorteando a un baboso tras otro y me piré antes de que terminara, porque encima empezaban a mosquearse! ¡Me exigían que eligiera a uno! ¡Y cuando mi hermano se enteró de que me fui antes de que terminara aquella tortura, otra bronca! ¿Os lo podéis creer? Os aseguro que este año me he pensado muy mucho decir que estaba enferma para no asistir a las fiestas con mi familia.

—¿Y qué te han regalado este año? —preguntó Lyrís.

—Agarraos. ¡Entre todos me han comprado un crucero para singles! Os juro que como sea del estilo del fin de semana me tiro por la borda.

Kerstina se limpió las lágrimas.

—¿Por dónde es el crucero?

—Por las islas griegas. ¡A ver si conozco a un griego bien hermoso y me mudo de país!

—Seguro que en el barco conoces a alguien afín a ti. Incluso puedes hacer amigos. Los que

conozcas te pueden presentar a otros. Nunca se sabe. No seas negativa, que puede que te lo pases estupendamente porque las islas griegas son preciosas.

Suspiró.

—Tienes razón. Es un viaje increíble, tengo que aprovecharlo.

—Así me gusta. Pásalo genial y ya nos llamarás para decirnos cómo te ha ido. Un saludo, Cindy.

—Me ha encantado hablar con vosotras, sois las mejores.

—Gracias. —Miró a Caroline—. Tenemos otra llamada. ¿Hola?

—Hola, soy Martha.

—Hola, Martha, cuéntanos. Háblanos de ese regalo tan increíble.

Quedaba media hora de programa y se estaban partiendo de la risa con el regalo.

—¿De veras te regaló unos zapatos ortopédicos? —preguntó Lyrís sin salir de su asombro.

—¡Decía que caminaba patizamba! ¡Ese capullo decía que era patizamba! ¡Patizambo él que tiene la picha torcida!

—No sé si a ese defecto se le llama así, Anne.

—¡Me importa un pito! —dijo alteradísima—. ¡Él tampoco tenía ni idea de lo que me pasaba! Y mira que no se lo dije por vergüenza. Siempre he caminado con los pies un poco hacia adentro, pero los médicos siempre me dijeron que mientras no afectara a mi vida diaria que lo dejara así. Y yo que pensaba que ni se notaba. ¡Pues él lo notó y llegó a la resolución de que era patizamba! ¡Y ni corto ni perezoso se sacó esos zapatos horribles de la manga! ¡Qué hay que ser inútil, porque unos zapatos ortopédicos hay que hacértelos especialmente para tu tipo de pie!

—Igual le timaron, ¿lo has pensado? —preguntó Lyrís.

—Claro que lo he pensado, porque con lo tonto que es me dio por pensar mil cosas, ¿pero sabes lo que me contestó? Que había cogido una de mis deportivas. Indignada fui a la ortopedia y cuando me vieron caminar y los zapatos que llevaba, eso por no mencionar que les puse verdes por estafadores me devolvieron el dinero. Pero la reseña en internet no se la quitó nadie.

Kerstina sonrió.

—¿Y qué hiciste con tu novio? ¿Le dejaste?

—¿Dejarle? ¿Después de lo que me cuida? Ni hablar. Es tonto, pero es mi tonto y ya llevamos cinco años juntos. El año siguiente me regaló una joyita y desde entonces ese regalo no falla. Yo contenta y él no tiene que comerse la cabeza. —Notaron como alejaba el teléfono—. ¡Cómo que la niña está llorando! ¡Pues mueve el culo a ver qué le pasa! ¿Que grito? ¡Claro que grito, menudo disgusto me diste! ¡No, no se me va a olvidar nunca! —Jadeó—. ¡Y lo que te queda por oír! —Se puso el teléfono al oído y soltó una risita—. Esta semana estará como una malva.

Las tres rieron a carcajadas.

—Gracias por llamar, Anne. ¿Siguiente llamada?

—Hola, soy Albert.

—Genial, un hombre. Al fin un hombre —dijo Nohemi—. ¿Qué te han regalado que te ha espantado, Albert?

—Más bien he sido yo el que no he regalado.

Kerstina miró hacia sus amigas con el ceño fruncido y le hizo un gesto a Nohemi para que siguiera.

—¿Y por qué has hecho eso? ¿No tenías dinero?

—No, ese no era el problema.

—Cuéntanos —dijo Lyris.

—Quería dejarla.

—Sí, según lo que nos han contado esta noche, la calidad de los regalos suele ir en la misma proporción de interés que se tiene por la pareja —dijo Nohemi irónica.

—No me entiendes. Quería que ella me dejara, yo no me veía capaz de dar el paso.

A Kerstina se le cortó el aliento y Nohemi la miró de reojo antes de preguntar:

—¿Pero por qué hiciste algo así? Si dices que no te veías capaz es porque te gustaba mucho, ¿no?

—Sí. En muchos aspectos sorprendentemente éramos muy compatibles, pero en muchos otros somos como la noche y el día. Nunca mejor dicho.

No, no podía ser él. Se acercó al micro.

—¿Y en qué erais distintos?

—Ella es muy abierta y espontánea, yo todo lo contrario. Ella trabaja de noche y yo de día. Odio todo lo que rodea su trabajo, un trabajo que le encanta y que hace muy bien. Tenemos horarios incompatibles y mi mal humor había complicado las cosas. Era hora de dejarlo.

—¿Y por qué no lo dejaste tú en lugar de hacerle daño para que fuera ella quien te dejara? —Entrecerró los ojos—. Eso es algo cobarde, ¿no?

—Sí, no te lo niego, me comporté como un cobarde. —A Kerstina le dio un vuelco el corazón—. Hice cosas mal que la perjudicaron porque siempre quería tener la razón y ella lo pasó por alto por estar conmigo. Pasó muchas cosas por alto —dijo como si estuviera pensando en ello—. Al principio creía que quería estar conmigo para presumir ante sus amigas y no creí sus sentimientos, pero poco a poco me he ido dando cuenta de que he perdido la oportunidad de estar con una mujer increíble. No dejo de pensar en ella y en el daño que le hice. Desde aquí me gustaría pedirle perdón.

Con los ojos llenos de lágrimas apretó los labios y Nohemi dijo a toda prisa

—Espero que te oiga.

—Y yo. Y que entienda que empecé esto por el motivo equivocado y que al parecer lo he hecho todo mal de principio a fin.

—¿Querrías una segunda oportunidad? —preguntó Lyris—. ¿Rectificarías en tu actitud y le harías ver que en realidad sí que te importa?

—Joder, nena, si me estás escuchando quiero que sepas que metí la pata, que me di cuenta demasiado tarde. Solo al ver tu mirada de dolor fui consciente de lo que había hecho. Odiaba decepcionarte, pero algo en mí me impedía olvidarlo todo y confiar en ti. Lo siento, no sabes cómo lo siento, pero si me dieras otra oportunidad. Si me dieras otra oportunidad intentaría ser el hombre que quieres a tu lado.

Kerstina sollozó quitándose los cascos para salir de la pecera a toda prisa y las chicas se miraron con los ojos como platos.

—Seguro que te está oyendo y se lo pensará, Albert —dijo Nohemi—. Aunque te aseguro que si fuera yo, no me pensaría nada y el corte de manga no te lo quitaba nadie.

Albert rio por lo bajo.

—Nohemi, no esperaba menos de ti. ¿Y tú, Lyris? ¿Qué me dirías?

—Yo soy muy blanda. Demasiado. Sí, te daría una oportunidad.

—¿Y Kerstina?

Notaron la ansiedad en su voz y Lyris hizo una mueca antes de decir:

—Ha tenido que salir. Iba a toser y ha salido de la pecera.

Él suspiró.

—Entiendo. Gracias por escucharme.

—Nos alegra mucho que hayas llamado —dijo Nohemi—. Y Albert.

—¿Sí?

—Si te da una oportunidad, no la fastidies de nuevo. Tu novia merece que la amen. Merece que la aprecien por cómo es. Y estoy hablando de toda ella. Su profesión, sus gustos, sus amistades... Todo forma parte de su vida y debes aceptarlo, así que si quieres seguir a su lado no intentes cambiarla. Porque puede que a alguien eso no le siente bien y decida amargarte la existencia hasta que la casques. ¿Me vas pillando?

—Totalmente.

—Pues genial —dijo tan contenta—. ¿Siguiente llamada? —Nohemi le hizo un gesto a Lyris para que saliera de la cabina.

Esta se quitó los cascos y se levantó a toda prisa. Salió de la cabina y vio a Kerstina regresando en ese momento. Era evidente que había llorado.

—¿Estás bien?

—Sí, por supuesto.

—Está arrepentido.

—Me da igual —dijo fríamente—. Eso se ha acabado.

—Pero...

Su amiga entró en la cabina y se puso los cascos. Lyris apretó los puños viendo cómo intentaba hacer que no pasaba nada, pero esos ojos enrojecidos no podían disimularse. Y eso temía, que siguiera disimulando que Danglo no le importaba.

Tom le abrió la puerta de la emisora.

—Buenas noches, amigo.

—Un programa genial, me he reído mucho.

—Gracias.

—Tu taxi espera.

—Genial, estoy molida. —Al salir a la calle vio a Danglo ante su mercedes, pero ella hizo que no le veía yendo hacia el taxi.

Danglo vio cómo abría la puerta.

—¿De veras ni vas a dirigirme la palabra?

Le fulminó con la mirada.

—¿Qué haces aquí?

—Quería disculparme.

—Disculpas aceptadas, ahora me voy a casa que estoy molida. ¿Te parece bien?

—Joder, nena. Lo estoy intentando.

—Yo lo intenté durante seis semanas y no sirvió de nada, así que no te molestes porque es perder el tiempo. Lo que no funciona, no funciona, y como has dicho antes somos como el día y la noche. ¿Para qué seguir dándole vueltas? —Se metió en el taxi y cerró de un portazo—. A casa, Harry.

Mientras el taxi se movía vio de reojo cómo la observaba muy serio. De hecho, parecía cabreado. Era evidente que no estaba acostumbrado al rechazo. Pero ese ya no era su problema. Le había dado mil oportunidades, había puesto en riesgo su futuro por él, pero ya estaba bien. Sí, eran de mundos distintos y ya era hora de volver al suyo.

Capítulo 9

Sentada ante el gran desayuno que se había pedido, empezó a comer con ganas y sus amigas la miraron espantadas.

—¿Qué? Tengo hambre —dijo con la boca llena de tortitas.

—Vale, pero contrólate, cielo —dijo Lyris—. O engordarás muchísimo en el embarazo y luego te tirarás de los pelos para quitar los kilitos de más.

—Está controlado. —Sonrió de oreja a oreja—. He conseguido un anunciante.

—¿De veras? —preguntó Nohemi encantada—. Pues mi prima me ha conseguido otro. Una amiga suya vive aquí y tiene una tienda. Al parecer, cuando puede escuchar el programa y le encanta. Nos llamará esta semana y... Uy, uy.

Kerstina frunció el ceño porque miraba por encima de ella. Por instinto miró hacia atrás y se tensó al ver a Danglo caminando hacia su mesa. Qué guapo estaba el cabrito, ese traje azul no se lo conocía.

—Buenos días —dijo él con una sonrisa—. Nena, te has levantado temprano.

—Teníamos cita con el abogado —dijo Nohemi mirándole con desconfianza—. El acoso es un delito.

Danglo rio sentándose a su lado y pasmada abrió la boca viéndole tan relajado.

—Nena, mastica.

Cerró la boca en el acto y tragó a toda prisa.

—¿Pero a ti qué te pasa?

—He pensado mucho en lo nuestro.

Ella asintió.

—Y después de analizarlo todo con detenimiento, me he dado cuenta de que todo eso que sentías por mí no puede haberse ido de la noche a la mañana por un regalo de nada.

—¿Qué?

—Vale que lo del regalo te sentó fatal, pero...

—¡Querías que te dejara!

—Ya, pero he cambiado de opinión. Un error puede tenerlo cualquiera. Nena, ¿quedamos para cenar esta noche antes del programa?

—Pues no.

—¿Crees que si he sido capaz de robarte anunciantes para destruir tu futuro, no haré lo que sea para que vuelvas a mi lado? Puedo ser muy insistente cuando quiero.

—Mira, tío... —dijo Nohemi mosqueada.

—Déjales, a ver lo que dice ella. —Lyris los miró de lo más interesada—. Esto puede acabar en sangre.

Y los ojos de Kerstina decían que no le importaría clavarle el tenedor que tenía en la mano, pero él con su sonrisa descarada levantó una ceja.

—¿O quieres que te acompañe a algún evento esta noche? —Eso sí que la dejó de piedra—. Así puedes lucirte, nena.

Es que no salía de su asombro.

—¡Serás creído!

—Fuiste tú la que me catalogabas de hombre al que no podías dejar escapar. Pues aquí me tienes. Soy todo tuyo. —Miró sus labios como si quisiera comérsela entera y Kerstina se sonrojó sintiendo que su corazón daba un vuelco—. ¿Qué toca esta noche? ¿Ópera? ¿Una exposición? Lo que quieras, estoy a tu disposición.

Uy, este. Con mala leche dijo:

—¿Nohemi?

Su amiga sonrió maliciosa.

—Hay una cata de semen.

—¿Qué has dicho? —preguntó Danglo como si no hubiera oído bien.

—Semen. Unos frikis lo venden para tratamientos faciales o para tomar, como lo prefieras. Tranquilo, que pasan altos controles sanitarios. Al parecer el semen tiene muchas propiedades que te dejan la piel como el culito de un bebé. Y si te lo tragas no digamos, hasta es un antidepresivo, aporta muchas vitaminas, fortalece el cabello. Vamos, que es como la fórmula de la eterna juventud.

—Hostia, hay gente para todo. Nena, no querrás ir a eso, ¿no? Me muero del asco.

—Te iría bien, previene el cáncer de próstata —dijo Nohemi con mala leche.

Él carraspeó.

—De eso estoy perfectamente, gracias. ¿Otro evento por ahí que no implique tomarme la leche de otro tío? ¿Una obra de teatro? Esto es Manhattan, hay estrenos todos los días.

—Tenemos que ir —dijo Lyris apoyando a su amiga—. Es algo nuevo sobre lo que no ha hablado nadie.

Kerstina estaba horrorizada. Habían dicho todas que ni de coña irían a eso. ¿Y ahora tenía que ir con él? Pero se le veía tan espantado que era una tentación enorme. Bueno, porque le pusieran un poco en la cara tampoco pasaba nada.

—Sí, hay que ir.

Danglo carraspeó de nuevo pasándose el dedo por el cuello de la camisa.

—¿Seguro, preciosa?

—Sí, seremos los primeros en hablar de ello. Es una primicia buenísima.

—Mummm, ¿y cuándo empieza eso?

—A las siete —dijo Nohemi.

—Llevaré colutorio —dijo por lo bajo haciendo que sus amigas reprimieran la risa. Él las fulminó con la mirada—. No vais a poder conmigo.

—Eso ya lo veremos.

—Nena, desayuna que estás más delgada.

—Tranquilo, que cogerá kilitos antes de que te des cuenta —dijo Nohemi con mala leche.

—¿No tienes que trabajar? Son las once de la mañana. —Kerstina se metió el tenedor en la boca y le fulminó con la mirada. —¿Tan responsable como eras, ahora ya no quieres ni trabajar?

—¿Crees que estas pullitas infantiles van a echarme atrás?

—¿Seguro que no quieres pensártelo mejor? Igual sales en la prensa más de lo que esperas.

—Ni el escándalo más grande me va a hacer cambiar de opinión, preciosa.

—Hay escándalos y escándalos —dijo con ganas de sangre.

—Kerstina tienes caramelo cayéndote por la barbilla. Pareces una niña de cinco años con una rabieta.

—¿Rabieta? No sabes lo que es una rabieta.

Se acercó.

—Entiendo, quieres vengarte. Por lo de los anuncios y por lo del regalo de Navidad.

—Y por lo de la Nochebuena, por el susto que me metiste con aquella loca y por la semana semi invalida, no lo olvides. Ah, y por ser un capullo el resto del tiempo.

—Pues estoy dispuesto a pagar mi penitencia. —Se levantó y le dio un beso en los labios tomándola por sorpresa. Sonriendo se cerró la chaqueta de esa manera tan masculina que la volvía loca y le dijo—: Te paso a buscar por tu casa a las seis y media para que no nos perdamos nada de esa interesante velada.

—Perfecto —dijo remilgada antes de meterse de nuevo el tenedor en la boca.

—Señoritas.

Las tres le observaron alejarse.

—Qué bueno está —dijo Lyrís antes de suspirar—. Qué guapo te va a salir el niño.

—Shusss, ¿quieres que te oiga?

—¿Nos ha seguido? —preguntó Nohemi mosqueada—. A ver si lo del acoso iba de veras.

—No, lo que pasa es que se ha dado cuenta de que ha metido la pata hasta el sobaco e intenta regular. Pero esto ya es como estar en arenas movedizas, y ni se da cuenta de que se lo están tragando. —Lyrís miró a Kerstina con cara de asco—. ¿Vas a hacer que se lo beba?

—Dios, se me revuelve el estómago solo de pensarlo. Una cosa es que te lo tragues por error y otra muy distinta tragarte lo de un desconocido —dijo Nohemi antes de estremecerse—. A saber de quién es.

—¿Quieres que eche la pota? —preguntó Kerstina exasperada—. Igual es como una cremita y ni lo notamos.

—O igual hacen pastelitos para que no notes lo que tragas —dijo Lyrís—. Ahora sí que tengo interés.

—¿Quieres ir tú? —preguntó ansiosa—. Me harías un favor.

—Ni de coña.

Bufó dejando el tenedor sobre el plato vacío y de repente sonrió.

—Tengo que conseguir una foto mientras se toma eso.

Sus amigas se echaron a reír a carcajadas. —¡Se muere como algo así salga en la prensa! —dijo Nohemi—. Qué mala leche tienes, amiga.

—Lyrís, ¿tenemos algún fotógrafo de confianza?

Increíblemente, estaba nerviosa y a las seis ya estaba preparada. Decidió revisar sus mails para ver si se calmaba, pero al leer uno que provenía de los antiguos propietarios de su nueva emisora, se puso aún más de los nervios. Llamó a Nohemi de inmediato.

—No me digas que te has arrepentido.

—No es eso. Harry me ha enviado un mail.

Su amiga bufó.

—¿Qué pasa ahora?

—Dice que puede que no vayan a quedarse seis meses para dirigir la emisora.

—¡Lo tienen firmado! ¡Sabían cuándo compramos que no podíamos hacernos cargo en seis meses!

—Dice que es por motivos profesionales.

—¿Cuánto tiempo tenemos?

—En el mail dice que dos meses, pero que todavía no es seguro.

—Hay que llamar al abogado.

—¿De veras quieres que dirijan la WWHT con mala leche? A saber lo que nos queda cuando tomemos el mando.

—Mierda, ¿y ahora qué hacemos?

Suspiró pasándose la mano por la frente.

—No sé. El contrato nos ata a la KHMx, no podemos irnos antes.

—Pues tendremos que buscar a alguien que la dirija mientras tanto. Me pongo con ello para ver posibles candidatos.

—No me puedo creer que nos haga esto.

—Para que te fíes. Todo sonrisas y decir que sí hasta que firmamos, para que ahora nos dejen con el culo al aire.

—¿Lyrís está en la fiesta del cine?

—Sí, esperemos que saque alguna foto en el baño, a ver si así nos echan y nos pagan los siete kilos.

Río por lo bajo.

—No tendremos esa suerte.

En ese momento llamaron a la puerta y miró hacia allí distraída.

—¿Ya está aquí? Si son y cuarto.

—Estará impaciente por vivir la experiencia —dijo Nohemi divertida.

—Nos vemos luego.

—¡A por él! Machácalo vivo.

Riendo fue hacia la puerta y al abrir vio a Danglo con el mismo traje que llevaba en el desayuno y con cara de agotamiento.

—Hola, nena. —Entró en la casa y le dio un beso rápido en los labios antes de ir hasta la nevera—. ¿Tengo tiempo para una cerveza?

—No tengo cerveza.

Parpadeó mirando la nevera vacía.

—Ni cerveza ni nada de nada.

—Como siempre fuera, ¿qué pasa? —preguntó agresiva.

—Nada. —Cerró la puerta para mirarla bien—. ¿Cabreada?

—No.

—Vamos, puedes contármelo. Antes me lo contabas todo.

—Eso era antes, cuando pensaba que podrías ser el hombre que necesitaba en mi vida, pero eso ya pasó.

—Sí, tú repítelo mucho a ver si así te lo llegas a creer en algún momento. —La miró de arriba abajo. Su vestido entallado en color beige le quedaba como un guante—. Rectifico, preciosa, no necesitas engordar ni un gramo. Joder, estás preciosa. ¿Seguro que no quieres quedarte a probar la teoría esa del semen con un material de primera como el mío?

Se puso como un tomate y siseó:

—Tira para la puerta.

Él se echó a reír y se acercó.

—Venga, ¿qué ha pasado? Pareces disgustada. —Kerstina gruñó y Danglo la cogió por la cintura para pegarla a él. Se sintió tan bien que no pudo apartarse. Y tampoco quería, la verdad—. ¿Nena? ¿Qué ocurre?

—Es algo de trabajo.

—¿Os han vuelto a echar la bronca?

—No, hay un problema con la otra emisora.

Danglo frunció el ceño.

—¿Qué ocurre? Os quedan unos meses todavía.

—Harry y Steven se han echado atrás en lo de dirigir hasta que lleguemos.

—Joder, no pueden hacer eso. ¿Está puesto en el contrato?

—Sí.

—Nena, llámales.

—¿Qué?

—Llámales. Voy a hablar con ellos.

—Pero vamos a llamar a un abogado.

—Estoy acostumbrado a este tipo de cosas. Los contratos son lo mío, ¿así que prefieres gastarte tres mil pavos en que el abogado le envíe una carta o que hable yo con ellos?

Buscó el teléfono a toda prisa y se lo pasó. Danglo se puso el teléfono al oído y susurró

—¿Cómo se apellida?

—Williams.

Él asintió antes de decir muy serio:

—¿Señor Williams? Soy Danglo Brearley, el prometido de Kerstina. —Ella se quedó sin aliento y con los ojos como platos le vio ir hasta el sofá para sentarse—. Tengo entendido que no piensa cumplir el contrato de compraventa. —Escuchó lo que tenía que decirle—. Claro que

tiene una responsabilidad, pero con las nuevas propietarias. Usted y su socio se comprometieron a estar seis meses que todavía no han pasado, así que si han decidido emprender otro negocio no es problema de mi prometida y de sus amigas. ¿Sabe que si no cumple el contrato es causa de desistimiento? Y si diera un repaso a la jurisprudencia y se asesorara legalmente, sabría que mi prometida puede pedir hasta daños y perjuicios. Ellas han invertido en esto mucho dinero. No solo tendrían que pagarles lo que ya han dado, sino que tendrían que indemnizarlas por las molestias, los intereses de las hipotecas bancarias y otras muchas cosas que mis doce abogados estarán encantados de averiguar, que para eso me gasto seis millones al año en minutas. ¿Y sabe qué? No suelo perder. De hecho, no he perdido nunca. ¿Está dispuesto a continuar con esta actitud? ¿No se lo quiere pensar? A Kerstina le apenaría que tuviéramos que llegar a eso. — Sonrió mirándola a los ojos—. No, claro que no. Ella estaba convencida de que recapacitarían. Por supuesto que no se lo tomará en cuenta. ¿Qué va a cuidar la emisora como si aún fuera suya? Se pondrá muy contenta. —Asombrada vio cómo le tendía el teléfono—. Quiere hablar contigo.

Cogió el teléfono a toda prisa y se lo puso al oído.

—¿Harry? Ah, que fue un malentendido. Que solo era una posibilidad. Me alegro de que no sea así. Sabes que para nosotras hubiera sido una faena.

Danglo asintió y alargó la mano para acariciar su muslo. El manotazo le hizo sonreír.

—Sí, por supuesto. Ya lo hablaremos. —Colgó y le fulminó con la mirada—. Aprovechado.

—Es que estás para comerte. ¿No vas a darme las gracias?

—Claro que sí, te invito a un chupito.

—Ja, ja.

—Vamos, no quiero llegar tarde. —Fue hasta el perchero y cogió el abrigo beige. Danglo se lo quitó de las manos y la ayudó a ponérselo como todo un caballero, algo que antes no había hecho nunca—. Creo que me voy a morir de la impresión.

Se acercó a su oído.

—Nena, ¿tienes el sentido del humor más desarrollado?

Se apartó a toda prisa y abrió la puerta.

—He tenido que desarrollarlo para estar contigo.

—Ah, que estamos juntos.

—Me refería al pasado. —Al ver que no llevaba abrigo, chasqueó la lengua—. Te vas a helar.

—Lo tengo en el coche.

—Cielo, tienes que cuidarte más —dijo distraída sacando la llave del bolso para cerrar—. Esta mañana tampoco lo llevabas.

—Estaba en el coche.

—Será posible. —Al volverse vio que le tenía justo detrás y que se la comía con la mirada—. ¿Qué?

—Tu perfume me vuelve loco.

—¡Ya te vale!

—Preciosa, no me hagas ir a eso.

—Puedes quedarte si quieres —dijo mosqueada porque se echaba atrás.

—Muy bien, iré. Pero que conste que lo decía por tu bien.

—Y pon buena cara o no te hablo más.

—Seré todo sonrisas.

Kerstina lo dudaba mucho y gruñó pasando ante él para ir hacia el ascensor. La siguió y se la quedó mirando.

—¿Sabes, cielo? Me ponía mucho más el Danglo de antes. Este lo encuentro un poco pesado.

—Nena, estoy intentando seducirte.

—Igual es que me gusta más seducir a mí.

Riendo por lo bajo entró en el ascensor con ella.

—Sabes que me gusta mandar y llevar la iniciativa.

Recordando cómo era en la cama se sonrojó.

—Déjalo ya.

—Muy bien. —Sacó algo del bolsillo de la chaqueta y ella se quedó mirando la cajita de terciopelo—. ¿No vas a cogerlo?

—Si es el regalo de Navidad, llega un poco tarde.

—Estaba de camino.

—¿Qué?

—Lo encargué en Japón.

Se le cortó el aliento.

—Me estás mintiendo.

—No, nena, te juro que no. Cuando estuve allí vi algo parecido e inmediatamente pensé en ti. Pero no te lo di porque todavía no había llegado.

—¡Si querías que te dejara!

—¡Joder, me tenías hecho un lío!

—¿Yo? —preguntó asombrada.

—¡Te di la llave de mi casa!

—¡Para después dejarme tirada en Navidad!

—¡Es que si quedaba contigo en Navidad pensarías que iba en serio!

—¡Acabas de decir que soy tu prometida!

—¡Es que ahora va en serio!

—¿Seguro?

—¡Sí!

Le cogió la caja.

—Trae aquí que me tienes frita. —La abrió para encontrarse el anillo más hermoso que había visto jamás.

—Una perla del mar del sur engarzada en diamantes.

Sin aliento miró sus ojos.

—¿Por qué una perla?

—Son únicas, ya sean en su forma, tamaño o brillo. Los diamantes se pueden cortar todos iguales, pero las perlas no. Son únicas, especiales, como tú.

Sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Como estés jugando conmigo...

—Te juro que no, nena. No hay nada que desee más que estar a tu lado.

Le abrazó y Danglo la pegó a él.

—No podría soportar ver ese dolor de nuevo en tus preciosos ojos verdes. Te aseguro que nunca olvidaré esa mirada y haré lo posible para que un dolor así no se repita. —Kerstina se apartó para mirar sus ojos y Danglo besó suavemente sus labios—. Preciosa, es increíble todo lo que te he echado de menos. ¿Volvemos a tu casa a celebrar que me has perdonado?

—Ni de coña.

—No, por favor.

—Tú lo dijiste, pagarás la penitencia. Y no creas que con esta noche se me va a pasar el cabreo. Esto es solo el principio.

—Haré lo que sea, pero me parece asqueroso.

—Danglo.

Estiró el brazo mostrando su muñeca.

—¿Has visto que llevo puesto tu reloj? ¿Te he dicho que me encanta?

Sonrió de oreja a oreja antes de salir del ascensor y él bufó siguiéndola.

—Muy bien, estoy preparado para rendir bajo presión.

—Perfecto. Pues veamos hasta dónde llegas.

Capítulo 10

Por supuesto, esa noche había llevado un coche con chófer e intentó persuadirla de nuevo con un montón de besos que la dejaron medio atontada, pero no fue suficiente como para que se le olvidara su venganza. El chófer les abrió la puerta y Kerstina casi salió de un salto porque ya habían llegado a alerta roja. Danglo divertido salió del coche diciéndole a su empleado.

—Una hora será suficiente, Rodrigo.

—Entendido, jefe.

Al mirar la fachada, ambos dejaron caer la mandíbula del asombro al ver un montón de espermatozoides cuyas colas ondeaban al viento.

—Joder —dijo él por lo bajo.

Kerstina soltó una risita.

—Esta noche tendré un programa genial. —Cogió su mano y tiró de él—. Vamos, quiero ver el interior.

—Me lo puedo imaginar —dijo entre dientes.

—Eh, buena cara.

—¿No tengo buena cara? Será por la úlcera de estómago que me está saliendo.

—Ja, ja. —Tiró de la puerta y al entrar se detuvieron en seco porque no había nadie.

—Nena, llegamos pronto. Mejor nos vamos y volvemos luego.

Cogió su muñeca y al ver la hora frunció el ceño.

—Cielo, son casi y cuarto. Ya tendría que haber empezado.

En ese momento salió un hombre de la trastienda y sonrió.

—Oh, son los primeros, qué alegría. Por favor, pasen. Se preguntarán dónde está la gente. —Se echó a reír—. Yo también.

—Ay, madre. —dijo Danglo por lo bajo.

Kerstina alargó la mano.

—Vengo del programa *Nosotras te lo contamos* de la KHMx. Soy Kerstina Goosby

—Soy Ray, yo les envié la invitación. Qué alegría que haya venido, siempre oigo su programa. Me encanta.

—Es muy amable. Él es mi cita, Danglo Brearley.

El tipo miró a Danglo de arriba abajo.

—El Lamborghini.

—Sí, al final ha caído.

—Qué suerte, chica —dijo sin cortarse antes de guiñarle un ojo. Era evidente que le gustaba Danglo y mucho—. Es como si te hubiera tocado la lotería.

Kerstina soltó una risita mientras Danglo gruñía antes de alargar la mano.

—Una tienda de lo más interesante.

—Oh, sí, la inauguración.

—Sí, centrémonos en su tienda —dijo Danglo entre dientes. Kerstina le dio un codazo y él sonrió de oreja a oreja—. Un concepto interesante.

—¿Verdad que sí? —preguntó ilusionadísimo—. Mi semen es de primera. Lo mejor de lo mejor.

—¿Es su semen el que se vende? —Kerstina no pudo disimular su asombro.

Se echó a reír.

—Todo no, por supuesto. Algunos amigos han colaborado.

—Esto cada vez pinta mejor —dijo Danglo por lo bajo—. Bueno, como no ha venido nadie mejor regresamos cuando esto se ponga de bote en bote. —La cogió por el brazo, pero ella no se movió un milímetro—. ¿Nena?

—Cielo, es de lo más interesante. Así que sus amigos colaboran.

—Oh, sí. Pero todo el material pasa unos estrictos controles, ¿sabes? La salud es lo primero y por eso he montado la tienda.

—¿Y tiene clientes?

—Deben ser algo vergonzosos porque mi tienda lleva abierta desde hace tres años por internet y cada mes bato récord de ventas.

—Leche, ¿de verdad?

—Sí, de leche estamos hablando. Nena, ¿no se hace tarde? Tiene otro evento que empieza enseguida.

—Oh, ¿no me diga? Y yo que pensaba preparar una cata para que degustaran.

—Estoy a dieta —dijo ella a toda prisa.

—Pero si el semen no engorda —dijo Ray antes de rodear el mostrador.

—Es que últimamente he tenido el estómago algo delicado, pero mi querido novio probará lo que haga falta.

Danglo la miró como si tuviera cuernos.

—No, no.

Se acercó y susurró:

—¿Te estás echando atrás?

—¿Y una cremita no tendrá por ahí?

—Las mejores del mercado. Pero antes...

El tipo abrió una nevera y sacó una botellita. Puso una copita delante de Danglo y quitó el tapón a la botella.

—Tienes que probar esto, guapetón. ¿Ves mi cutis? No te saldrá una arruga. —Giró la botella para llenar la copa y aquella cosa empezó a deslizarse lentamente por el cuello de la botella—. Este está un poco espesito, pero tiene unos campeones que hacen maravillas. —Le dio un golpe al culo de la botella y tiró una buena cantidad sobre la copa—. Ya está.

—Madre mía, me estoy mareando.

—No seas flojo —dijo entre dientes sin poder dejar de mirar aquella copa—. Venga.

—Nena, esto yo no lo veo.

Le fulminó con la mirada.

—¿Acaso no quieres estar conmigo? ¿Y eso de que pasarías por la penitencia que hiciera falta?

Él gruñó y alargó la mano para coger la copa. Asombrada vio que se la llevaba hasta sus labios deteniéndose justo ante su boca. No, no podía ser. No lo haría. ¿De querer darle puerta a tragarse eso por estar con ella? Allí no cuadraba algo. Expectante vio cómo la acercaba a su labio inferior. No, no lo haría. Se rajaría en el último. Danglo cerró los ojos y se lo tragó haciendo que ella dejara caer la mandíbula del asombro.

—¿Pero estás loco? ¿Qué has hecho? —gritó espantada.

—¡Lo que querías! —Él hizo un gesto de asco—. ¿No tiene un whisky por ahí?

—¿Y matar sus propiedades?

—Dios mío, Dios mío. ¡Vomita!

—¿Ahora quieres que vomite?

—¡Cielo, no creí que lo hicieras!

—¡Nena, que yo voy de veras!

—Eso ya lo veo, ya. Me tienes de lo más sorprendida. —Al ver que estaba pálido le cogió del brazo—. ¿Estás bien?

—Voy a...

—¡No, no! —gritó Ray antes de darle una papelera. Mientras Danglo vomitaba el dueño de la tienda chasqueó la lengua—. Hombres heterosexuales. No, ahí no tenemos mercado.

—¡Haga algo!

—¿Como qué?

—¡Yo qué sé! ¿No tiene por ahí algo para que coma?

—¡No! —exclamó Danglo con la cara aún en la papelera.

—Cariño, lo siento.

—¿Le pongo una cremita relajante?

—¡Déjese de cremitas y llame a emergencias!

—¡No! —volvió a gritar su novio.

—Cariño, tranquilo, que en tu estómago ya no queda nada.

—Ay, madre.

—Es psicológico —dijo Ray—. Mi semen no tiene nada de malo.

—Nena, que era el suyo.

—Se lo han tragado cientos de hombres y no pasa nada —dijo como si fuera muy pesado.

—Eso me da muchísima tranquilidad —dijo él entre dientes antes de sacar la cabeza de la papelera para dejarla sobre el mostrador—. Nena, ¿nos vamos?

—Sí, cielo. No tienes buena cara.

—Necesito un whisky, o dos.

Arrepentida le siguió hasta la puerta y por supuesto no estaba el chófer, pero Danglo se acercó a la acera y levantó el brazo para que se detuviera un taxi. Se metieron a toda prisa y hasta fue ella la que dio la dirección de su casa. Preocupada miró su perfil que estaba tenso.

—Aprecio muchísimo lo que has hecho.

—¿Sí? —Se acercó para darle un beso en los labios y Kerstina se apartó—. Increíble.

—Lo aprecio, pero cariño antes lávate los dientes. —De repente soltó una risita—. Estás loco.

Se la comió con la mirada.

—Loco por ti, nena.

Se sonrojó de gusto.

—Tengo programa.

Él gruñó.

—¿Y luego?

—Luego ya veremos.

Sus amigas se partían de la risa y Nohemi dijo:

—Tenemos que cambiar el programa de hoy. Hablemos de las locuras que se cometen por amor.

—Pobrecito —dijo Lyris.

—Cuando le dejé ya se había tomado dos copas de whisky y se había lavado los dientes cuatro veces. Cuando salga del programa no va a valerme para nada.

—Qué trago. —Nohemi se partía de la risa—. Nunca mejor dicho.

—Muy graciosa. —Rio por lo bajo—. La verdad es que se ha portado. ¿Debo perdonarle o hacerle alguna perrería más?

—El fotógrafo tiene unas fotos increíbles —dijo Lyris mirando su móvil—. Pregunta qué hace con ellas.

—No, eso sería demasiado —dijo Nohemi—. Además, si hay primicia debería salir en nuestro programa. ¿Vas a hablar de ello?

—No sé. La verdad es que sería la prueba definitiva.

—Sí, ahí demostraría que te quiere.

—Pero es tan fuerte que sus socios sepan que ha tomado eso. —dijo Lyris—. Le avergonzarías en su trabajo. Yo creo que deberías buscar otra cosa para probarle. Pero podrías hablar de lo del semen sin mencionar su nombre para lo de las locuras por amor. Sería una buena historia para enganchar al público.

—Sí, tienes razón. Vamos con ello.

Se estaban riendo a carcajadas de la anécdota de una seguidora cuando Carlota les hizo un gesto para decirles que tenían una llamada.

—Oh, un oyente. Buenas noches y bienvenido o bienvenida a *Nosotras te lo contamos*.

—Hola —dijo una chica—. Me llamo Cristine.

—Dinos Cristine. Cuéntanos tu locura por amor.

—Era nuestro aniversario y sus padres le castigaron por suspender un examen. Así que no nos podíamos ver ese fin de semana.

—¿Y qué hiciste?

—Me colé en su jardín con intención de subir a su habitación por la celosía que tenían colocada en la pared y cuando me dispongo a subir, aparece un cacho perraco de pelo negro con una mandíbula enorme que ponía los pelos de punta. Grité como una loca y subí a la celosía cagando leches con la mala suerte que se rompió una de las tablas. Perdí el pie y caí al suelo del patio. Me rompí las dos piernas y el perro para asegurarse de que no perdía a su presa, me mordió en el culo para retenerme.

—Dios mío, ¿y qué hizo tu novio? —preguntó Lyris.

—Ni se enteró, porque me había equivocado de casa.

Se echaron a reír.

—¿Qué? —preguntó Nohemi incrédula.

—Era una urbanización de esas donde todas las malditas casas son exactamente iguales. Era el número catorce y allí que fui pensando que estaba en la dirección correcta. Sí reíros, pero hasta me detuvieron porque pensaban que era una choriza que había ido a robar.

A Kerstina hasta se le saltaban las lágrimas.

—Pobrecita. ¿Todavía estás con él?

—¡Encima eso! ¡Como no pude ir al baile de fin de curso, me dejó por Stayce Williams!

—Qué cabrito.

—Y que lo digas. Ahora tengo un novio mil veces mejor que es quien hace las locuras por mí. El día de los enamorados me llevó en un paseo en globo.

—Qué romántico —dijo Lyris—. Me gusta.

—Y a mí. Creo que es el definitivo.

—Me alegro mucho por ti. Gracias por llamar y contarnos tu historia. —Carlota le hizo un gesto—. Tenemos otra llamada.

—Hola, nena.

Se le cortó el aliento porque era Danglo y por el tono de su voz se había tomado algún whisky más.

—Cielo, vete a dormir que es muy tarde.

—Quiero hacerte el amor.

Se puso como un tomate y sus amigas no se cortaron en reírse.

—No tiene gracia —dijo por lo bajo antes de decirle al micro—. Llegaré en unas horas y lo hablamos.

—¿Seguro? ¿No me harás la cobra otra vez? Antes nunca me la habías hecho. Si te tirabas sobre mí —dijo frustrado.

—Uy, uy. —Nohemi no podía parar de reír—. Empiezan los reproches.

—Espérame en la cama que llego en dos horas.

—No, ven ahora.

Dios, se quería morir de la vergüenza.

—Cielo, tengo trabajo. Para quien no lo sepa porque se acaba de incorporar, él es mi novio. Sí, tengo novio. Sorpresa. Aunque todavía nos estamos conociendo y amoldándonos a nuestras

distintas personalidades. Si hoy le notáis algo... perjudicado, es que ha pasado una experiencia un poco traumática y no se lo ha tomado muy bien.

—Precisamente. De hecho, se lo ha tomado fatal —dijo Lyris sin cortarse.

—Tus amigas no me caen bien —dijo Danglo con voz somnolienta.

—Cariño, estás mejor de lo que creía, aún pillas las ironías. Hala, vete a la cama que mañana hay que madrugar. Te despertaré cuando llegue.

—Te quiero, nena.

Se le cortó el aliento mientras su corazón saltaba de la sorpresa y emocionada miró a sus amigas que asintieron con la cabeza animándola. Sonrió y dijo al micro:

—Yo también te quiero.

Cuando colgó las tres sonrieron y Lyris dijo:

—Qué mono. ¿Y cómo te va con este?

—Al principio regular, pero ahora tengo un buen palpito.

—¿Él ha hecho alguna locura de amor por ti? —preguntó Nohemi maliciosa.

Negó con la cabeza porque su amiga le estaba dando pie a que metiera su historia, pero decidió no contar nada de lo que había pasado esa noche. Le había dicho que la quería y eso era un avance enorme. No, mejor dejar las cosas así.

—De momento no, pero esto promete, chicos —dijo a la audiencia. Sus amigas asintieron dando por cerrado el tema y Kerstina levantó la vista hacia Carlota—. Tenemos llamada.

Metió la llave en la cerradura y aún no había girado cuando esta se abrió mostrando a Danglo con ese pantalón del pijama que la volvía loca.

—Hola, cielo. ¿Te encuentras mejor?

La cogió por la muñeca pegándola a su cuerpo y sin aliento le miró a los ojos.

—Ya veo, ¿tienes prisa?

—Ni te lo imaginas —dijo con la voz ronca.

—Oh, pues... —Él atrapó sus labios y gimió en su boca dejando caer el bolso sobre la alfombra. Le abrazó por el cuello y cuando la cogió por los glúteos pegándola a la pared se mareó y todo por la intensidad de su beso. Danglo apartó los labios mirándola intensamente. —¿Qué? —preguntó ella sin aliento.

—Eres maravillosa.

Emocionada susurró:

—¿Lo crees de veras?

Asintió mirándola como si quisiera comérsela entera.

—Y te lo pienso demostrar toda la noche.

—Pues yo no pienso quejarme —dijo antes de besarle ansiosa.

Él gruñó volviéndola para ir hacia la escalera, pero tropezó con su bolso y casi cayeron al suelo. Consiguió enderezarse a tiempo y ambos preguntaron a la vez.

—¿Estás bien?

Kerstina sonrió.

—Sí, cielo. —Acarició su mejilla mientras él subía los escalones—. Sabes que puedo andar, ¿no?

—Tienes que estar agotada después de trabajar tanto.

—¿Lo has oído entero?

Rio por lo bajo.

—Un programa estupendo, nena. No has mencionado nada de lo que ha ocurrido hoy.

—Mejor que quede entre nosotros.

—¿Se lo has dicho a tus amigas?

—Por supuesto.

Riendo dijo:

—Ya lo suponía.

—Somos una, nos lo contamos todo.

—¿Así que si me caso contigo me caso con las tres? Eso es poligamia.

Le miró asombrada.

—¿En serio estás hablando de matrimonio? ¿Y eso de que somos de mundos distintos?

—He pensado mucho en ello y solo necesito un vicepresidente competente para no ir a trabajar por las mañanas. Seremos aves nocturnas.

Ni se dio cuenta de que habían llegado a su habitación y que le quitaba el abrigo por los hombros dejándolo caer al suelo.

—Cielo, es una decisión muy importante como para no pensársela bien.

—Lo he pensado bien. He tenido días para darle vueltas. De hecho, ya me he puesto en contacto con Douglas Princeton para que acepte el puesto.

—¿Es competente?

—Tiene grandes ideas que quiero incorporar a la empresa. —Le quitó el vestido y pensando en ello se sentó en la cama. Danglo se acuclilló ante ella—. ¿Demasiado rápido?

—Cariño, hace días no querías ni verme.

—Joder. ¿Y si eso no hubiera pasado?

—Pero ha pasado. Todo ha pasado. No quiero precipitar las cosas y que contrates a alguien para que luego te des cuenta de que has cambiado tu vida por mí y te arrepientas.

Él besó suavemente sus labios.

—No me voy a arrepentir. Si quiero acostarme a las cuatro de la mañana para pasar el mayor tiempo posible contigo tengo que delegar y estés en mi vida o no Douglas es una buena apuesta.

—¿De veras?

—De veras. —Bajó la vista hasta sus piernas y gruñó—. Nena, ¿desde cuándo te pones esas medias que llegan al muslo?

—Desde que tengo novio.

—Pues a tu novio le encantan.

Soltó una risita colocando una de sus piernas sobre su hombro y él acarició su muslo hasta llegar a su cadera.

—De hecho, me vuelven loco.

Tiró de sus braguitas hacia abajo y Kerstina suspiró dejándose caer en el colchón mientras se las quitaba. Entonces recordó algo y levantó la cabeza para ver que se había quitado el pantalón. Gimió porque ya estaba listo para la faena y cuando separó sus piernas arrodillándose en la cama para acercar su miembro, ella dijo:

—Estoy embarazada.

Se detuvo en seco mirándola con los ojos como platos.

—¿Qué?

Forzó una sonrisa.

—Sorpresa. —Notaba en su rostro que ni sabía qué decir—. ¿Cielo?

—¿Y la píldora?

—Ay. Eso me gustaría saber a mí.

—Vale —dijo incorporándose antes de empezar a caminar de un lado a otro.

Kerstina se apoyó en sus codos.

—¿Vale?

—Espera nena, que me estoy mareando. Tengo que sentarme. —Se dejó caer a su lado—. Hostia, hostia.

—No te lo esperabas.

La miró como si estuviera espantado.

—¡Pues es obvio que no!

—Uy, que me voy a cabrear. —Se sentó de golpe—. ¡Si hace dos segundos querías casarte!

—¡Casarme! ¿Con esta locura de vida cómo vamos a tener un hijo? ¿Y cuando tenga que ir al colegio y esas cosas?

Pues ahí tenía razón.

—¿Niñera?

—¡No nos verá el pelo!

Se mordió el labio inferior.

—Bueno, los niños se acuestan pronto para ir al cole. Nos tendrá por la tarde y parte de la noche. Mucha gente trabaja por la noche y tiene hijos.

—¿Y esa gente tiene que ir a actos para después comentarlos en su programa? ¿O a cenas de negocios? Nena, puedo renunciar a las mañanas, pero por la tarde tengo que trabajar. Tendrás que cambiar la hora del programa.

Se le cortó el aliento.

—¿Qué?

—En la nueva emisora puedes poner el horario que te dé la gana. Los dos podemos trabajar por las mañanas y tendremos las tardes libres.

Lo pensó seriamente.

—En mi programa a veces se habla de cosas que no podemos comentar en horario infantil.

—Pues habrá que buscar una solución porque no pienso tener un hijo para que le dejemos en manos de niñeras. Es nuestra responsabilidad educarle y atenderle. A las cinco debemos estar libres para él.

—Ya lo tengo. Tú le das el desayuno y te vas a trabajar. Cuando llegue del colegio allí estaré yo hasta que cene. —Dejó caer los hombros—. No podremos estar juntos tú y yo.

—Tienes que cambiar el horario, preciosa.

—Habrá que cambiar el formato y el programa perderá su esencia. —Él levantó una ceja y preocupada apretó los labios—. Lo hablaré con ellas, ¿vale? Encontraremos una solución. Todavía quedan meses para que le veamos la carita.

Danglo asintió mirando al frente y le observó durante unos minutos. Se acercó a él y le abrazó.

—¿Qué piensas?

De repente sonrió dándole una alegría enorme.

—¿Qué pienso? Que ya no entiendo esta vida sin ti, preciosa —dijo provocándole un vuelco al corazón—. Que eres lo único que me importa y que me muero por verle la carita.

—Te amo.

Él besó sus labios tan tiernamente que se derritió por dentro.

—Entonces cástate conmigo.

Sus ojos brillaron de la ilusión.

—Sí, quiero.

Sus amigas dejaron caer la mandíbula del asombro y Kerstina hizo una mueca.

—Sí, es algo precipitado.

—¿Precipitado? —preguntó Nohemi dejando la taza de café ante su brunch—. ¡Es una locura! Ayer querías sacarle los ojos por cabrito.

—Hemos hablado toda la noche y...

—Tú no tienes cara de haber hablado toda la noche, tienes cara de que te han echado unos polvos de muerte.

Se puso como un tomate y suspiró.

—La verdad es que sí. Después del impacto de la noticia estuvo de lo más animado. Qué energía, no paró hasta que casi me dejó en coma. —Se metió la tostada en la boca mientras Lyrís reía por lo bajo.

Nohemi parpadeó.

—¿Así que te vas a casar?

—Sí, pero no hemos hablado de cuándo ni de cómo ni de nada. En los tiempos libres hemos hablado de cómo educarle. —Gimió por dentro—. Y hay que cambiar el horario del programa.

Ahora sí que se quedaron en shock.

—Perdón, ¿cómo has dicho?

—No veré a mi hijo ni a mi marido, necesito otro horario. ¿Qué os parece por las mañanas? Si es niño, a Danglo le gustaría que practicara algún deporte y los entrenamientos de béisbol son por las tardes. Hay que ir. Debe sentirse apoyado.

—La leche, que nos la han cambiado —dijo Nohemi totalmente espantada.

Lyrís la miró de reojo.

—La verdad es que tiene razón. Y así podríamos tener citas como las personas normales y no dejarles plantados a mitad del postre porque tenemos programa. Una cita completa, con sexo y todo después de la cena. Ni me acuerdo de lo que era eso.

Sus amigas empezaron a discutir y Kerstina miró a su alrededor por si alguien las escuchaba, cuando vio que un chico en la mesa de al lado miraba una foto de Danglo en una tableta. Se quedó de piedra y se levantó a toda prisa arrebatándole la tableta de las manos.

—¡Eh!

No le hizo ni caso mirando la noticia y al ver a su novio con el chupito del día anterior en la mano se quedó helada.

—¡No, no!

Sus amigas miraron hacia ella y al ver la imagen jadearon espantadas.

—Pero qué coño. —Nohemi leyó la noticia por encima de su hombro. —Tranquila, Kerstina.

—¡Cómo voy a tranquilizarme si lo cuentan todo! ¡Es la versión digital del *Times*!

—Mierda. —Lyrís miró al chico forzando una sonrisa—. Una noticia inesperada.

—Ya veo, ya. Pues menudo cachondeo hay en las redes con este tema, por eso leía la noticia.

—Ay, que me da algo. —Miró a Nohemi para gritar en su cara—. ¡Qué me da algo!

—Ven, cielo, que esto tienes que digerirlo. —Le cogió la tableta de las manos, pero ella no la soltaba—. Kerstina, es del chico, tienes que devolvérsela. —Nada, que no la soltaba mirándola con los ojos como platos—. Dame. —Tiró de ella—. Dámela —dijo entre dientes tirando con tal fuerza que la tableta salió disparada estrellándose contra la pared. Nohemi chasqueó la lengua antes de coger su bolso—. ¿Quinientos pavos?

El chico asombrado asintió y cogió los billetes antes de que sus amigas la cogieran de los brazos para llevarla a la mesa.

Kerstina se sentó en shock.

—Acabo de perderlo todo.

—No, qué va —dijo Lyrís—. Seguro que no se lo toma a mal.

La miró como si fuera un extraterrestre.

—¡Me va a comer viva!

—No tiene por qué enterarse de que has sido tú —susurró Nohemi—. Tú calladita y a hacerte la loca. No puede responsabilizarte de esto. Realmente no tienes la culpa de que ese cabrito haya vendido las fotos.

—En cuanto se entere de que fui yo la que pedí esas fotos, ya puedo mudarme del país. Si odiaba que hablaran de él, ¿qué crees que pensará al verse tomando semen en todos los tabloides?

Lyrís hizo una mueca.

—La idea de la mudanza me apetece más a cada segundo. ¿Qué os parece? A mí México me gusta mucho.

—Demasiado cerca. Cuando acabe con nosotras suerte tendremos de emitir desde Tombuctú —dijo Nohemi haciendo que la miraran—. Si esta canta, estamos muertas. Con lo paranoico que es, lo considerará una traición de primer nivel. Puede que hasta piense en liquidarnos.

—Hala, exagerada —dijo Lyris antes de mirar a Kerstina que no las tenía todas consigo—. ¿Cómo va a...? Leche, ¿habláis en serio?

—Si por un comentario de nada en la radio por poco nos arruina —dijo Nohemi—. Y eso que le poníamos por las nubes. Esto ya es cuestión de supervivencia. Kerstina, no puedes decir ni pío de este asunto.

—¿Y si el fotógrafo canta? Dios, seguro que ya está cobrando el finiquito, porque si conozco algo a Danglo ya ha hecho que le den puerta.

—Que le den a ese capullo, nos ha traicionado y no me da ninguna pena. Y si canta, tú niégalo todo. Di que el fotógrafo te tiene manía o yo qué sé. Invéntate algo.

Pálida cogió su copa de agua y bebió sedienta.

—¿Estás bien? —preguntó Lyris preocupada.

—¿Bien? Por una venganza estúpida acabo de destrozarle la vida al hombre que amo. ¿Bien? Estoy genial. ¡Y ahora tendré que sustentar nuestra relación en una maldita mentira!

—Vale, acepto el horario de mañana.

—¡Lyris! —protestó Nohemi—. ¡No dejes que te ablande con su desastrosa vida amorosa! ¡Te he dicho mil veces que tienes el corazón demasiado tierno para vivir en esta ciudad! ¡Tienes que endurecerte un poco! —Ambas la miraron—. ¿Qué? ¡A ver si os espabiláis, que os veo muy verdes!

Kerstina tomó aire por la nariz a la vez que asentía con la cabeza.

—Tengo que mentir.

—Y no sientas ningún remordimiento, él te dejó en Navidades, ¿recuerdas? Destrozó tu corazoncito por no reconocer a tiempo sus sentimientos. Tienes que ser dura, tienes que ser fría y no debes decir ni una palabra sobre esas fotos bajo ningún concepto. Como si te tortura, tú no sabes nada de nada. Y llora, si te quiere no soportará verte sufrir. Mira, ahí tienes una prueba, si te cree es que te ama.

Entrecerró los ojos.

—Sí, ¿verdad? Si cree lo que le digo es que confía en mí, que me quiere.

—Ahí lo tienes. —Nohemi miró a Lyris que no disimulaba su asombro—. ¿Qué?

—Qué labia tienes, amiga.

—Gracias. ¿Listas para cerrar el pico ante cualquiera que pregunte? —Las dos asintieron—. Pues todo irá bien.

Capítulo 11

Media hora después, en su despacho y ya sentada tras su mesa, se puso el teléfono al oído mientras sus amigas la observaban atentamente. Se mordió el labio inferior mientras sonaba y cuando Danglo descolgó se sobresaltó.

—Hola, cielo.

—¿Lo has visto? —preguntó fríamente.

—Lo siento muchísimo, acabo de enterarme.

—¡Así que lo has visto! ¡Me cago en la puta! ¡Salgo en todos los sitios tomándome esa mierda! Gimió por dentro.

—Es muy bueno para la próstata.

—¿Crees en serio que puedo decirle eso a mis socios de la empresa? —gritó a los cuatro vientos.

—Igual siguen tu ejemplo y lo pones de moda.

—La madre que parió a ese mamón. ¡Cuando le pille, me lo cargo!

—Cielo, no te preocupes, que la próxima vez que tenga que ir a un acto así puedo ir sola.

Hubo un silencio sepulcral al otro lado de la línea y ella gimió antes de decir:

—¿Danglo?

—Preciosa, no puedo con esto.

Perdió todo el color de la cara.

—¿Qué quieres decir?

—No es el mejor momento para hablar de ello, tengo una reunión en tres minutos. Hablaremos en casa —dijo antes de colgar.

Preocupada, miró el móvil antes de dejarlo sobre la mesa.

—Me va a dejar.

—No digas eso —dijo Lyris—. Está enfadado y no le ha dado tiempo a digerirlo.

—Habéis visto las burlas en internet. Después de lo sucedido en Londres, esto es como tener de nuevo una losa sobre él. —Sus ojos se llenaron de lágrimas—. Me va a dejar.

—No cielo, ya verás como no —dijo Lyris intentando consolarla.

Las dos miraron a Nohemi que hizo una mueca.

—Con la aversión que le tiene a la prensa, es una posibilidad.

—No le digas eso.

—¡Es la verdad, no pienso mentirle para que se sienta mejor y luego se lleve otra leche!

Kerstina sollozó.

—Estaba claro que esto no podía salir bien de ninguna de las maneras.

—No seas negativa —dijo Lyris acercándose para abrazarla—. Ya verás cómo todo sale bien. Tú dile que cambiamos el programa para las mañanas, que seguro que se alegra.

Entró en la casa temiendo que saltara sobre ella en cualquier momento y al ver la luz del salón encendida cerró la puerta para ir hacia allí. Danglo estaba en el sillón y la miró fijamente.

—Cielo, lo siento mucho.

De repente sonrió.

—¿Qué tal lo he hecho?

Confundida entrecerró los ojos.

—¿Qué tal lo has hecho?

Se levantó sobresaltándola.

—Perdona que te haya gritado antes, pero es que estaba con mi nuevo vicepresidente y no quería que pensara que estaba mal de la cabeza.

—Cariño, no entiendo muy bien lo que quieres decir.

—Yo filtré las fotos.

Dejó caer la mandíbula de la impresión.

—¿Qué?

—Para que te dieras cuenta de que pienso pasar por alto cualquier cosa que nos ocurra, incluso si la prensa mete las narices. Solo quiero estar contigo. Quería que te dieras cuenta de que te amo. La verdad es que no pensaba que te recuperaría tan pronto y cuando pedí que sacaran las fotos pretendía demostrarte que tu profesión no me importa ni lo que digan de mí, solo me importas tú.

Se quedó sin aliento y muy emocionada corrió a abrazarle.

—Mi amor, estás loco.

La pegó a él.

—Loco por ti.

Sollozó apartándose lo suficiente como para mirar su rostro.

—¿Has leído lo que dicen de ti en Internet?

Hizo una mueca.

—Algo me ha llegado.

Y lo había hecho por ella, para que se diera cuenta de que nada podría separarles.

—Te quiero.

Él sonrió.

—Entonces todo merece la pena, preciosa. —La besó suavemente en los labios—. ¿Has hablado con ellas?

—Han aceptado el programa de mañanas.

—Bien —dijo satisfecho.

—La verdad es que las fotos han ayudado. Querían que se te pasara el disgusto.

—Entonces no les digas nada, no vaya a ser que cambien de opinión.

—Pero...

—Nena, es lo mejor para nosotros. Debemos pensar en nuestro futuro, en nuestro bienestar. —
La besó de nuevo y ella algo inquieta, vio cómo se alejaba—. ¿Tienes hambre?

—Cariño, no puedo hacerlo.

Se detuvo en seco y se volvió para mirarla.

—¿Qué?

—No puedo ocultarles algo así. No voy a traicionarlas.

—No las estarías traicionando, solo te callarías algo que forma parte de nuestra vida.

Se apretó las manos.

—Sé que no lo entiendes, pero...

—¡Joder, pues claro, que no lo entiendo! ¡Para recuperarte me he convertido en el hazmerreír de la ciudad! ¿No puedes hacer esto por nosotros? ¿Por nuestro hijo?

Agachó la mirada.

—Cuando te dije que éramos una no mentía. Desde que las conocí en la universidad no nos hemos ocultado nada y ya las traicioné una vez por ti. Les oculté lo de los anunciantes para continuar contigo sin reproches. Así que no pienso ocultarles nada de nuevo.

—¡Por si te traiciono otra vez!

—No he dicho eso.

—¡Pero es lo que pensabas!

—Cariño, tienes que comprender.

—¡Lo comprendo perfectamente! Joder, pero es que no me puedo creer que después de todo lo ocurrido no puedas hacer esto por mí. Está claro que no te importo tanto como tú me importas a mí.

—Eso no es justo. ¡Me dejaste tú, yo lo di todo por ti a pesar de cómo te comportabas!

—¡Y dejaste de luchar! —dijo cortándole el aliento.

Kerstina palideció.

—Era una prueba. Te decías que querías que te dejara, pero en realidad deseabas que siguiera luchando por estar a tu lado. Querías que te demostrara que te merecía, no como esa de Londres.

Tenso negó con la cabeza.

—No, yo...

—¡Reconócelo de una maldita vez! ¡Era otro de tus juegos para ver mi comportamiento! ¡Y te salió mal! ¡Por eso me habías comprado el anillo, porque en tu interior creías que seguiría arrastrándome por estar a tu lado! ¡No te esperabas que me fuera!

Danglo apretó los labios.

—Ya te expliqué lo que había pasado. No me sentía capaz de dejarte.

—Y querías comprobar si yo podría hacerlo, lo que fue otra decepción para ti. —Su silencio le dio la razón—. Cielo, yo también necesito que me demuestren que me aman y sé que lo de hoy ha sido una demostración de amor, pero también quiero a mis amigas. También son mi familia y por quererlas a ellas no voy a amarte menos a ti. Sé que hace tiempo que estás solo y que has hecho un esfuerzo enorme para hacerme un hueco en tu vida, pero tienes que acostumbrarte a compartirme como tendrás que compartirme con el bebé.

Gruñó antes de mirarla a los ojos.

—¿Te das cuenta de que si esta noticia se filtra será mi fin? Creerán que estoy loco.

Se acercó a él y le abrazó por el cuello antes de besar su labio inferior.

—No dirán nada, te lo juro. Puedes estar tranquilo.

Las caras de sus amigas lo decían todo.

—Sí, está algo inquieto. —Soltó una risita—. Y lo demostró toda la noche.

—Madre mía —dijo Lyris acercándose para susurrar—. ¿De verdad lo hizo él? Tengo que llamar al fotógrafo para disculparme. Le puse verde por mensaje.

—Recupera esas fotos, ¿quieres? No me gustaría que saliera alguna foto más comprometida como él vomitando en el cubo. Mira qué listo, eso no lo filtró.

—Aún estoy alucinando. Quería probarte que no le importaba nada con tal de estar contigo —dijo Nohemi—. Chica, le tienes en el bote.

Asintió emocionada antes de coger la agenda.

—Bien, ¿qué tenemos para hoy?

—Te vas de fiesta con el Lamborghini. Es hora de que lo luzcas —dijo Lyris con los ojos brillantes de la ilusión—. Y tengo el vestido perfecto para eso.

Del brazo de Danglo subió los escalones y al llegar arriba susurró:

—Cariño, tenemos que posar.

—Pues vamos allá. —Se volvió y cogiendo su mano sonrieron a los fotógrafos que estaban como locos haciendo preguntas.

—¿Vais en serio?

—Tan en serio que me hace cometer locuras —dijo él divertido haciéndoles reír.

—Has conseguido el hombre más deseado, Kerstina, ¿cómo te sientes?

Le miró enamorada.

—Afortunada. —Él la besó en los labios y se sonrojó antes de mirar a sus compañeros—. Somos muy felices.

—¿Habrá boda?

—Espero que sí —dijo él—. Pero chicos, si queréis detalles escuchar el programa de mi chica, os irá contando las novedades. —La cogió por la cintura y tiró de ella al interior del teatro donde se celebraba la fiesta—. ¿Qué tal?

—Perfecto.

Saludaron a los anfitriones que se interesaron muchísimo por las propiedades del semen, lo que les sorprendió, y cuando se alejaron se acercaron otros para preguntarles lo mismo.

—¿Ves cómo ibas a crear una moda?

—La gente está fatal —dijo él antes de beber de su copa de champán.

En ese momento apareció ante ellos Lisa que sonrió.

—Pero mira quién está aquí.

—Lisa, qué sorpresa —dijo Danglo—. ¿Has venido con tu padre?

—Dona mucha pasta a la fundación, ya sabes. —Miró a Kerstina de arriba abajo—. Precisamente llevé ese vestido el otro día en el cumpleaños de mi tía.

—¿De veras? No lo he visto en las redes.

—Es que me hacía gorda.

—A ti te queda perfecto, nena.

—Gracias, amor. —Miró el vestido dorado de Lisa—. Ese que llevas es de infarto.

—Qué amable. Así que estáis juntos. Kerstina, al parecer debo seguir tu táctica, has pillado al soltero de oro. Y mi padre, que tenía la esperanza de que se fijara en mí.

Uy, uy que esta quería tocarle las narices. La pullita del vestido debería haberla puesto alerta.

—Cualquiera pensaría que sois la pareja perfecta, ¿no? Pero son los polos opuestos los que se atraen.

—Puede que estés equivocada con eso de los polos. Si la vida me ha enseñado algo es que nada es lo que parece. —Sonrió de una manera que la mosqueó, la mosqueó mucho—. Tengo que ir a saludar a unos amigos, os deseo una velada maravillosa.

—Tú siempre tan amable, Lisa —dijo Danglo.

Esta le sonrió encantada antes de alejarse y Kerstina miró a Danglo levantando una ceja.

—Sí, nena. A veces se ponía algo celosa e insistente. Era evidente que quería una cita, pero eso nunca entró en mis planes.

—¿Por qué? Es hermosa, rica y de tu círculo.

—Cualquiera pensaría que es la perfecta mujer de empresario y desde que llegué a Nueva York tanto ella como su padre me acogieron con los brazos abiertos, pero no me atrae como mujer. No lo sé. —Se la comió con los ojos—. Será que no me hace sentir cómo tú y nunca lo hará.

Se sonrojó de gusto.

—Bien dicho, Brearley.

Él sonrió.

—Intenta no convertirla en tu enemiga, nena. Tiene lazos muy influyentes en la ciudad, puede ser una enemiga peligrosa.

—Lo sé. ¿Por qué crees que nos metemos con ella de esa manera tan *light* en el programa? ¿Cómo los conociste?

—Mi edificio se lo compré a George. Ya sabes que está metido en negocios inmobiliarios y nos reunimos varias veces antes de comprarlo y trasladar la empresa. Además, fue él quien se encargó de toda la remodelación. Hasta me encontró la casa.

Asintió antes de beber de su zumo.

—Entiendo.

—Me abrió las puertas de Manhattan y he hecho negocios muy importantes gracias a él. Por eso te pido...

—Tranquilo, seré prudente.

La besó en la sien.

—Gracias, nena.

—Ya me pagarás luego en especias.

Él rio por lo bajo.

—Haré lo que pueda.

Un sonido la despertó y suspiró, volviendo la cabeza hacia la mesilla donde la noche anterior había dejado su bolso de fiesta después de llegar de la emisora. Estiró el brazo para cogerlo y se lo puso al oído. —¿Diga?

—Levanta, vaga, que quedamos para comer —dijo Nohemi.

—Estoy agotada. —Miró al otro lado de la cama que ya estaba vacía—. No sé cómo Danglo resiste este ritmo. Se ha levantado a las siete.

—Será el semen que le ha dado fuerzas.

Rio por lo bajo sentándose.

—Serás mala.

—Tenemos que hablar de la WWHT.

Frunció el ceño.

—¿Por qué? ¿Qué pasa? ¿Ese idiota te ha llamado para decirte que al final no se quedan los seis meses?

—No, no es eso. Venga, date prisa y lo hablamos. Quedamos en el Oceanum dentro de una hora.

—De acuerdo. —Se levantó desnuda e iba hacia el baño cuando la puerta se abrió y se quedó de piedra al ver allí a la asistenta.

—Oh, lo siento señorita, pero no pensaba que hubiese nadie.

—No pasa nada. Voy a ducharme y me voy. —Iba a entrar en el baño cuando se detuvo para mirarla—. Te llamas María, ¿no?

—Sí, señorita —dijo mirando fascinada el vestido de noche.

—¿Te gusta? —La mujer la miró sorprendida—. ¿El vestido te gusta?

—Es el vestido más hermoso que he visto nunca, señorita.

—Pues si me consigues algo que ponerme, te lo puedes quedar.

Una hora después entraba en una de las cafeterías más de moda con unas mallas fucsias y una camiseta del mismo color con tacones y el abrigo de cachemira negro que se había puesto la noche anterior. Sus amigas no disimularon su horror y rio sentándose.

—Esto es Nueva York, nadie va a fijarse.

—Yo me fijo —dijo Lyrís—. Cielo, porque hayas conseguido un cañón de hombre no te dejes que ellos lo notan. Vaya si lo notan. Una vez pasé de depilarme las cejas y mi cita dijo que si dejaba de cuidarme que tendría que buscarse a otra.

—Y le dejaste tú. Ese era un idiota —dijo Nohemi apoyando los codos sobre la mesa—. ¿Por qué esas pintas?

—Quiero ganarme a la asistenta. Le he regalado el vestido.

—¿El Versace? ¿Estás loca? ¡Era mío, cabrita! —protestó Lyrís.

—Te lo pagaré para que te compres otro —dijo ella sin darle importancia.

Bufó y luego lo pensó mejor.

—Genial ya me lo había puesto tres veces.

—Lo sé, por eso también sabía que no te molestaría. Bien, ¿qué es eso tan importante que no podía esperar?

Dejaron el sobre en la mesa y frunció el ceño.

—¿Qué es esto?

—Ábrelo —dijo Nohemi mosqueada, lo que la alertó aún más.

Lo abrió a toda prisa y sacó las fotos de Danglo.

—Ah, es esto. ¿Os ha dado la tarjeta de memoria? —Miró dentro del sobre y asintió cuando la vio—. Genial.

—Yo que tú miraría las fotos —dijo Lyris.

Las pasó para ver prácticamente las imágenes que había visto en internet, pero cuando llegó al final vio a Danglo y era de día.

—Cuando avisamos al fotógrafo no le dijimos la hora y empezó a seguirle de inmediato. Le pilló saliendo de la empresa a las cuatro de la tarde y, ¿adivina a dónde fue? A la tienda de semen.

Asombrada vio en la imagen cómo hablaba con el dueño a las puertas de la tienda cuando el hombre estaba colgando la decoración. Y después entraron dentro.

—Le conocía.

—Claro que le conocía. Todo fue mentira para hacer el paripé ante ti. No se tomó el semen, hizo que se lo tomaba.

—Pero yo le vi. Él se lo sirvió y...

Nohemi puso ante ella la receta para hacer semen de mentira.

—Sacada de internet. Es azúcar diluida en agua y otras cositas. Mezclado como dice ahí se parece un montón. He hablado con el dueño y después de amenazarle con contarle todo en la radio y acusarle de timador, lo ha cantado de principio a fin. Le pagó dos mil dólares por hacer el teatrillo y que creyeras que te quiere tanto que haría lo que fuera por ti.

No se lo podía creer. Había perdido la cabeza del todo y encima después filtraba las fotos para que ella se tragara su actuación. No lo pudo evitar, se echó a reír a carcajadas.

Sus amigas parpadearon.

—¿No te enfadas? —preguntó Lyris.

—¿Cómo voy a enfadarme de que montara todo esto para impresionarme? Eso solo demuestra lo que me quiere. —Miró la foto de Danglo señalando una botella vacía y negó con la cabeza sin dejar de reír—. Bueno, es un alivio.

—¿Un alivio?

—Creía que le quedaría un trauma o algo así, menos mal que era azúcar. —Guardó las fotos y miró a sus amigas—. ¿Lo de la emisora?

—Nos han hecho una oferta por ella.

—¿Qué has dicho?

—Una empresa constructora quiere el local para hacer un edificio de apartamentos. Nos

ofrecen cuarenta millones de dólares.

Incrédula dijo:

—Pero si antes era una nave abandonada.

—Es evidente que la ciudad se queda pequeña. Al parecer van a construir en toda la manzana.

Apretó los labios.

—¿Vosotras qué queréis hacer?

—Vender —dijeron las dos a la vez—. Da mucho trabajo y conlleva unos gastos enormes. Solo en pintar y en los nuevos equipos de sonido hemos gastado este mes diez mil dólares —dijo Lyris—. Y yo quiero vivir tranquila.

Lo entendía perfectamente. Desde que se habían metido en eso habían tenido el doble de trabajo y con el que ya tenían era agotador. Y eso que hacía poco que la habían comprado. Llevaba días pensando que con el embarazo comprar la emisora había sido un error. Quizás el tema de los anunciantes tenía mucho que ver, porque había sido una preocupación más que añadir a las que ya tenía.

—Bueno, si queréis vender yo no puedo decir nada.

—¿Tú no quieres? Pensábamos que con lo del niño y con Danglo. —dijo Lyris.

—Sí, sí. Mi futuro ha cambiado, por supuesto. Pero tenemos un problema que no podemos ignorar.

—La emisora. No nos llevamos precisamente bien con los jefes —dijo Nohemi.

Asintió.

—Es muy probable que nos quedemos sin el espacio en cuanto se nos termine el contrato.

—Esos buitres renovarán —dijo Lyris—. Solo quieren pasta y nosotras se la damos.

—Pero cambiar el horario no lo aceptarán —dijo Nohemi—. El programa de la mañana también tiene mucha audiencia.

En eso Nohemi tenía razón. Una cosa era que ellas en su nueva emisora cambiaran el horario y otra que sus jefes aceptaran el cambio, que lo dudaba mucho porque su audiencia era nocturna.

—¿Qué hacemos? —preguntó Lyris—. ¿Rechazamos la oferta?

—Ni hablar —dijo Kerstina—. Queréis libraros de ella y es lo que haremos. Ya solucionaremos lo del horario. —Recordando algo juró por lo bajo.

—¿Qué? —preguntó Nohemi.

—Le había dicho a Robert que se viniera con nosotras. Le voy a dejar en la estacada.

—Él seguirá teniendo trabajo en la KHMx aunque nos vayamos —dijo Nohemi—. Son cosas que pasan, si quieres hablo yo con él.

La miraron espantada.

—Mejor déjame a mí —dijo Lyris.

—¡Eh, que soy delicada cuando quiero!

—Ya, claro. De momento no diremos nada hasta que todo esté cerrado. Y hablaré con Danglo por si podemos sacar más, que igual nos están tomando el pelo y les salimos baratas.

—Eso, tú pregúntale a tu novio, que todo esto me parece muy raro —dijo Nohemi.

La miró sorprendida.

—¿Crees que tiene algo que ver?

—Con tu novio no hay que confiarse.

—Hostia nena, ¿cuarenta millones? —Ella asintió masticando los tallarines sin quitarle ojo—. Es una noticia estupenda.

—¿Tú crees? —preguntó con desconfianza.

—¿No piensas lo mismo? Ganaréis mucho dinero.

Mejor ir de cara.

—¿Tú no tendrás nada que ver en esto? Algo de esa venganza tuya del pasado que se haya ido de las manos, ¿no?

Danglo rio por lo bajo.

—No, nena. No tengo absolutamente nada que ver. Además, los negocios inmobiliarios no son lo mío. ¿Qué empresa constructora es?

Cogió el móvil de la mesa para mostrarle el mail que le habían enviado a Nohemi y cuando Danglo lo leyó entrecerró los ojos.

—Inmobuilt. ¿De qué me suena a mí esta empresa? —Ella sin dejar de comer le vio teclear en el móvil—. Es de George.

—¿Del señor Fashingbauer?

—Sí. Ahora lo recuerdo, esta empresa llegó a mi edificio con grandes camiones. Iban a colocar las ventanas nuevas. Es como una filial de la empresa principal. Recuerdo que me lo comentó antes de revisar las obras del edificio.

—Qué casualidad, ¿no? Ayer nos encontramos con Lisa, que es evidente que te quiere para ella, y hoy Nohemi recibe este mail a primera hora.

Él asintió revisando el mail de nuevo.

—Sí. ¿Quieres que hable con él?

—No. ¿Te parece bien la oferta?

—Iré a revisar la nave mañana, ¿de acuerdo? Hace años que no paso por esa zona, desde antes de irme a Londres.

—Gracias, cielo.

Él sonrió.

—No quiero que te preocupes por nada, ¿de acuerdo? Si se complica, tengo unos abogados carísimos que protegerán tus intereses.

—¿Mejor que protegieron los tuyos? —Se echó a reír por la cara que puso y cogió la galleta de la suerte tendiéndosela—. Venga, ábrela.

La cogió divertido y la estrujó con una mano sacando el papelito. Pareció sorprendido.

—¿Qué? ¿Qué pone? —Se levantó para cogerlo de su mano y leyó—: «Será niño». —Se echó a reír—. Venga ya.

—Nena, ¿les has dicho que pongan eso?

—Qué va. —Miró el papel—. Será una casualidad. —A toda prisa cogió su galleta y la estrujó. Desenrolló el papelito y leyó— «Sí, será niño». —Se echó a reír a carcajadas—. ¿Cómo lo has

hecho?

Él sonrió cogiéndola en brazos.

—Tengo mis recursos.

Acarició su cuello.

—Cielo, tengo programa.

—¿Por qué crees que he pedido la cena tan temprano? Hora de la siesta.

Capítulo 12

Al día siguiente era sábado y ella vagueando en la cama con la tableta, se preguntó dónde estaría su hombre, porque había sentido cómo se había levantado hacía horas y todavía no había aparecido por casa. Bufó pinchando en una noticia sobre el cumpleaños de un actor muy reconocido cuando le escuchó entrar en casa.

—Cariño, todavía estoy en la cama. ¿Qué quieres hacer hoy? ¡No sé qué ponerme! —Hizo una mueca—. Eso me recuerda que tengo que ir a mi casa a buscar más ropa.

De repente escuchó que se cerraba la puerta principal y frunció el ceño escuchando atentamente.

—¿Danglo? —Se levantó de la cama y fue hasta la ventana para ver cómo se alejaba un taxi. Confundida fue hasta la puerta—. ¿Danglo? —Sacó la cabeza, pero no se oía nada. Qué raro. ¿Ahora tenía alucinaciones? No, estaba casi segura de que habían entrado en la casa. Danglo habría olvidado algo y se había ido de nuevo. Encogiéndose de hombros decidió ducharse.

Minutos después salía de la ducha y se envolvía con una esponjosa toalla.

—Jo, que bien huelen. Tengo que decirle a María que me dé su marca de suavizante. —Se acercó al espejo y se miró cogiendo otra toalla para secarse su largo cabello cuando Danglo apareció tras ella pegándole un susto enorme.

—Perdona nena, creía que me habías oído llegar. —Se acercó y la besó en el hombro—. Buenos días.

Sonrió.

—Buenos días, cariño, ¿antes no me has oído? —La miró a través del espejo sin comprender lo que quería decir—. Has venido antes, ¿no?

—¿Antes? Acabo de llegar.

Se volvió para mirar su rostro.

—¿Acabas de llegar?

—Nena, ¿qué pasa?

—Hace unos minutos alguien ha entrado en la casa.

—¿Seguro?

—Bueno, yo estaba en la cama esperándote, pero sí estoy casi completamente segura. Creí que te habías ido por algo, pero si no has sido tú...

—¿Sería María? No es la primera vez que entra en casa para recoger algo que se le ha olvidado.

—¿Y por qué no me ha respondido cuando te he llamado?

—Igual por no molestar. Nadie tiene la llave de la casa excepto nosotros tres, así que o ha sido ella o has oído mal.

Pensó en ello. Igual se había equivocado. Cuando escuchó el sonido estaba con la tableta. Sonrió.

—Bueno, da igual. ¿A dónde has ido?

—A ver la emisora.

Se volvió para coger su peine.

—¿Y?

—No lo sé. Estoy indeciso.

Cepillándose el cabello le miró a los ojos.

—¿Qué quieres decir?

—Calculando por encima el solar tiene una superficie suficiente para hacer un edificio de apartamentos, pero la zona... Eso es lo que me ha mosqueado.

—Ya leíste el mail, piensan construir toda la manzana.

—He llamado a un conocido que también se dedica a la construcción. El ayuntamiento no deja construir allí porque hay varias naves de descarga para el puerto. Se necesita ese servicio y no están dispuestos a perder los cargamentos que llegan por mar. A no ser que el ayuntamiento cambie de opinión. Y no lo creo, porque Harrison tiene muchos contactos y lo sabría.

—¿Qué te ha aconsejado él?

—Que si quieres vender, que lo hagas cuanto antes porque como se enteren de lo del ayuntamiento pueden retirar la oferta. Pero me extraña que George no lo sepa ya viviendo en este mundillo.

—Sí, tienes razón. Esto empieza a ser muy raro, ¿no crees, cielo?

Danglo asintió.

—Llama a las chicas, debemos hablar de ello cuanto antes.

Kerstina preparó un gran desayuno para todos y cuando las chicas llegaron ya estaba todo listo. Entraron en la cocina impresionadas por la casa y Nohemi dijo:

—Solo por vivir aquí tienes que decir «sí quiero».

—Muy graciosa, Nohemi —dijo Danglo haciéndolas reír.

Lyrís se sentó a la mesa y dejó el bolso a un lado.

—Que bien huele este café.

—Es que mi chico tiene una cafetera de primera. —Le dio un beso de la que pasaba y se sentaron uno al lado del otro.

—Bien, ¿qué ocurre? —preguntó Nohemi—. Nos tienes en ascuas.

—Cariño, ¿se lo cuentas?

—Es George Fashingbauer quien quiere compraros la emisora.

—Uy, que esto ya empieza a oler mal —dijo Nohemi dejando la taza de café ante su plato.

—Sí, ¿verdad? Yo he pensado lo mismo.

—Igual es una casualidad —dijo Lyrís.

Danglo empezó a explicarles lo que le había dicho su amigo y Lyrís hizo una mueca.

—No, no pinta bien. ¿Qué se propone? Nos tendría que pagar cuarenta millones por ella.

—Eso es lo que no sabemos. Igual estamos siendo demasiado desconfiados —dijo Kerstina antes de mirar a Danglo—. Contigo siempre se ha portado bien.

—Sí, pero también es verdad que ha intentado meterme a su hija por los ojos mil veces. No se ha debido tomar muy bien nuestra relación. George es un ganador y si yo era su objetivo... Además, que nos encontráramos a Lisa en la fiesta y que luego George no se acercara ni a saludar, a mí me extrañó bastante.

—¿No se acercó a saludarte? —preguntó Nohemi.

—No, estuvo toda la fiesta rodeado de gente y yo no me acerqué para no molestar. Le saludé con un gesto de cabeza, pero en ningún momento se acercó para devolverme el saludo. De hecho, me miró fríamente.

—Cariño, no me dijiste nada —dijo preocupada—. Es un hombre muy importante y me dijiste...

—Me da igual. Te advertí para evitar problemas, pero si tengo que enfrentarme a él, lo haré, porque yo pienso vivir la vida que me dé la gana. No necesito el permiso de Fashingbauer para estar contigo.

Preocupada, miró a sus amigas.

—¿Qué queréis hacer?

—Si quiere quedarse con un solar que no vale para nada, es su problema —dijo Nohemi como si le importara un pito—. A mí mientras lleve el cheque el día de la firma.

—¿Lyris?

—Opino lo mismo. Si no hay dinero, no hay firma y punto. Luego lo que haga con ese terreno es cosa suya. —Apoyó los codos sobre la mesa—. Lo que no entiendo es cómo piensa perjudicarnos con esto. Tiene que ser una coincidencia.

Todos se quedaron en silencio y Danglo asintió.

—Sí, puede que tengas razón. —Entrecerró los ojos—. ¿Pero si es una coincidencia para qué quiere esos terrenos?

Sonrió radiante.

—Eso lo averiguarás tú, ¿no es cierto? Tienes contactos en el mundo de los negocios. Nosotras como periodistas no podemos rascar demasiado, pero tú...

—Haré lo que pueda.

Las tres sonrieron.

—Pues perfecto —dijo Nohemi antes de mirar a Danglo—. ¿Qué pasa, que tu prometida No puede tener armario en este casoplón, que va con una camiseta tuya?

Kerstina se sonrojó.

—Nohemi.

—¿Es un tema tabú? Venga, el otro día saliste de aquí con una pinta que daba pena y es porque no te dio tiempo a ir a tu apartamento. ¡Llevabas la ropa de la asistenta! Si vais a casaros lo lógico es que traigas algo de ropa o te mudes aquí. Siempre te veo con esa maletita de un lado al otro como si fueras Willy Fogg.

Danglo gruñó.

—Me has fastidiado la sorpresa. —Las tres le miraron expectantes—. Precisamente el lunes empezaban a arreglar la habitación de al lado para hacer un vestidor para los dos.

—¿De veras? —preguntó Kerstina ilusionada.

—Y también van a hacer algunos arreglos en otra de las habitaciones para que sea la del niño. En realidad, lo que más van a arreglar es el cuarto de baño para adaptarlo a uno infantil. Habrá una bañera en la que le podamos bañar estando de pie y otras cosas que me han parecido muy interesantes.

—¿Bañera para bañarle de pie? —dijo Lyrís incrédula—. ¿Y cuando sea algo mayor la quitáis?

—Es una obra menor.

Nohemi hizo una mueca.

—Qué hombre más práctico.

—Cuando lleves un año bañando al niño agachando el lomo me lo dices. Además, si tenemos más, pueden usar ese baño.

Kerstina que iba a meter el tenedor en la boca se detuvo en seco.

—¿Más?

—Nena, no quiero que sea hijo único. Habrá que tener más.

Todavía ni habían tenido ese. Asombrada, miró a sus amigas que soltaron sendas risitas.

—Ya sabes, mami. A parir como una coneja.

—Nohemi, guapa, ¿por qué no desayunas? —preguntó Danglo—. Se te va a enfriar. —Sus amigas se echaron a reír y él entrecerró los ojos—. Os estabais quedando conmigo con lo del vestidor, ¿no?

—Claro —dijo Lyrís—. ¿Crees que vamos a apurarte? Ya vas tú lo bastante rápido. Boda y todo al día siguiente de vuestra reconciliación. Sí, chico, es evidente que a ti no se te adelanta nadie.

—Eso intento.

Lyrís le guiñó un ojo y Kerstina protestó

—¡Eh! ¡Qué es mío!

—Porque le tengas tú no significa que no le deseen otras, vete aceptándolo.

—¿Qué has dicho? —preguntó mosqueada.

Sus amigas se echaron a reír a carcajadas.

—La cara que ha puesto —dijo Nohemi antes de chocar la mano con Lyrís.

—Tendréis mala leche. —Soltó una risita y miró a Danglo que era evidente que no se lo había tomado mal—. Pero tú solo me mirarás a mí.

—Eso no lo dudes, nena.

Días después salía de la emisora hecha polvo y sonrió a Tom.

—Buenas noches.

—Buenas noches, Kerstina, un programa de diez.

—Quizás de ocho, hemos estado muy lejos de conseguir el diez. Necesito temas nuevos.

—¿Qué te parece el tema de la infidelidad? Eso vende mucho. Cada vez que hay cuernos entre famosos la noticia sale en un montón de revistas.

Asintió.

—Bien pensado, amigo. Me gusta.

Tom sonrió encantado.

—Pensaré otras cosas por si las necesitas.

—Genial. Buenas noches. —Salió de la emisora y se detuvo en seco al ver allí a Danglo ante su Mercedes—. Cariño, qué sorpresa.

Él se acercó y le dio un suave beso en los labios.

—Es que me moría por verte. —Sonrió encantada y le siguió hasta el coche—. ¿Cómo estás?

—Ah, ya lo entiendo, esto es porque vomité esta mañana. Es el embarazo, no debes preocuparte.

—Trabajas demasiado. —Abrió su puerta para que subiera.

—Y tú también.

Gruñó cerrando la puerta y rodeando el coche. Observó su rostro mientras se sentaba y encendía el motor.

—Muy bien, ¿qué pasa?

La miró de reojo.

—¿Seguro que estás bien?

—Sí, ahora cuéntame qué pasa. —Entrecerró los ojos—. Has averiguado algo, ¿no?

—Esos terrenos no valen nada, nena. El ayuntamiento no cambiará de opinión respecto a las naves del puerto y un edificio allí no pinta nada.

—A lo mejor, lo quiere para poner una nave.

—¿Y te dicen que es para apartamentos cuando con eso te tienen que pagar más? No. Como mucho eso que habéis comprado cuesta cuatro millones.

Se le cortó el aliento.

—¿Cómo que cuatro? ¡Casi he pagado siete!

Él hizo una mueca.

—Tenías que haberme consultado.

—¿Cómo te iba a consultar si querías pegármela!

—No quería pegártela, yo...

—¡Déjate de rollos! ¡Tengo que vender cuanto antes!

—Nena, tranquila. Piensa en el bebé.

—¡Pienso en mis amigas y en mí que nos hemos dejado una pasta!

Pensativo apretó el volante.

—No puede ser tan estúpido, tiene que haber otra razón para que quiera ese terreno.

Sacó el móvil a toda prisa e iba a llamar a Nohemi cuando vio que tenía un mensaje de un número que no conocía. Igual era el abogado, así que lo abrió de inmediato para ver unas frases que no se esperaba.

Estás muerta, zorra. Estás muerta tú y ese programa de mierda. Os voy a enterrar, eso te lo

juro por Dios.

Bufó bloqueando el número. Otro fan descontento. ¿Cómo habría conseguido su número privado? Olvidándose del tema se puso el teléfono al oído y le dijo a Nohemi;

—Mañana reunión a primera hora para hablar de la venta. —Se pasó la mano libre por la frente —. Sí, sí. Les diremos que tienen que darse prisa porque hemos encontrado otra cosa y necesitamos el dinero.

Danglo asintió aprobando su idea.

—Sí, ya sé que ayer les enviamos un mail para que se dieran prisa y que deberíamos esperar para que no nos vean ansiosas. Pero les diremos que como no se den prisa no habrá trato porque no podemos quedarnos sin emisora y que si perdemos esta oportunidad nos quedaremos sin espacio. O se dan prisa o se cancela el trato. Bien, nos vemos mañana. Te quiero.

Colgó el teléfono y le miró. Danglo sonrió intentando tranquilizarla.

—Muy bien, nena. Una buena excusa para presionar. Veamos si van en serio.

Y tan en serio, pensó mirando el contrato de compraventa que tenía delante. Danglo hasta consiguió cinco millones más en la negociación y es que su chico era un hacha para conseguir un buen trato. Sus amigas estaban encantadas con él y firmaron el contrato a toda prisa. Kerstina se tomó más tiempo porque realmente se acababan de quitar un peso de encima.

—¿Ya está? —preguntó Lyrís entregando las copias a su abogado.

El hombre los revisó y asintió.

—Todo correcto.

—Perfecto —dijo Nohemi encantada de la vida—. ¿Es cierto que quiere el terreno para un edificio?

—¿Eso importa? —preguntó el apoderado de Fashingbauer.

—Me gustaría saberlo.

—En realidad vamos a hacer una extensión portuaria. Ya hemos comprado todas las naves de la zona. Será un proyecto de un billón de dólares.

A Kerstina se le cortó el aliento antes de mirar a Danglo que estrechaba la mano de otro de los abogados de la parte contraria. Entrecerró los ojos antes de mirar a sus amigas que también tenían un mosqueo de primera. No, no podía habérsela jugado así.

—Los japoneses se mueren por tener aquí su propio espacio para las descargas —dijo el abogado cortándole el aliento. Los japoneses. El viaje a Japón—. Por supuesto, es algo que se ha mantenido en el más absoluto secreto para que los vendedores no inflaran los precios —dijo ese como si fueran estúpidas—. Que pasen un buen día.

Asombrada miró a sus amigas que también estaban pasmadas. Los abogados de Fashingbauer se fueron y Danglo se dio cuenta de que todos le miraban.

—¿Qué?

—¿Qué? —preguntó alterándose—. ¿Qué fuiste a hacer a Japón?

—¿A Japón? Tengo una filial allí, nena.

—¿No me digas? ¿Cuánto costaba realmente nuestra nave?

—¿Qué?

—¡Connmigo no te hagas el tonto! ¡Tenéis un proyecto con los japoneses de un billón de dólares! Qué pasó, ¿eh? ¿Te diste cuenta de que habías metido la pata en Navidades porque no sabías que mi emisora estaba justo donde queríais hacer vuestro proyecto? ¡Nos has tomado el pelo!

Danglo se tensó.

—Nena, esto son negocios.

Se le cortó el aliento.

—Y yo te importo una mierda.

—¡Ya había llegado a un trato! ¡No podía echarme atrás! ¡Ya habíamos invertido mucho dinero!

Sintió que se le rompía el corazón. Si había vuelto a su lado, había sido por su maldito negocio. Solo la había utilizado para obtener beneficios.

—Nena.

—¿Cuándo compraste el anillo?

Él apretó los labios.

—Tres días después de Navidades. En una joyería del centro.

—Eres un cerdo —dijo Nohemi con rabia—. ¡Le pediste matrimonio!

Ignorándola intentó acercarse a ella.

—Nena, todo esto no tiene nada que ver con nosotros. Joder, es cierto que no podía olvidarte. Con los ojos llenos de lágrimas sonrió irónica.

—Y mataste dos pájaros de un tiro.

—Sé que suena mal, pero...

—Aléjate de ella —siseó su amiga como si fuera a tirarse sobre él en cualquier momento.

—¡No te metas en esto! ¡Es entre Kerstina y yo! —Le rogó con la mirada—. Nena, cuando me enteré de lo de la nave ya me habías dado otra oportunidad, te lo juro.

—E inmediatamente recibí el mail, qué casualidad, ¿no? —preguntó Nohemi incrédula.

—¡Son cuarenta y cinco millones, habéis recuperado vuestra inversión con creces! ¡Es un buen trato!

—Te hacías el tonto, solo nos contabas lo que podíamos haber averiguado por nosotras mismas si hubiéramos preguntado en el ayuntamiento —dijo Lyrís con desprecio—. Eres una sanguijuela y no te la mereces. ¡Ella lo ha dado todo por ti! Hasta iba a cambiar el formato del programa, el horario, ¡toda su vida! ¡Y lo hacía por ti, porque te quiere! —Lyrís le escupió a la cara—. ¡Me das asco! ¡Has traicionado a la persona que te ama, a la persona que va a parir a tu hijo! ¡Y lo peor de todo es que lo has hecho por dinero!

Rota por dentro, Kerstina sollozó y odiando que la viera así cuando ella no le importaba nada, salió corriendo.

—¡Nena!

—¡Ni se te ocurra seguirla! —gritó Nohemi, pero como no le hizo caso se tiró sobre él y Lyrís no se quedó corta porque le empezó a dar patadas en las espaldas hasta hacerle caer al suelo—.

¡Serás cabrón! ¡Te voy a despellejar vivo!

Lyrís le agarró por el cabello para tirar con saña.

—¡La madre que te parió, a mi amiga no! ¡Mira que estabas advertido!

—¡Soltadme, locas!

—¿Locas? ¡Pues no has visto nada! —Como una garrapata pasó las piernas alrededor de su cintura y con un brazo se aferró a su cuello mientras que con la mano libre tiraba de su cabello. Él consiguió levantarse y empezó a girar de un lado a otro intentando deshacerse de ella, pero nada—. De nosotras no te libras. ¡Vas a acabar en urgencias!

—¡La madre que...! —gritó él llevando sus manos atrás y su mano tocó su trasero.

—¿Me has tocado el culo? —Fuera de sí le mordió la oreja y él gritó de dolor elevando los brazos para tirar de su cabello, pero tuvo que soltarla porque casi se la arranca—. ¡Esto no te lo vamos a perdonar jamás! ¡Prepárate para la que te va a caer encima! —le gritó al oído haciendo que gimiera de dolor.

Danglo intentó apartar el rostro del dolor de oído, pero ella no le dio tregua dándole dos palmadas en las orejas.

—¡Aprendí esto en la academia de defensa personal! Espera, que te hago otra cosa.

—¡No! —gritaron espantados los abogados que la rodeaban.

—¡Basta ya! —gritó Danglo—. ¡Joder, quitádmelas de encima!

—Es que pueden denunciarnos por usar la fuerza, señor Brearley —dijo el más mayor—. Y nosotros no tenemos nada que ver en esto. ¿Quiere que llamemos a la policía?

—¡Sí! —gritó él antes de que Lyrís le pegara una patada entre las piernas que le hizo gemir cayendo de rodillas mientras llevaba sus manos allí.

Nohemi saltó de él y le pegó un puñetazo que le hizo caer al suelo de costado.

—Sí, llama a la policía. Quiero ver esas fotos en toda la prensa. A ver cómo explicas tu comportamiento. Cuando acabemos contigo tendrás que huir del país, eso te lo juro por mis muertos. —Nohemi se volvió para coger su bolso—. Vamos, Lyrís.

—Ni se te ocurra acercarte más a ella. —Ambas elevaron las barbillas antes de salir de allí con la cabeza muy alta.

Los abogados se acercaron.

—¿Necesita ayuda, señor Brearley?

Casi sin voz dijo:

—Hielo.

Sentada en el sofá con el rostro lleno de lágrimas, miraba sin ver el televisor apagado, mientras sus amigas sentadas a su lado la observaban muy preocupadas. Lyrís acarició su brazo.

—Cielo, si no quieres ir a trabajar hoy...

Negó con la cabeza.

—De eso nada. No me va a quitar esto también.

—Igual hablaba en serio y sí que le importas. Igual es de esos que creen que pueden conseguirlo todo.

—Qué va —dijo con desprecio—. Este se dio cuenta demasiado tarde de que había metido la pata con lo del regalo. Era otra manera de castigarme por ser como soy y no se esperaba que diera el paso de dejarle. Al darse cuenta de que la nave estaba en un punto estratégico para sus planes, volvió con todas esas fantasías de que no me podía olvidar cuando nunca he sido importante para él. Y estos últimos días lo demuestran. Si me hubiera querido, tendría miedo a perderme y me hubiera contado lo del proyecto de Japón.

—Igual temía tu reacción —dijo Nohemi.

—Exacto, pero en lugar de eso nos contó una serie de mentiras porque pensaba que nunca nos enteraríamos del proyecto. ¿Y cómo no iba a Enterarme si él estaba metido de lleno?

—Porque ya no estaríais juntos —susurró Lyris.

—Jamás pensó realmente en tener algo duradero conmigo. Y debería haberme dado cuenta porque nunca me dijo que me fuera a vivir con él. Si hasta lo de las obras es mentira, por esa casa no ha aparecido nadie en esta última semana. —Sollozó—. Soy una estúpida.

—Tú no eres estúpida —dijo Nohemi—. Le quieres y has hecho todo lo posible por perdonarle. El estúpido es él, que no se ha dado cuenta de que no va a encontrar otra como tú.

Se tapó el rostro con las manos.

—Creía que me quería, creía que lo había conseguido. Que al fin me amaba.

—Shusss. —Nohemi acarició su espalda mirando a Lyris con ganas de sangre—. Ese capullo no sabe dónde se ha mentido.

—Nohemi.

—Esta vez no. Esta vez no me vais a callar. Ese cabrón va a tener que esconderse bajo una piedra porque nadie hace daño a mi familia ni a mí y os recuerdo que nos han timado a las tres —siseó con rabia mientras Kerstina dejaba caer las manos y la miraba atentamente—. Se va a enterar de quienes somos y si antes nos tenía miedo, ahora nos va a tener pavor. Quiero que tiemble cada vez que escuche nuestro nombre, ¿me habéis entendido? —Las dos la miraron con los ojos como platos y sonrió con maldad mientras asentían—. Bien, pues preparemos el programa porque va a ser épico.

Ante el micrófono sintió fuerzas renovadas y sonrió a sus amigas que asintieron dispuestas a empezar.

—Muy buenas noches, Nueva York. Bienvenidos al programa más candente que hemos tenido en años. Esto es *Nosotras te lo contamos*. Chicas, al parecer tenemos mucho que decir.

—Y que lo digas —dijo Nohemi con ironía—. Sexo, engaños y tramas para ganar millones de pavos. Tenemos de todo.

—Así que no os lo perdáis, que va a ser de lo más interesante.

Su teléfono empezó a vibrar y vio que era Danglo.

—No, cielo. Esto sí que lo voy a contar, vete llamando a tus abogados. Por cierto, hablando de abogados, he hablado con el mío hace unos minutos y pienso pedir la custodia total de mi hijo. Porque sí, chicos, estoy embarazada de un capullo sin sentimientos que haría cualquier cosa por

conseguir lo que quiere. —Tomó aire mientras el teléfono dejaba de vibrar—. Pero no nos adelantemos, empecemos por el principio.

—¿Cómo le conociste? —preguntó Lyris antes de tachar la primera pregunta que tenían apuntada.

—Todos sabéis cómo le conocí. ¿Recordáis al Lamborghini, chicos? Pues debería haberle dejado pasar de largo, pero algo en mí me lo impedía. Como cuando quieres conseguir un sueño. Pero era solo eso, un sueño, porque él jamás me dio una oportunidad. Solo quería vengarse por haber hablado de él con vosotros, por exponerle ante el público. Sí, se lo tomó fatal hasta el punto de que quiso destruirme como había hecho con otros en el pasado.

—Pero nosotras somos más listas y le vimos venir —dijo Nohemi—. Cuéntale a la audiencia todo lo que hizo, amiga. Que sepan de qué pasta estás hecha.

Cuarenta minutos después terminaba su historia mientras contestaba a las preguntas de sus amigas. Levantó la vista y vio que Robert estaba en la cabina de control con los brazos cruzados y cara de querer pegar cuatro gritos. Se acercó al micro.

—Esto es para que veáis que no todo es lo que parece, que lo que creíamos un partido estupendo puede ser alguien que te destroza la vida.

—Que las apariencias engañan —dijo Lyris—. Y que no debéis precipitaros. Mi amiga perdonó muy pronto y estas son las consecuencias. El amor a veces nubla nuestro juicio. Seguro que muchos de vosotros tenéis historias que contar donde os han sucedido cosas parecidas. Traiciones, mentiras, todo envuelto en un te quiero mucho, para después apuñalarte por la espalda. Queremos oír esas historias, queremos escucharos. —Carlota tenía el brazo levantado—. Primera llamada.

—¡Joder nena, no me puedo creer que hagas esto!

Kerstina levantó una ceja.

—¿No te lo puedes creer? —Rio por lo bajo—. Lo que no te vas a creer es la denuncia que he interpuesto esta tarde en la fiscalía por fraude.

—¿Qué dices?

—Cometisteis un fraude y tengo el mail que nos envió la constructora como prueba. Toda la operación de compraventa se basa en un mail que es falso, porque esa constructora jamás tuvo intención de edificar ningún edificio y tú lo sabías muy bien. No solo me has engañado a mí, sino también a mis amigas para sacarnos ese solar más barato. Eso es fraude y lo vais a pagar.

—Todo ha sido un malentendido.

—Y una mierda. Tú mismo lo dijiste, son negocios. Pues te voy a demostrar que yo también sé negociar. Siguiendo llamada.

—¡Ese cerdo me engañó con la hipoteca! —dijo la oyente alterada.

Nohemi tomó el control.

—Espera, espera. Empieza por el principio. Dinos tu nombre.

Kerstina se levantó y salió de la pecera intentando recomponerse. Robert la esperaba al otro lado.

—¿Estás bien?

—Siento lo de la emisora, pero...

—No te preocupes por eso. Te estoy preguntando si estás bien.

Sus ojos se llenaron de lágrimas por su preocupación y Robert la abrazó.

—Me lo dijiste y no te hice caso.

—A veces tenemos que pegarnos la hostia para reaccionar. —Kerstina sollozó sobre su pecho —. Shussss, va a pagar. Lo importante es que te has dado cuenta a tiempo y va a pagar por lo que ha hecho.

—Todavía no me lo creo.

—Necesitas tiempo. ¿Quieres tomarte una semana de descanso? No hay problema, las chicas se encargan.

Negó con la cabeza apartándose para limpiarse las lágrimas de las mejillas.

—No, necesito trabajar.

—Bien, pues entra ahí y despelléjales vivos. Y no hablo solo de él, quiero que expongáis la trama de Fashingbauer, quiero que rasquéis la mierda porque seguro que hay mucho detrás.

Se le cortó el aliento.

—¿Crees que...?

—Si ha hecho esto con alguien como tú, a saber lo que ha timado a lo largo de los años. Seguro que hay mucho detrás y lo vamos a dar en primicia. Sois periodistas, haced vuestro trabajo.

Asintió y Robert sonrió antes de alejarse. Kerstina pensó en ello y sabía que tenía razón. Si se habían atrevido con alguien como ella, qué no habrían hecho a lo largo de los años. Recordó la sonrisa de Lisa en aquella fiesta a la que había ido con Danglo, su ironía. Nada es lo que parece. Pues ella iba a sacar a la luz toda la verdad.

Capítulo 13

Las noticias sobre el caso Fashingbauer ardían en las redes. Danglo había pasado a un segundo plano porque había tanto que rascar en esa familia que no había espacio para él, la verdad. Después de sus declaraciones en el programa, empezaron a salir muchas cosas. Sobornos, extorsiones para abandonar pisos de los que quería ser propietario. Había tantas declaraciones, que la fiscalía había puesto a trabajar a dos de sus mejores hombres en el caso. Se había tirado de la manta y de momento solo se veía un montón de mugre que había que limpiar. Y ellas comentaban en el programa cada cosa que salía. Todo el mundo quería saber su opinión y lo demostraban los veinte periodistas que la seguían por toda la ciudad.

Sentada tras su escritorio pensando en ello, escuchó cómo su teléfono vibraba y por instinto miró hacia él. Danglo de nuevo. Ese día la había llamado ya diez veces, era hora de bloquearla. Pulsó el botón sintiendo un nudo en la garganta porque eso significaba cortar cualquier tipo de contacto, pero era lo mejor y lo más sano para su estabilidad mental. Le llegó un mensaje y frunció el ceño porque era de un número desconocido. Lo abrió para leer:

¿Crees que te vas a salir con la tuya? No lo permitiré. Estás muerta, zorra.

Era la segunda vez que recibía ese tipo de mensajes a su teléfono privado y si era la misma persona empezaba a mosquearla. Igual con todo lo que estaba pasando debía denunciarlo. La puerta se abrió en ese momento y entró Nohemi con una tableta en la mano.

—¿Has visto esto?

—¿El qué?

Le puso delante la tableta y vio que era de un canal de noticias. Su amiga dio al *Play* en el video y salió la imagen de Lisa que sonreía a la cámara.

—Es una despechada de la peor clase. Todo esto lo ha hecho porque se enteró de que Danglo aún me mensajeaba. Mensajes muy calientes, no sé si me entendéis. Danglo y yo discutimos y empezó a salir con ella para darme celos por todo lo que había dicho Kerstina de él. Jamás pensó en serio continuar con esa relación y si hizo lo del semen, fue para que no le pusiera verde por la radio como está haciendo ahora. Es una vengativa de primera y quiere ensuciar nuestra imagen todo lo posible, pero se sabrá la verdad. Mi padre lleva cuarenta años haciendo negocios en esta ciudad y jamás ha tenido una sola demanda. Toda esa gente que ahora habla podía haberlo denunciado en su momento y no lo hicieron. No hay una sola prueba de juego sucio y lo vamos a demostrar. —Mirando la cámara sonrió maliciosa—. Kerstina querida, espero que tengas un buen abogado porque te vamos a hundir en los tribunales. Si alguien ha cometido un delito aquí, esa has sido tú y yo sí tengo pruebas para demostrarlo.

Asombrada miró a Nohemi.

—¿De qué habla?

—Ni idea. Tiene que ser un farol.

—Lisa no diría eso ante toda la prensa si no tuviera algo con lo que hincarme el diente.

En ese momento llegó Robert con Lyrís.

—¿Lo has visto? Sale en todos los noticiarios.

Su amigo cogió el mando para encender la televisión y se le cortó el aliento al ver el rostro de su hermano que decía:

—Se puso como loca cuando se enteró de que había vendido la casa. Mi madre había tenido un tratamiento médico muy costoso y yo estaba endeudado hasta las cejas, así que vendí la casa familiar, sí, pero era lo justo. Amenazó con demandarme si no le daba la mitad del precio de la venta.

Pálida se levantó mientras el periodista preguntaba:

—¿Cree que las acusaciones contra el señor Brearley y el señor Fashingbauer son ciertas?

—Seguro que se lo ha inventado todo para sacar tajada. Ella es así. ¿Cómo cree que ha llegado hasta donde está? Ha pisado a muchos por el camino.

Robert cambió de canal para ver a Caroline que llorando decía:

—Después de eso no pude encontrar trabajo en mi sector, ahora estoy en una hamburguesería y he perdido mi apartamento. Le pedí dinero y no me lo quiso dar. ¡Lo necesitaba! ¿Qué quería que hiciera? Tenía que pagar el alquiler.

—Esa zorra —dijo Nohemi entre dientes.

Robert cambió de canal para mostrar el rostro de Danglo que acababa de salir de su coche.

—¿Algo que declarar?

—¡Déjeme en paz!

Palideció al ver que parecía desmejorado.

—¿Está preocupado por la fiscalía?

Se detuvo y miró al periodista.

—¿Sabe lo que me preocupa? ¡Qué he perdido lo que más me importaba en esta maldita vida!

—¿La credibilidad? —preguntó otro de sus compañeros con burla.

Danglo le miró furioso antes de entrar en la empresa y ella sin color en la cara miró a sus amigas.

—Esto es un desastre.

—Sería un desastre si nos quedáramos de brazos cruzados —dijo Nohemi—. Muy bien, ¿soluciones?

—Hay que sacar la artillería pesada —dijo Lyrís muy seria—. ¿Todavía tienes los mails que le enviaste a tu hermano? —Sin ser capaz de hablar asintió—. Pues empecemos con eso. Hay que desacreditarlos a todos uno por uno.

Incrédula miró a Robert.

—¿Qué dicen arriba?

—Los jefes están que trinan. No solo temen las demandas, están hartos. No os renovarán, estoy convencido. Después de esto que ha salpicado a la emisora ni hablar.

—Así que en unos meses estaremos sin trabajo y como no arreglemos esto, también habremos

hundido nuestra reputación.

Robert asintió.

—Eso me temo.

—Muy bien, pues necesitaremos ayuda.

—¿A qué te refieres? —preguntó Lyrís.

—Necesitamos averiguar realmente hasta dónde llega la trama Fashingbauer, tenemos que hundirles totalmente porque de otra manera nuestro nombre no se limpiará. Y ya sabemos, porque tenemos a todos los periodistas husmeando sobre su vida, que no hay nada destacable que pueda ser causa de delito. Unos cuantos testimonios sin ninguna prueba no valdrán de nada ante un tribunal. Sus carísimos abogados impedirán que declaren siquiera. Necesitamos a un experto que sepa dónde buscar, que nos dé algo tangible de lo que tirar. Necesitamos un hacker, al mejor.

Robert sonrió.

—Pues tienes suerte de conocerme, porque conozco a la persona que necesitas.

Llamaron a la puerta del hotel y Nohemi fue a abrir. Patricia Hutton estaba en el pasillo y las tres dejaron caer la mandíbula del asombro al ver a una morena preciosa entrando en la suite con un abrigo de cachemira y un bolso de Chanel colgado del brazo.

—¿Usted es la hacker? —preguntó Lyrís incrédula—. Leche, qué clase tienen los informáticos de hoy en día.

Patricia sonrió.

—Muchas gracias, Lyrís.

—¿Sabe mi nombre?

—¿Crees que vendría hasta aquí sin haberos echado un vistazo? —Sus ojos negros cayeron sobre Kerstina y alargó la mano—. Es un gusto conocerte.

—Lo mismo digo.

Nohemi cerró la puerta.

—Así que nos has investigado.

—Por supuesto, no me gusta llevarme sorpresas desagradables. —Sin dejar de mirar a Kerstina dijo—: Tendrías que haberme contratado antes.

—Soy de naturaleza confiada.

—Así te ha ido. —Dejó el bolso sobre el sofá y se quitó el abrigo apartando su larga melena morena, antes de sentarse cruzando sus preciosas piernas—. Bien, aunque ya me lo imagino, quiero que me digáis qué esperáis de mí.

—Necesitamos pruebas para hundirles a todos —contestó Kerstina—. Están enfangando nuestra reputación.

—¿Al señor Brearley también quieres hundirle? Es el padre de tu hijo, ¿estás segura de eso?

Se apretó las manos.

—Tú consigue la información y después ya veremos.

—¡Kerstina! —protestó Nohemi.

—¡Ya has oído sus declaraciones! ¡No pienso tirar más leña al fuego si se mantiene en ese tono!

Nohemi apretó los labios antes de mirar a Patricia.

—Tú consigue lo que puedas y después nosotras decidiremos que utilizamos.

—Jamás podréis decir de donde habéis sacado la información. Nunca, ¿me habéis entendido? Eso podría cabrearme y cuando me cabreo no suelen pasar cosas buenas.

—Lo entendemos —dijo Lyris.

—Os daré lo suficiente como para que se arrepientan de sus actos. Pruebas sólidas que os servirán ante un juicio, pero después no quiero arrepentimientos. Yo no quiero saber nada de lo que hagáis con esas pruebas, después de que me vaya nunca volveréis a contactar conmigo.

—Robert solo quería ayudarnos y...

—Ya sé lo que quería Robert y le he dejado las cosas muy claras al respecto. Es un viejo amigo y no me preocupa demasiado. Me preocupan otras cosas, como lo larga que tenéis la lengua cuando estáis en el aire y las consecuencias que eso puede tener con el FBI, ¿lo pilláis?

—Lo pillamos —dijo Nohemi con rabia—. ¿Ahora quieres dejar de hablarnos como si fuéramos delincuentes o algo así?

Patricia levantó una de sus cejas morenas.

—¿Acaso no lo eres? Quieres que yo cometa un delito al colarme en ordenadores ajenos, maja. Eres mi cómplice y mi instigadora.

Nohemi chasqueó la lengua y Patricia sonrió.

—Me gustas, tienes carácter. ¿También tienes dinero? Porque esto va a salir caro.

—¿Cuánto es caro? —preguntó Lyris.

—Quinientos mil.

—Leche, equivoqué totalmente mi profesión —dijo Nohemi por lo bajo—. Un poco caro, ¿no?

—¿Ves este Chanel? Pues no se paga solo. Si queréis me voy.

—¡No, no! —dijeron las tres a la vez.

Patricia sonrió.

—Perfecto. —Abrió su bolso y sacó unos papeles—. Ahí lo tenéis.

—¿Ya? —preguntó Nohemi asombrada—. Chica, te enviamos el mail hace tres horas.

—Es que soy algo curiosa y ya empecé a rascar antes de ayer cuando salió la noticia. A veces hago favores a amigos para que se marquen tantos. Hay que tener muchos amigos que te cubran las espaldas en mi profesión, ¿sabéis? Y cierta persona que trabaja en la fiscalía es un amigo buenísimo.

—Entiendo. Pero si cobras mejor, ¿no? —preguntó su amiga mosqueadísima.

—A nadie le amarga un dulce. —Volvió la vista hacia Kerstina—. Danglo no está tan implicado como creéis, solo tiene una pequeñísima aportación en el proyecto. Creo que debía un favor y por eso su viaje a Japón. Le implicaron.

—¿Qué quieres decir? —preguntó angustiada. Empezaba a temer que había metido la pata—. ¿Cómo que le implicaron?

—Sus negocios están limpios. Por mucho que he investigado no he encontrado nada en

absoluto hasta que ese viejo de Fashingbauer entró en su vida. Aquí hay algo detrás que puede que no sepamos nunca. Ese Fashingbauer es realmente peligroso. De hecho, tiene de todo. Y cuando hablo de todo, es de todo, tened cuidado. Yo que vosotras contrataría seguridad privada.

—¿Hablas en serio? —preguntó Lyrís asombrada.

—Totalmente.

Nohemi cogió los papeles a toda prisa y los abrió mostrando una foto.

—¿Quién es este?

—Cameron Potter. Era australiano y tenía una beca de postgrado Fashingbauer. Sus becas son para estudiantes con potencial. El viejo da el dinero y elige a los mejores candidatos para su empresa.

—Una idea genial —dijo Lyrís.

—Sí, pero con Cameron le salió el tiro por la culata. De repente apareció muerto en su apartamento junto con su amante. Su compañero de curso, Milton Prentis. Ambos estaban desnudos y en la cama. Murieron abrazados.

—¿Y qué tiene que ver el viejo con eso?

—Pasa la hoja.

Nohemi la pasó y vio una noticia de internet.

—Como ves, es una crónica de una fiesta. El viejo cumplía cincuenta y cinco años. Una fiesta por todo lo alto y se invitó a los becados. Cameron asistió como ves en la fotografía y Milton también. De hecho, el periodista destaca que Milton protagonizó una escena de celos profesionales por culpa de Lisa. Milton acusó a Cameron de ser un trepa que estaba con ella por el interés.

A Kerstina se le cortó el aliento.

—Puso sus ojos en él.

—Eso creo yo. De hecho, investigando ese año en la vida de Lisa no hay nada. Alguien que ya era muy activa en las redes sociales dejó de publicar. Nada en absoluto durante un año. Su padre sí que salía, por supuesto. De hecho, he encontrado fotos tuyas de ese año en varios actos, pero ella no fue a un solo evento en un año.

—Demasiado tiempo para que solo fuera un escarceo en una fiesta —dijo Lyrís.

—Exacto, ese es el comportamiento de alguien que está destrozado.

—Sigue sin haber relación con Fashingbauer —dijo Nohemi.

—Mujer de poca fe. Pasa la hoja.

Nohemi asombrada miró a Kerstina.

—¿Qué? —Se acercó y le cogió la hoja—. Una transferencia de cinco millones de dólares.

—Hay dos. Una para cada familia.

—¿Les indemnizó? ¿Por qué?

—¿No es evidente?

Las tres negaron con la cabeza y Patricia bufó.

—Vamos a ver... En ese momento Lisa tenía diecisiete años, la niñita de papá. ¿Cómo os sentaría a vosotras que el chico del que está enamorada vuestra hija, se esté riendo de ella porque

tiene ya relación con Milton? Estoy segura de que le sentó fatal. Después del asesinato, el padre de Cameron no dejaba de dar por saco en la universidad, no dejaba de hacer preguntas sobre la muerte de su hijo. La investigación estaba en punto muerto y no paraba de salir en la prensa para buscar testigos. Debió hacerle una visita a Fashingbauer y lo que consiguió fue pasta por cerrar la boca.

—¿Insinúas que él los mató? —preguntó Lyris incrédula.

—No sería la primera vez. Hace treinta años trabajaba ya en la construcción y le investigó la policía por una pelea en una obra. El capataz recibió varios golpes en la cabeza que le mataron. Sospechosamente, la fiscalía no presentó cargos, aunque los testigos dijeron que se ensañó con él. Y cuando digo ensañar, digo que le aplastó la cabeza con una piedra.

—Dios mío —dijo Kerstina llevándose la mano al cuello.

—Y eso no es todo. Durante estos años ha habido muertes misteriosas entre sus empleados. La última cosa extraña, una secretaria suya que de repente desapareció para no saberse más de ella.

—Vio algo que no debía —dijo Nohemi.

—Eso pienso yo. Por eso os digo muy en serio que debéis llevar escolta.

Kerstina dio un paso hacia ella.

—¿Y dices que Danglo no es como él?

Sonrió.

—No se parece ni en el blanco de los ojos. ¿Quieres una prueba? Cuando murió la que iba a ser su suegra, se encargó de todo en la familia. Hasta de su novia infiel. Le consiguió trabajo cuando nadie la quería y a su padre le consiguió una pensión vitalicia bastante considerable. He leído los mails que envió a ciertos personajes muy influyentes para ayudarles.

—¿Has entrado en su correo?

—Claro. Y en su teléfono. —Se adelantó apoyando los codos sobre sus rodillas—. Y he visto los mensajes que le envía Fashingbauer. Jamás dice la razón, pero sí hay amenazas veladas. Como por ejemplo, tienes que hacerlo y estoy perdiendo la paciencia.

—Le amenaza. ¿Con qué?

—Eso es lo único que no he podido averiguar.

—Oye maja, que tampoco es que hayas averiguado mucho en este tema de los asesinatos —protestó Nohemi.

—¿Pero tú qué quieres? ¿Que te consiga la pistola con la que los liquidó?

—Pues sería una ayuda, la verdad.

—Yo no hago milagros.

Nohemi hizo una mueca.

—¿Algo más?

—Si queréis librar a Danglo de esto, tendréis que descubrir con qué le extorsiona.

—¿Ahora tenemos que librarle de esto? Igual se lo merece como él. ¡Si le está extorsionando será por algo!

Kerstina se mordió el labio inferior.

—Él es un testigo.

—Veo que lo vas pillando. Y creo que es tan víctima como vosotras. Que estaba entre la espada y la pared, no tuvo opciones.

Entonces Kerstina recordó algo.

—Su edificio se lo vendió Fashingbauer. Él se encargó de su remodelación.

—¿Hace cuánto que fue eso? —preguntó Patricia.

—Dos años. Se mudó hace dos años.

Nohemi miró las fotocopias que tenía en las manos.

—Su secretaria desapareció hace dos años. El veintitrés de noviembre.

Se le cortó el aliento.

—Una obra, buen lugar para que desaparezca cualquiera. Pero Danglo no lo sabía. Se mudó al edificio sin saber nada.

—Pero con el terror que tiene a la prensa, ¿qué haría él para que eso no se supiera?

—Cualquier cosa —dijo Lyris—. Danglo haría lo que fuera.

—Y es lo que utilizaron para extorsionarle. Igual hasta se lo dijo el viejo para acojonarle. —Nohemi asintió—. Tienes un cadáver en tu edificio, a ver cómo explicas eso a la policía.

—Una llamada anónima y todo saldría a la luz. Danglo tendría que dar explicaciones. —Kerstina tuvo que sentarse—. Pero eso también expondría a Fashingbauer. Al fin y al cabo era su secretaria y estaba enterrada en su obra.

—Estáis especulando —dijo Patricia—. La única opción que tenéis es que Danglo cante.

Las tres asintieron y cuando Patricia se levantó cogiendo su abrigo, Nohemi dijo asombrada:

—¿A dónde vas, bonita?

—Tengo otra cita. Negocios ineludibles.

—¿Ya está? ¿Por esto medio millón?

—Antes de que yo llegara no teníais nada de nada.

—En eso tiene razón —dijo Lyris.

—¿Quieres dejarme regatear a mí? —dijo Nohemi entre dientes haciendo reír a Patricia—. ¿Cuatrocientos?

—Os enviaré un número de cuenta por correo electrónico o por mensaje. Y debéis...

A Kerstina se le cortó el aliento.

—¡Los mensajes!

Patricia se detuvo e interrogante levantó una ceja.

—¿Qué mensajes?

—Me han enviado mensajes amenazantes. —A toda prisa fue hasta su bolso y sacó el móvil. Pulsó la pantalla varias veces y lo volvió—. ¿Ves?

Las tres se acercaron al móvil y Lyris jadeó.

—¿Por qué no nos dijiste nada?

—Al principio creía que eran de algún fan descontento.

Patricia frunció el ceño cogiendo su móvil y tecleó varias veces en la pantalla.

—Esto es un móvil prepago, estoy segura. Pero algo es algo. —Abrió su bolso y sacó una libreta con un boli para apuntar el número—. Os diré algo en cuanto averigüe con qué tarjeta de

crédito se compró. Eso si no ha sido pagado en efectivo, claro.

—De acuerdo —dijo cogiendo el móvil.

—Contrata seguridad, hablo muy en serio.

—Lo haré.

Esa noche en la emisora se mordió el labio inferior mirando a la cabina y vio que Carlota la observaba con el ceño fruncido. Sí, no estaba siendo su mejor programa. ¡Tenía mil cosas en la cabeza! Intentando centrarse miró a sus amigas que hablaban de hacer paracaidismo. Otra cosa que siempre había querido hacer y que ahora no podría. Siendo madre hay que tener más ojo, porque con la suerte que tenía, Si lo hacía igual acababa estrellada en el suelo. Suspiró pensando en Danglo de nuevo. Qué complicada se había vuelto su vida desde que había entrado en ella. Eso le pasaba por fijarse en uno guapo, los feos eran más simples. Daba fe de ello, que había salido con unos cuantos. Pero su corazón no vibraba como lo hacía con él. Suspiró de nuevo y sus amigas la miraron exasperadas. Bien, hora de ponerse las pilas.

—¿Qué opinas, Kerstina? —preguntó Lyrís metiéndola en la conversación.

—Que me dais mucha envidia. Me tiraría de un avión ahora mismo si pudiera.

—Cosas de embarazadas, chicos, que exageran un poco —dijo Nohemi mirándola sin entender nada.

—Yo todavía no tengo eso de las hormonas alteradas. ¿O sí?

—No, claro que no —dijo Lyrís—. Eso debe ser más adelante. Cuando es más grande y te chupa hasta la sangre.

—No chupan sangre. —Nohemi soltó una risita—. Ni que fuera un vampiro.

—Se alimenta de sus nutrientes, es como los aliens. Por eso la pobre come como una lima.

Kerstina puso los ojos en blanco.

—Chicas, ¿nos centramos en el salto en paracaídas? ¿Para cuándo será?

—La semana que viene. ¿Vendrás a vernos?

La miró con horror.

—¿Y ver cómo os estrelláis contra el suelo? No, gracias. Ya me lo contarán.

—Ja, ja.

—Bueno, chicas, ¿qué historia de amor histórica tenemos hoy?

Lyrís suspiró soñadora.

—La historia de Eduardo VIII y Wallis Simpson. Él renunció al trono de Inglaterra por estar a su lado. Wallis estuvo casada dos veces antes, ¿sabéis? De hecho, estaba casada cuando se conocieron. Pero él la amaba de veras y no quiso renunciar a su amor por lo que dijeran, así que abdicó a favor de su hermano. ¿No es romántico? Renunció a todo por ella. Permanecieron juntos hasta que Eduardo murió.

—Jo qué triste, justo lo que necesito —dijo Nohemi—. ¿No tienes una historia más alegre?

—No, las más bonitas suelen ser trágicas.

—Fíjate, como mi vida —dijo Kerstina haciendo que sus amigas rieran—. La verdad es que eso de que renuncien a todo por amor a ti debe ser increíble.

—Y al trono de Inglaterra nada menos —dijo Lyris—. ¿Te imaginas todo lo que debía quererla? ¿Las críticas que tuvieron que soportar? Debió ser duro.

—Seguro que hay mucho detrás que no sabemos —dijo Nohemi.

—Sí, seguro que sí. ¿Qué opináis? —preguntó a su audiencia—. ¿Renunciaríais a todo por amor? ¿Al éxito, a la fama, a una vida por la que habéis luchado tanto, con tal de no perder a la que consideráis vuestra alma gemela? Quiero oíros. —Carlota levantó la mano—. Primera llamada. Hola, ¿cómo te llamas?

—Albert.

Se tensó al oír la voz de Danglo.

—¿Y qué tienes que contarnos?

—¿Que si renunciaría a todo por amor? No, no lo haría como ella no lo haría por mí. No renunciaría a sus amigas, a un trabajo que le encanta, así que no, no lo haría porque pedirle algo así sería mutilarla y es algo que no me perdonaría nunca. No sería justo que me lo pidiera a mí. —Los ojos de Kerstina se llenaron de lágrimas—. Una vez le pedí que le ocultara algo a sus amigas. Debo decir que lo hice por egoísmo, pero ella se negó y yo lo entendí. Si me pidiera a mí que renuncie a mi vida, a todo por lo que he trabajado tanto, sería egoísta, ¿no creéis? —Le escucharon suspirar—. He trabajado como un cabrón desde los dieciocho. Primero para sacarme la carrera y después para conseguir todo lo que tengo. Me encanta lo que hago, he nacido para esto y dejar que alguien lo ponga en peligro, es algo inconcebible para mí. Haría cualquier cosa para evitar perder lo que he conseguido porque he sacrificado muchas cosas. Pero ¿la sacrificaría a ella? Estaba dispuesto a renunciar a una parte de mi vida por ella, así que la respuesta es no. Joder, a veces ni sé cómo ha pasado. No pensaba enamorarme, formaba parte de un juego y de repente ya no podía despertarme sin verla a mi lado. —Las lágrimas corrieron por sus mejillas—. Pero el juego dejó de tener gracia. Los sentimientos eran demasiado fuertes para ignorarlos y aunque sabía que no era lo correcto, tuve que hacer que volviera para defraudarla de nuevo. Y ya son muchas decepciones. Te entiendo, nena, te juro que te entiendo. Pero si me escuchas, quiero que sepas que te sigo queriendo. Puede que no me perdones nunca, pero estaré aquí si me necesitas.

—¿Y eso qué tiene que ver con lo que estamos hablando? —dijo Nohemi mosqueada—. ¿Para qué llamas si no has sacrificado todo por amor? Porque por lo que he entendido, eres un egoísta que has hecho daño a tu novia.

Hubo un silencio al otro lado de la línea y Danglo dijo:

—Sí, he sido egoísta, pero jamás he querido hacerle daño.

—Ah, ¿no? ¿Y qué pretendías?

—Que todo pasara. Que todo pasara de una maldita vez y vivir la vida que habíamos planeado juntos. Era lo único que pretendía, pero es evidente que no se puede tener todo —dijo antes de colgar.

Kerstina apretó los labios y Lyris mirándola de reojo dijo al micro:

—Siguiente llamada.

—Hola, yo he renunciado a todo por amor.

—¿Y qué es todo? —preguntó Nohemi.

—A mi familia, a mis amigos. Me he mudado aquí desde Barcelona para estar a su lado.

—Espero que lo aprecie.

—Sí, me quiere mucho y me lo demuestra cada día.

—Una chica afortunada —dijo Lyrís viendo cómo Kerstina se levantaba quitándose los cascos antes de salir de la pecera. Caminó hasta su despacho y se sentó tras su mesa sintiéndose agotada. Ya no podía más. ¿Qué pretendía con esa llamada? Cerró los ojos con fuerza y fue su rostro el que vio. Le sonreía, la besaba, todo eso no podía ser mentira. Rabiosa abrió los ojos y tiró a un lado lo que había sobre la mesa.

La puerta se abrió sobresaltándola y Lyrís le mostró el teléfono.

—Es Patricia.

A toda prisa lo cogió.

—Dime —dijo mientras su amiga corría hacia la pecera.

—No te vas a creer esto.

—Estoy impaciente por oírlo.

—El teléfono lo compró Lisa Fashingbauer con otros quince más.

—¿Qué?

—Sí, es ella la que te envía los mensajes. Los pagó con su tarjeta de crédito hace un par de semanas. De hecho, los compró el mismo día que os hicieron la oferta por mail.

Entrecerró los ojos.

—¿Pero qué coño le pasa a esa pija? ¿Es que no puede ir de frente? —Se llevó la mano al pecho—. ¿No estará chiflada?

—Nunca ha estado a tratamiento psiquiátrico. De hecho, está sana como una manzana, hace años que ni coge un catarro.

—¿Qué opinas?

—He estado revisando sus redes sociales. Creo que está impaciente por quitarte a tu hombre.

—¿No me digas? Pues que se ponga a la cola.

Patricia rio por lo bajo.

—No, hablo en serio. En estos días ha puesto al menos quince fotos tuyas en las redes dándole todo su apoyo. Y a ti te pone verde. De celosa compulsiva para arriba.

—Genial.

—No te lo tomes a broma, sus seguidores dicen cosas muy fuertes. Deberías denunciarlo. Y a ella también.

—Ya tengo bastantes problemas como para meterme en más.

—Hay otra cosa.

Suspiró.

—Dime.

—Tienen algo sobre tu madre que va a ser un disgusto.

Se tensó.

—¿El qué?

—Tu hermano ha cobrado cien mil dólares por decir que durante unos años, cuando tu padre la abandonó, fue prostituta.

—¡Eso es mentira! —gritó alterada.

—Cálmate.

—¡Trabajó toda su vida para sacarnos adelante! ¿Cómo se atreve? Como diga eso, pienso meterle una demanda que se va a cagar.

—Saldrá mañana en el programa de la noche de Tiffany Morrison. Haz lo que debas, pero te aconsejo que no amenaces con demandas, ponlas.

—Dios mío. —Angustiada se llevó la mano al vientre antes de correr hasta la papelera para vomitar. Sintió que la cogían. Con los ojos llorosos levantó la vista y vio que Robert la sujetaba —. ¿Robert?

—Tranquila, todo se arreglará.

Ni escuchó sus palabras antes de perder el sentido.

Capítulo 14

Se despertó en el sofá y Robert estaba a su lado sujetando un paño húmedo sobre su frente.

—¿Te encuentras mejor?

Confundida susurró:

—¿Qué ha pasado?

—Te has desmayado. —Kerstina se sentó en el sofá con su ayuda—. Te voy a llevar al hospital.

—Estoy bien.

—No me jodas con eso de que estás bien cuando te acabas de desmayar. Estás sometida a mucha presión y todo esto no es bueno para el niño.

Se echó a llorar tapándose el rostro. Robert apretó los labios y acarició su espalda.

—Tranquila.

—¿Cómo voy a estar tranquila si no entiendo nada? Mi relación con Danglo ha sido una tortura emocional desde el principio, ¿y ahora pasa esto? Creía que se había acabado, que con su última traición habíamos llegado al fin, pero ahora resulta que de nuevo nada es lo que parecía.

Robert apretó los labios.

—Necesitas hablar con él.

Se le cortó el aliento porque la comprendía.

—Me aterra la posibilidad de haber sido injusta con él, de haberle expuesto ante la opinión pública cuando no era responsable. Patricia opina que es inocente y, Dios, ¿qué he hecho? Le he arruinado la vida.

—¿Por qué te echas la culpa? Te mintió. Os utilizó. No fue sincero y no debes culparte por pensar lo peor de él. Yo llevo haciéndolo desde que escuché su nombre por primera vez y no me flagelo por ello.

Kerstina sonrió sin poder evitarlo.

—Así me gusta. Eres la persona más tenaz que conozco, así que sé que harás lo posible por averiguar la verdad. Y yo te apoyaré en todo lo que decidas.

—Eres un amigo.

—Venga, llámale. Al menos que se explique. Es obvio que necesita explicarse, si no, no llamaría.

Asintió y se acercó al teléfono que tenía sobre la mesa. Descolgó el auricular y marcó el número que se sabía de memoria, mientras Robert salía del despacho y cerraba la puerta.

—Brearley.

—Hola.

—Joder, nena. No sabes cómo me alegro de que me hayas llamado.

Se sentó en su sillón y se pasó la mano libre por la frente.

—Estoy esperando.

—Te voy a recoger y lo hablamos.

—No —dijo asustada porque la convenciera con más mentiras.

—Nena, tengo que hablar contigo en persona. No puedo decírtelo por teléfono. Tengo mucho que explicarte, pero debe ser cara a cara.

Apretó los labios.

—Te espero en la cafetería que hay delante de la emisora en media hora. No cierra por la noche.

—Estaré allí en diez minutos.

Se mordió el labio inferior mientras colgaba. Esperaba estar haciendo lo correcto.

Pálida cruzó la calle desierta viéndole ante la puerta de la cafetería esperando impaciente. Se acercó a él y Danglo dijo:

—No tienes buen aspecto.

—Tú tampoco. ¿Entramos?

Él asintió y le abrió la puerta para que pasara.

Se sentaron en una mesa alejada del escaparate y después de pedir un té, Kerstina se miró las manos donde aún llevaba el anillo.

—Joder, mírame.

Elevó la vista hasta sus ojos demostrando lo dolida que estaba.

—Sé que te he hecho daño, pero si me escucharas entenderías mis razones.

Mejor ir al grano.

—¿Qué tiene Fashingbauer contra ti?

No pudo disimular su sorpresa.

—¿Cómo sabes que...?

—Eso no tiene importancia.

Danglo apretó los labios.

—Ese cabrón me la ha jugado bien. Cuando compré el edificio no sabía que él había sobornado a uno del ayuntamiento para solicitar los permisos de obras. Ese tipo está dispuesto a declarar que fui yo quien le sobornó.

Le miró sin comprender.

—¿Y la secretaria?

—¿La qué?

—La secretaria de Fashingbauer.

—Nena, no sé de qué hablas.

—Desapareció en la misma época, cuando te hacían las obras. ¿No te enteraste?

—No, no tenía ni idea. Yo en aquella época solo venía por las obras y regresaba a Londres. Sus presiones comenzaron unos seis meses después de que me mudé. Al principio veladamente con cosas como tienes que hacerme un favor. Y yo los hacía por supuesto, había sido muy amable

conmigo. Pero cuando insinuó que tenía que ayudarle con los japoneses, el tema empezó a preocuparme.

—¿Por qué tú?

—Tengo muchos contactos muy importantes en Japón. Muchos relacionados con la importación y exportación.

—Y te negaste.

—Sí, porque no quería verme involucrado en negocios inmobiliarios. Siempre dan problemas. Además, había hecho una fuerte inversión con el traslado y no quería endeudarme durante un tiempo. Pero al día siguiente de negarme a ayudarle, se presentó en el despacho con ese hombre y no se cortaron en decirme que me tenían agarrado por las pelotas. ¿Qué podía hacer? Me exigió una inversión de cinco millones. Según la envergadura del proyecto no era mucho, pero...

—Lo suficiente como para que te implicaras.

—Exacto. Me pidió que fuera a Japón y en este último año he ido tres veces para vigilar el proyecto. Lo que no podía consentir es que Fashingbauer hablara con los japoneses y me dejara mal ante ellos. Son muy rectos para los negocios y perdería su confianza.

Podía entenderlo.

—Pero al final no tenías tú el control, Danglo.

Él suspiró.

—Lo sé. Todo fue absurdo desde el principio.

Parecía desesperado y a Kerstina se le estremeció el corazón.

—¿Cómo pensabas librarte de él?

Danglo sonrió.

—Me conoces muy bien.

—Sí, no eres de los que se quedan con el golpe.

—He recopilado pruebas de su chantaje.

Se le cortó el aliento.

—¿Qué?

—Pero necesitaba que tú vendieras para que presentara el proyecto al ayuntamiento. El FBI estaba investigando y pensaba detenerles a todos cuando el proyecto se aprobara por ese tipo. Pero ahora ese tipo se ha largado de la ciudad, seguramente para no verse implicado.

Se llevó la mano al pecho.

—Dios mío, Danglo. Lo he estropeado todo, ¿no?

—No, nena. No te echas la culpa. Tú no eres responsable de que yo no te hubiera contado nada.

—¿Y por qué no me lo contaste?

—Intenté decírtelo. Cuando recibisteis el mail intenté hacerte ver que había algo turbio en ese negocio. Pero después tuve miedo a que no confiaras en mí. Había metido la pata en Navidad y dudé. Temí que no lo entendieras. —Sonrió con tristeza—. Y todo lo que sucedió después, demuestra que realmente no puedes confiar en mí.

—¿Qué dice ahora el FBI?

—Están a la espera. Llevan tiempo tras Fashingbauer por sus negocios sucios y saben que su

ambición no le dejará detenerse.

—Según tengo entendido en sus negocios no hay nada de lo que tirar para enviarle a prisión. ¿Cómo se inició la investigación?

—Un documento que llegó de manera anónima a la fiscalía. Las cifras estaban alteradas, pero todavía no han podido probar nada.

—¿Qué papel tiene Lisa en todo esto? Es evidente que sabe lo que ocurre.

—Por supuesto que lo sabe. Un par de veces su padre habló del tema de mi chantaje ante ella sin cortarse. Y era evidente que aprobaba la actitud de George.

Se dio cuenta de inmediato de que se callaba algo.

—¿Qué más?

—Desde hace unos meses me he dado cuenta de que Lisa muestra más interés en mí. De hecho, lo de las fotos que salieron en la prensa ocurrió porque su padre prácticamente me obligó a salir con ella. Como comprenderás no quería verlos ni en pintura después de sus presiones. Fashingbauer me forzó a ir a esa fiesta con Lisa. Después pensé que igual me enteraba de algo y asistí.

—Pero cuando viste el foco de la prensa sobre ti...

—Fue como recordar todo lo que pasó en Londres. No podía permitir que la prensa metiera las narices en mi vida y mucho menos con lo que estaba pasando.

—Ahora todo tiene más sentido. No llegaba a entender cómo podías haberte puesto así por un comentario de nada. —Él apretó los labios—. ¿Y Lisa?

—Intento mantener una relación amigable, pero no le doy pie a nada más. Por eso mi actitud en la fiesta el otro día cuando te advertí para que no tuvieras problemas. Bastantes estábamos teniendo ya.

Se le quedó mirando con la tristeza reflejada en sus ojos.

—Joder nena, no me mires como si todo se hubiera acabado.

—Es que se ha acabado. Me has mentado, me has ocultado cosas cruciales en una relación, me has timado para conseguir meter a un tipo en la cárcel. Me has puesto en peligro, Danglo.

Él palideció.

—No, eso no. He intentado...

—No tienes ni idea de con quien estás tratando —dijo empezando a enfadarse. Se acercó a él—. Fashingbauer es un asesino.

Danglo negó con la cabeza.

—¿De qué hablas?

Ella le contó a toda prisa lo que Patricia había descubierto sin decir el nombre, por supuesto, que bastantes problemas tenían ya. Mientras se lo contaba él se iba tensando poco a poco.

—Joder.

—¿Te das cuenta en el lío en que estás metido? Ese tipo no se quedará con las manos cruzadas cuando le descubras ante el FBI. Tienes que lograr que si le pillan sea por algo que no tenga nada que ver con la trama inmobiliaria.

Apretó los labios.

—La pena por asesinato es mucho mayor que por fraude y extorsión. Le caerían unos cuantos años por eso.

—No puedes demostrar nada. Ni la hacker ha conseguido una sola prueba que le incrimine. Son especulaciones. No sabemos lo que pasó realmente con Milton y Cameron hace ocho años. Y lo de la secretaria tanto de lo mismo. En el informe policial solo sale que es una desaparición. Además, si te pusieras a husmear, puede que el viejo se enterara y sabría que has sido tú quien ha ido a por él. Y no dudo que te mataría.

—Lisa. —La miró a los ojos—. Lisa tiene que saber lo que ocurrió con Cameron si le afectó tanto que estuvo un año sin ir a un solo evento.

—Estaba enamorada de él.

—Un estudiante prometedor. Seguro que era ambicioso, como dijo su amante.

—¿Se enrolló con ella para ganarse a su padre? Puede.

—Y su amante le delató en aquella fiesta.

—Lo que les envió a la muerte por reírse de su princesita. Después de todo lo que me he enterado sobre la personalidad de ese tipo, me parece muy plausible, pero como he dicho no hay ni una sola prueba y si la policía tampoco las encontró en su momento, dudo que lo hagamos nosotros.

Danglo apretó los labios de la impotencia.

—Sigo pensando que Lisa es nuestra única baza para salir de esto. —De repente sus ojos brillaron—. Nena, si mató a dos hombres por protegerla, ¿qué crees que hará si siente que su princesita está en peligro?

Se le cortó el aliento.

—Para eso tendrías que encontrar algo sobre Lisa que fuera muy comprometedor. Algo que el FBI pudiera utilizar para tenderles una trampa sin tener que implicarte a ti. ¿En serio crees que puedes conseguir algo así?

Él sonrió de medio lado.

—Sí, creo que hay posibilidades.

—¿De qué hablas?

—Te dije que tenía pruebas contra él de la extorsión. Pero lo que no sabes es que María, mi asistente, trabajó bastante tiempo con ellos hasta que yo llegué a la ciudad. De hecho, ellos me la recomendaron cuando compré la casa. Era una manera de que me sintiera a gusto y confiara en ellos. Mi relación con María al principio fue de lo más normal. Ella entraba a las seis y media para hacerme el desayuno. Me tenía la cabeza loca con tanta cháchara recién levantado, siempre tenía algo que contar. Yo la dejaba porque no quería tener que buscar a otra. Pero una mañana Lisa me llamó. Había una fiesta en el Soho. Un artista que celebraba su cumpleaños y habría cuadros con mucho potencial a muy buen precio.

—¿Lisa sabe de arte? —preguntó incrédula.

—Pues aunque no lo creas, tiene mucho ojo y posee una colección impresionante.

—Al grano, cariño.

—En cuanto colgué el teléfono, María me miró de reojo como si algo no le gustara un pelo. —

Kerstina se adelantó—. Le pregunté si ocurría algo y me advirtió. Me dijo que tuviera cuidado con Lisa. En aquel momento no le di importancia, pero pregunté por qué decía eso. No la conoce como yo. La señorita no es lo que parece.

—¿Qué más? —preguntó impaciente.

—Nena, cuando le insistí ella no quiso contar nada más. Pero dijo no la conoce como yo, es evidente que sabe algo.

—El servicio se entera de muchas cosas.

—Por eso cuando empezó la extorsión le cambié el horario. No la quería por casa mientras yo estuviera allí, por si alguien me llamaba y eso. Sobre todo por si me llamaba el agente del FBI que lleva el caso.

—Tenemos que hablar con María. ¿Sabes dónde vive?

—En Queens, una vez uno de sus hijos se puso enfermo y la llevé a casa. Pero lo mejor es verla mañana cuando venga a trabajar.

—Hablaré yo con ella. Sí, es lo mejor. Además, me debe un Versace.

—¿Qué?

—Nada, cosas nuestras.

Él carraspeó.

—¿Entonces vienes a dormir a casa? Sería raro que vinieras por la mañana y...

—Casi cuela. —Entrecerró los ojos—. ¿Crees que los Fashingbauer te vigilan? Por eso has dicho eso, ¿no?

—Lo hicieron hasta que me fui a Japón la primera vez. Me lo confirmó el FBI.

—Cariño, ¿y si saben...?

—No saben nada de que les he denunciado, tranquila. Me puse en contacto con ellos a través de un amigo que tengo en Londres en la embajada americana. No han pinchado mis teléfonos, los revisan cada cierto tiempo, pero sí que contrató a un tipo para que me siguiera hasta Japón. Después de dar los cinco millones desapareció.

—Porque ya estabas pillado.

—Exacto. En realidad, no tenía ninguna prueba contundente contra ellos, así que podían estar tranquilos.

—¿El FBI te vigila?

—Sí, por supuesto, quieren protegerme. Y yo pienso protegerte a ti, por eso te voy a poner seguridad privada. Después de todo lo que ha dicho la hacker y los mensajes de Lisa, no pienso arriesgarme. A tus amigas también les contrataré guardaespaldas. Sería una manera de hacerte daño y después de todo lo que has dicho por la radio, te la tendrán jurada, nena.

Sabía que tenía razón, era mejor prevenir que lamentar.

—Está bien.

Pareció aliviado por su decisión y sonrió, pero perdió la sonrisa poco a poco.

—Sobre lo que has dicho antes de que se ha acabado...

—Ahora no quiero pensar en ello. —Se levantó—. Tengo que irme, estamos en el aire.

—Nena, lo siento. No sabes cómo lo siento.

—¿Sabes Danglo? Llega un punto que decir lo siento no es suficiente.

—¿Y qué es suficiente?

—En este momento no lo sé. Y puede que no lo sepa nunca.

Él observó como salía de la cafetería y apretó los labios viéndola cruzar la calle. Al escuchar el sonido de su teléfono juró por lo bajo para ver que era Carlton.

—Joder, ¿tienes que llamarme precisamente ahora?

—Habla con la asistenta. Y que sea cuanto antes porque la cosa se está complicando.

Danglo se tensó.

—¿Qué quieres decir?

—Las declaraciones de tu novia no han sentado bien al jefe de departamento. En este momento no tienes ninguna credibilidad ante la opinión pública y no nos sirves. O consigues algo jugoso de una buena vez o te quedas solo.

Apretó las mandíbulas.

—Es como para confiar en el FBI, amigo.

—Lo siento, pero esto va así.

—Como acabas de oírle a mi mujer, un «lo siento» no es suficiente.

Sus amigas la miraron interrogante cuando se incorporó al programa y ella les indicó que se lo contaría luego. Intentó participar todo lo posible para suplir su falta anterior y Robert no se perdió nada del resto del programa. Cuando terminaron dando paso al siguiente programa, su productor asintió antes de salir del centro de control. Entró en la pecera mientras recogían.

—Buen programa, chicas. —Se acercó a Kerstina—. ¿Todo bien?

Forzó una sonrisa.

—Sí, gracias. Hemos aclarado muchas cosas.

Los cuatro fueron hasta su despacho en silencio y Robert cerró la puerta.

—Bien, ¿qué coño ha pasado? —preguntó Nohemi.

—Se ha desmayado por culpa de la tensión a la que está sometida —dijo Robert.

—¿Estás bien? —preguntó Lyrís preocupada.

—Sí, tranquila. —Se sentó en su sillón—. Al parecer es Lisa la que me envía esos mensajes tan agradables.

—Será hija de puta —dijo Nohemi—. Espera que la pille.

—No le dirás ni una palabra, porque tenemos un problema todavía peor. Danglo está en un lío de primera, Fashingbauer le está chantajeando.

—¿Qué dices? Te ha soltado un cuento.

—Nohemi, escúchala —dijo Robert.

Les explicó lo que habían hablado en la cafetería y Lyrís se sentó ante ella impresionada.

—¿El FBI? Dios mío.

—Intentan recopilar pruebas para encarcelarle, pero el FBI necesitará que Danglo declare y entonces no se libraría del viejo en la vida. Y si es un asesino, como suponemos, ¿creéis que no se jugará el cuello? Aunque le encarcelaran, intentaría vengarse como hizo con Cameron y su

amante. Estamos todos en peligro por lo que sabemos, así que tenemos que poner todo de nuestra parte para que ese tipo acabe en prisión.

—¿Qué tienes en mente? —preguntó Robert.

—De momento voy a hablar con la asistente de Danglo porque trabajó en la casa. Advirtió a Danglo sobre Lisa, así que a ver si podemos sacarle algo. —Miró a Robert—. ¿De qué conoces a Patricia?

—La conocí en la universidad. Tuve un problema con un profesor y ella le dejó las cosas muy claritas dando a dos teclas de su ordenador. Cuando le amenazó con publicar las fotos con su querida que tenía en la memoria del disco duro, me puso sobresaliente, incluso sin examinarme. Se lo agradecí mucho, es una buena amiga.

—Así que podemos confiar en ella.

—Totalmente. Nunca nos vendería mientras no le hagamos daño. Y si la conozco algo, seguirá tirando del hilo hasta que consiga algo que os ayude de verdad.

—Eso sería estupendo, necesitamos toda la ayuda que podamos conseguir.

—¿Has cambiado de opinión respecto a Danglo? —preguntó Nohemi.

—Si te refieres a si he vuelto con él, la respuesta es no. No le puedo perdonar que me mintiera y que me utilizara. Estoy embarazada y es hijo suyo. Deberé tener cierto contacto con él por el niño y evidentemente aún estoy enamorada, pero debo pensar en lo que es mejor para mí. Desde que le conozco lo he dado todo por él y solo me ha defraudado, no puedo continuar. Intentaré ayudarlo porque es el padre de mi hijo y porque lo que hemos dicho en la radio le ha perjudicado.

—¡No hubiéramos dicho nada si no hubiera mentido! —exclamó Nohemi.

—Cierto. Intentó hacerlo a su manera como siempre y le ha salido fatal. En todos los aspectos. —Apretó los labios—. Es una pena, pero es así. Ahora intentemos salvar lo que podamos como su reputación y su empresa, pero esta relación ya no tiene arreglo. —Tragó saliva intentando no llorar—. ¿Alguien tiene alguna idea, aparte de intentar encontrar los trapos sucios de Lisa?

—Creo que es el punto débil de Fashingbauer y es buena idea —dijo Lyris—. Todo el mundo sabe que es la niña de sus ojos. Haría lo que fuera por ella y no hay padre más orgulloso, así que si la siente en peligro puede cometer errores. Husmearé un poco. Sé dónde preguntar sin que se note.

—Sé discreta, por favor.

—Tranquila.

Miró a Nohemi que fruncía el ceño como si aquello no le gustara un pelo.

—Di lo que piensas.

—Estamos en su punto de mira, ¿no es cierto?

—No sabemos lo que se le pasa por la cabeza, pero es evidente que nuestras pullitas en la radio no se las habrá tomado nada bien. Mañana tendremos seguridad privada. Las amenazas de Lisa hay que tomárselas en serio. Y haciéndoos daño a vosotras me lo harían a mí, así que habrá que tomar precauciones. Danglo se encargará de buscar los guardaespaldas.

—El mío que sea guapo —dijo Lyris haciendo que todos la miraran—. ¿Qué? Si tengo que llevarle conmigo que al menos sea guapo.

—Lyris, que no es un bolso que debe quedarte bien con el modelito, solo tiene que hacer bien su trabajo y que no te peguen un tiro —dijo Nohemi exasperada.

Su amiga jadeó horrorizada.

—¿Tiro? ¿Crees que me van a pegar un tiro? ¡Eso deja cicatriz!

—Será si no te mata.

—¡Nohemi deja de ser tan negativa!

—Más nos vale hacer lo posible para meterlos en prisión, porque me da que la hija es como su padre. De tal palo tal astilla y los mensajes demuestran que tengo razón. Tenemos que pillarles a los dos.

—Eso intentaremos, amiga —dijo Kerstina muy en serio—. Me pienso dejar la piel para conseguirlo.

Capítulo 15

A las once de la mañana se bajó del taxi y sacó las llaves de la casa de Danglo. Subió los escalones a toda prisa, pero antes de meter la llave en la cerradura, la puerta se abrió mostrando a Danglo, que era evidente que la estaba esperando. —Nena, ¿has desayunado?

—Déjate de desayunos. —Se acercó y susurró —¿Está aquí? ¿Has hablado con María?

—No, querías hablar tú con ella, así que me he hecho el tonto y he dicho que hoy trabajaría desde casa.

—Bien. ¿Está en la cocina? —Le tendió el bolso y Danglo gruñó cogiéndolo—. ¿Qué?

—¿No vas a saludarme?

—¿Y no te he saludado ya?

—No vas a ponerme las cosas fáciles, ¿no?

—No tengo ni idea de lo que hablas. Creía que había sido clara.

—Sí, nena... Muy clara.

—Pues eso. —Mosqueada porque la pusiera en ese compromiso, le fulminó con la mirada antes de ir hacia la cocina. Sus deportivas no hicieron ruido sobre el suelo de mármol.

María estaba limpiando el immaculado fregadero y se acercó a ella. La asistente la miró sorprendida.

—Señorita, qué sorpresa.

—Hola, María. ¿Cómo te va?

—Como siempre, señorita, con mucho trabajo.

—¿Qué tal el vestido? ¿Lo has ajustado?

—Mi prima tiene unas manos... Ha sacado algo de las costuras y me queda perfecto. No sé cómo darle las gracias, voy a ser la mejor vestida de la boda de mi hermana pequeña.

—Me alegro mucho. ¿Podemos hablar un momento?

María perdió algo la sonrisa.

—Claro que sí.

—Ven, sentémonos.

—¿He hecho algo mal?

—No, por supuesto que no, pero necesito tu ayuda.

—Lo que sea, señorita, pídamelo que quiera.

Sonrió sentándose a la mesa de la cocina y María se sentó a su lado.

—¿Qué necesita? ¿Quiere que vaya a limpiarle su casa?

—No, no es necesario. Lo que necesito es información. —María frunció el ceño—. No sé si sabes los problemas que hemos tenido últimamente.

—Yo no oigo su programa, señorita, es muy tarde y me levanto a las cinco, pero mi prima me informa de todo. —Se acercó y susurró—: El señor no se ha portado bien con usted, no me extraña que esté enfadada. Pero seguro que lo arreglan, él la quiere mucho. Y seguro que la culpa la tiene el liante de Fashingbauer. No es de fiar. Yo intenté advertirle sobre ellos, pero no me hizo caso. Al servicio nunca nos hacen caso.

—De eso quería hablarte. Intentaste advertirle sobre Lisa, ¿no es cierto?

—A mí no me gusta hablar mal de mis señores, se lo juro, pero es que la veía venir.

—¿A qué te refieres?

Se acercó y susurró:

—Puso sus ojos en él antes de que se mudara. Cuando se lo presentó su padre se puso como loca y no dejaba de hablar de él a todo el mundo. A sus amigas le ponía por las nubes y un día hasta la vi mirando vestidos de novia en una revista.

—Creía que lo tenía hecho.

—Vaya si lo creía. Estaba deseando que se mudara y no hacía más que apurar a su padre con las obras. Menudas perretas se cogía si había algún retraso. Un día el señor vino a la ciudad para revisar las obras. Fue invitado a quedarse en la casa por insistencia de ella, pero el señor Brearley dijo que mejor se quedaba en el hotel, porque allí tendría varias reuniones con su nuevo equipo y era mucho más cómodo para él. La señorita rompió el espejo del salón cuando se enteró por su padre de donde dormiría. Su padre la tranquilizó diciendo que no se preocupara, que sería su yerno. Y lo dijo orgulloso como si ya estuviera hecho. Pero le advirtió de que el señor era un hombre de carácter, así que no debía mostrarse ansiosa. Que debía tener paciencia y dejarle aclimatarse después de lo que había pasado en Londres. La señorita escuchó todos los consejos de su padre. En ese mismo viaje el señor Brearley compró esta casa y en una cena ella le dijo que se encargaría con gusto de la decoración. El señor dijo que no se molestara, que en cuanto se acabaran las obras traería la mayoría de los muebles que tenía en Inglaterra, pero sí que podía aconsejarle sobre la chica que quería contratar. Ni siquiera me lo preguntó. Me ordenó que viniera a trabajar con él. Yo aliviada, ¿sabe usted? Me tenían harta. —Sonrió—. Además, aquí estoy muy bien, el señor casi no me da trabajo. No como ella, que protestaba por todo.

—Así que es un lobo con piel de cordero.

—¿Lobo? Es una pantera negra.

—Voy a ser clara, María. Necesitamos algo sobre ella, algo jugoso, escandaloso, algo que intente ocultar. Te preguntarás el porqué, Danglo está en un aprieto por su culpa y si esto no se arregla, la fiscalía podría presentar cargos.

María jadeó tapándose la boca con la mano.

—¿De veras?

—Le han liado bien y no quieren soltarle. El padre de Lisa quiere acusarle de algo que no ha hecho. Y ya sabes lo recto que es Danglo, no es justo.

—No, no es justo —dijo molesta—. No son trigo limpio, lo he sabido siempre.

—¿Y has escuchado algo que podamos utilizar para defenderle?

Se mordió el labio inferior.

—¿Y si se enteran de que lo he dicho yo? Son vengativos.

No podía dejar que se echara atrás, tenía la sensación de que allí tenían lo que necesitaban.

—No se lo diremos a nadie, te lo juro por la tumba de mi madre.

María mirándola a los ojos asintió.

—Usted es de fiar. Si me dice eso, es que va a cumplir su palabra.

—Te lo aseguro.

La mujer asintió.

—Muy bien, ¿por dónde empiezo?

—Por donde quieras.

—Tengo mucho que contar, señorita. Estuve en esa casa diez años antes de venir aquí.

Se le cortó el aliento.

—¿Conociste a Cameron?

La mujer sonrió maliciosa.

—Veo que sabe por dónde van los tiros.

—¿Qué puedes contarme de él?

—Era un sinvergüenza, señorita.

—¿De veras?

—Uno de primera. La señorita Lisa tenía diecisiete años y le conoció en la casa, en la fiesta de cumpleaños de su padre. Siempre van muchos empresarios y también invitan a los becados para que se vayan relacionando con ellos. Yo servía las bebidas y al estar detrás de la barra lo veía todo. Fue a por ella como si fuera su objetivo y se volvió loca por él. Hablaron toda la noche. Se veían a escondidas, señorita. Yo la escuchaba hablar con él por teléfono. Hablaban horas. No querían que se enterara su padre, pero en la fiesta de Navidad se montó la gorda, porque otro de los becados le acusó de arribista y aprovechado. Que estaba con Lisa por interés. Cuando todos se fueron yo estaba recogiendo en el salón y oía los gritos en el piso de arriba. Le prohibió a su hija que le viera más. Le dijo que era una estúpida, que Cameron era gay y que el otro del que no recuerdo el nombre era su amante. Que solo le estaba tomando el pelo.

—¿Y ella qué decía?

—Lloraba y le llamaba mentiroso. Que su madre le había abandonado por mentiroso y que a ella no iba a destrozarle la vida. Menudo cabreo que se pilló su padre. Durante días no le habló y ella en sus trece. No pasó ni un mes cuando el Cameron ese apareció muerto junto al otro. La policía vino a casa, pero ambos tenían coartada, así que tuvieron que buscar en otro sitio.

—¿Cuál era su coartada?

—Los dos estaban en un torneo de tenis en su club.

Entrecerró los ojos.

—Un torneo de tenis. ¿Ellos jugaban?

—No, el señor daba los premios y ella asistía de acompañante.

—Entiendo, así que no fueron ellos.

—Bueno...

Se le cortó el aliento.

—¿Qué quieres decir?

—Me mosqueó lo que pasó después. El padre estaba cabreadísimo, ella no dejaba de llorar y pedía perdón todo el tiempo. Una vez él le gritó que cómo se le había ocurrido ir a su casa y después le gritó que era la última vez que limpiaba su mierda. —Kerstina se llevó la mano al pecho de la impresión—. Oh, sí, señorita, no puedo asegurarlo al cien por cien, pero para mí que fue ella. No sé cómo lo hizo, pero que su padre la ayudó, vaya que sí.

—Fue a ver a su novio y se lo encontró con otro.

—O ya lo sabía, señorita, recuerde que se pegaron tiros. Esa iba armada.

—Leche con la pija. Fue premeditado.

—¿Entiende por qué tenía que advertir al señor?

—Totalmente. —Apoyó los codos sobre la mesa—. Cuéntame más, por favor.

Danglo entró en la cocina deteniéndose a unos pasos de la mesa.

—¿Puedo quedarme?

—Claro que sí, señor —dijo María algo sonrojada antes de mirarla de reojo.

—Él tampoco dirá nada.

—Te lo juro, María. Lo que menos quiero es implicar a nadie más.

Su asistente suspiró del alivio.

—Gracias, señor.

Él se sentó entre las dos.

—No, gracias a ti.

María sonrió.

—Pues verán, cuando entré a trabajar allí, la señorita tenía trece años y era la niña más consentida que había conocido nunca. Su madre se acababa de largar del país. A la Riviera. Según me contó la cocinera después de dejar a la niña en el colegio, se largó para no volver.

—Pero está viva, ¿no? A esa no se la cargaron —preguntó Kerstina.

—Oh, no. Vive como una princesa en Europa con la pensión que le pasa el viejo. —Se acercó sobre la mesa y susurró—: Vendió a la niña.

—¿Cómo que la vendió? —preguntó Danglo.

—Un día el señor estaba en su despacho y le escuché decir que con los veinte millones que le había dado y su pensión ya tenía suficiente. Tenía puesto el manos libres y la oí contestar que su niña valía mucho más.

—Qué cabrona —dijo ella.

—Eso mismo pensé yo, pero me enteré de más. Al parecer el señor tenía una amiguita y se la pegaba con ella. Le pagó para que le dejara a la niña y conociendo a ese hombre más le valía coger el dinero. —Los dos asintieron—. Siempre pasaba algo en la casa. Siempre había problemas. Una vez la señorita Lisa llegó del instituto y estaba furiosa. Me ordenó a gritos que llamara a su padre y que fuera de inmediato. Cuando se presentó el señor Fashingbauer fue a su habitación. Yo puse la oreja porque temía que me despidieran después de que la señorita me hablara así y me enteré de que la señorita había tenido una pelea en el instituto. Una chica dijo

que era una puta y se lio gorda. La señorita Lisa la había tirado por las escaleras y se había roto un brazo y una pierna.

—La expulsaron.

—Y estaba como loca. Quedaban dos días para la fiesta del instituto y era una de las encargadas de la organización. No podía quedar mal con sus amigas. Un diseñador carísimo le entregaría el vestido al día siguiente. Había adelgazado cinco kilos para entrar en él. Su padre le dijo que se calmara, que con una llamada lo solucionaría. También estaba furioso porque esa chica la había insultado. No sé a quién llamó, pero al día siguiente la señorita estaba loca de contenta. No solo la habían readmitido, sino que su padre había logrado que a la chica la expulsaran del colegio. Y no una expulsión temporal, la echaron para siempre. Y de ese tipo de cosas podría contar mil. Ante todos pone cara de ángel, pero es un demonio, se lo digo yo. Una vez Marieta, la nueva cocinera, tenía a su hijo enfermo. De hecho, estaba en el hospital porque los médicos no conseguían bajarle una fiebre altísima. Esa noche venía usted a cenar y la pobre mujer dijo que no podía hacer el menú. La señorita Lisa se puso histérica porque iba a quedar mal. Podía haber llamado a cualquier catering para que sirviera el menú, pero lo que hizo fue amenazar a Marieta con que nadie la contrataría en la ciudad como no se presentara y que ya podía salir todo perfecto. A mitad de la cena llamaron a Marieta al móvil para decirle que su hijo tenía peritonitis. Se largó, por supuesto, y tardó dos días en volver a por su finiquito. Cómo la puso, Marieta lloraba y todo. Y no le pagó lo que le debía, la echó a patadas.

—Tiene engañado a todo el mundo.

—Ni se lo imagina, señorita. Es la persona más falsa que he conocido nunca. A veces pensaba que...

—¿Qué?

—Que no está bien de la cabeza.

—¿Alguna vez ha estado a tratamiento?

Negó con la cabeza.

—No, nunca he oído algo de eso y pastillas no toma, así que no lo creo. Además, nunca admitiría que tiene un problema, cree que es perfecta. Y de eso también tiene la culpa su padre, que piensa que tiene la hija más increíble del universo. Excepto por el episodio de ese Cameron, que se enfadó con ella varias veces, siempre han estado muy unidos. Nunca antes vi que discutieran. De hecho, ella con su padre siempre era muy obediente, casi en exceso.

Kerstina entrecerró los ojos y apoyó la espalda en la silla.

—Y por Cameron discutieron varias veces.

—Sí.

—¿Qué piensas, nena?

—Que llegó ese estudiante y George hizo lo posible porque le dejara. Está dominada por él, por lo que ha ido aprendiendo de su progenitor a lo largo de su crianza. Al darse cuenta de que Cameron sí que se burlaba de ella, perdió el norte y le dio el pasaporte. Su padre por supuesto la cubrió. No puede perderla, son uno. Haría lo que fuera por su niña. Daría lo que fuera por ella. Lisa es su punto débil, como su padre lo es de ella. Se dejarán la vida el uno por el otro.

Ambos asintieron y Danglo miró a su asistenta.

—¿Sabes algo que podamos utilizar contra ellos legalmente? ¿Alguna prueba o sabes cómo podemos conseguirla?

María apretó los labios.

—Señor, no sé si...

—Por favor. Puede que hayas visto algo de lo que dices, pero puede ser crucial. Te aseguro que estoy desesperado por librarme de ellos. Voy a tener un hijo, necesito librarme de ellos.

La mujer la miró a los ojos obviamente asustada y Kerstina sonrió con tristeza.

—No te preocupes, ya nos has dicho muchísimo y te lo agradezco...

—Es que...

—No, de verdad, si no quieres decir más no te presionaremos —dijo Danglo.

—¡Le di la llave de esta casa!

Se quedaron de piedra.

—¿Cómo has dicho? —preguntó su jefe.

—Fue cuando se mudó aquí, para la fiesta de inauguración. Me dijo que quería darle una sorpresa, que le daría la llave a usted cuando pasara la fiesta. Yo le pregunté si no la tenía ya y ella me dijo que después de que se mudara la había cambiado porque la habían tenido los pintores y los de la mudanza. —Danglo asintió sin salir de su asombro y María gimió—. No pensé que hubiera nada malo en ello, porque esa noche le sorprendió con unos cuadros, pero no supe más de la llave y con lo que está pasando ahora...

—¡Fue ella la que entró en la casa el otro día! —exclamó Kerstina—. ¡Entra en tu casa cuando le da la gana!

Danglo estalló.

—¡Me cago en la puta! ¡Y para qué sirve el FBI!

—¡Te siguen a ti, cuando te vas de la casa nadie la vigila!

—¿El FBI? —preguntó María muy nerviosa—. Bueno, bueno. —Miró a Danglo—. ¿Me paga lo que me debe? Creo que es hora de empezar a dar el callo de veras en otro sitio.

—Tú no te vas a ningún sitio, que buena la has liado.

María se sonrojó.

—Era una sorpresa.

—¡Pues menuda sorpresa!

Kerstina entrecerró los ojos.

—Tenemos que pillarla cuando entre.

—¡Con la que se ha liado, esa no vuelve por aquí a no ser que sea para pegarnos un tiro!

Puede que tuviera razón e hizo una mueca.

—Así que estamos como antes.

Danglo se levantó y se llevó las manos a la cabeza, caminando de un lado a otro.

—Nena, el FBI va a dejarme solo.

—¿Qué? —Se levantó asombrada—. ¡Será una broma!

—Dicen que ya no tengo credibilidad como para declarar ante un tribunal.

Palideció.

—Por mi culpa, por lo que conté en la radio.

Él apretó los labios antes de asentir dejando caer los brazos.

—Como no consiga algo jugoso contra ellos, estoy jodido. Pero jodido de verdad. Me seguirán teniendo en sus manos, eso si la fiscalía no presenta cargos contra mí por lo del terreno del puerto. Puede que incluso me acusen de fraude.

Sintió remordimientos por todo lo que le había perjudicado, pero, aun así, gritó:

—¿Ves lo que has hecho por no ser sincero conmigo?

—Genial, nena. Eso es exactamente lo que necesito en este momento. ¡Qué me echas la bronca! —le gritó a la cara.

—¡Alguien tiene que echártela! ¡Siempre estás con tus planes estúpidos y estas son las consecuencias!

—¡Siento si todo lo que he intentado para librarme de ellos y que tuviéramos una vida normal no es de tu agrado! ¡He hecho lo que he podido!

—¡Menos ser sincero conmigo!

—¡Joder, yo solo quería una vida tranquila al venir a Nueva York!

—¡Pues no tienes muy buen ojo! —Entonces él sonrió cortándole el aliento—. ¿De qué te ríes?

—Eres increíble.

Se emocionó por sus palabras.

—¿Eso crees?

—A pesar de todo lo que he hecho, sigues aquí.

—Dale las gracias a tu hijo.

—Prefiero dártelas a ti. —La cogió por la cintura y antes de que se diera cuenta la estaba besando con unas ganas que hasta se le encogieron los dedos de los pies. Danglo se apartó de repente—. Gracias, nena —susurró antes de besar suavemente sus labios y ella, aún con los ojos cerrados, suspiró de gusto—. Gracias, mi vida.

Alguien carraspeó y él miró a su asistente que ya tenía el bolso en la mano.

—¿A dónde vas? —preguntó él apartándose.

Medio mareada miró hacia María y parpadeó al ver que se iba.

—No, no.

—Lo siento, pero no quiero líos y me parece que aquí hay líos para aburrir. Ha sido mencionar FBI y me ha subido la tensión, así que me largo que yo quiero vivir muchos años.

—¡Un Chanel!

María se detuvo en seco y Kerstina sonrió por dentro.

—Un bolso Chanel negro con cadena dorada y con el logo bien grande en la solapa exterior. Una joya. Lo vi el otro día en el escaparate y es realmente hermoso. El bolso con más clase que he visto nunca.

—¿Le estás ofreciendo un bolso para que no se vaya? —preguntó Danglo sin salir de su asombro.

—Nosotras nos entendemos. —María se volvió y Kerstina levantó una ceja—. ¿Sí o no?

—Pero a mí no me hacen más preguntas, ¿no? Yo a limpiar y punto.

—Hecho. Pero antes dime algo. ¿Has visto alguna vez a alguien en la casa de los Fashingbauer que pareciera intimidado o nervioso? ¿Alguien que pareciera asustado?

—Uff, un montón. Los que trabajaban con el viejo siempre parecían tensos a su lado. Como si estuvieran alerta. —Entrecerró los ojos—. Pero una vez, poco antes de que el señor se mudara a esta casa y yo me fuera de allí, una mujer se presentó a la hora de la cena. Era su secretaria y dijo que necesitaba verle inmediatamente. Era una joven muy bonita y que parecía muy agradable. Salió de su despacho pálida, pero blanca como la nieve y casi se fue corriendo. No volvió por la casa, ni siquiera en el cumpleaños del señor, así que supuse que la había despedido.

—¿Por qué te extrañó no verla en su cumpleaños? —preguntó Danglo.

—Porque todos los que trabajan directamente con él siempre están invitados. —Entrecerró los ojos—. De hecho, la que es su secretaria desde hace unos años siempre asiste. En esas fiestas hay muchos contactos y el jefe siempre está haciendo negocios. Es como una reunión laboral a lo grande.

—Otra razón más para matar a Cameron. Le dejó en evidencia a él y a su hija frente a sus conocidos.

María asintió.

—Supongo que sí.

Kerstina paseó por la cocina pensando en ello.

—Nena.

—Tengo que hablar con ella. —Salió corriendo y cogió su bolso de la entrada antes de abrir la puerta.

—¡Kerstina!

Cerró de un portazo y Danglo se volvió hacia María.

—¿Y ahora a dónde va?

—Esta sí que me gusta para usted, jefe.

—Claro, como te regala bolsos.

Soltó una risita.

—Vaya envidia que me van a tener las vecinas.

Entró en el restaurante y fue directamente hacia Patricia que se tomaba una copa de vino blanco. Se sentó ante ella y la hacker levantó una ceja.

—¿No te había quedado claro que no debías llamarme?

—No seas pesada, tengo un problema.

Empujó un sobre por la mesa.

—A ver si esto lo soluciona del todo. —Se le cortó el aliento y lo cogió a toda prisa para abrirlo—. Tengo un defecto, ¿sabes? No me gusta dejar cabos sueltos. Cuando hago un trabajo, lo hago hasta el final. Algunos dicen que puedo ser algo obsesiva.

—Gracias, gracias. —Sacó unos documentos que empezó a leer a toda prisa. Se llevó la mano al cuello de la impresión y la miró con los ojos como platos—. ¿Cómo has conseguido esto?

—¿De veras estás haciendo esa pregunta?

—Perdona, deformación profesional —dijo antes de seguir leyendo.

Patricia hizo una mueca antes de beber de su copa y en ese momento llegó un camarero.

—Para ella un zumo de piña.

—¿Se lo has chivado a tu amigo de la fiscalía?

—Por supuesto. Dirá que fue un chivatazo anónimo. La evasión de impuestos es algo para empezar, pero lo interesante viene después.

Impaciente pasó la hoja para ver la foto de una mujer morena.

—¿Sabes? Tengo un programa de ordenador de lo más interesante. Lo usa la CIA y el FBI, es una especie de aplicación. Lo instalo en tu teléfono y puedo oír todo lo que se dice a tu alrededor. Decidí usarlo con tu hombre y me he enterado de cosas muy interesantes.

Se le cortó el aliento.

—Le has oído hablar con ellos, ¿verdad?

—El tipo del FBI que lleva la investigación no es de fiar. Y me dio un poco de rabia que se esté comportando así. Tu hombre no se lo merece, así que he rascado un poco. Cabos sueltos. — Señaló la foto—. Fiona Wagner. La segunda secretaria de Fashingbauer hace dos años. Licenciada en empresariales *cum lauden*, era toda una promesa. He hecho unas llamadas y uno de sus profesores se sorprendió muchísimo de que terminara de secretaria cuando podía dirigir la empresa con los ojos cerrados.

—Igual necesitaba el dinero.

—Bien visto. Y tienes toda la razón. En plena crisis fue el único trabajo que pudo encontrar. De eso se aprovechó el viejo. Bueno, el hecho es que desapareció y me dio por pensar. ¿Y si realmente vio algo que no debía y salió por patas?

Se le cortó el aliento.

—¿Crees que huyó?

—Vamos, era muy inteligente y trabajadora. Igual metió la nariz donde no debía y averiguó algo que no le convenía. Ir a la policía estaba descartado porque después de trabajar con el viejo sabía que buscaría venganza. Se jugaba el cuello, así que se largó.

—Me he enterado de que un día salió del despacho de George totalmente pálida.

—Sí, lo he oído todo y eso apoyó mi teoría. Teoría que ya estaba en marcha. —Kerstina la miró sin comprender—. Mi mejor creación, un programa de reconocimiento facial que entra en cientos de centros oficiales y no oficiales de todo el mundo. Guiándose por inteligencia artificial, revisa cien mil identidades por segundo y si hay un carnet en un gimnasio de Bolivia que tiene ese rostro, es capaz de encontrarlo filtrando por sexo, raza, edad, color de pelo...

Se le cortó el aliento.

—Pero eso es increíble.

—Pasa la hoja.

Lo hizo a toda prisa para ver un carnet de biblioteca.

—Tamara Wilson. Es profesora de inglés en un centro de enseñanza privado de Río de Janeiro. Vive sola y tengo su dirección actual.

—Gracias, gracias. —Se levantó a toda prisa.

—¿Quieres un consejo?

Se detuvo para mirar sus ojos.

—Sí, por supuesto.

—Ten cuidado, teme por su vida y no será fácil que hable.

—Si hablara con el FBI...

—¿Y convertirse en un testigo protegido? No creo que quiera eso o lo hubiera hecho antes. Si quieres que hable, tendrás que darle lo que más quiere para que lo arriesgue todo.

—Un cebo.

—Algo que la tienta tanto que no le importe arriesgar la vida para conseguirlo.

Entró en la emisora y casi corriendo llegó al control para encontrarse que Peter y Carlota ya estaban trabajando.

—A mi despacho.

Ambos se miraron mientras ella desaparecía y a toda prisa la siguieron sin rechistar. De camino se encontraron con Lyrís, que al ver lo apurada que iba frunció el ceño.

—¿Todo bien?

—Sí, entra. Tenemos que hablar.

Cuando Carlota cerró la puerta fue directa al grano.

—Peter grabas todos los programas, ¿no?

—Sí, claro.

—¿Con la voz de mis grabaciones podrías hacer que por inteligencia artificial pensarán que estoy en el programa?

Los ojos de Peter brillaron.

—Sí, por supuesto.

—¿Y se oye real?

—Lo he probado conmigo y es tan real que pone los pelos de punta. Precisamente hay una aplicación que va de eso y la puede usar cualquiera. Después de hablar al micro durante un minuto el programa lo procesa y solo tengo que escribir lo que quiero que la aplicación diga y todo el mundo pensará que eres tú. ¿Vamos a hacer una broma telefónica o algo así?

—Algo así. Prepáralo todo, lo probaremos esta noche.

—Genial, me moría por hacer algo así en directo.

Señaló a Carlota.

—Tú serás yo durante el programa y escribirás los textos.

—¿De veras? —preguntó ilusionada—. Gracias por la oportunidad.

—De nada. —A toda prisa fue hasta la puerta y en cuanto abrió dijo a gritos—. ¡Nohemi reunión!

—¿Qué pasa? —preguntó Lyrís al ver que estaba excitadísima.

Se sentó tras el ordenador y empezó a teclear.

—Inteligencia artificial.

—¿Quieres volver a sacar el tema de la IA? Hace un año cuando hablamos de ello no pareció entusiasmar a nuestros seguidores, ya sabes que siempre leo los comentarios que escriben en las redes. Te lo dije, ¿recuerdas?

—No vamos a hablar de ella, vamos a usarla. —Redactó otra pregunta para el programa y escribió unas cuantas frases que quería que Carlota dijera.

—¿Vamos a usarla? —Lyrís abrió los ojos como platos—. ¿Te vas a pirar durante el programa?

—Esa es la idea, pero no será durante el programa de hoy. Me iré mañana y no volveré en tres días. No se pueden dar cuenta de que no estoy en el programa. Que será solo un programa porque en medio cae el fin de semana. Espero estar aquí para el lunes. —Puso otra sugerencia en el guion y entró Nohemi.

—¿Y si la gente se da cuenta?

—¿Cuenta de qué? —preguntó Nohemi—. ¿Qué pasa?

—Quiere usar la IA para largarse.

—Leche, qué buena idea. —Se acercó a Kerstina por detrás y vio lo que estaba escribiendo—. Unas frases muy tú. ¿Quién va a hacer de ti?

—Carlota. Espero que sea lo bastante rápida escribiendo.

—Lo soy —dijo Carlota entrando en el despacho—. ¿Durante qué sección se hará?

—Durante el concurso, lo adelantaremos una hora y vigilaré como lo haces. Si todo va bien mañana y puede que el lunes harás de mí. De esto no puede enterarse nadie. Y cuando digo nadie es que no abiréis la boca al respecto —respondió Kerstina. La chica asintió muy seria. No era tonta en absoluto, lo haría bien—. Dile a Peter que hoy meteremos un par de llamadas más. Estamos teniendo muy buena audiencia en esa franja horaria.

—De acuerdo.

La chica, que se tomaba muy en serio su trabajo, salió de su despacho para avisar a Peter y Nohemi susurró:

—¿Pero a dónde vas?

—Lyrís cierra la puerta.

Su amiga lo hizo de inmediato.

—Voy a buscar a la secretaria desaparecida. Patricia la ha encontrado —dijo para su asombro—. Es evidente que ha desaparecido de la faz de la tierra por algo y tengo que saber por qué. El FBI no puede saber que me he largado. No me siguen, he estado pendiente todo el día por si me pillaban con Patricia y en ese aspecto puedo estar tranquila, pero si no hago el programa...

—Puede que sospechen que pasa algo raro —dijo Lyrís.

—Exacto.

—¿Estás segura de esto? —preguntó Nohemi.

—Totalmente.

—¿Y Danglo lo sabe?

—Primero quería saber si era posible hacer así el programa. Sabía que la I.A. había avanzado mucho en este aspecto, pero no estaba segura de que me pudiera imitar totalmente. Pero Peter

dice que sí.

—Pues si él lo dice, es que es cierto. Es un hacha en lo suyo.

—De todas maneras, no puedo llamarle. El FBI escucha sus conversaciones. —Sus amigas se miraron y se apretó las manos—. Necesito que una de vosotras se lo diga y se asegure de que no la oye nadie.

—Déjame a mí —dijo Nohemi.

—Gracias, siempre puedo contar con vosotras. —Sus amigas sonrieron—. ¿Estaréis bien? Llevaréis el peso del programa mientras esté ausente.

—No te preocupes por eso, ya lo hemos hecho antes, cuando aún te tomabas vacaciones. De todas maneras, ya has dejado hecho el programa de mañana y no será difícil seguirlo.

—Bien, pues preparemos el programa de hoy.

Nohemi entró en el ascensor de la empresa y subió al último piso. Respiró hondo y cuando salió del ascensor se dirigió a la zona de presidencia. Había cuatro secretarias contestando al teléfono de manera frenética y escuchó a una decir:

—No, señor Harrison, el señor Brearley no puede ponerse en este momento, pero le aseguro que no ha perdido la cabeza y que sus negocios con él no se irán a pique como dice. Llame más tarde si quiere, pero el señor Brearley le dirá exactamente lo mismo que yo. —Colgó el teléfono y la miró exasperada—. ¿Sí?

—Soy la tercera mosquetera. Dile a Danglo que tengo que verle, que ardo en deseos de estar con él y le espero en el cuarto de baño que hay al final del pasillo.

—¿Perdón?

—¿No me has oído, hermosa?

—¿Es una broma?

—¿Tengo pinta de bromear?

—Oiga, si quiere cita con el señor Brearley tiene que concertarla. Está muy ocupado.

Apoyó las manos sobre la mesa.

—Mira, sé de sobra lo ocupado que está, pero como no vayas ahora mismo a avisarle de que estoy aquí, no se lo va a tomar nada bien y si le conozco un poco las secretarias que se toman demasiadas libertades no deben durar mucho en su puesto. No creo que le guste nada tu actitud. Avísale, lo digo por tu bien.

La chica miró a la de la mesa de al lado, que le hizo un gesto con la cabeza de asentimiento y esta cogió el teléfono.

—No, díselo en persona.

Colgó el auricular e indecisa se levantó estirando la falda de tubo que llevaba.

—Muy bien, le avisaré.

Nohemi no esperó a que entrara en el despacho, sino que fue directamente hacia el baño porque ante sus empleadas no quería dar ninguna explicación. Se miró al espejo y decidió aprovechar el tiempo. Sacó la barra de labios y se estaba pintando el labio inferior en un rojo fuego cuando la puerta se abrió mostrando a Danglo.

—Genial, menos mal que lo has entendido.

Sacó su móvil y se lo mostró enseñándole la pantalla. *¿Has traído tu móvil?*

Él confundido negó con la cabeza y Nohemi suspiró del alivio.

—Genial. Pues que sepas que te escuchan por él.

—Ya lo sabía. Tienen la mala costumbre de llamarme después de que ocurre algo importante. Por eso cuando no quiero que escuchan algo, lo dejo en algún sitio como en un cajón.

—Bien.

—¿Qué haces aquí? ¿Y qué le pasa a Kerstina? Ayer en el programa estaba muy rara. ¿Está enferma? ¿El niño está bien?

—Sí, está bien, no te preocupes.

—¿Cuándo se fue de mi casa ayer fue a verte?

—No, no fue a verme a mí sino a Patricia.

—¿Quién coño es...? —Se le cortó el aliento—. La hacker.

—Ha encontrado a la secretaria de Fashingbauer. Está en Brasil. Ha ido a verla y su voz en el programa se hace a través de IA. —Miró hacia la puerta—. No tenemos tiempo y...

—¿Pero qué coño me estás contando? ¿Se ha largado así sin más? ¿Sin seguridad?

—Por cierto, esos tipos que nos esperaban cuando salimos de la emisora ayer por la noche son un poco raros. No hablan.

—No tienen que hablar, solo matar si es necesario.

Nohemi hizo una mueca.

—Que poco sociables.

—¿Qué le habéis dicho a su guardaespaldas?

—Oh tranquilo, que se ha tragado el cuento que le hemos contado. Ayer al salir del programa, Kerstina dijo que estaba algo acatarrada y que no iba a salir de su casa hasta el martes. Se lo tragó todo. Me ha llamado esta mañana antes de coger el vuelo para decirme que el tipo en cuanto la dejó en casa se largó.

—¿Pero qué coño? ¿Me hablas en serio? —preguntó pasmado—. ¡Tienen que vigilaros incluso cuando estéis en casa!

—Pues no te han entendido bien porque el mío también se largó. Lo comprobé por la mirilla, ¿sabes? Y muy buenos no son en su trabajo, porque para venir aquí le despisté en unos grandes almacenes.

—La madre que... —Se pasó la mano por la nuca—. Ya hablaré con ellos.

—Mejor espera al martes, no pueden enterarse de que Kerstina no está. Es para proteger a esa mujer, ¿sabes?

Él asintió.

—Así que esa Patricia ha dado con ella.

—Espero que tenga algo interesante que contar.

—Más me vale. ¡Mi empresa se hunde y empiezo a pensar que voy a acabar en prisión!

Nohemi sintió su frustración.

—Lo siento, yo...

Suspiró.

—Joder, no es culpa vuestra que hayáis desconfiado de mí. La verdad es que ni me reconozco.

—Apretó los labios antes de mirarla a los ojos—. ¿Estará bien?

—¿Kerstina? —Sonrió—. Chico, si algo sabe hacer bien es su trabajo. Le va a sacar hasta lo que no está escrito.

Capítulo 16

Pasó al lado de un niño con bañador que llevaba una pelota en la mano y vio cómo se la tiraba a otros que estaban jugando en el descampado de al lado del edificio donde se suponía que vivía Fiona Wagner. Aunque ahora se llamaba Tamara. A ver cómo la recibía. Mal, seguramente, ya que había intentado ocultarse dos años. La puerta del edificio estaba abierta mostrando un hall bastante deteriorado. Entró mirando a su alrededor y el techo descascarillado indicaba que los que vivían allí no lo hacían con lujos. Le extrañó que una profesora no pudiera permitirse algo mejor. Se acercó al ascensor y vio un cartel en portugués que no le gustó un pelo, así que decidió subir las escaleras. Lo que le faltaba era quedarse encerrada en un ascensor en un país extranjero.

Al llegar al cuarto piso, miró a ambos lados del pasillo y estiró el cuello para ver que la puerta veintiuno estaba a su derecha. Fue hasta el final del pasillo y al llegar tomó aire antes de levantar el puño, pero la puerta se abrió sobresaltándola y vio que la mujer estaba a punto de salir. Esta sonrió.

—*Boa tarde, posso te ajudar?*

—Disculpe, pero no la entiendo. ¿Es Tamara Wilson?

Perdió la sonrisa poco a poco y se puso la correa del bolso al hombro.

—Sí, soy yo. ¿Y usted es?

—Soy Kerstina Goosby. Me han dicho que da clases de inglés, pero yo las quería al revés. ¿Podría ayudarme? No conozco a mucha gente aquí y...

—¿Y quién le ha hablado de mí?

—Una conocida del trabajo. Al parecer le da clases a una hija suya. Se llama Flavia.

—No le doy clase a ninguna Flavia.

—Ah, ¿no? ¿Renata?

—No.

—¡Filipa!

—No.

—Leche, es que soy malísima para los nombres y solo me ha hablado una vez de ella. ¿Me daría clases?

—¿Y cómo ha conseguido mi dirección? Solo la saben en el colegio, los padres no tienen acceso a ella.

Era evidente que no se tragaba nada.

—Pues debería hablar con el colegio, porque llamé allí para preguntar y me la dieron.

Eso sí que la sorprendió.

—¿Está de coña?

—No, lo siento. ¿Cuánto cobra la hora? No es que me sobre el dinero y...

—No doy clases particulares.

—Oh, no me diga. —Miró a su alrededor—. Pues debería planteárselo.

—Perdone, ¿qué ha dicho? —preguntó molesta.

—Se nota que usted es una mujer con clase. El pañuelo que lleva al cuello lo demuestra. Es de Chanel, ¿no es cierto? Seguramente falso, pero es lo que se puede permitir. Sus zapatos están impecables y son de piel. Y aunque su ropa no es de calidad la combina muy bien. Es culta y...

—¿Eso lo sabe por cuatro frases?

—Lo sé porque te conozco, Fiona —dijo haciéndola palidecer—. Y puedo ofrecerte más. Mucho más. Tranquila, conmigo estás segura.

—¿Quién es usted? —preguntó asustada.

—Es mejor que lo hablemos dentro.

Negó con la cabeza.

—No te va a pasar nada. Si después de escucharme no quieres ayudarme lo entenderé, te lo juro por el hijo que llevo en mis entrañas.

La miró fijamente antes de asentir y hacerse a un lado para que pasara.

—Gracias. —Entró en la casa que estaba impecablemente limpia a pesar de su modestia. Se notaba que había intentado adecentarla pintándola de blanco—. Vaya, por dentro mejora mucho.

—Gracias. —Le indicó con la mano que caminara por el pasillo y lo hizo para llegar a un salón bastante grande que daba a una terraza que tenía una escalera de incendios. Un medio de huir—. Ahora entiendo por qué elegiste este edificio. —Escuchó un sonido tras ella y se volvió para ver que la apuntaba con una pistola. Se le puso un nudo en la garganta—. Soy una víctima, como tú.

—¡No me creo nada! ¡Ahora dime quién eres! ¿Te envía Fashingbauer?

—No. No sabe que estoy aquí ni que tú vives en este país y mi intención es que siga en su ignorancia.

—¿Qué quieres?

—El padre de mi hijo está en un aprieto por su culpa y necesito algo que le hunda. Algo que le envíe a prisión para librar a mi hombre de toda la mierda en la que está envuelto. Y sé que tú puedes proporcionármelo.

—¡Yo no te voy a proporcionar una mierda! ¡Ahora sal de mi casa!

—Pues tendrás que disparar porque no me pienso ir de aquí sin respuestas. ¡No puedo tolerar que mi hombre sufra durante más tiempo esta situación!

—¿Y a mí qué me dices? ¡Yo no tengo la culpa!

—¡Huiste del país, algo tienes que saber!

Apretó los labios. —Sabrán que fui yo.

—¡No saben dónde estás! Pero de todas maneras, ¿quieres vivir así el resto de tu vida? —preguntó incrédula—. Te preparaste para dirigir una multinacional y mira cómo vives. ¿De veras no vas a luchar?

—¿Te crees que soy Superwoman? ¡Me quitará del medio como hizo con otros antes! ¡Él mismo me lo ha dicho! ¡Suerte tuve de largarme antes de que se diera cuenta de todo lo que sabía!

Se le cortó el aliento.

—Cuéntamelo. Cuéntame algo de lo que pueda tirar. La hacker que te encontró es muy buena, solo necesitamos una pista que nos lleve a encerrarle y tirar la llave.

—¿Encerrarle? —Entrecerró los ojos—. Eso no servirá de nada. Os matará desde prisión. Pagaré a alguien para que lo haga.

—No sabrá que hemos sido nosotros.

—Claro, es tonto y no se va a dar cuenta de quién le ha tendido la trampa. ¡Estás loca!

—¿Estaría loca si lo dejara estar y permitiera que siguiera con su vida como si nada cuando ha destrozado a tantas personas en su camino! ¡Tú incluida! —Dio un paso hacia ella y Fiona se tensó—. Puedo cambiar tu vida para siempre. Puedo hacer que tengas el trabajo que soñabas. Danglo es el presidente de una gran empresa y...

—¡No me interesa!

—¡Es un buen hombre! —gritó mientras sus ojos se llenaban de lágrimas.

Fiona separó los labios de la impresión.

—Le amas.

—Sí —dijo sin dudar—. Le amo y haría lo que fuera por él, por eso te ruego que me des algo. Se miraron a los ojos durante varios segundos y Fiona dejó caer el brazo que le apuntaba.

—A mí no me metáis.

—Te lo juro. Te lo juro por mi vida, nadie sabrá que nos lo has contado tú.

Suspiró y fue hasta la nevera.

—¿Quieres un refresco? Me parece que lo necesitas, estás muy pálida.

—Gracias.

—Siéntate.

Casi agradeció sentarse en el sofá porque el alivio había sido tan enorme que estaba algo mareada. Fiona le puso una lata de refresco de naranja sobre la mesa de centro y se sentó frente a ella en una butaca de mimbre antes de beber de la suya.

—Perdona, ¿quieres un vaso?

Negó con la cabeza.

—No, gracias. —Abrió la lata y bebió sedienta.

Cuando estaba tragando levantó una ceja y Fiona sonrió.

—Se nota que eres una mujer fuerte que lucha por lo que ama.

Hizo una mueca.

—Llega un momento que te cansas de luchar, pero ese momento todavía no ha llegado. ¿Qué puedes contarme?

Dejó la lata ante ella.

—Cuando entré a trabajar en la empresa me hizo su secretaria para que pasara por el aro, no sé si me entiendes. —Kerstina asintió—. Yo me hacía la loca. Solo quería ese trabajo mientras encontraba otra cosa. Algo realmente importante. La empresa de Fashingbauer no tenía que ver con finanzas y era a lo que aspiraba.

—Lo entiendo.

—El hecho es que después de un mes me llegaron unas cifras que me chirriaron un poco.

—Estaba desviando fondos. Eso ya lo sabemos.

—Sí, desviaba fondos de la empresa y cometía evasión de impuestos de ciertas partidas de una de sus filiales. Yo no quería líos, hice que no me enteraba de nada y pasé esa documentación al jefe, que era quien se suponía que tenía que verla. Tres días después llegó otro balance de esos y él ya no estaba. Tuve que ir a su casa para entregárselo, pues era urgente que lo viera y el jefe de contabilidad quería el visto bueno cuanto antes.

—¿Por qué no se lo enviaba por correo electrónico o por mensajero?

—Eso mismo me preguntaba yo, pero luego supe por qué lo hacían, para que esa información no pudiera verla nadie más.

—Temían una investigación.

—Y querían implicarme de paso. Cuando llevé los balances a su casa me lo dejó claro. Ya estaba pringada porque varias de esas hojas y de las anteriores tenían mis huellas y, por lo tanto, demostraban que yo los había leído, que conocía su implicación en sus chanchullos. Me dijo que me tenía en sus manos. —Su labio inferior tembló—. Me amenazó con mil cosas, entre ellas que si él caía yo también e hizo que me arrodillara.

Se llevó la mano al pecho de la impresión.

—No.

—Jamás he pasado tanto miedo, te lo aseguro. Salí del despacho y esa noche... —Cerró los ojos negando con la cabeza antes de levantarse e ir hacia la ventana para mirar al exterior—. Esa noche intenté suicidarme.

—Dios mío, Fiona.

—Me encontró una amiga que a veces dormía en mi piso si pasaba la noche en la ciudad. Pasé dos días en el hospital y pensé en mil cosas. No podía dejar que me ganara, no podía. Una hora antes de que me dieran el alta, me llegaron unas flores. ¿Sabes lo que ponía la tarjeta? Me lo pasó muy bien la otra noche, estoy deseando verte.

—Será cabrón —dijo asqueada.

—Sabía que no me dejaría en paz, así que regresé al trabajo.

—Buscabas algo que le enviara a prisión.

Sonrió con ironía.

—Como tú, supongo. Pero no encontré nada más allá de la evasión de impuestos hasta...

Se le cortó el aliento.

—¿Hasta?

—Hasta que su preciosa hija un día se presentó en el despacho. La hice pasar y dije que me iba a comer antes de cerrar la puerta. En ese momento yo estaba sola, la otra secretaria ya se había ido a comer, así que activé el interfono. Estaba furiosa, no dejaba de recriminarle que unas obras se retrasaban y que él no llegaría para las Navidades. ¿Sabes todo lo que he trabajado para esta fiesta, papá? Todos mis amigos esperan que se lo presente. Él intentó calmarla y entonces ella empezó a recriminarle que no hacía las cosas bien, que no apuraba a los obreros lo suficiente y mil cosas más que no entendía, pero entonces él le dijo que lo de Cameron no había sido culpa

suya. Que ella había perdido el norte y que lo había estropeado todo. Que si no hubiera perdido la cabeza, él lo hubiera arreglado.

Se le cortó el aliento.

—¿Lo hubiera arreglado?

—No sé a lo que se refería, pero ella se puso como loca. Empezó a gritarle que la culpa era suya, que le había metido ideas en la cabeza. No hacía más que decir que ella le quería y que comprendía cómo era. Sí hija, esto ya lo hablamos y estábamos de acuerdo en pasarlo por alto porque era perfecto para ti, ¡pero tú no tuviste paciencia! ¡Me hubiera deshecho de Milton y le hubiera encauzado! ¡Ya le tenía en mis manos!

Increíble, con tal de contentarla haría cualquier cosa.

—¿Qué más?

—Ella le gritó que a Danglo no le iba a dejar escapar. Que le quería y que le necesitaba. Haré que lo consigas. No te preocupes, ya todo está en marcha, no pierdas la paciencia como la otra vez y todo saldrá bien. Ella se calmó y pensé que se había acabado lo interesante. Como no quería que me pillaran, cogí mi bolso e iba a apagar el interfono cuando la escuché hablar como si fuera una niña de cinco años. ¿Me quieres, papi? Sí cariño, más que a nada, ya sabes que sí. Ella sollozó. ¿Seguro que me quieres? No dejarías que me cogieran por lo que hice, ¿verdad? Fashingbauer respondió que antes los mataría a todos. Te juro que cuando oí eso se me pusieron los pelos de punta porque hablaba muy en serio. Entonces escuché, ¿la tienes bien guardada? ¿A qué te refieres? A la pistola, la pistola con la que maté a Cameron, la has cambiado de sitio. Hoy no estaba donde siempre. A lo que él respondió, sí, mi vida, no la encontrarán nunca. Está a buen recaudo.

Asombrada, dejó caer la lata de la impresión mientras ella seguía hablando.

—«¿Dónde? ¿Dónde la tienes?», preguntó ella. Hija, era una sorpresa. Dímelo, por favor. Estoy asustada, al no verla me he asustado. Hija, no tienes de qué asustarte, han pasado años, nadie investiga ese asunto. Pero quédate tranquila porque está en casa de tu futuro marido. La he escondido allí bajo el suelo de la habitación principal para que cuando os caséis la tengas contigo. Qué gran idea papá. Podríamos implicarle a él también. Si es necesario así será, pero antes de que se entere de algo así, intentaré otras artimañas. Tú tranquila y no te preocupes por nada, que papá se encarga como ha hecho siempre. Y ella le dijo te quiero papi. —Apretó los labios—. Como comprenderás, después de saber que de veras daban puerta al que se interpusiera en su camino, me largué de allí cagando leches. Hice que me iba a comer, pero lo que hice fue subirme al primer avión que pillé fuera del país, que fue a Honduras. Allí envié una carta al FBI esperando que le pillaran. Gasté casi todo lo que tenía en llegar aquí y me puse a trabajar en el colegio. Si ellos siguen en Nueva York, no pienso acercarme a los Estados Unidos. Están de atar. ¿Te he ayudado en algo? —Aún pasmada asintió y Fiona sonrió—. ¿De veras? ¿Sabes con quién se iba a casar? —Asintió de nuevo—. Leche, ya se ha casado con él. Pobre hombre.

—¿No la sigues por redes?

—Antes leía la prensa de los Estados Unidos esperando que el FBI hiciera algo, pero al no haber resultados dejé de hacerlo porque no dejaba de llorar por todo lo que había perdido por

culpa de esos tarados. Con todo lo que había estudiado —dijo pensativa antes de negar con la cabeza—. Dejé de tener esperanzas de volver y como nadie daba conmigo, dejé de leer las noticias intentando iniciar una nueva vida, pero...

—Este no es tu lugar.

—Estaba pensando en irme a México. Han pasado un par de años, igual no me ocurre nada.

Kerstina sonrió maliciosa.

—Si esto acaba como creo, podrás volver a casa.

En el taxi miraba las noticias en el móvil y juró por lo bajo por la detención de Fashingbauer.

—Mierda. Evasión de impuestos, eso es una auténtica mierda. —Frenética buscó algo sobre su puesta en libertad bajo fianza, pero no ponía nada, así que aún no se había producido.

El taxista se echó a reír y miró hacia él. Sonrió porque estaba oyendo el programa.

—Estas chicas, tienen unas ocurrencias... Últimamente Kerstina está sembrada.

—¿No me diga? —preguntó mosqueada por su tono irónico.

—Sí, me parto de la risa con ella. El viernes hasta tartamudeaba y parecía que le estaba dando un ictus. —Las carcajadas del tipo la hicieron parpadear—. Otras veces hablaba sin sentido o equivocaba vocales. —Gimió porque eso era Carlota que no escribía bien el texto, seguramente en su prisa por intervenir.

—A ver si le está pasando algo.

—Nohemi dice que a ver si deja de beber.

—¿Qué? —gritó sin poder evitarlo—. La mato. Oiga, dese prisa. —Que estas necias me hunden el programa. A toda prisa miró las redes y quiso morirse. Hasta salía un médico diciendo que puede que fuera la medicación contra la depresión por haber perdido al amor de su vida. Genial, ahora era una depresiva tartamuda a la que le estaba dando un ictus. Puso los ojos en blanco entendiendo perfectamente a Danglo.

El taxi frenó y ella, al ver que estaban en la emisora, a toda prisa, le tiró cincuenta dólares para salir corriendo con su pequeña maleta en la mano. Llamó al timbre y el portero fue a abrir con una sonrisa en los labios.

—Menos mal que estás aquí. El barco se hunde.

—Sí, ya me he enterado. —Corrió por el pasillo y entró en la sala de control sobresaltándoles—. Peter, a publicidad.

—Ok, jefa.

Carlota roja como un tomate dijo:

—Siento que...

—Ya hablaremos. —Fue hasta la pecera y el alivio en el rostro de sus amigas fue evidente.

Nohemi se quitó los cascos.

—Aleluya. He estado a punto de quitar a Carlota y eso que solo ha sido noche y media. ¿Lo has conseguido?

Sonrió poniéndose los cascos.

—Conseguido.

Sus amigas sonrieron.

—Eso es genial.

—Os lo cuento después. ¿De qué hablamos?

—De vaginas —dijo Lyris.

—¿Perdón?

—Se nos ha desviado un poco el tema del sexo anal.

—¿Qué has dicho? —preguntó más alto.

Lyris se acercó.

—Carlota es un poco picarona.

—¡La madre que os trajo y cómo lo habéis permitido!

—Estamos estresadas, no se nos ocurría nada.

Bufó.

—A ver cómo enderezo esto y me quito la tartamudez de paso. —A través de los cascos oyó cómo Carlota gemía, pero no podía culparla, lo había intentado—. Bien, vamos allá. Tres, dos, uno. Ya estamos aquí de nuevo —dijo al micro—. Dejemos de hablar de vaginas para hablar de un libro que he leído que es una auténtica maravilla. ¿Conocéis a Lorenzo Bastian? Pues es un genio, correr a las librerías en cuanto abran por la mañana.

Se quitó los cascos y suspiró del alivio. Al menos el concurso había ido genial.

—Lyris encárgate de hablar con los colaboradores para que nos envíen más cosas, que no sean ratas y que aporten al premio. Quiero dar el mejor premio de la ciudad.

—Entendido.

—Déjate de premios y ve al grano. —Nohemi puso la mano a la cintura—. ¿Y bien?

Sus ojos brillaron.

—Les tengo. Les tengo a los dos.

—¿Con algo gordo, o con esa tontería de la evasión de impuestos?

—Con un doble asesinato. —Ambas dejaron caer la mandíbula del asombro—. Tengo que hablar con Danglo. —Se levantó a toda prisa y recogió sus cosas—. Os veo mañana.

—¡Pero cuéntanos algo, no nos dejes así!

Se acercó a ellas y susurró:

—Tengo la pistola con la que Lisa los mató. Está escondida en casa de Danglo.

—¿Están locos? —preguntó Lyris incrédula—. ¿Por qué iban a esconderla allí?

—Son unos psicópatas de primera. Ambos pensaban que la princesita terminaría durmiendo en esa casa. Estaban convencidos de ello. —Entonces se le cortó el aliento—. Por eso entró en la casa, sabía de nuestra relación, no por Danglo, sino por mí, yo lo dije en la radio. —Las miró con los ojos como platos—. Quería recuperarla.

Salió corriendo y sus amigas parpadearon.

—¿Has entendido algo? —preguntó Nohemi.

—Sí que lo he entendido, que desde que está con ese tío todo son problemas. Yo escogeré uno que no esté tan bueno, que no dan tantos quebraderos de cabeza.

—Como si fuera tan fácil encontrarlo.

Suspiró.

—Pero nosotras no nos rendimos.

—¿Nosotras? Ni de coña, como si tengo que ir a citas hasta los setenta.

Lyris soltó una risita.

—¿Te imaginas en la residencia con bastón y cogiditos de la mano?

Nohemi sonrió.

—El amor llega cuando llega.

—Muy cierto, amiga. Lo importante es no rendirse y estar abierta al amor. Me piro, que tengo una cita.

—¿Con quién sales? No me lo has contado.

Sonrió ilusionada.

—Con Robert.

Se quedó de piedra.

—¿Qué has dicho? Ni hablar.

—¿Por qué?

—¿Cómo que por qué? Trabaja para nosotras.

—¿Crees que habría un conflicto de intereses?

—Creo que le está echando la caña a todas. A Kerstina también la invitó a salir.

Lyris perdió la sonrisa de golpe haciendo que se sintiera fatal.

—¿De veras le pidió salir?

Gimió por dentro.

—Lo siento, ella ya estaba interesada en Danglo y... Y nada.

—Ah, pues si no fue nada, vamos al lío.

—¿Te da igual?

—Pues sí, la verdad. Mientras no se lo haya tirado. —Se encogió de hombros—. Es mono. Además, no adelantes acontecimientos que solo vamos a tomar una copa.

Le daba que Robert todavía no había pasado página respecto a su interés por Kerstina, siempre la había mirado de una manera especial y la mosqueaba mucho que ahora pusiera sus ojos en Lyris. No le gustaría que le hiciera daño. Pero igual le gustaba Lyris. Era preciosa, dulce y muy buena persona, a cualquier hombre le gustaría. Sí, a lo mejor Robert se había dado cuenta de que era especial y quería intentarlo.

—Antes de acostarte con nuestro productor, que te conozca bien y tú a él, que luego vienen los líos.

—Sí, mamá —dijo saliendo de la pecera.

Nohemi entrecerró los ojos. Robert y Lyris, no estaba muy a gusto con esa situación, igual debería darle una vuelta. Chasqueó la lengua.

—Con todo lo que tienes que pensar como para que te preocupes por Robert. —Se detuvo en seco frunciendo el ceño porque no había dicho Lyris—. Uy, uy. —Salió de la pecera—. ¡Lyris, solo una copa!

—¡No seas pesada!

En ese momento su amiga salió del despacho con su abrigo ya puesto y el bolso en la mano.

—Es Robert, no me va a pasar nada.

—¿Hablabais de mí?

Nohemi se volvió para verle tras ella y gruñó antes de decir:

—No eres tan importante.

—Tú siempre tan agradable.

Entrecerró los ojos viendo cómo se acercaba a Lyrís y esta sonreía.

—Has estado brillante esta noche —dijo él mirándola a los ojos.

Su amiga soltó una risita.

—Gracias. ¿Nos vamos?

—Lo estoy deseando.

Ambos la miraron.

—Así que vais a tomar una copa —dijo ella con una falsísima sonrisa en el rostro—. Que paséis buena noche.

—Será una noche inolvidable —dijo él provocando que Lyrís soltara otra risita.

Los vio alejarse por el pasillo y Carlota se puso a su lado.

—¿Salen juntos?

—Eso parece —dijo entre dientes haciendo que Carlota la mirara levantando una ceja—. ¿Qué?

—¿Escuece?

—No digas tonterías.

Entró en su despacho dando un portazo y Carlota silbó.

—Uy, que se avecina otro drama amoroso. —Sonrió de oreja a oreja—. ¡Me encanta este trabajo!

Entró en casa de Danglo como una tromba tirando sus cosas sobre la alfombra del hall y corrió hacia la escalera subiéndola a toda prisa. La luz de la habitación se encendió iluminando su camino.

—¿Nena?

—¡Me apetecía hacer el amor! —gritó para que la oyeran los del FBI. Corrió hacia su habitación y él sentado en la cama como Dios le trajo al mundo levantó una ceja. Entonces algo hizo que ella se detuviera en seco—. ¿Y esos pantalones del pijama tan sexis que usas para dormir?

—Estaba tan cansado que después de ducharme me metí en la cama así. Pero si quieres hacer el amor, te aseguro que acabo de recuperar todas las fuerzas.

—Tú solo duermes desnudo después de hacer el amor.

—¿Qué?

—¡Sí, porque siempre quieres repetir por la mañana! ¡Dónde está! —Fue hasta el baño. Encendió la luz para entrar de un salto y así sorprenderla, pero el enorme baño estaba vacío.

Danglo se acercó.

—Nena, ¿estás bien? El pijama está en el vestidor. En los cajones de la cómoda.

Se puso como un tomate porque pensaría que le faltaba un tornillo y se volvió antes de entrecerrar los ojos.

—El vestidor. —Pasó ante él para entrar en el vestidor y encendió la luz—. ¡Ja!

—Ja, ¿qué? Preciosa, ¿has bebido?

Le miró ofendida.

—¡Estoy embarazada!

—Ya, por eso lo pregunto.

—Ponte un pantalón —dijo entre dientes.

—Ah, que no hay...

—¡No! Se te ha cerrado el grifo, ¿no lo habías pillado todavía?

Él suspiró apoyando el hombro en el marco de la puerta y miró hacia abajo. Su soldadito estaba en pie de guerra.

—Lo siento, amigo.

Fue hasta la puerta ignorando los calores que le habían entrado y siseó.

—Aparta.

—Nena, ten piedad.

—Al parecer no te interesa mi viaje.

—Mucho, me interesa muchísimo, pero has sido tú la que me has excitado y has entrado gritando que querías hacer el amor. ¿No me ayudas a solucionarlo?

—No seas crío.

Gruñó entrando en el vestidor y cogiendo un pantalón negro del pijama. Se lo puso de malos modos, pero aquella tela no es que disimulara demasiado lo excitadísimo que estaba.

—¿Contenta?

Pues no mucho, la verdad, pero se hizo la loca.

—¿Y tu móvil?

—Sobre la mesilla.

Ella fue hasta allí y lo cogió.

—He llamado a Patricia y al parecer ha cortado la comunicación con el FBI, pero no me fío. —Entró en el baño y lo metió entre un montón de toallas del armario. Al volverse vio que sonreía de oreja a oreja—. ¿Qué?

—Estabas celosa.

—¿Qué dices?

—Me estabas montando un numerito de celos. No buscabas los pantalones, buscabas una mujer.

—Qué va. El que ha bebido has sido tú. —Puso los brazos en jarras—. ¿Quieres centrarte?

—Joder, te aseguro que lo intento, pero estás preciosa. —La cogió por la cintura—. ¿Un beso de bienvenida?

—¿Te centrarás si te lo doy?

En respuesta atrapó sus labios tomándola por sorpresa y cuando acarició su lengua, Kerstina gimió de gusto elevando las manos hasta su cuello para acariciar su nuca, mientras la devoraba sin piedad en el beso más intenso que había recibido en la vida. Danglo se apartó ligeramente para mirar su rostro ido aún por aquella maravilla y susurró:

—¿Sigo? Porque lo estoy deseando, nena. Me muero por entrar en ti y deslizarme en tu cálido interior.

Mareada elevó los párpados.

—¿De veras?

Él sonrió de medio lado.

—Es mi lugar favorito del mundo entero.

Se puso como un tomate, pero recordó a Fiona y por qué estaba allí.

—Pues tendrás que esperar.

Gruñó apartándose.

—Muy bien, ¿qué tal tu viaje?

—¿Tienes un martillo? —preguntó yendo al grano.

—¿Para qué? No te habrá salido la vena psicópata.

—No, ¿pero quieres que salga mi mala leche? —preguntó indignada—. ¿Lo tienes o no?

—Sí, claro. Abajo hay una caja de herramientas.

—Pues mueve el culo que tenemos que levantar el suelo de esta habitación.

—¿Cómo dices?

Sonrió.

—Tengo la pistola que mató a Cameron. O mejor dicho, la tienes tú en esta casa.

—¡No jodas!

Sin poder evitarlo miró su entrepierna que se había bajado del todo. Hizo una mueca pensando que era una pena, pero tenía que ser dura con él.

—¡Me cago en la puta! ¿No será una broma tuya?

Le miró mosqueada.

—¿Tengo pinta de bromear?

—¿Por qué iba a tener yo la pistola aquí?

—Están pirados. Creían que te camelarían para que fueras el marido de esa chiflada. Que está loca, pero loca, loca y no hace falta ser psiquiatra para darse cuenta. Y agárrate, intentaron que Cameron cayera incluso sabiendo que era gay, pero ella perdió la paciencia, se le fue la pinza y les liquidó. —Se lo explicó todo rápidamente y Danglo pálido se llevó las manos a la cabeza—. Cielo, ¿no te das cuenta? Les tenemos.

—¡La pistola está en mi casa!

—Hace ocho años tú ni los conocías. Él te ayudó a comprar la casa, a reformarla, tenía la llave. Y ella consiguió la nueva, por eso entró el otro día, para recuperar la pistola. —Se detuvo en seco mirándole con los ojos como platos—. O no.

—¿O no qué?

—La miraba —dijo impresionada—. Por eso sabía que su padre la había cambiado de sitio. Y

si venía aquí era para mirarla también. Como un trofeo de esos que conservan los psicópatas de sus víctimas. Aquí su trofeo estaba a salvo.

—Joder. —Miró el suelo a su alrededor—. No deberíamos tocarla. Se preguntarán cómo sabemos que está aquí. —La miró a los ojos—. Además, si somos nosotros quien les pringamos, nunca estaremos tranquilos, tú lo dijiste.

—¿Y qué hacemos? ¿Dejar que en tres años salga de la cárcel por evasión de impuestos? ¿Crees que esa loca que nos tiene en su punto de mira nos dejará en paz?

—¿Se lo has dicho a Patricia?

—Claro que sí, y me ha dicho que para que el fiscal consiga una orden de registro de tu casa, tiene que haber indicios y no tenemos ni un triste testigo que se atreva a dar la cara para que el juez la firme. Tenemos las manos atadas. O la sacamos nosotros o se quedará ahí para siempre, a no ser que esa loca venga a buscarla.

—Esta mañana entró —dijo dejándola de piedra—. Puse una cámara en el hall y entró en cuanto me fui a trabajar. Salió una hora después.

—¿Una hora? Aprovecha que María no entra hasta más tarde —dijo impresionada.

—A saber las veces que ha estado aquí. —Se pasó la mano por la nuca—. ¿Qué hacemos?

Le miró fijamente.

—Sé que tu nombre ya ha sufrido mucho.

—Ni te lo imaginas. —Sonrió con cinismo—. Al parecer los escándalos me persiguen. Mis socios ya deberían estar acostumbrados.

—Lo siento. —Entonces se le ocurrió una idea—. ¿Y si la cambiamos de sitio?

—Si la sacamos de aquí, los Fashingbauer también sabrán que hemos sido nosotros, nena. Está en mi casa, solo María o yo podemos encontrarla. —Suspiró—. Me parece que nunca nos libraremos de la amenaza que suponen.

Apretó los labios.

—Pues nos enfrentaremos a ello, pero tienen que pagar. Al menos se pasarán una buena temporada en la cárcel. Alguien tiene que pararles, mucha gente ha sufrido por su culpa. Mira Fiona, ha perdido su vida. Cameron y su amante. Y a saber cuántas personas más. Hay que hacer algo. Si la cambiamos de sitio la policía no se enterará de que la tenías tú, ellos no dirán nada. Al menos la prensa, en ese aspecto no te molestará. Tendremos que cuidarnos las espaldas por Fashingbauer, pero la prensa no meterá la nariz en este tema porque todos los focos irán a los culpables.

Danglo entrecerró los ojos como si estuviera pensando en ello y asintió.

—¿Y dónde la ponemos?

—Una vez en sus redes sociales vi que Lisa tiene un Mercedes clásico de esos de capota. ¿Crees que en su garaje tiene la capota echada?

—¡Pues sí! Porque es un coche que solo usa en verano para ir a los Hamptons y estamos en invierno. Además, ¿cómo la meteríamos? ¡Habría que entrar en el edificio!

Sonrió con ironía.

—Cariño, tendrás que sacar la tarjeta de crédito. Ese bolso de Chanel que he prometido

necesita un traje a juego.

Capítulo 17

Cuando María entró en la casa al día siguiente miró hacia arriba por los golpes que estaban pegando. Sacó su móvil a toda prisa y se acercó a la escalera preparada para salir corriendo y llamar a la policía.

—¿Señor? ¿Es usted?

—¡María! Ha llegado antes.

Escuchó pasos corriendo y pasmada, vio a Kerstina con los pelos revueltos y muy agitada.

—Señora, ¿está bien?

—Estamos de obras.

—Ah. —dijo aliviada antes de mirarla como si estuviera chiflada—. ¿Y no sería mejor llamar a un profesional? Tengo un primo que...

—No, si casi está. —Soltó una risita—. Sí que está bien agarrado el suelo en esta casa.

Danglo apareció tras ella y su torso sudado indicaba que había hecho un gran esfuerzo.

—¿Qué ha sido? ¡Una fuga! Las dichas fugas de agua lo lían todo.

—Sí que es un lío, sí. Vas a tener que llamar a tu primo para que arregle el suelo.

María sonrió.

—Se lo dejaré impecable. Tiene unas manos...

—Nena, voy a terminar. Me quedan las de debajo de la ventana.

—Sí, ve.

—¿Debajo de la ventana? —María empezó a subir las escaleras.

—Has llegado primero, ¿no?

—Ayer se me olvidó la ropa en la secadora.

—No pasa nada mujer, seguro que está bien.

—Hoy toca limpiar las ventanas y quería irme antes porque tengo que ir con mi hermana a la prueba del vestido.

—Uy, la boda de tu hermana pequeña, estarás emocionada. Es como otra hija para ti, ¿no es cierto?

María no le hizo caso pasando ante ella y al ver los tablones en el pasillo dejó caer la mandíbula del asombro.

—¿Pero qué...?

—Vale, estamos buscando algo.

La miró.

—¿El qué?

—De esto ni mu. —La asistenta asintió—. Una pistola. La pistola que mató a Cameron, el sinvergüenza.

La mujer se llevó la mano al pecho.

—¿Qué?

—Al parecer los Fashingbauer la escondieron en el dormitorio.

—¿En el dormitorio?

—Sí. —Entrecerró los ojos. Mejor ponérselo muy feo—. Para implicarle si era necesario.

—Qué gente más mala. ¡Si el señor ni conocía a esos hombres!

—Para que veas. Aprovecharon a meterla cuando él aún no vivía aquí. Ha estado aquí todo el tiempo.

—En el dormitorio.

—Sí.

—¿En el dormitorio principal?

—Sí. —Escuchó gemir a Danglo—. Cariño, ¿estás bien?

—Creo que ya se ha dado cuenta.

—¿De qué?

Danglo salió de la habitación.

—Este no era el dormitorio principal cuando la casa estaba vacía.

—¡Me estáis metiendo una trola!

Los dos miraron hacia la puerta del otro lado del pasillo. Intrigada fue hasta allí y la abrió para mostrar una habitación tres veces más grande, con una claraboya que daba a la habitación una luz increíble.

—No la elegí porque la claraboya suena cuando llueve. Me di cuenta el día de la mudanza e hice que cambiaran la cama de sitio.

—Dios mío, es preciosa —dijo impresionada, caminando por ella y mirando hacia arriba. Se veía el cielo. Entonces escuchó un chirrido en el suelo y miró hacia abajo. Movié el pie sobre el tablón y este chirrió de nuevo. Danglo se acercó a toda prisa y se agachó para tirar de él. No le costó levantarlo lo que indicaba que se hacía a menudo. Los tres se acercaron y vieron la pistola entre dos tablon.

—Santa madre de Dios —dijo María santiguándose.

—Necesitamos algo que no le quite las huellas —dijo ella.

—¿Guantes de látex? —preguntó María—. Tengo en la cocina.

—Tráelos y una bolsa de esas de cierre hermético —dijo Danglo—. Hay que preservarla todo lo posible.

—En algunas pelis meten algo por el cañón para no tocarla por fuera. Como un lápiz —dijo Kerstina.

—Traeré uno. Hay en el despacho.

María salió apurada y Kerstina miró a Danglo a los ojos.

—Sabía que colaboraría.

—Eso espero, porque no nos quedan opciones. Ayer mismo el FBI volvió a amenazarme después de que el fiscal hablara con mis abogados. Piensa seriamente en presentar cargos.

Palideció.

—¿Qué?

—Es un listo que quiere hacerse famoso a mi costa. Tranquila nena, mis abogados se lo comerán vivo porque sin tu declaración ni la de tus amigas no tiene nada. Dirán que lo que dijiste en la radio fue una confusión, que luego lo aclaramos todo.

Maldijo haber tenido la lengua tan larga. Si su vida ya era un lío, ella lo había liado todo mucho más al desahogarse ante su audiencia. Eso le indicaba que no debía dejarse llevar por los calentones verbales que le daban.

—¿Seguro que podrán arreglarlo? —preguntó preocupada.

—De veras. Además, si declaras a mi favor...

—¿Me lo estás pidiendo?

Él sonrió. —¿Lo harás?

—Sí, claro. Ya pensaremos en algo. —Miró la pistola—. Tienes que cambiar la cerradura de la puerta.

—Se hará hoy mismo. —Entrecerró los ojos—. Un revólver. ¿De dónde la sacaría?

—Apuesto a que es de su padre. Sería perfecto.

—Si supiéramos cómo lo hicieron sería aún más perfecto.

María llegó en ese momento con todo en la mano y con los guantes ya puestos. Hasta llevaba una mascarilla.

—No quería tocar nada por si dejaba una huella. Hasta la bolsa estaba en una caja sin estrenar. Pónganse las mascarillas, por lo de las gotículas de saliva y eso. No podemos salpicar la pistola. —Apretó los labios—. Cuánto aprendimos con el COVID.

—Y que lo digas. —Después de ponerse la mascarilla, cogió los guantes y se los puso a toda prisa antes de coger el lápiz. Miró a Danglo que ya tenía los guantes puestos y abría la bolsa. La miró a los ojos y ella asintió bajando el brazo para meter el lápiz por la boca del cañón. Tiró de ella hacia arriba y la pistola se deslizó por el lápiz. La elevó con cuidado y Danglo metió la bolsa por la empuñadura girándola a toda prisa—. Ya está —dijo observando cómo él la cerraba herméticamente—. No debemos tocar esa bolsa sin guantes.

—¿Y qué van a hacer con ella? —preguntó María intrigada.

Se miraron antes de mirarla a ella, que entrecerró los ojos antes de abrirlos como platos, dando un paso atrás.

—Ni hablar.

—Tú puedes entrar en la casa cuando te venga en gana. Solo tienes que hablar con alguna de tus conocidas que aún trabajen allí o incluso llamar a Lisa para contarle cualquier mentira sobre nosotros.

—Necesitamos tu ayuda —dijo Danglo.

—Si me pillan...

—No te pillarán. Solo tienes que acceder al edificio y meterla en su habitación —dijo Kerstina—. Hemos pensado que la habitación es lo mejor, porque el fiscal con lo de la evasión de impuestos tendrá una excusa para registrar la casa. Es fácil.

—¿Fácil? Yo me largo.

—Al traje clásico de Chanel que pensaba comprarte con el bolso, le sentarían estupendamente los zapatos a juego.

La miró pasmada.

—¿Cree que me voy a jugar el cuello por un vestido y unos zapatos?

—Vale, te compraré también los collares de perlas. —María entrecerró los ojos—. ¡Ya lo sé, la cartera! —Bufó—. ¿Qué quieres? Sé que corres un riesgo, pide por esa boquita.

María entrecerró los ojos.

—Cien mil dólares.

—Hala esta.

—¿Qué? ¡Ustedes son ricos, si me juego el cuello que sea para que mi hija pequeña tenga los estudios que se merece! ¡Saca Sobresaliente en el instituto y llora cada noche porque no podrá ir a la universidad que quiere por culpa del maldito dinero! Está pendiente de una beca, pero su sueño es...

—Te daré doscientos mil dólares si lo consigues —dijo Danglo—. Y si te pasa algo, me ocuparé de que tu hija tenga sus estudios pagados en las mejores universidades.

Se le cortó el aliento.

—¿Habla en serio? ¿Harvard?

—Harvard. Y hasta escribiré una carta de recomendación para ella.

—Lo de la carta, déjelo, que con la fama que tiene últimamente a ver si me la echan.

Danglo hizo una mueca mientras Kerstina jadeaba.

—Oye, maja, que...

—Déjalo nena.

María sonrojada alargó la mano.

—¿Hecho?

—Hecho. —Danglo sonrió apretando su mano—. Llama a tu primo cuanto antes, ¿quieres? Mi habitación es un desastre.

—¿Y por qué no te trasladas aquí? —dijo Kerstina como si nada.

Él la miró a los ojos.

—¿Aquí?

—Bueno, esta es más bonita.

—La claraboya no me dejará dormir.

—Ahora hay unas que hasta tienen una persianita para cerrarlas.

—¿No me digas? —preguntó divertido.

—Sí, y tiene baño.

—No tiene vestidor.

—La habitación de al lado.

—Es demasiado grande para mí solo.

—Mejor burro grande ande o no ande —dijo María.

—¿Ves?

—Además, no podrá usar su habitación en un tiempo, mi primo no hace milagros. —Alargó la

mano y cogió la bolsa con la pistola—. De esto me encargo yo.

—Gracias, María.

La mujer sonrió.

—Por mi niña como si me tengo que arrastrar por brasas ardiendo. Además, quiero ayudarles, esos cerdos merecen una lección. —Fue hasta la puerta—. Por cierto, ¿lo han oído? Han soltado a Fashingbauer bajo fianza. Lo escuché en la radio del móvil de la que venía en el metro.

—Así que ya está libre —dijo Danglo.

—Le han soltado a primera hora. Estaba furioso. En sus declaraciones a la prensa gritó que iba a cargar contra todos los que estaban ensuciando su nombre con asquerosas mentiras.

Miró a Danglo.

—Así que está furioso.

—Anuncia demandas.

—Nena, ahora sí que no se van a separar de ti los guardaespaldas. Tú sacaste a la luz la trama del puerto.

—Oh, sobre eso también ha hablado. Dice que su negocio fue totalmente legal y que no tienen absolutamente ninguna prueba de lo que se le acusa. Es más, el ayuntamiento le ha aprobado los permisos, porque como es para un área portuaria no infringe ninguna normativa.

Kerstina palideció.

—¿Qué?

—Sí, lo han dicho esta mañana.

—Dios mío. —Se llevó la mano al vientre mientras Danglo suspiraba del alivio—. ¿Qué?

—Nena, es un respiro que la fiscalía no presente cargos contra mí por fraude. Si el ayuntamiento ha dado el permiso es que todo es legal. Y más aún teniendo a toda la prensa encima.

—¡Sí, tú estarás aliviado, pero a mí me van a demandar! —Abrió los ojos como platos—. ¿Al final no había ninguna trama con lo de Japón? ¿Solo estaba negociando sin escrúpulos?

—Sí, nena, solo es un negociador sin escrúpulos al que no le importa matar de vez en cuando, así que llevarás dos guardaespaldas.

—Tienes razón, calma, que aún pueden enchironarle por darle el pasaporte a esos dos. —Rogó a María con la mirada—. No la cagues.

—Eso, sin presión.

—Y ponla donde ella no la encuentre.

—Eso es fácil. Con tanta ropa que tiene, solo tengo que guardarla bajo la ropa de verano.

—A ver si la va a encontrar otra de las doncellas haciendo limpieza o algo así —dijo Danglo.

—¿Una maleta?

—¿Y si se va de viaje en el fin de semana?

—Jefe, pues dígame donde la pongo.

—Estoy pensando que no hace falta que esté en su habitación —dijo él—. Puede estar en cualquier lugar de la casa.

—Ah, pues en la biblioteca. Solo la abren para hacer fiestas.

—Perfecto. ¿Cuándo crees que podrás hacerlo?

—Deme unos días. Tengo que llamar a mi amiga Rosa para quedar con ella antes y que no sospeche. La invitaré a salir a tomar algo para mejorar nuestra relación, que últimamente se ha enfriado un poco. Es que como no nos vemos.

—Pues debes cuidar a las amigas —dijo Kerstina acercándose—. Son muy importantes.

—Cierto, culpa mía. Intentaré remediarlo.

—Además, con ellas puedes desahogarte sobre los problemas con tu marido, que siempre hay porque no dejan de dar por saco —Dijo mientras se alejaban.

—Sí que dan problemas. Hace tres días mi Ramón me estropeó la lavadora. Nunca ha puesto una, pues tuvo que ocurrírsele, ayudarme como dice él y ahora tengo que lavar a mano, menuda ayuda.

—¿Ves? Y mírame a mí, con lo tranquila que vivía antes. Yo con mis amigas le pongo verde y me quedo a gusto.

—Nena, no solo me pones verde con tus amigas. Te escucha todo Nueva York.

Se volvió en las escaleras.

—¡Es una conversación de amigas!

Él puso los ojos en blanco.

—Voy a ducharme.

—¡Eso y vete a trabajar, que tu empresa se hunde!

—Eso no, jefe, que necesito la pasta. A ver si se pone las pilas, que últimamente está muy distraído.

—¿Verdad que sí? —dijo Kerstina bajando las escaleras.

—Uy, si ayer no daba ni una. Se fue y dejó la cafetera encendida. Imagínese lo que podía haber pasado. ¿Quiere desayunar, señorita?

Gimió.

—No puedo tomar café.

—Tengo descafeinado. Ya verá, cuando se lo haga ni notará la diferencia.

—Te quiero.

Patricia suspiró.

—Son demasiados días.

—No queremos que esa Rosa sospeche. Tiene que parecer que quedan sin ser algo forzado. No quiero que descubran a María.

—Esa loca se dará cuenta de que Danglo ha cambiado la cerradura, estará con la mosca tras la oreja.

Apretó los labios porque puede que tuviera razón.

—No podemos hacer otra cosa. En cuanto María la coloque, te llamo para que des el aviso a ese amigo tuyo de la fiscalía.

—Hecho.

Colgó el teléfono y miró a Danglo. Tenían que evitar que Lisa se acercara a su casa y sus ojos brillaron.

—Cariño, necesitas una alarma bien grande sobre la puerta de tu casa.

Danglo empezó a entender.

—¿Crees que eso la disuadirá?

—Totalmente. En cuanto la vea no se atreverá a entrar por miedo a que salte.

Entrecerró los ojos.

—¿Crees que llamará a María?

—Eso sería perfecto, ¿no crees? Intentará sacarle la clave.

—No me explico cómo no se la ha llevado de aquí. ¿Lleva dos años viniendo para verla? No tiene sentido.

—Llevan dos años intentando que pases por el aro, pero llegué yo.

Él sonrió.

—Y menos mal que llegaste tú. Pero cuando se enteró de tu embarazo, ¿por qué no se la llevó? Tenía que darse cuenta de que estaba más lejos de su objetivo.

—¿Más lejos? No, cielo. Estoy segura de que en sus fantasías y en las de su padre creían que todo lo hacías por el proyecto de Japón y cuando lo nuestro se acabó confirmaron sus sospechas, por eso ella dio las declaraciones diciendo que era una despechada. Cree que estás a un pelo de caer. ¿Te ha llamado?

—Cada día, a veces hasta cuatro veces.

—Mira más o menos los mensajes de amor que me envía a mí.

—¿Sigue amenazándote?

—Tiene una imaginación muy limitada, eso está claro. Casi siempre pone lo mismo.

—Nena, no te lo tomes a broma.

Fue hasta el hall y cogió el bolso.

—Tengo que irme. Necesito tumbarme un rato.

—Avisaré a los de seguridad para que te protejan.

—Como quieras. —Abrió la puerta de la calle y le miró. Estaba guapísimo con su traje gris de tres piezas y sonrió—. Te conocí con ese traje.

—¿De veras? —Sonrió—. Solo recuerdo lo preciosa que estabas con tu vestido de encaje.

Ella levantó una ceja viendo la imagen de esa noche como si aún estuvieran allí.

—¿Solo recuerdas el vestido?

—Recuerdo lo preciosa que estabas.

—¿Y no recuerdas las amenazas? —Negó con la cabeza mirándole con la pena reflejada en sus preciosos ojos verdes—. Esto no empezó bien desde el principio —dijo antes de salir de allí.

Danglo apretó los labios y María dijo intentando animarle:

—No se preocupe, jefe. Le quiere. ¿No ve cómo quiere ayudarle?

—Pero no perdona que la utilizara.

—Dele tiempo. Al final todo saldrá bien.

—¿De veras? Hace tiempo que nada va bien, se me hace imposible que eso cambie ahora. —Se

volvió para ir hacia su despacho—. Y por cómo se ha ido es evidente que no me perdonará. Aunque no la culpo, he metido la pata desde el principio.

María le observó pensativa mientras cerraba la puerta y sintiéndolo por él entrecerró los ojos.

—Pues no se saldrán con la suya.

Cuando Kerstina llegó a la emisora escuchó los gritos desde el pasillo y asombrada entró en el despacho de sus amigas para ver que discutían de manera encarnizada.

—¿Pero qué pasa aquí? —gritó ella para hacerse oír.

Ambas la miraron y se señalaron la una a la otra.

—¡Ella tiene la culpa!

—¿Por qué discutís? —Dejó su bolso sobre la mesa de Lyris y se cruzó de brazos mirando a una y después a la otra—. Estoy esperando.

—Lyris ha metido la pata hasta el sobaco.

—¡No es cierto! ¡Solo he ido a la peluquería!

—¿Para otra cita con Robert? —preguntó Nohemi con burla.

—¿Has tenido una cita con Robert?

—Sí —dijo como si eso le importara un pito. Sus amigas levantaron las cejas—. Sí, me pinté las uñas de los pies para nada. En cuanto nos dimos un beso fue evidente que allí no había chispa. Bueno, yendo al grano os diré que he ido a la peluquería para...

—Te han dejado muy guapa —dijo Kerstina a toda prisa.

—Gracias, pero no necesitaba ir.

—Ah, ¿era para relajarte? A mí ir a la peluquería me saca de quicio, pero a ti te gusta.

—No, Kers, he ido para hablar con Rita.

Entrecerró los ojos.

—¿Rita? Cielo, no tienes que ir a hablar con la peluquera para que te escuche alguien, estamos aquí.

—Que no, he ido a ver a Rita porque ella escucha muchas cosas en el salón de belleza. Está lleno de cotillas.

—Has captado toda su atención, cuéntale lo que te dijo Rita —dijo Nohemi.

—¡No lo digas como si hubiera hecho algo malo! —Miró a Kerstina—. Te juro que no.

—Cielo, estoy segura de que tú no me perjudicarías y menos a propósito.

Sonrió más tranquila.

—Bueno, pues el hecho es que mientras me peinaban he sacado el móvil y casualmente mostré una foto de Lisa. Le dije que estaba preciosa a la salida del juzgado, que parecía peinada por un profesional y le pregunté que si la había peinado ella para ese momento.

—Y te dijo que sí.

—Exacto. Me dijo que la había levantado a las cinco de la mañana porque a las siete tenía que estar en el despacho del abogado. Que sabía que habría fotógrafos y que si se lo cogió fue por compromiso. Rita estaba mosqueadísima, de hecho, tenía un cabreo de primera porque ni las

gracias le había dado y como sabe que nosotras tenemos nuestras cosas con los Fashingbauer se le fue la lengua.

—Es una bruja, te dije que esa peluquera es una cotilla con mala leche —dijo Nohemi—. A saber lo que dice de nosotras.

—Qué va. Si nos adora. Siempre escucha el programa. Y no me interrumpas, ¿quieres? —Miró a Kerstina—. Por supuesto yo seguí animándola para que hablara y me contó cosas muy interesantes.

—¿Como qué? —preguntó impaciente.

—Como que era una mimada que pensaba que todos debían rendirle pleitesía y que ya estaba harta por muchas amigas que tuviera. Porque sus amigas van al mismo salón, ¿sabéis? Y que no le sorprendía que su padre estuviera metido en asuntos turbios.

Dejó caer la mandíbula del asombro.

—¿Rita te dijo eso?

—Sí, así me quedé yo porque hablara de ella de esa manera y le pregunté por qué decía eso. Pues resulta que la princesita habla mucho por el móvil cuando está allí y Rita ha escuchado cosas como que intentaban conquistar a Danglo. De hecho, esa chiflada le dijo que fuera buscando unos peinados impresionantes para el día de su boda porque él era el elegido. Rita por supuesto le siguió la corriente. Y Lisa animada le contó lo guapo que era, lo fascinada que la tenía. Rita dijo que cuando vio su foto juntos en la prensa lo sintió mucho por él, porque menudo paquete le caía encima. Bueno, a lo que iba, los asuntos turbios. Pues Rita me ha dicho en confidencia, que una vez le escuchó decir por el móvil que su padre lo arreglaría, que el encargado del local que quería alquilar ya la había defraudado una vez, que no lo haría de nuevo. Entonces Rita se enteró de que al tipo le dieron una paliza de muerte y se lo dijo ella misma en su siguiente visita. No dijo que lo había hecho su padre, por supuesto, solo dijo que sí había dado la fiesta porque el encargado ya no podía encargarse de nada. Rita habló con una amiga de esa pija, muy amiga y ella le contó que ese idiota había recibido su merecido. Que seguro que le había tocado las narices a quien no debía, que menos mal que había sido quince días antes de la fiesta y el nuevo encargado no había tenido problema con meter en el local a las doscientas personas que estaban invitadas, a pesar del aforo que era de ciento cincuenta.

—Si no hubiera escuchado la llamada, Rita hubiera pensado lo mismo que su amiga.

—Sí, pero la escuchó. Y a partir de ahí estuvo más atenta a sus conversaciones. Un día poco antes de Navidad escuchó en una de sus llamadas algo que la alertó mucho, tanto como para no poder negarse a peinarla a las cinco de la mañana. Escuchó cómo hablaba con Danglo, como discutían.

Se le cortó el aliento.

—¿Discutían?

—Ella le amenazó con matarle. Ante Rita. Dijo que como no entrara en razón le mataría y a ti también. Que era suyo, solo suyo y que no dejaría que le tocara otra mujer. Y que su padre la ayudaría.

Asombrada miró a Nohemi que estaba tan atónita como ella.

—Esto Lyris no me lo había contado.

—¡Porque en cuanto te dije que había ido a ver a Rita, te has puesto como loca! ¿Pero a ti qué te pasa?

—¿A mí? Nada. Y preocúpate de tu amiga, que está en *shock*.

—Me dejó por ella. Le amenazó y... —Tuvo que sentarse mientras pensaba en ello—. Se lo dijo por teléfono. Me dejó porque se lo ordenaron los del FBI. Nuestra relación ponía en peligro la investigación y le ordenaron que me dejara. Si quería salir limpio de esto no tenía otra opción.

—Por eso Albert dijo en el programa que él no tenía el valor de dejarte —dijo Lyris sonriendo—. Te conocía lo suficiente para saber lo que te dolería, lo del regalo y sabía que te irías.

Sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Me quería. No me compró el regalo a propósito. Me quería.

Sus amigas sonrieron.

—Sí, amiga. Te quería y te quiere. Y después como no podía estar sin ti, les convenció de que te necesitaban para lo del terreno, así que ella tuvo que admitir la relación hasta que firmaste. Seguro que esa zorra hizo fiesta cuando le descubriste.

Las lágrimas corrieron por sus mejillas sintiendo una rabia enorme hacia los Fashingbauer y Nohemi sonrió divertida.

—Uy, uy. Esa mirada indica que has llegado a tu límite, amiga. ¿Qué piensas hacer al respecto?

—Hundirles. Hundirles tanto en la mierda que ni sabrán cómo salir a flote.

—¿Comentarios en el aire?

—Todavía no. Dejemos que les detengan por asesinato. Entonces será nuestro momento. El jurado será formado con parte de la audiencia, ese será nuestra oportunidad para desenmascararlos.

Después de que el coche de sus guardaespaldas frenara ante la casa de Danglo, Martin se bajó a toda prisa para abrir su puerta. Se bajó dándole las gracias.

—Podéis iros hasta mañana, no saldré hasta las doce por lo menos.

Acompañándola hasta la puerta dijo:

—Si sales antes, llámanos. Estaremos aquí en diez minutos.

—Muy bien. —Metió la llave en la cerradura, pero no funcionaba y suspiró sintiéndose agotada—. Mierda, es verdad que hoy cambiaba la llave.

Martin pulsó el timbre y esperaron. Kerstina frunció el ceño.

—¿Danglo?

—¿Está en casa?

—No le he llamado, pero a esta hora siempre está en casa. —Sacó el móvil y le llamó—. No lo coge. Siempre me lo coge.

Martin cogiendo su brazo dijo por lo bajo:

—Volvamos al coche.

Preocupada se dejó llevar hasta el cuatro por cuatro y Martin le dijo a su compañero:

—Da la vuelta a la esquina.

Eso le hizo recordar.

—Tengo la llave del garaje. Un día tuve que recoger un paquete y era tan grande que lo descargaron en el garaje. —A toda prisa la puso entre ellos y Martin la cogió—. ¿Valdrá?

—Lo averiguaremos enseguida. —Jeff detuvo el coche ante el garaje—. No te muevas de aquí.

Ambos salieron del coche con las pistolas en la mano y pusieron la llave de plástico en la cerradura. La puerta empezó a subir, pero no fue un alivio, la verdad, porque se le estaban ocurriendo mil cosas y ninguna era buena. Angustiada casi pegó la nariz al cristal mientras entraban en la casa. Miró a un lado y a otro de la calle, pero estaba desierta. Abrió la puerta del coche y cruzó la acera entrando en el garaje. Fue hasta la puerta que daba a las escaleras y subió hasta el primer piso. No se oía nada y eso la puso más nerviosa aún. ¿Qué le habría pasado? Levantó la vista al oír pasos en el piso de arriba y fue hasta el hall para empezar a subir las escaleras.

—Joder, llama a una ambulancia.

Sintiendo que se le paralizaba el corazón subió los escalones de dos en dos.

—¿Danglo?

—Tenías que haberte quedado en el coche.

Llegó a la habitación de la claraboya para ver por la luz de la lámpara de la mesilla de noche que tenía allí, la cama y varios muebles más. También había una escalera tirada en el suelo. Jeff encendió la luz mostrando a Danglo en pijama e inconsciente al otro lado de la escalera.

—¡Cielo!

—Se ha debido caer, pero tiene pulso —dijo Martin arrodillado a su lado antes de mirar hacia arriba—. Estaba intentando colocar una toalla, seguramente para que no se filtrara la luz.

—Cariño. —De rodillas a su lado se acercó para sentir su aliento. Sollozó al sentirlo y le pasó la mano por la mejilla—. Cariño despierta.

—Se ha debido dar un buen porrazo. Hay que llamar a emergencias. —Martin miró sobre su hombro y vio que su compañero ya tenía el móvil al oído—. Llegarán enseguida.

—Dios mío. —Le vinieron a la mente mil historias de gente a la que le había pasado algo así y aterrorizada porque no se despertara le abrazó—. Cielo, estoy aquí.

—¿Nena?

Chilló del susto apartándose.

—Estás despierto. —Se llevó una mano al pecho—. Leche, menudo susto. Ahora solo tengo que preocuparme de que no te hayas roto la columna.

—Joder nena, qué hostia me he pegado.

—¡No te muevas! Ay, madre, que no oyes bien y no has oído lo de la espalda rota. ¡No te muevas! —le gritó en la cara haciéndole parpadear.

—Kerstina, te oigo perfectamente.

—¡Tienes bien la cabeza! —Sonrió a Martin que rio por lo bajo—. Es que mi hombre es muy duro.

—¿Has dicho tu hombre?

Le miró a los ojos y sonrió.

—Es evidente que siempre te sales con la tuya, Brearley.

—Dame un beso.

Se agachó y le dio un beso ansiosa por sentirle.

—Te quiero.

—Y yo a ti, preciosa. Y te juro que no te defraudaré nunca más, que...

—Shusss. Has hecho lo que has podido.

Él suspiró como si se quitara un enorme peso de encima, pero de repente gimió de dolor y asustada gritó:

—¿Dónde está la ambulancia?

En ese momento escucharon el sonido de su sirena y Kerstina cogió su mano.

—Ya vienen, cielo.

Martin quitó la escalera. Se oían voces en el piso de abajo y pasos que subían a toda prisa.

—Nena. —Le miró a los ojos—. Eres lo mejor que me ha pasado nunca.

Emocionada sonrió.

—Lo sé.

Él rio gimiendo de dolor inmediatamente después y fue cuando llegaron los sanitarios con una camilla rígida.

—Vaya, al menos tenemos buen humor —dijo un hombre con un chaleco amarillo que se arrodilló al otro lado—. ¿Una mala caída?

—Se me fue la escalera.

—Ha perdido la consciencia —dijo ella preocupada.

El médico sonrió.

—Pero ahora ya estás con nosotros. ¿Cómo te llamas?

—Danglo Brearley. Creo que tengo algo en la espalda.

—Muy bien, Danglo, te voy a poner un collarín.

—Señora necesito espacio —dijo el otro amablemente.

—Sí, por supuesto. —Se apartó soltando su mano sin dejar de mirarlos.

—Mi novia está embarazada y se ha alterado mucho.

Emocionada por que se preocupara por ella, dijo casi sin voz:

—Estoy bien.

—Nos encargaremos también de ella, no te preocupes. ¿Sientes los pies?

—Sí.

El médico sonrió mientras le ponía un tensiómetro en el brazo. Pulsó el botón y de inmediato cogió el collarín que le tendía su compañero. Trabajaron con tanta eficiencia que Kerstina entrecerró los ojos.

—¿Alguna vez les han entrevistado para la radio? —Ambos la miraron—. Creo que ustedes tendrían mil historias que contar. Por cierto, soy Kerstina Goosby y soy la directora del programa *Nosotras te lo contamos*. ¿Pueden contestar a unas preguntitas mientras salvan a mi novio?

Capítulo 18

Danglo rio por lo bajo y Kerstina sentada a su lado en la camilla de urgencias, siseó:

—No tiene gracia, no puedo evitarlo.

—La cara que pusieron cuando les preguntaste que si alguna vez habían ligado con alguna paciente.

Sonrió radiante.

—Son un diamante en bruto. Ya verás que programa, va a ser la leche.

—Nena, está claro que sabes aprovechar las oportunidades.

—Lo hice contigo, ¿no? —Se agachó y le dio un beso en los labios—. ¿Te duele mucho?

—Eso que me han puesto es la bomba y estoy como para correr maratones. —La miró con picardía haciéndola reír.

En ese momento un médico entró en el box y sonrió.

—Todas las pruebas han dado negativo. Lo que tiene en la espalda es una fuerte contractura por la caída.

Ella se bajó de la camilla.

—¿Y la cabeza? ¿La tiene bien? Es un hombre muy listo cuando no se pega porrazos, ¿sabe? No debe perder ni una neurona, que luego no se le ocurren esas tramas vengativas que forman parte de su carácter. —Estiró el cuello intentando ver los papeles que tenía en la mano—. ¿Ha perdido alguna?

El médico rio por lo bajo.

—No. No hay fisuras, está consciente y habla con coherencia. Además, el escáner no refleja nada en absoluto. Tiene una cabeza muy dura.

—Genial. Cariño, levanta el culo que estoy agotada con tantas emociones. Porque le da el alta, ¿no?

El doctor asintió.

—Sí, ya puede irse, pero les recomendaría que no salieran por la puerta de urgencias.

—¿Y eso por qué? —preguntó Danglo ya sentado en la camilla mostrando la bata que le habían dado en el hospital.

—Porque está lleno de prensa y una famosa está en la sala de espera montando el numerito porque quiere pasar a verle.

Se le cortó el aliento antes de mirar a Danglo.

—Lisa.

—¿Sabe que mi novia está aquí?

—No lo sé. —Le entregó unos papeles—. Aquí tiene el alta y la medicación que debe comprar. Algo empezó a pitar y se largó corriendo antes de que pudieran preguntar nada más.

—Mierda —dijo Danglo—. Nena, llama a Martin y que te espere en otra puerta. Yo saldré por urgencias para intentar calmarla.

—Ni hablar, no pienso irme por otro sitio.

—No podemos revelar nuestra relación hasta que María haga su trabajo. Tengo que calmarla. Además, si sales conmigo los de la prensa montarán un circo porque hemos vuelto.

En eso tenía razón, sobre todo después de ponerle verde ante todos. Pero se resistía a dejarle solo y menos con esa.

—¿Estarás bien?

Él sonrió.

—Después de lo del semen esto no es nada.

Soltó una risita.

—Mira que timarme con lo del semen.

—¿Cómo te has enterado de eso? —preguntó sorprendido.

—Tengo mis fuentes. —Le dio un beso en los labios—. ¿Te veo en casa?

—Me seguirán.

Hizo una mueca.

—Pues te quedas sin maratón, tú verás. —Él se puso de pie gimiendo de dolor—. ¿Cariño?

—No es nada. Ya le has oído, es una contractura.

—Caminas como un abuelito.

—Muy graciosa.

—¿Serás capaz de subir por las escaleras? Mira, entro por el garaje y te espero en casa.

—Nena.

—No me verá nadie. —Le guiñó un ojo y salió apartando la cortina mientras decía entre dientes—. Como esa le toque un pelo, me la cargo.

—Te he oído —dijo bien alto.

—Mejor, así estás avisado.

Llegó a la casa antes que él y subió corriendo al piso de arriba para colocar la escalera abierta bajo la claraboya. Al mirar hacia arriba puso los ojos en blanco porque se dio cuenta de inmediato del problema. La toalla era demasiado pequeña para tapar toda la claraboya.

—Estupendo, y luego dicen que somos las mujeres las que no sabemos medir. —Fue hasta el armario del pasillo y encontró una manta fina de un color marrón horrible, así que la cogió. Unos minutos después cerraba la otra hoja de la claraboya girando la manilla y sonrió porque al remeterla por las hojas de la ventana había quedado perfecta. Tendrían que llamar a alguien para que la cambiara y pusiera algo más práctico. Cuando colocó la escalera en el garaje, frunció el ceño porque le parecía que su hombre estaba tardando mucho y entonces se dio cuenta. ¡No tenía llaves! ¡Había salido únicamente con el pantalón del pijama! Ni móvil tenía. —Mierda, mierda—. Se llevó la mano al cuello. ¿Se lo habría llevado a su casa?—. Claro que se lo ha llevado a su casa, tonta. ¡Ha aprovechado la oportunidad! La muy zorra.

Entonces sonó el teléfono de la cocina y a toda prisa corrió hasta allí para descolgar.

—¡Sí!

—Estoy en casa de Fashingbauer —susurró.

—Sal de ahí —dijo angustiada.

—No quieren que me quede solo. Para despertarme cada tres horas. Lisa lo ha visto en una película.

—¿No me digas? ¡El médico no ha dicho nada de eso!

—Dice que es un inconsciente. Que seguro que era novato y no sabía ni lo que hacía. Está encantada pululando a mi alrededor. Me está haciendo el desayuno.

—¿Pero sabe cocinar? A ver si te envenena. —Se llevó la mano a la frente—. Ya lo sé. Llamaré a María para que te vaya a buscar y que de paso...

—Joder nena, eres un genio. Que me traiga ropa.

—¿Con quién hablas?

Kerstina se tensó al escuchar la voz de Lisa.

—Con el marido de María para que me traiga algo que ponerme.

—Cariño, no es necesario. —Soltó una risita—. Además, así estás perfecto, pero si te empeñas puedo ir yo a por ella.

—Déjalo, ya ha colgado. —Se oyó el sonido que indicaba que había colgado, seguramente para que ella no lo cogiera.

—¿Así estás perfecto? —dijo con rabia—. Cuando te coja, te voy a agarrar de los pelos y... —Entrecerró los ojos—. El teléfono de María. A ver dónde lo encuentro.

Afortunadamente, no fue difícil de encontrar. Con lo ordenadito que era, solo tuvo que buscar en la agenda del ordenador que estaba encendido en su despacho. Menos mal que era un obseso del trabajo porque como tuviera que despertar a Patricia para averiguar su número, su hacker se iba a cabrear y mucho. Por supuesto María vio su oportunidad y en menos de cuarenta minutos allí la tenía haciendo la bolsa con todo lo que pudiera necesitar el jefe. Cuando la cerró se volvió con ella en la mano para mirarla.

—Lista.

—¿Nerviosa?

—No, ahora tengo una excusa buenísima para ir hasta allí. Seguro que le tienen en una de las habitaciones de invitados. Cuando bajemos, diré que voy al baño y para ir hasta el de servicio pasaré por la biblioteca.

—Perfecto. Sácale de allí.

—Eso no lo dude, jefa. Voy a decir que ya tiene a la enfermera esperando para ayudarle en lo que necesite. Una prima mía muy eficiente. Además, tiene que volver, porque hoy tiene una reunión importantísima con un socio de Los Ángeles. Su secretaria ya está avisada y la reunión será en la casa. Su plantilla ya está movilizada para trasladar la oficina aquí los días que sean necesarios.

—Perfecto. No queda ningún cabo suelto, eres un genio.

María sonrió antes de ir hacia la puerta y salir de la habitación.

—Lláname si necesitas algo.

—Usted váyase a su casa. Antes había uno de la prensa husmeando ante la puerta.

—Sí, ya le he visto. Tranquila, no me verán hasta que no salga la noticia de la pistola.

—No la cague.

—¡Eh!

María soltó una risita y se puso el abrigo.

—Vamos allá. Es hora de poner las cosas en su sitio.

—Suerte. —La besó en la mejilla y María sonrió—. ¿Qué?

—Usted sí que es una mujer como Dios manda.

Se sonrojó.

—Gracias, lo mismo digo. —Se puso detrás de la puerta y María salió de la casa. Suspiró. Esperaba que todo saliera bien.

Dos horas después estaba de los nervios y discretamente se acercó un par de veces a la ventana, pero no llegaba ningún taxi. El de la prensa había desaparecido, porque seguramente se había enterado de que Danglo estaba en casa de Lisa.

—No viene —dijo a sus amigas que estaban por videollamada.

—Seguramente le estará entreteniendo —dijo Nohemi—. Eso es perfecto para que María haga su trabajo, tranquila.

—No sé, me da mala espina.

—Tienes que darles tiempo —dijo Lyris—. Además, tienes que calmarte un poco que llevas una temporada de los nervios y no es bueno para el bebé. ¿Te han dado algo en el hospital?

—Una pastilla que no ha servido para nada.

En ese momento apareció Patricia en la pantalla y preguntó:

—¿Cómo lo has hecho?

—¿Debo contestar esa pregunta? Tengo algo.

—Estamos impacientes por oírlo.

—Nos preguntábamos cómo habían salido del torneo de tenis, pues no os vais a creer esto. Aún está grabado.

Las tres dejaron caer la mandíbula del asombro y Patricia rio.

—Sí, yo también puse esa cara. Pero es que he rascado un poco. Resulta que el jefe de seguridad del club tiene antecedentes penales, por eso le echaron del cuerpo de policía. Revisando sus cuentas he visto que recibe todos los meses mil dólares de una cuenta del extranjero. He entrado en su ordenador y bingo, en una carpeta encriptada tiene las imágenes de Lisa saliendo del club por la puerta de empleados. Estaba realmente furiosa. Y apenas una hora después sale su papi.

—¡Eres un genio! ¡Les tenemos, les tenemos!

—Con la pistola será redondo. Tranquila, que llegarán enseguida. Mi contacto ya está listo para actuar en cuanto yo le dé el visto bueno.

—¿Ya le has dicho lo de las imágenes? —preguntó Nohemi.

—Ya las tiene en su poder. Las debe estar visionando.

—¿Y por qué los Fashingbauer no se cargaron a ese de seguridad? —preguntó Lyris aún atónita.

—Porque seguramente no sabían dónde estaban las imágenes. Les enviaría una copia para demostrar lo que poseía, para realizar el chantaje y después guardó bien los videos. Además, estoy segura de que tiene otra copia en alguna caja de seguridad con las explicaciones necesarias, para que la encuentre su esposa en caso de que le pase algo.

—Gracias, gracias —dijo Kerstina.

—Te enviaré la factura.

—Te aseguro que la pagaré con gusto.

Patricia le guiñó un ojo antes de colgar y sus amigas sonrieron. —Ya está, se ha acabado —dijo Nohemi—. En cuanto llegue tu hombre a casa, la policía se tirará sobre ellos. ¿Contaremos la primicia?

Miró a sus amigas atentamente.

—No, no quiero que os metan a vosotras en esto. Se nos puede escapar algo que nos deje a las tres con el culo al aire y ya habéis hecho muchísimo, quiero dejaros al margen. Pero hay que comentar algo. Como mucho hablaremos de su detención y nos haremos las tontas.

Nohemi gruñó.

—¿Te molesta? —preguntó Kerstina.

—Es que para una noticia bomba que tenemos.

—Ya lo sé, pero eso pondría el foco sobre nosotras y odio que tengáis que llevar guardaespaldas por mi culpa.

—No nos molesta, el mío es muy guapo —dijo Lyris.

—¿Y Robert? —preguntó Nohemi asombrada.

—¿No te he dicho ya que besa mal?

—No dijiste eso —contestaron las dos a la vez.

—Uy. —Hizo una mueca—. Pues besa fatal, chicas. Como esos que te babosean toda la boca como si fuera un chupón de los que usas para desatascar el fregadero. —Las dos pusieron cara de horror—. Sí, una pena. Prometía tanto.

—Pobrecito, igual necesita unas clases —dijo Kerstina.

—¿Quieres hundirle la moral? —preguntó Lyris espantada—. Yo no digo ni pío.

Nohemi no se lo podía creer.

—Seguro que exageras.

—Te juro que no. Hasta me borró la barra de labios y era de las fijas que no se quita ni con desmaquillante.

Kerstina no lo pudo evitar, se echó a reír imaginándosela ante el espejo viéndose los labios.

Nohemi gruñó.

—Deja a tu guardaespaldas, que está trabajando y le desconcentras. Tenemos un problema entre manos.

—Vale.

—Volviendo al programa. ¿Y qué decimos sobre Danglo? Algo tenemos que comentar para restaurar su imagen.

Kerstina lo pensó.

—En cuanto hayan pasado unos días de la detención empezamos. Que los Fashingbauer le engañaron y cosas así. Que me costó darme cuenta.

—O sea, la verdad edulcorada —dijo Nohemi divertida.

Hizo una mueca.

—Sí, algo así. —Se acercó a la ventana de nuevo y al ver un coche negro se le cortó el aliento—. Viene alguien.

—¿Danglo?

Vio cómo se abría la puerta y bajaba del coche el mismísimo Fashingbauer.

—Mierda.

—¿Qué pasa?

—Es George Fashingbauer y está sacando una llave.

—Eso es que se la ha quitado a María. Ese busca la pistola —dijo Nohemi—. ¡Lyris llama a la policía! ¡Kerstina escóndete!

Miró a su alrededor y juró por lo bajo porque la habitación de la claraboya no tenía armario.

—¿Y qué les digo? —preguntó Lyris con el inalámbrico en la otra mano—. ¿Que un viejo entra en la casa de un amigo con la llave?

—¡Mierda, va a ver la madera en el pasillo! ¡Sabrá que hemos levantado el suelo para encontrar la pistola!

—Escóndete. Y no te metas debajo de la cama, que en las pelis siempre las pillan. Lyris diles que parece sospechoso, solo eso. Que eres una vecina.

—¿Y si rastrean la llamada? Sabrán que estoy implicada en el caso.

—¡No llores! —ordenó Kerstina—. Veamos lo que hace.

Nohemi no dejaba de mirarla y vio cómo pegada a una pared estiraba el cuello como si intentara ver algo. Estaba pálida como la nieve.

—Ya abre —susurró antes de correr por el pasillo. Vieron el suelo de parquet y varios tablones arrimados a la pared. Después se vio cómo abría una puerta y sus pies entraban en la habitación a oscuras—. No digáis nada —susurró. Se acercó a la rendija de la puerta para ver cómo iba directamente a la habitación de la claraboya—. Ha entrado en la habitación. Ese va a lo que va.

Sin aliento le escuchó jurar por lo bajo antes de decir:

—Será hijo de puta.

—Mierda, nos han descubierto.

—Os iban a descubrir igual —susurró Lyris—. Preocúpate de que tu hombre no ha vuelto a casa.

Poniéndose muy nerviosa susurró:

—Patricia, más vale que hagas tu magia porque ese psicópata está en la casa.

—Igual no está escuchando por la aplicación esa —susurró Nohemi—. Será una mujer muy ocupada con todos los secretos que hay por descubrir por ahí.

—Patricia envíame un mensaje si me oyes.

—Se va a escuchar el pitido —susurró Lyrís.

—Lo tengo en silencio.

En ese momento llegó un mensaje de WhatsApp con un pulgar hacia arriba y suspiró del alivio.

—Me ha oído. Ella enviará a la caballería.

—Tu novio necesita una alarma ya.

—Sí, ahora —dijo Nohemi exasperada.

Entonces se oyeron unos golpes que la sobresaltaron.

—¿Qué hace? —preguntó Kerstina mirando por la rendija.

—Tendrá una rabieta, los psicópatas las tienen cuando algo no sale bien —susurró Lyrís.

—¡Hija! —A Kerstina se le cortó el aliento. Estaba hablando con Lisa por teléfono—. Tenías razón, ha cambiado la cerradura. Menos mal que ayer pasaste por aquí y viste trabajando a los cerrajeros. Pero ya sé por qué la cambió. ¿Sigue ahí? —Se hizo el silencio lo que indicaba que estaba escuchando—. ¿Ya le han curado el corte a María y quieren irse? ¡No lo permitas! Ha desaparecido. Sí, la pistola ha desaparecido. ¡Ese cabrón de mierda nos la ha jugado! ¡Hay que sacarle dónde la tiene! No grites, ¿quieres que te oigan? Entretenle mientras llego. Haz que se vaya el servicio discretamente. Coge la pistola del despacho y amenázale si es necesario. ¡Hazlo y no lloriquees!

Entonces se escucharon las sirenas de la policía.

—Hostia. —Salió corriendo hacia las escaleras y Kerstina a toda prisa salió de la habitación para ver que hasta dejaba la puerta abierta en su prisa por llegar al coche.

—¡Alto! —gritó alguien en la calle.

Kerstina apretó los labios y miró la pantalla del móvil.

—Le han pillado. Le han pillado y esa loca tiene a Danglo y a María.

—Si Patricia ha escuchado esto, seguro que la policía ya va para allá, amiga —dijo Nohemi—. No te preocupes. Todo saldrá bien.

Bajó del coche patrulla a toda prisa y un policía le gritó que no se moviera de allí. La calle estaba acordonada y Martin que les había seguido la cogió del brazo.

—¿A dónde vas?

—Voy a subir.

—Ni de coña, deja actuar a los profesionales.

Jeff se acercó.

—Les tiene retenidos a punta de pistola y al servicio también. No debió entender bien las instrucciones de su padre.

—Dios mío. —Angustiada se apretó las manos y la prensa se dio cuenta de que estaba allí. La rodearon en un parpadeo y los chicos intentaron quitárselos de encima metiéndola en su cuatro por cuatro.

—¡Qué no se vaya, puede que la necesitemos! —gritó alguien.

Martin se subió tras el volante.

—Esperaremos aquí. ¡Apartaos joder! —gritó a los que intentaban sacarles fotos a pesar de los cristales tintados. Uno hasta se subió al capó del coche y Jeff le agarró de la cazadora para tirarle al suelo—. Son idiotas.

Hizo una mueca porque se daba cuenta de lo que era vivirlo desde el otro lado y la verdad es que era de lo más estresante. Ni se imaginaba todo por lo que Danglo había pasado en Inglaterra y encima todo aquello. Se mordió el labio inferior, aquello sería la puntilla. Esperaba que pudiera soportarlo, porque ahora sí que se enfrentarían a un juicio, ya que eran los testigos principales. De repente, los periodistas desaparecieron para correr hacia la puerta.

—¡Pasa algo!

—¡No salgas del coche! ¡Jeff se encarga!

Muerta de miedo miró hacia allí, pero sus compañeros le impedían ver nada. Antes de que su guardaespaldas pudiera impedirlo salió del coche y corrió hacia allí metiéndose entre los periodistas.

—¡Dejadme pasar! —El que tenía delante se apartó apuntándola con la cámara, pero a ella le dio igual porque vio a una mujer vestida con un uniforme de muchacha con sangre en la manga. Se quedó en shock viendo cómo lloraba sin saber qué hacer, mientras los policías intentaban apartar a los periodistas. Sintiendo que su corazón latía a mil por hora, corrió hacia el portal y Martin intentó agarrarla, pero no lo consiguió porque le apartó un policía. Esquivó a dos policías que intentaron interceptarla y se subió al ascensor justo cuando se cerraban las puertas. Pulsó el último botón, pero las puertas volvieron a abrirse y un policía de uniforme le gritó—: ¡Salga de ahí!

—¡Mi novio está ahí arriba y pienso subir!

—¡Y qué quiere conseguir! ¿Que esa loca la mate? ¡Los negociadores ya están arriba, déjeles trabajar!

Al ver pasar ante ellos a una pareja que era custodiada por un bombero preguntó:

—¿Están evacuando el edificio?

—Ha amenazado con incendiar el piso. ¡Salga! —La cogió del brazo y la obligó a salir.

—¡No, por favor! ¡Danglo está arriba con esa loca!

—Precisamente, es mejor que no esté en medio si se líla la gorda. —Le miró con horror y él carraspeó—. No pasará nada.

—¡Sí, eso dice ahora!

—No se resista o tendré que detenerla por obstrucción.

—¡Déjese de tonterías!

Tiró de ella hasta la puerta y le gritó a un compañero:

—¡Sacadla de aquí!

Se soltó del policía y se acercó corriendo a la doncella que estaba sentada en la parte de atrás de una ambulancia.

—¿Qué ha pasado?

—Oiga, no contestará preguntas de la prensa —dijo un hombre vestido con vaqueros y un jersey negro.

—¡Soy la novia de Danglo!

—La de la radio —dijo la mujer.

—Sí, sí. Esa soy yo.

—Siempre la ponía verde, pero siempre escuchaba su programa. Si no podía lo grababa. Está obsesionada con usted y con él.

—¿Está herido?

—Oh, no. Le adora. Puede que le haya amenazado, pero dudo que le haga daño.

—¿Y los demás? ¿Y María?

—Esa bruja la obligó a cortarle la fruta del desayuno mientras el señor Brearley se cambiaba. Pasó tras ella y la empujó provocando que se hiciera un buen tajo en la mano, por eso tengo así la manga, pero está bien. Aunque asustada, como todos. La señorita Lisa está como loca, no deja de decir disparates. Me escapé porque se volvió y conseguí salir por la puerta de servicio. Me disparó, pero no consiguió darme.

El policía que estaba a su lado escuchaba atentamente.

—¿Cree que se puede negociar con ella?

Negó con la cabeza.

—No sé qué pensar. Dice que los matará a todos si no le dicen dónde tiene la pistola. También ha dicho que no es la primera vez que lo hace.

—Dios —dijo ella llevándose las manos a la cabeza porque ya todo había salido a la luz.

—¿Hay otra pistola en la casa?

—¡No sabía ni que tenían esa!

—Yo se lo explico —dijo ella mirando al hombre mientras Martin y Jeff se ponían tras ella—. Acaban de detener a su padre porque fue a casa de Danglo para intentar recuperar la pistola que Fashingbauer había escondido allí. La pistola que demuestra que Lisa mató a un antiguo novio y a su amante.

—Hostia. ¿Y dónde está la pistola, sigue en casa de su novio?

—La encontramos y sabíamos que era la suya. Está arriba. La asistente de mi novio iba a esconderla en casa de los Fashingbauer para que la policía la encontrara ahí, donde viven los culpables del asesinato.

—¿Está segura de que esa arma tiene sus huellas?

—Totalmente. Ella se colaba en casa de mi novio para verla. Hay grabaciones de cómo allanaba la casa. —Le miró incrédulo—. Sí, es de locos. Pero creo que eso deja más que claro que muy bien no está.

—¡Kerstina!

Volvió la vista hacia Nohemi que consiguió pasar el cordón policial con Lyrís detrás. Fue hasta ellas y las abrazó con fuerza.

—Dios mío, Danglo está arriba, está armada y parece que ha perdido la cabeza.

—Tranquila —dijo Lyrís.

—Temo que le dispare si cree que le va a perder —dijo muerta de miedo.

—Señorita.

Se volvió hacia el policía, pero él miró por encima de sus cabezas.

—¿Qué coño hace aquí el FBI?

—Mi Danglo colaboraba en una investigación con ellos.

—¡Ya era hora de que dieran la cara! —protestó Nohemi—. ¡Todo lo hemos hecho nosotros!

Uno de ellos debió oírlo porque levantó una ceja.

—Señoritas. —Se volvió hacia el policía y extendió la mano—. Agente Carlton Patterson.

—Sargento Malcom Cray.

—¿Cómo va la negociación?

—Mal. No atiende a razones y se niega a soltar a los rehenes.

—¡Déjeme subir! —La miraron como si estuviera loca—. ¿No se dan cuenta? ¡Está obsesionada conmigo!

—Estás embarazada de Danglo, te matará —dijo Nohemi.

Sin hacerle caso a su amiga dijo:

—Denme una pistola. Sé usarla, mi madre me enseñó.

Entonces se escucharon gritos y todos se volvieron para ver a Danglo ante el portal mirando a su alrededor como si estuviera buscándola. Cogía a María por la cintura mientras tres personas más les seguían. Sollozó porque parecía estar bien, lo que fue un alivio inmenso.

—¡Danglo! —La miró y corrió hacia él. Se tiró a sus brazos cerrando los ojos de la emoción—. ¿Estás bien?

—Sí, preciosa. Se ha acabado. ¿Tú estás bien?

—Sí, sí. Ni siquiera se dio cuenta de que estaba en tu casa.

—Tenía que haberle visto, señorita, en un despiste de esa zorra se levantó y le pegó un puñetazo que le hizo perder la consciencia en el acto. Tiesa la ha dejado tirada en el suelo.

—Y eso que te dolía la espalda. —Se apartó para mirar su rostro—. Júrame que estás bien.

Él sonrió.

—Te lo juro. —La besó suavemente en los labios antes de apoyar su frente en la suya—. Nena, necesito unas vacaciones.

—Nos las tomaremos. —Se volvió hacia María—. Tu mano.

—No es nada. —Se acercó y susurró—: Está hecho.

—Estupendo, porque la policía ya lo sabe todo.

—¿Qué?

—Cariño, han detenido a su padre saliendo de tu casa. No había manera de esconderlo. No hemos hecho nada malo, tranquilo. Es más, nos beneficiará porque tu nombre quedará limpio, al fin demostraremos que solo querían implicarte.

Danglo entrecerró los ojos y de repente sonrió.

—Entiendo.

—Lo pondremos a nuestro favor. Recuperarás tu buen nombre y justificaremos mi desconfianza. Tú déjame los medios a mí —dijo por lo bajo.

—No puedo dejarlo en mejores manos.

Le abrazó de nuevo para que le sacaran mil fotos y no dejaban de gritarles preguntas.

—Te quiero.

—Y yo a ti, nena. Todo irá bien porque ya no es ni tú conmigo ni yo sin ti, ahora es juntos.

—Para siempre.

Fue una auténtica locura, les mantuvieron a todos en la comisaría horas y cuando terminaron de declarar, se había pasado la hora del inicio del programa con lo que la emisora tuvo que llamar a los de la mañana para que comentaran la noticia. Tuvo que entrar en directo por teléfono y explicó por encima parte de la historia. Lo que conocían todos por las filtraciones de la policía, porque no era tonta y los detalles los daría en su programa al día siguiente. Sus amigas no dejaban de trabajar con sus móviles mientras ella no perdía detalle y sobre todo no perdía de vista a Danglo para que nada pudiera dañarle.

Cuando llegaron a casa, Martin dijo que otros compañeros vigilarían la vivienda durante la noche y que a primera hora de la mañana una empresa de alarmas la fortificaría. Ahora eran testigos y debían estar aún más protegidos. Danglo no puso ningún impedimento. Minutos después, agotados, se tumbaron el uno al lado del otro y ella le acarició la cara.

—He temido por ti.

—Y yo por ti, nena. Cuando me di cuenta de que su padre se había ido y María me dijo que no encontraba su bolso, me imaginé lo que había pasado, pero era tarde, de repente ella sacó la pistola y aquello se fue de madre. No sabía lo que estaba pasando aquí y creí que me volvía loco.

—Le van a hacer un estudio psicológico y a él le soltarán porque tenía la llave. En su declaración ha dicho que se la habías dado para ir a buscar una documentación que no llegó a encontrar.

—No se librarán. Tienen las huellas y las imágenes que el fiscal dice que le han enviado anónimamente. Están perdidos.

—Eso espero, cielo. Como les suelten, ¿y si te hacen algo?

—No pasará nada. Además, tenemos seguridad y si hay que reforzarla, lo haremos. No quiero que te preocupes más, que estás sometida a mucha presión.

—Estoy bien. Me han dado otro sedante. —Bostezó y él sonrió—. Estoy agotada.

—Duerme, a partir de ahora siempre te despertarás a mi lado.

Capítulo 19

—Pues ya veis, amigos, a pesar de todas las triquiñuelas de Fashingbauer desde que le dieron la libertad bajo fianza hace cuatro meses, el juicio será mañana. ¡Al fin! A ver si así deja de insultarnos en sus declaraciones y de amenazar con demandas. Chico, es la fiscalía la que quiere enchironarte. Menos mal que tenemos órdenes de alejamiento y guardaespaldas. No nos sentíamos muy seguros, ¿sabéis? Y no es para menos después de todo lo que hemos averiguado de este elemento. Pero bueno, ahora a centrarse en el juicio. No estaré durante unos días, pero mis amigas se encargarán de todo con información de primera mano. Si queréis enteraros de todas las novedades no os perdáis ni un minuto de nuestro programa.

Robert le hizo un gesto con la mano desde la puerta de la pecera y ella asintió.

—Nohemi, ¿qué tenemos ahora?

—Oh, pues he ido a ver una película que me ha dejado de piedra. Me cagué viva.

Se levantó mostrando su pequeño vientre bajo su vestido azul y fue hasta la puerta para salir sin hacer ruido.

—¿Qué pasa?

—¿Es tu cumpleaños?

—Quedan dos meses.

Él sonrió.

—Pues tu novio debe haberlo adelantado, porque acaba de firmar la compra de la emisora.

Dejó caer la mandíbula del asombro.

—Me estás metiendo una trola.

Robert se echó a reír.

—Y te ha nombrado presidenta. Felicidades.

Chilló de la alegría y le abrazó.

—Está loco.

—Está claro que quiere que te cambies al horario de mañana y es un hombre que consigue lo que se propone.

Se apartó.

—Ya verás cuando le pille. ¿Qué te parece el cargo de vicepresidente?

—Odias la administración, ¿no?

—No sabes cuánto y las chicas no miran mucho por el dinero precisamente. ¿Me harías el favor?

—Es un puesto hecho a mi medida.

—Genial —dijo loca de contenta—. Nos cambiamos a la mañana. Uff, qué bien, podré hacer el amor a horas normales.

—¿Era necesario que me dijeras eso?

—Vamos, has pasado página. —Perdió parte de la sonrisa—. ¿O no?

Robert asintió.

—No te preocupes, fue una locura pasajera.

—¿Y lo de Lyrís?

—Solo somos amigos. —Se acercó y susurró—: Oye, ¿te ha dicho algo de nuestra cita?

Mejor hacerse la loca.

—Que no había mucha chispa y ella espera que cuando esté con el tipo que será su marido salte la central eléctrica.

—¿Solo eso?

—¿Te parece poco?

—Es que cuando la besé puso cara rara.

—Es que no le había dado la descarga.

—Ya. —Se enderezó—. A mí tampoco.

—Pues tiene que darte o no es la persona correcta.

—Te haré caso.

Nohemi sacó la cabeza.

—Te está vibrando el teléfono.

—Uy, es mi chico, ya verás la sorpresa que nos ha preparado.

Entró en la pecera y cogió el teléfono antes de salir corriendo. En cuanto salió se puso el teléfono al oído.

—Cariño, eres un pillín. ¿Y esta sorpresa?

—¿Nena? Se ha escapado.

—¿Qué?

—Lisa se ha escapado del psiquiátrico. Ya he llamado a Martin, no te separes de él y vuelve inmediatamente a casa.

—Sí, vale. Voy para allá. —Colgó el teléfono y miró a Robert—. Esa chiflada se ha escapado del psiquiátrico.

Martin apareció en el pasillo y su expresión demostraba que todo aquello era muy serio.

—¿Danglo está protegido?

—Hay cuatro hombres rodeando la casa y la alarma está conectada, no te preocupes.

—Bien. Voy a por mi bolso.

En ese momento salió Lyrís.

—¿Qué pasa?

—Lisa se ha escapado —dijo Martin.

Entonces el miedo volvió con fuerza y sin darse cuenta se acarició el vientre.

—¿Y si viene a por mí?

—Martin está aquí —susurró Lyrís—. No dejará que te pase nada.

—¿Y a vosotras? Ya no lleváis escolta.

—A ellas tampoco les pasará nada —respondió Martin muy serio—. Ya he llamado para pedir

refuerzos.

—Ya verás cuando hable con tu jefe. ¡Él dijo que no necesitaban guardaespaldas! —gritó empezando a ponerse de los nervios. Nohemi salió de la pecera—. ¿Pero qué haces?

—Publicidad. ¿He entendido bien? ¿Cómo que se ha escapado?

—No sé los detalles todavía, me voy a casa.

—Pero bueno, ¿es que estos no sirven para protegerte? Ya decía yo que tanto músculo no servía de nada —dijo Nohemi haciendo que Martin la fulminara con la mirada, pero esta no se intimidó—. ¿Qué?

—Nada —dijo entre dientes mientras caminaban hacia el despacho para que cogiera su bolso. Kerstina dejó el móvil sobre la mesa para ponerse el abrigo—. ¿Nos vamos?

—¡Pide un taxi! ¡No se va a quedar a esperar de pie ante la puerta!

—Tengo el coche fuera.

—Oh. —Cogió del brazo a su amiga—. Vamos cielo, que al menos te servirá de chófer.

—La madre que... —Le oyeron farfullar y las tres le fulminaron con la mirada—. Señoritas. —Salió del despacho sacando su arma.

Nohemi chasqueó la lengua.

—Este es de los que se considera Rambo y luego nada de nada.

Él decidió ignorarla y Robert dijo asombrado:

—¿Y el programa? La pecera está vacía.

—Que pongan más anuncios, nuestra amiga necesita apoyo —dijo Lyrís.

—No jodas, Lyrís, que estamos en directo y solo se ha escapado una loca. ¡Tenéis que contarlos!

—Diles que pongan dos anuncios más y volvemos —dijo como si fuera muy pesado.

Robert salió corriendo hacia la pecera.

—¡Peter espabila! Carlota, ¿qué haces ante el micro?

Ignorándoles ellas siguieron hacia las escaleras que bajaron a toda prisa antes de recorrer el pasillo que daba a la puerta de salida. El portero de noche no estaba por ningún sitio y fue Martin quien giró la llave para abrir la puerta y mirar al exterior.

—Despejado.

—¿De veras? —preguntó Nohemi con burla.

—De veras —siseó.

—¡Trae el puñetero coche hasta la puerta, que nosotras nos quedamos con ella!

—Me tiemblan las piernas —susurró Kerstina asombrada.

—Es lógico que esta situación te altere —dijo Lyrís preocupada—. En cuanto llegues a casa, llama al médico y te dará algo que te hará sentir mejor.

—Sí, cielo. Si este inútil trae el coche. —Nohemi sacó la cabeza por la puerta para ver que Martin estaba detrás de un BMW—. Pero ¿qué haces? ¡Tienes que conducirlo no empujarlo!

En ese momento algo estalló cerca de la cara de Nohemi y esta chilló entrando en la emisora para cerrar la puerta.

—¡Disparos, disparos!

—¿Cómo que disparos? —Lyris soltó su brazo—. ¡Cómo que disparos!

—¡Si dejaras de gritar los oírías!

Las tres se quedaron en silencio con la respiración agitada. De repente, la puerta de cristal estalló haciéndolas gritar antes de correr despavoridas por el pasillo.

—¡Qué viene, qué viene! —gritó Lyris antes de mirar a un lado para ver que Kerstina no estaba. Esta corría tras ella y Lyris gritó—: ¿Quieres darte prisa?

—¿No te he dicho que tenía las piernas como gelatina?

—¡No pongas excusas tontas, que te juegas el pellejo! —Cogió su mano y tiró de ella dando la vuelta a la esquina—. Esperad aquí —dijo Lyris pegándose a la pared—. Martin volverá a por nosotras.

—Eso si no está en el otro barrio. —Nohemi sacó la cabeza para mirar la puerta de salida—. No se oye nada.

—¿Veis? Eso es porque Martin le ha dado —dijo Lyris orgullosa. Sus amigas volvieron la cabeza hacia ella mirándola incrédulas—. ¿Qué? Está muy bueno.

—¡Céntrate! —ordenó Kerstina.

—Ya estás mejor, ¿verdad?

Kerstina negó con la cabeza.

—Voy a vomitar.

—Pues vomita hacia otro lado que esto es un Armani vintage —dijo Lyris antes de abrir los ojos como platos—. ¿No habéis escuchado muchos tiros? A ver si ha contratado a alguien desde el psiquiátrico, por internet. Solo necesita la tarjeta de crédito. ¿Y si nos atacan por distintos puntos a la misma hora? Como los terroristas. Todos forman parte de la misma neurona.

Nohemi chasqueó la lengua.

—Tu neurona sí que no funciona bien bajo estrés. ¡Se dice célula! ¡Célula terrorista!

—Ya está esta con sus clases de señorita sabelotodo.

Se escucharon disparos fuera y Lyris dijo:

—Bien, sigue vivo.

Kerstina puso los ojos en blanco.

—¿Le pedirás una cita?

—Si esta no me lo espanta.

—¿Yo? —preguntó Nohemi asombrada—. ¿Qué he hecho yo?

—Ser una borde.

—Perdona si no tolero la incompetencia y hasta ahora ese tipo no ha hecho nada.

—¿Qué pasa? —Gritaron volviéndose para ver a Robert que frunció el ceño—. ¿Eso son disparos?

—Pues sí —dijo Nohemi.

—¿Habéis llamado a la policía? —preguntó espantado.

—Pues no nos ha dado tiempo. Mierda, está en mi bolso. ¿Alguien tiene móvil?

Kerstina bufó.

—Lo he dejado sobre la mesa. Robert llama.

—Está en mi despacho.

—Voy a por el mío —dijo Lyris antes de salir corriendo.

Los tres estiraron el cuello hacia la entrada de la emisora y Robert agachado abajo del todo dijo:

—Son solo dos. Uno dispara y el otro responde.

—Pues los dos van bien de munición porque llevan un rato. —Nohemi miró a Kerstina con los ojos como platos—. ¿Y cuándo se le acabe la munición a Martin?

En ese momento se dejaron de oír disparos y los tres miraron hacia la puerta.

—No se oye nada —susurró Nohemi.

—Preparaos para correr —dijo Robert.

La sombra de alguien se puso tras la puerta, pero no se le veía porque le cubría el otro cristal opaco.

—Tranquilas, he cerrado la puerta con llave —susurró Nohemi—. No podrá entrar.

Todos vieron cómo una mano enguantada con el logo de Chanel se metía por el agujero e intentaba abrir el pestillo.

—Lisa. Sí, tiene que ser ella, porque a pesar de que está como un cencerro, tiene un gusto exquisito.

La puerta se abrió de golpe y allí estaba ella con cara de niña que nunca ha roto un plato.

—Kerstina, amiga, vengo a hacerte una visita.

Los tres gritaron antes de correr como descosidos pasillo abajo para llegar a las escaleras que subieron como una exhalación.

—¡A la pecera, el cristal es antibalas! —gritó Robert.

Todos corrieron hacia allí y Lyris con el teléfono al oído al verlos pasar corriendo los miró con los ojos como platos.

—Eh, ¿qué pasa?

Sacó la cabeza del despacho y al ver a Lisa dando la vuelta a la esquina con el arma en la mano dijo al teléfono.

—Dese prisa, la prófuga psiquiátrica ha entrado en la emisora.

Corrió como los demás y escucharon su risa. Se metieron en la pecera y Peter con los cascos puestos los miró sin entender. Todos gritaron que entrara en la pecera y cuando el asistente de sonido sacó la cabeza hacia el pasillo, corrió hacia ellos con cascos y todo entrando en la sala de emisión por un pelo porque un disparo impactó en el cristal.

—¿Quién es esa loca? —gritó sin aliento.

Nadie respondió porque todo el mundo estaba mirando el cristal que crujía mientras una raja recorría el vidrio de parte a parte. Todos fulminaron a Robert con la mirada que se puso como un tomate.

—¡Bueno, es un cristal muy gordo! ¡Creía que era lo mismo!

—¡Pues ya ves que no! —dijo Lyris indignada.

—La bala no lo ha traspasado, ¿no?

—Esperemos que no sea porque estaba muy lejos —dijo Carlota por lo bajo antes de ponerse

los cascos de nuevo y decir al micro—: Amigos, no os vais a creer esto. Estamos en directo y Lisa Fashingbauer ha entrado en la emisora pegando tiros.

—Esta sí que es una periodista con todas las letras. De las de raza, como a mí, me gustan —dijo Nohemi.

En ese momento apareció Lisa y miró el cristal.

—Kerstina, ¿crees que puedes huir de mí? Sé que todo ha sido culpa tuya.

—¡Estás de atar! —Nohemi se señaló la cabeza y gritó—: ¡Cómo una cabra! ¡Pero tranquila que cuando vuelvas al psiquiátrico te meten cuatro electroshocks de esos que te dejan tiesa, bonita!

Lisa le disparó al rostro varias veces y todos gritaron agachándose para refugiarse tras la mesa. Kerstina al ver que Carlota seguía de pie ante el micro, la agarró del brazo para tirarla al suelo.

—Jefa, hay que informar.

—Mejor seguir viva para informar después. —Entonces escucharon los impactos y Kerstina elevó la cabeza—. No lo traspasa. No traspasa el cristal.

Todos elevaron la cabeza para ver la frustración de Lisa que ya no se reía tanto.

—El calibre de esas balas no puede traspasarlo —dijo Robert.

—¿Otra de tus teorías? —preguntó Nohemi con pitorreo.

—Lisa está con la pistola en la mano —escucharon que decía Carlota. Todos la miraron, pero ella sin soltar el micro no dejaba de relatar lo que sucedía—. Se frustra, grita, golpea el cristal con la empuñadura de la pistola. Chicos, os aseguro que ahora no tiene mucho glamour.

Kerstina hizo una mueca.

—Tengo que ficharla para las nuevas emisiones, así tendremos más tiempo libre.

Todos asintieron mientras Carlota sonreía encantada sin dejar de mirar el cristal.

—Oh, lo intenta de nuevo. Dos tiros más. ¿Se le ha encasquillado la pistola? No chicos, es que no tiene balas. Las ha acabado. Sí, busca en sus vaqueros de marca, unos Armani monísimos, pero no tiene más cargadores. —Todos se levantaron de detrás de la mesa y Lisa gritó de la frustración tirando la pistola a un lado para golpear con los puños. Entonces cogió una silla que había contra la pared y empezó a pegar golpes como una desquiciada—. Tiene fuerza.

Se le pusieron los pelos de punta viendo que las fisuras en el cristal cada vez eran más pronunciadas y Kerstina susurró:

—Lo va a romper.

—Ha debilitado el cristal por varios sitios y lo va a conseguir —dijo Robert.

La silla se rompió, pero fuera de sí cogió la otra. El primer golpe hizo que el cristal se curvara y todos vieron su sonrisa porque lo estaba consiguiendo.

—Lyris guapa, ¿has llamado a la policía? —dijo Nohemi por lo bajo.

—Claro.

—¡Y por qué tardan tanto!

—Sí, chicos está a punto de entrar y empezamos a preguntarnos dónde está la policía —dijo Carlota ya no tan tranquila. En ese momento apareció su padre y todos se quedaron sin aliento—. ¡Ha llegado su padre! ¡Y también tiene un arma! ¡Ya sabemos quién la ha ayudado a escapar! ¡Es

evidente que salir bajo fianza es algo que hay que cambiar en este país, porque deja expuestas a las víctimas!

—¡Tumbad la mesa! —gritó Kerstina. Todos cogieron por un extremo y la pusieron de costado —. ¡Empujad! —A la vez empujaron de la pesada mesa pegándola al cristal. Aunque no lo cubría del todo sí que cubría gran parte. Excepto la puerta. Fashingbauer le dio una patada que rompió el cierre sin ningún esfuerzo y esta salió disparada chocando contra la pared. Cuando les apuntó, todos dieron un paso atrás.

—Ha entrado, ha entrado. Una patada y esa mierda de cierre ha saltado —dijo Carlota casi sin aliento al micro que aún tenía en su mano temblorosa—. Por favor, ayudadnos.

—Me da que te has quedado sin cita —dijo Nohemi por lo bajo.

Lyrís gimió.

—Pobrecito.

—Pobrecitas nosotras.

Sorprendiéndoles Kerstina dio un paso al frente.

—¿Qué creéis que estáis haciendo?

Entonces Jeff apareció tras ellos.

—¡Arriba las manos! —Y se liaron a tiros los unos con los otros. Chillaron escondiéndose tras la mesa y de repente la pistola de alguien se deslizó hasta Robert, que la cogió de inmediato abriendo el cargador y todos vieron las balas antes de que la cerrara de un golpe seco y se levantara pegando tiros también.

Las cuatro dejaron caer la mandíbula del asombro.

—Como James Bond —dijo Lyrís.

—¡Levantaos! ¡Les hemos abatido! —dijo Robert sin dejar de apuntarles mientras salía de detrás de la mesa.

Asombradas sacaron la cabeza para ver a Lisa en el suelo con varios tiros en el pecho, pero aún con vida. Kerstina se llevó la mano al cuello de la impresión al ver cómo alargaba la mano hacia su padre ya sin vida.

—¿Papi? Papi duele —dijo antes de morir.

La impresionó tanto que le fallaron las piernas y Nohemi la cogió por la cintura.

—¡Ayudadme! ¡Se va a desmayar!

Robert la cogió en brazos y ella cerró los ojos.

—Se ha acabado.

—Sí que se ha acabado. Ahora estáis a salvo, todos estamos a salvo.

Sentada en la camilla del *box* de urgencias, vio entrar al doctor con una tableta.

—¿Se sabe algo de Danglo Brearley?

—¿No le interesa más su estado?

—¡Si me interesara más mi estado no hubiera preguntado por él! ¡No sé dónde está mi novio! —exclamó exasperada.

—No he preguntado, he estado atendiendo a otros pacientes. Vamos a hacerle una ecografía.

Se le cortó el aliento.

—¿Por qué?

—Porque ha sufrido mucho estrés y ha manchado un poco. —Una enfermera entró en ese momento dispuesta a hacerle un análisis—. Así que relájese, quédese ahí quietecita y déjenos hacer nuestro trabajo.

—Mi bebé —dijo asustada.

—No se preocupe —dijo la enfermera con una sonrisa—. Seguro que no es nada.

—Dios mío, quiero que vengan mis amigas.

—Señorita, ¿se cree que esto es una merienda en el Hilton? No, sus amigas no entrarán. Grace prepárala para la eco —dijo exasperado.

—Enseguida, doctor Parker.

Él salió del *box* y Kerstina miró a la enfermera con los ojos como platos.

—Tranquila, tumbese. —En cuanto lo hizo empezó a sacarle sangre.

—¿Puede averiguar dónde está mi prometido?

—Está en la sala de espera —susurró—. Ese borde no le ha dejado pasar para que no le interrumpiera mientras le hacía pruebas.

—¿Pero está bien?

—Menudo cañón.

Sonrió de oreja a oreja.

—Sí, ¿verdad? Me vuelve loca.

—Ha tenido suerte de pillarle. Se nota que es una chica afortunada. Ha salido de un tiroteo sin un rasguño, así que esto no será nada, ya verá como no.

Dejó caer la cabeza sobre la camilla.

—No me puedo creer lo que ha pasado.

—La gente está fatal —Puso las muestras en un soporte y sonrió—. Envío esto a análisis y vuelvo enseguida.

—Gracias. —Había sangrado. Si antes estaba asustada ahora estaba aterrorizada por que a su niña le pasara algo y acarició su pequeño vientre—. Vamos, cielo, una patadita para mamá. —Una lágrima cayó por su sien y susurró desesperada—: Si das una patadita, luego me como una chocolatina. Sé que te gustan. Eres hija mía, te tiene que pirrar el dulce. Vamos, cielo. Sé que no lo has hecho todavía, pero necesito... —Entonces sintió un movimiento debajo de su mano y se le cortó el aliento. Fue muy ligero, pero lo sintió y sollozó de la alegría—. Sí, mi niña. —Rio sin dejar de llorar—. Estás aquí. Papá está bien y nos iremos de vacaciones, que con lo de preparar el juicio y todo eso no nos las hemos tomado. Y en este momento las necesito más que nunca.

La enfermera entró y Kerstina dijo:

—Se ha movido.

—Es una gran noticia.

—¿Cómo que no puedo moverme de la cama hasta el final del embarazo? —preguntó espantada ya en la cama de su habitación. Su ginecóloga había decidido ingresarla.

—Has pasado por mucho estrés que ha afectado al feto, Kerstina —dijo la mujer—. Debes llevar reposo absoluto. Cuando tuve a mi segundo hijo, tuve que pasar por lo mismo que tú y no fue para tanto. ¿Por qué? Porque mereció la pena, ¡acaba de licenciarse en derecho en Harvard!

—¿Me ha contado todo este rollo para fardar de hijo? —preguntó pasmada.

Sus amigas asintieron y la ginecóloga jadeó.

—¡Qué te tienes que quedar en la cama, leche!

—Vamos a ver, buena mujer —dijo Nohemi—. ¿Es imprescindible? Mi amiga tiene un problema y es que es algo inquieta. Estar en la cama los meses que le quedan de embarazo, para ella será un mundo.

—¡Me iba a ir de vacaciones con mi hombre!

Sus amigas la miraron como si estuviera loca.

—Si ibais a tener un juicio —dijo Lyris.

—Después, nos íbamos a ir después. —Miró esperanzada a la ginecóloga—. ¿Qué opina?

—¿Hablo en chino? ¡Qué no!

—Uy, que la veo muy negativa. La niña quiere. —Se miró la barriga—. Nena, díselo que esta mujer parece que no me entiende.

La ginecóloga miró asombrada a sus amigas y Nohemi chasqueó la lengua.

—Mucho estrés. Pero que mucho, mucho estrés. Ahora quiere salir pitando.

—Pues no podrá ser. —Miró a Kerstina a los ojos—. Te quedarás aquí una semana hasta que compruebe que no sangras más y después a casa a ver telenovelas.

—¡Menudo panorama me está pintando! —La miró horrorizada—. ¿Esto implica no hacer el amor?

—¿Tú qué crees?

—¡Prácticamente acabo de empezar una vida increíble con el amor de mi vida, no puede hacerme esto!

—Uy, uy. Un calmante.

—Tranquila, que ahora se le pasa —dijo Lyris.

—No, si el calmante es para mí, ¡me ha puesto de los nervios!

Salió de la habitación echando pestes por la boca sobre lo quejicas que eran las pacientes y Kerstina asombrada miró a sus amigas.

—Decidme que esto es una pesadilla. La última vez engordé diez kilos y solo fue un mes. Venga, decidme que es una pesadilla.

Ambas negaron con la cabeza y gimió dejando caer la suya sobre las almohadas.

—¡Una segunda opinión! —Miró a Nohemi—. Busca otro ginecólogo.

—Es de las mejores de la ciudad. No le des más vueltas y duérmete de una vez.

—Igual te reducen la pena por buen comportamiento. Si todo va bien en un tiempo puede que cambie de opinión.

—¿Tú crees? —preguntó esperanzada—. Sí. Igual cambia de opinión cuando se dé cuenta de que todo va bien. —Sonrió acariciando su vientre—. Eso es, cielo. Nosotras a ser buenas para que nos dejen irnos de vacaciones.

—Qué perra le ha entrado con las vacaciones —dijo Nohemi por lo bajo—. Si nunca se las toma.

—¡Por eso quiero tomármelas ahora!

Sus amigas sonrieron como si hablaran con una loca.

—Claro que sí —dijo Lyrís—. Ahora a dormir un poco, que ya ha amanecido y tienes que estar agotada.

Suspiró mirando el techo.

—¿Danglo estará bien?

—¿No me entendiste antes cuando te dije que ha tenido que ir a la comisaría porque Robert no encuentra un abogado que le asista durante su declaración? —dijo Nohemi—. Ya debe estar de vuelta. Ahora solo tienes que preocuparte por ti y por esa belleza que tendremos en nuestros brazos en tres meses.

—Tres meses. —Sus ojos se cerraron—. Estoy deseando verle la carita.

Lyrís sonrió.

—Será tan bonita como tú.

Capítulo 20

Inquieta por su sueño intentaba correr, pero la barriga le pesaba y entonces escuchó un disparo que la sobresaltó despertándola de golpe. Pálida y sudorosa miró a su alrededor asustada y se dio cuenta de que estaba en un hospital.

—Eh, nena, ¿estás bien?

Giró la cabeza hacia su derecha y vio a Danglo sentado a su lado.

—¿Cielo?

—¿Estás bien?

—Sí, tranquilo. Sangré un poco, pero ahora todo va bien. Aunque tengo que guardar reposo absoluto.

Él apretó los labios cogiendo su mano.

—Joder nena, no me puedo creer lo que ha pasado en la emisora. —Acarició su frente—. Es un milagro que no os haya pasado nada.

Le miró emocionada y él se agachó para besar sus labios con ternura, pero era evidente en sus ojos que estaba muy preocupado por ellas.

—Tranquilo, saldremos de esta. Si es tan dura como sus padres, ahí se quedará. Además, está muy a gusto.

—Claro que sí. —Se sentó a su lado en la cama y acarició su mano—. Así que reposo absoluto.

—Lo siento.

—Nena, no tienes que sentirlo. No es culpa tuya.

—Quería irme de vacaciones.

—Unas vacaciones muy largas, pero ya nos las tomaremos, preciosa.

Bufó molesta.

—Ya, claro. —Se llevó la mano al pecho recordando algo—. ¿Sabes lo que le ocurrió a mi guardaespaldas?

—Lyrís estuvo aquí hace dos horas. Al parecer Lisa le sorprendió disparándole por la espalda. Tenéis cámaras de videovigilancia en la fachada de la emisora y las imágenes no dejan dudas. Fue ella.

—¿Pero está vivo?

—Crítico, ha habido complicaciones, pero han conseguido recuperarle.

—No.

—No saben si saldrá de esta.

—A Lyrís le gustaba —dijo apenada—. Iba a pedirle una cita.

—Un tipo afortunado, como yo.

Le sonrió.

—Ayer la niña se movió, ¿sabes?

Sorprendido preguntó:

—¿La has sentido?

—Sí, se movió y eso es que está bien. Somos los tres muy afortunados.

Él iba a decir algo, pero la puerta se abrió dando paso a la enfermera.

—Si la parejita de moda está haciéndose arrumacos. Las manos quietas, amigo. —Fue hasta la ventana y levantó la persiana para dejar pasar el sol—. ¿Nuestra paciente favorita tiene hambre?

—Siempre.

La chica se volvió.

—Eso está hecho.

—Gracias.

—Hay que cuidarte, eres una heroína.

—Qué va.

—Sí, nena, te ponen por las nubes.

—¿De veras? Eso me dará audiencia. —Acarició su mejilla—. Por cierto, gracias por la emisora.

—Ha sido un gesto absolutamente interesado, te lo aseguro.

Soltó una risita.

—Lo sé. Cariño, ¿crees que puedo hacer el programa desde aquí?

—Ni hablar. Reposo absoluto, ¿recuerdas?

Gruñó mirándole de reojo.

—Vale.

Sonrió.

—Sé buena. Sé que será duro, pero merecerá la pena.

Tumbada en la cama comiendo helado de vainilla bufó antes de gritarle a la tele:

—¡Qué tenéis la bomba bajo la mesa! ¡Espabila leche, que vais a volar en pedazos! —Puso los ojos en blanco—. Y ahora se ponen a hacer manitas. Los espías ya no son lo que eran. —Cogió el mando y cambió de canal—. ¡Nada, diez mil canales y no hay nada interesante en ninguno!

Alguien carraspeó y miró hacia la puerta para ver allí a Patricia monísima con un vestido de gasa amarillo.

—¿Qué haces tú aquí?

—La puerta del garaje estaba abierta. —Rio por lo bajo—. ¿Gritándole a la tele? Esa niña va a salir sorda, la pobre.

—Muy graciosa. Llevo dos meses en esta cama muriéndome del asco mientras la vida pasa tras esa ventana.

Patricia hizo una mueca sentándose en la cama.

—Lo siento, ¿es duro?

—Ni te lo imaginas, no se lo imagina nadie, pero supongo que no has venido por eso.

—¿Y tu enfermera?

—Le he dicho que se fuera antes, no se lo digas a Danglo. —Sonrió—. Gracias por ayudarme con lo del juicio de mi hermano.

—De nada, ha sido un placer. Me parecía indignante lo que hizo por ganar dinero y hundir tu reputación. Es un envidioso de mierda y demostrar que tu madre jamás estuvo relacionada con la prostitución fue muy fácil. Ahora cerrará el pico para siempre y tendrá que devolverte tu herencia.

—Y tendrá que pagarme medio millón de dólares más. Me ha llamado llorando, ¿sabes? Dice que nunca podrá reunir ese dinero mientras yo estoy forrada, que si no tengo corazón.

—No tiene vergüenza.

—No, no la tiene y esto no se lo voy a perdonar.

—Lo entiendo perfectamente.

—¿La has encontrado?

Sonrió.

—Me ha costado un poco, porque no hacía más que esconderse después de tu visita, pero... —Abrió su Birkin y le puso un papelito sobre la cama—. Aquí tienes su dirección. Trabaja en un colegio y eso es lo que me ayudó a dar con ella.

Dudando se quedó mirando el papel.

—¿Tú qué opinas?

—Que es una buena mujer que ha tenido mala suerte y es hora de que recupere su vida. La pobre Fiona se largó de Río de Janeiro aterrorizada por si a ti se te escapaba algo y es evidente que no ha visto las noticias porque se ha escondido en México. Necesita ayuda. Había pensado enviarle un email con toda la información, pero no quiero que vuelva a salir espantada temiendo que sea una trampa. Necesita confiar en alguien que le diga que todo está bien y que puede regresar cuando quiera. Es obvio que está muerta de miedo.

Danglo apareció en la puerta y sonrió.

—Qué sorpresa. ¿Eres quien me imagino?

—Una visita a domicilio. —Patricia se levantó—. Además, quería echarle un ojo a tu prometida. ¿Cuándo es la boda?

Kerstina se puso como un tomate.

—No me lo ha pedido formalmente.

—Vaya, ¿he metido la pata?

—Se lo pediré cuando nuestra vida vuelva a la normalidad. No quiero que recuerde ese momento y piense en lo largo que se le hizo el embarazo.

—Muy inteligente. —Patricia le guiñó un ojo a Kerstina—. Es evidente que piensa mucho en tus sentimientos, eso está bien.

Sonrió mirándole enamorada.

—Sí, siempre piensa en mí.

—Me alegro mucho. Bueno, yo me voy, tengo trabajo.

—Gracias por venir.

Patricia sonrió antes de pasar ante Danglo e iba a salir por la puerta cuando se detuvo y la miró.

—¿Cómo se llamará?

—Patricia.

Miró sorprendida a Danglo que sonrió.

—Gracias a ti se arregló todo, tenía que llevar tu nombre.

—Patricia Brearley. Tiene clase —dijo antes de salir—. ¡Llamadme si me necesitáis!

Sonrió mirando a Danglo, que se acercó para sentarse a su lado y le dio un suave beso en los labios.

—¿Le has dicho a tu enfermera que se vaya antes, preciosa?

—No te enfades, me ponía nerviosa pululando por aquí. Por cierto, dile que cuando se largue con la bici no deje el portón abierto, ¿quieres? Lo ha vuelto a hacer.

—Contrataré a otra. ¿Qué tal te encuentras?

—Como siempre. Cuéntame, ¿qué tal tu día? Cuéntamelo todo.

—He tenido un día redondo. Mi vicepresidente ha conseguido un contrato que es increíble.

Sus preciosos ojos brillaron.

—¿De veras? Oye, ¿está soltero? Nunca te he preguntado.

La miró como si tuviera cuernos.

—¿Y eso qué importa?

—Cielo, tengo dos amigas solteras.

—Lyrís sale con Martin.

—Bah, eso no va a llegar a ningún sitio. ¿Es soltero o no?

—Sí, es soltero. —Cogió el papel y lo abrió—. México. —Elevó la vista hasta sus ojos—. La dirección de Fiona, supongo.

—Necesita que vaya a verla para que se sienta segura.

Se la quedó mirando unos segundos.

—¿Y cómo lo vas a hacer? No puedes levantarte de la cama.

—Cielo, no sé. —Cerró los ojos agotada de todo. Estaba harta de los Fashingbauer porque no dejaban de hablar de ellos en la televisión, en la prensa y no paraban de llamarla para pedir su opinión de cada maldita cosa nueva que salía sobre ellos. También estaba harta del tema de su hermano, que le había hecho derramar mil lágrimas. Pero quedaba Fiona y tenía que avisarla. Tenía que recuperar su vida.

—Estás exhausta.

Abrió sus preciosos ojos verdes.

—Quiero que se acabe. Necesito que se acabe y ella...

—Está bien, te entiendo. En cuanto tengas a la niña iremos a México.

Le abrazó y suspiró contra su cuello.

—Gracias.

—¿Por qué, nena?

—Por lo bien que me entiendes.

—Soy yo quien tengo que darte las gracias a ti, porque a pesar de todo siempre he tenido tu apoyo. —Danglo sonrió, pero al notar como ella se tensaba dijo—: ¿Preciosa? —Escuchó un

gemido y la apartó para mirar su cara mortalmente pálida—. ¿Kerst?

—Llama a una ambulancia —dijo con esfuerzo tocándose el vientre.

Sintiendo cómo el miedo le recorría de arriba abajo, sacó el móvil del bolsillo interior de la chaqueta y pidió una ambulancia en tiempo récord.

—Sí, está en la cama en reposo absoluto. ¡No sé qué le pasa! ¡Le duele, está pálida! —Colgó el teléfono—. Ya vienen, mi vida. —Apartó las sábanas y se le cortó el aliento al ver la sangre.

Kerstina le miró con los ojos llenos de lágrimas totalmente aterrorizada.

—¿Danglo?

—No pasa nada, es tan fuerte como tú.

—Hoy no la he sentido. —Empezó a temblar de miedo—. No me he dado cuenta hasta ahora. ¡No la he sentido!

Danglo la abrazó.

—Está bien y dentro de poco podrás verle la cara. La tendrás entre tus brazos, ya verás cómo sí —dijo intentando disimular el miedo que sentía.

Escucharon el sonido de la ambulancia y se separó besándola en la frente.

—Tengo que ir a abrirles la puerta.

Ella asintió intentando reprimir las lágrimas.

—Vale.

Danglo salió corriendo y Kerstina asustada miró la sangre entre sus piernas. No, no podía perderla. Su niña iba a estar bien.

Sentado en la sala de espera con los codos apoyados en las rodillas, se apretaba las manos sin poder creerse lo que estaba ocurriendo. Escuchó que alguien corría por el pasillo y levantó la vista para ver a Nohemi y Lyrís acercándose a él.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Nohemi.

—Tenía una hemorragia. —Su labio inferior tembló antes de apretarlo con fuerza—. Se desmayó en la ambulancia. La han metido inmediatamente en el quirófano. La doctora ni quiso hablar conmigo, se puso a gritar órdenes y la metieron ahí dentro mientras una enfermera decía que su tensión caía.

—Dios mío —dijo Nohemi sentándose a su lado intentando digerirlo. Sus ojos se llenaron de lágrimas—. Dios mío.

—Es muy fuerte, saldrá de esta —dijo Lyrís impresionada—. Y la niña también.

—Lo ha pasado muy mal estos dos meses y ahora cuando estábamos tan cerca de acabar... —Juró por lo bajo levantándose y ellas le observaron. Parecía un tigre enjaulado. Danglo se llevó las manos a la cabeza—. No, esto no está pasando. No puedo perderlas. —Nohemi ni se dio cuenta de las lágrimas que caían por sus mejillas por el sufrimiento que expresaba su rostro—. ¡No puedo perderlas! ¡Son mi vida!

—Se pondrá bien, ya verás como sí —dijo Lyrís antes de abrazarle—. Y te hará reír y cabrearte antes de que te des cuenta.

Danglo sonrió con tristeza.

—Sí, eso lo hace como nadie.

—Esa es mi mejor amiga.

—Eh, ¿y yo que soy? —preguntó Nohemi indignada.

Se apartó de él.

—Mi otra mejor amiga.

—Ah. —Frunció el ceño—. ¿Eso puede ser?

Danglo miró a una y luego a la otra.

—Sois afortunadas, ¿sabéis? Hay gente que nunca sabe lo que es la verdadera amistad y vosotras os tenéis a las tres.

Lyrís sonrió mirando con cariño a Nohemi.

—Son mi familia. La familia que he elegido. Las conozco mejor que nadie y sé que mi amiga no se va a rendir. Va a luchar por su niña y por estar a tu lado. Y no nos va a privar de volver a ver su sonrisa.

Danglo apretó los labios reprimiendo las lágrimas y asintió.

—Tienes razón, ella va a luchar.

—Claro que sí —dijo Nohemi antes de sollozar—. No nos va a dejar. No nos dejaría por nada del mundo, somos su vida.

Escucharon el llanto de un bebé y se les cortó el aliento. Nohemi se levantó.

—¿Será Patricia?

—No lo sé —dijo muy nervioso—. No he visto que metieran en el quirófano a nadie más. Aunque igual entran por otro sitio. —Ansioso se acercó a la puerta deseando tener noticias, pero al pasar cinco minutos se desesperó.

Las amigas se miraron también muy nerviosas y se cogieron de la mano intentando retener las lágrimas. En ese momento una enfermera empujó la puerta con la espalda y vieron que se giraba con un bultito en brazos. A Danglo se le cortó el aliento mientras se acercaba mostrando el bebé más bonito del mundo.

—¿Es la mía? —preguntó casi con temor.

—Sí, es su niña. Patricia.

Sin dejar de mirarla Muy emocionado susurró:

—¿Y Kerstina?

—Han conseguido retener la hemorragia. La doctora saldrá enseguida a hablar con usted. Pero no debe preocuparse, ahora Kerstina está consciente y me ha pedido que le diga que no ha sido nada, que no se perdería sus vacaciones ni loca porque se las han ganado.

Las chicas chillaron de la alegría y se abrazaron antes de acercarse a ver a la niña porque Danglo la estaba cogiendo entre sus brazos.

—Es preciosa —dijo Nohemi emocionada.

—Sí que lo es —dijo él fascinado con su carita—. ¿Sabes, hija? Con mamá me ocurrió lo mismo que contigo, me alteró un poco al principio, pero en cuanto la abracé se convirtió en un amor para toda la vida.

Epílogo

No quería despertarse, así que se giró boca arriba. Sintió una caricia en su antebrazo hasta llegar a su mano y después sintió un beso en su anular donde tenía el anillo de la perla. Kerstina sonrió abriendo los ojos y suspiró disfrutando de las maravillosas aguas del océano Índico que se veían a través del enorme ventanal. Era como despertarse sobre el mar, algo increíble. El despertar más hermoso que había tenido nunca. Otro beso hizo que girara la cabeza para mirar a Danglo a los ojos.

—Buenos días.

—Buenos días, preciosa. —La besó en los labios—. ¿Lista para iniciar tus vacaciones de verdad? La niña ya ha comido, ya la he cambiado y su niñera se encargará de vigilarla para que nosotros disfrutemos de este día.

—Suenan estupendamente. —Acarició su mejilla—. Ya han pasado seis semanas desde que nació la niña y ya es seguro después de la cesárea. —Sonrió con picardía—. Hoy podemos jugar.

Él se echó a reír.

—¿Lo echas de menos?

Jadeó indignada.

—¿Acaso tú no?

Besó sus labios.

—Cada minuto, pero antes...

Se escucharon unos gritos que la sobresaltaron y se sentó en la cama para ver entrar a sus amigas en la suite con un porta-trajes en la mano. Parpadeó pasmada.

—Pero bueno, ¿qué hacéis vosotras en las Maldivas?

—¡Sorpresa!

Sin entender nada miró a Danglo que tenía una cajita de terciopelo en la mano. Kerstina se llevó la mano al pecho de la impresión.

—¿Hoy es el día?

—Es el día, preciosa. ¿Quieres ser mi esposa, pasar el resto de tu vida a mi lado y amarme para siempre?

Emocionada susurró:

—Sí.

—Pues esto es para ti. —Abrió la cajita y los ojos de Kerstina se llenaron de lágrimas al ver que era una esmeralda rodeada de diamantes. Se le cortó el aliento y sonrió.

—Veo que alguien se ha chivado, siempre he querido algo así.

—Tus amigas son una fuente de información buenísima que no iba a desaprovechar. —Sacó el anillo de la cajita—. A ver cómo te queda, nena. —Cogió su mano izquierda y se lo puso en el

anular—. Perfecto.

Kerstina le abrazó mientras sus amigas los miraban emocionadas.

—Te quiero.

—Pues tienes una hora para prepararte.

Se apartó para mirarle.

—¿Prepararme para qué?

Él levantó una ceja mirando hacia sus amigas y estas gritaron:

—¡Te casas hoy!

—¿Qué?

Abrieron la funda y mostraron un vestido de novia que ella había mirado varias veces tumbada en aquella cama, pero jamás había dicho nada de él a nadie porque estaba descatalogado.

—Pero ¿cómo habéis encontrado...? —Asombrada miró a Danglo—. Patricia.

—Es su regalo de bodas. Desgraciadamente, no puede venir por el trabajo, pero nos desea lo mejor. ¿Te gusta?

Se levantó a toda prisa y cogió el vestido. Era hermoso, de encaje en las mangas y en el corpiño para luego mostrar una falda recta con una pequeña cola. Era sexi y romántico, el vestido de sus sueños. Emocionadísima sollozó. No se lo podía creer.

—Es precioso.

—Pues date prisa porque solo tenemos una hora hasta que todos estén aquí —dijo Lyris.

—¿Todos?

—Nuestros amigos no se lo perderían por nada del mundo.

Danglo se acercó y la besó en la sien.

—Todo está preparado, la niña está bien, así que solo tienes que preocuparte en disfrutar de nuestro día.

Sonrió radiante.

—Pues empieza muy bien.

Él rio asintiendo.

—Me alegro de que te guste. —Fue hasta la puerta—. Chicas, sed buenas.

Las tres rieron y sin salir de su asombro miró a sus amigas.

—Qué bien sabéis guardar un secreto cuando queréis.

—Hay secretos y secretos —dijo Nohemi—. ¿Te gusta el anillo? Lo eligió él, pero nosotras le dimos unas pequeñas indicaciones.

—En realidad fuimos muy detalladas.

—Y le acompañamos a la joyería.

Se echó a reír.

—Me encanta. —Las abrazó—. Os quiero.

—Y nosotras a ti y nos alegramos muchísimo de que hayas encontrado a un hombre a tu altura. —Nohemi la besó en la mejilla y se apartó—. ¿Lista para el día más alucinante de tu vida?

—Estoy lista para todo.

—Pues... —Lyris fue hasta la puerta y la abrió para dejar pasar a tres personas—. Maquillaje,

peluquería y manicura. Hala, a la ducha que tenemos poco tiempo.

Caminando por el pasillo cubierto de pétalos de flores, en un ambiente idílico en el que solo se veía el mar y rodeada de gente que los quería, sonrió a Danglo, que mirándola a los ojos le decía sin pronunciar una sola palabra todo lo que sentía por ella. No se podía creer que apenas un año antes no estuviera en su vida, cuando ahora era todo su mundo. Le había dado el regalo más hermoso del mundo que era su hija y la amaba con una intensidad que la dejaba sin aliento. Le amaba tanto. Y sabía que eso nunca cambiaría.

Se acercó a él y Danglo susurró:

—Estás preciosa.

—Y tú guapísimo. —Se emocionó—. Cariño, todo es perfecto. Gracias.

—De nada, estaba deseando perder mi soltería para que las mujeres de Nueva York dejaran de darme teléfonos.

Ella rio por lo bajo.

—Muchas se echarán a llorar cuando se enteren. Pero eres mío, me amas a mí.

—Eso no lo dudes nunca, mi vida. Siempre seré tuyo y siempre estaré a tu lado. —Besó sus labios suavemente. —Así que tendrás que regalarme otro reloj que ponga «Siempre contigo».

Sus ojos brillaron de la ilusión.

—¿Qué te parece «Siempre contigo, nunca sin mí.»?

Índice

<u>Capítulo 1</u>	<u>7</u>
<u>Capítulo 2</u>	<u>19</u>
<u>Capítulo 3</u>	<u>33</u>
<u>Capítulo 4</u>	<u>51</u>
<u>Capítulo 5</u>	<u>63</u>
<u>Capítulo 6</u>	<u>81</u>
<u>Capítulo 7</u>	<u>95</u>
<u>Capítulo 8</u>	<u>113</u>
<u>Capítulo 9</u>	<u>127</u>
<u>Capítulo 10</u>	<u>139</u>
<u>Capítulo 11</u>	<u>157</u>
<u>Capítulo 12</u>	<u>173</u>
<u>Capítulo 13</u>	<u>191</u>
<u>Capítulo 14</u>	<u>209</u>
<u>Capítulo 15</u>	<u>223</u>
<u>Capítulo 16</u>	<u>245</u>
<u>Capítulo 17</u>	<u>265</u>
<u>Capítulo 18</u>	<u>285</u>
<u>Capítulo 19</u>	<u>303</u>
<u>Capítulo 20</u>	<u>319</u>
<u>Epílogo</u>	<u>329</u>